

VIAJE EN LAS REGIONES SEPTENTRIONALES DE LA PATAGONIA 1862-1863

Guillermo E. Cox



BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

INICIATIVA DE LA CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN,
JUNTO CON LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
Y LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

COMISIÓN DIRECTIVA

GUSTAVO VICUÑA SALAS (PRESIDENTE)
AUGUSTO BRUNA VARGAS
XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ LEIVA
MANUEL RAVEST MORA
RAFAEL SAGREDO BAEZA (SECRETARIO)

COMITÉ EDITORIAL

XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
NICOLÁS CRUZ BARROS
FERNANDO JABALQUINTO LÓPEZ
RAFAEL SAGREDO BAEZA
ANA TIRONI

EDITOR GENERAL

RAFAEL SAGREDO BAEZA

EDITOR

MARCELO ROJAS VÁSQUEZ

CORRECCIÓN DE ORIGINALES Y DE PRUEBAS

ANA MARÍA CRUZ VALDIVIESO
PAJ

BIBLIOTECA DIGITAL

IGNACIO MUÑOZ DELAUNOY
I.M.D. CONSULTORES Y ASESORES LIMITADA

GESTIÓN ADMINISTRATIVA

CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN

DISEÑO DE PORTADA

TXOMIN ARRIETA

PRODUCCIÓN EDITORIAL A CARGO

DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA
DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

PRESENTACIÓN

La *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* reúne las obras de científicos, técnicos, profesionales e intelectuales que con sus trabajos imaginaron, crearon y mostraron Chile, llamaron la atención sobre el valor de alguna región o recurso natural, analizaron un problema socioeconómico, político o cultural, o plantearon soluciones para los desafíos que ha debido enfrentar el país a lo largo de su historia. Se trata de una iniciativa destinada a promover la cultura científica y tecnológica, la educación multidisciplinaria y la formación de la ciudadanía, todos requisitos básicos para el desarrollo económico y social.

Por medio de los textos reunidos en esta biblioteca, y gracias al conocimiento de sus autores y de las circunstancias en que escribieron sus obras, las generaciones actuales y futuras podrán apreciar el papel de la ciencia en la evolución nacional, la trascendencia de la técnica en la construcción material del país y la importancia del espíritu innovador, la iniciativa privada, el servicio público, el esfuerzo y el trabajo en la tarea de mejorar las condiciones de vida de la sociedad.

El conocimiento de la trayectoria de las personalidades que reúne esta colección, ampliará el rango de los modelos sociales tradicionales al valorar también el quehacer de los científicos, los técnicos, los profesionales y los intelectuales, indispensable en un país que busca alcanzar la categoría de desarrollado.

Sustentada en el afán realizador de la Cámara Chilena de la Construcción, en la rigurosidad académica de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y en la trayectoria de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos en la preservación del patrimonio cultural de la nación, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* aspira a convertirse en un estímulo para el desarrollo nacional al fomentar el espíritu emprendedor, la responsabilidad social y la importancia del trabajo sistemático. Todos, valores reflejados en las vidas de los hombres y mujeres que con sus escritos forman parte de ella.

Además de la versión impresa de las obras, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* cuenta con una edición digital y diversos instrumentos, como *softwares* educativos, videos y una página web, que estimulará la consulta y lectura de los títulos, la hará accesible desde cualquier lugar del mundo y mostrará todo su potencial como material educativo.

COMISIÓN DIRECTIVA - COMITÉ EDITORIAL
BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

COX, GUILLERMO E. 1828-1908

918.2704 VIAJE EN LAS REGIONES SEPTENTRIONALES DE LA PATAGONIA /GUILLERMO E. COX;
C877v [EDITOR GENERAL, RAFAEL SAGREDO BAEZA]. -[1ª ED.]- SANTIAGO DE CHILE: CÁMA-
2012 RA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN: PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE:
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, c2012.

xxxvi, 294 p., [1] h. pleg., 28 cm (BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE)

INCLUYE BIBLIOGRAFÍAS.

ISBN: 9789568306083 (OBRA COMPLETA) ISBN: 9789568306915 (TOMO XL)

1. Indios de América del Sur - Patagonia (Argentina y Chile). 2. Patagonia (Argentina y Chile) - Descripciones y viajes. - I. SAGREDO BAEZA, RAFAEL, 1959- ED.

© CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN, 2012
MARCHANT PEREIRA 10
SANTIAGO DE CHILE

© PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE, 2012
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 390
SANTIAGO DE CHILE

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 2012
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 651
SANTIAGO DE CHILE

REGISTRO PROPIEDAD INTELECTUAL
INSCRIPCIÓN N°220.610
SANTIAGO DE CHILE

ISBN 978-956-8306-08-3 (OBRA COMPLETA)
ISBN 978-956-8306-91-5 (TOMO
CUADRAGÉSIMO)

IMAGEN DE LA PORTADA
BRÚJULA

DERECHOS RESERVADOS PARA LA PRESENTE EDICIÓN

CUALQUIER PARTE DE ESTE LIBRO PUEDE SER REPRODUCIDA
CON FINES CULTURALES O EDUCATIVOS, SIEMPRE QUE SE CITE
DE MANERA PRECISA ESTA EDICIÓN.

Texto compuesto en tipografía *Berthold Baskerville 10/12,5*

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA EDICIÓN, DE 1.000 EJEMPLARES,
DEL TOMO XL DE LA *BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE*,
EN VERSIÓN PRODUCCIONES GRÁFICAS LTDA., EN AGOSTO DE 2012

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

GUILLERMO E. COX

VIAJE EN LAS REGIONES
SEPTENTRIONALES
DE LA PATAGONIA
1862-1863



SANTIAGO DE CHILE
2012



Guillermo E. Cox
1828-1908

GUILLERMO COX
Y SU
*VIAJE EN LAS REGIONES SEPTENTRIONALES
DE LA PATAGONIA*

Pedro Navarro Floria

EL AUTOR

Guillermo Eloy Cox Bustillos fue el autor y el gestor del proyecto más serio realizado hasta su época, orientado a establecer, desde el lado occidental de los Andes, una vía de comunicación bioceánica permanente que posibilitara el poblamiento y aprovechamiento productivo del extenso valle del río Negro por colonos de origen alemán. El autor del *Viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia, 1862-1863*, fue hijo del médico y marino galés Nathaniel Cox Lloyd (1785-1869), que sirvió a Rusia y a Gran Bretaña. Nathaniel Cox dejó la Royal Navy en Buenos Aires en 1814, siguiendo a lord Thomas Cochrane, y se estableció en Chile, donde acompañó a Bernardo O'Higgins en la lucha por la independencia. Fue aceptado como ciudadano chileno en 1819, se casó con Francisca Javiera Bustillos Maseyra en 1820, y ocupó diversos cargos públicos relacionados con su profesión, llegando a ser decano de la Facultad de Medicina al crearse la Universidad de Chile en 1842. Guillermo, uno de sus nueve hijos, también estudió Medicina, pero ya entre 1854 y 1856 lo encontramos desempeñándose como el primer administrador de la Colonia de Llanquihue, con sede en el recién fundado Puerto Montt. Prácticamente desde entonces se dedicó a explorar el antiguo camino jesuita "de las lagunas" al Nahuel Huapi y a promover la colonización de la Patagonia Norte desde las colonias chilenas, con apoyo del presidente Manuel Montt.

Después de sus viajes narrados en esta obra, el Congreso de Chile lo indemnizó por la pérdida de su equipo en el río Limay. Vivió como médico en Concepción y ejerció el viceconsulado de Suecia y Noruega en Talcahuano; fue terrateniente en la región del Biobío y viñatero en Chillán; navegó los canales de Chiloé comerciando con una goleta, y contribuyó aún años después de su viaje a la Patagonia

con descripciones de los ríos, lagos y costas del sur de Chile y de los territorios de la Patagonia Norte. Se casó con doña Loreto Méndez Urrejola, con quien tuvo diez hijos¹.

LA OBRA:
EL VIAJE Y SU NARRATIVA

Para los chilenos de mediados del siglo XIX, los pasos cordilleranos existentes en torno del gran lago Nahuel Huapi, entre las latitudes de Valdivia y Puerto Montt, guardaban celosamente el secreto del tránsito a las pampas, al mismo tiempo que la triste memoria de los jesuitas de la isla de Chiloé que “allá por el siglo XVII” habían cruzado al este a establecer una misión, pagando con sus vidas el haber develado el enigma de la cordillera. Otro misionero, el franciscano Francisco Menéndez, pasó varias veces en los últimos años del siglo XVIII, reconociendo los alrededores del Nahuel Huapi y describiendo un panorama humano de una impactante diversidad y movilidad. A su vez, desde Carmen de Patagones, fundada en 1779 cerca de la desembocadura del río Negro, también los españoles del Río de la Plata por entonces buscaban el boquete que permitiera establecer un contacto interoceánico permanente². El célebre viaje del piloto gallego Basilio Villarino remontando a la sirga los ríos Negro, Limay y Collón Cura, en el verano de 1782-1783, se proponía comunicar la nueva colonia atlántica con Valdivia, pero sólo alcanzó las proximidades de lo que es hoy Junín de los Andes y el volcán Lanín.

Sin embargo, los únicos dueños de los pasos eran los pehuenches y los huilliches cordilleranos, intermediarios y participantes en el circuito ganadero que unía las estancias del campo bonaerense con los mercados del sur chileno a lo largo de los grandes ríos del norte de la Patagonia y a través del Neuquén, en una compleja red de relaciones nunca bien conocida ni controlada por los centros de poder coloniales.

La crisis colonial y la independencia de las colonias españolas había interrumpido los intentos hispanocriollos de contacto transcordillerano

“retomados en los primeros años del siglo XIX por algunos funcionarios coloniales chilenos y rioplatenses”³

¹ Datos biográficos tomados de Juan Martín Biedma, *Toponimia del Parque Nacional Nahuel Huapi*, pp. 50-52; Pablo Huneus C., *Patagonia mágica: el viaje del tata Guillermo* y Pablo Huneus, “El diario prohibido”, pp. 20-45; Enrique M. Mayochi, “Guillermo Eloy Cox, explorador y viajero”, pp. 7-10; Sergio MILLAR SOTO, “Un aniversario que nunca se celebra”; Francisco Fonck, Francisco Menéndez, *Diarios de Fr. F. Menéndez*, pp. 467-476 y 503. Franz Fonck dedicó su edición de 1896 de los viajes de Francisco Menéndez a su amigo Guillermo Cox “el primer explorador [sic] de la Patagonia”.

² Cfr. Pedro Navarro Floria, *Ciencia y política en la región Norpatagónica: El ciclo fundador, 1779-1806*.

³ *Ibid.* Una serie de expediciones iniciadas en Talca, Buenos Aires y Concepción buscaron, entre 1802 y 1806, establecer un contacto transcordillerano permanente, en vista de las crecientes dificultades que encontraba por entonces el comercio ultramarino, en el marco de la crisis terminal del imperio

y había hecho que se perdiera una noción clara de ese mundo tan cambiante. Pero, apenas organizados los Estados nacionales argentino y chileno, resurgió la idea de ocupar ese espacio en un marco de creciente violencia y presión de terratenientes y colonos sobre las tierras y los recursos del mundo fronterizo de la Araucanía y de las pampas.

La corriente colonizadora europea que pobló la zona de los lagos chilenos en la década de 1850 no resultó ajena al atractivo del *Puel Mapu*, el país del Este, y las autoridades chilenas impulsaron la exploración y colonización de la Patagonia, un territorio codiciado tanto por Argentina como por Chile, pero que seguía perteneciendo a naciones indígenas casi independientes. El interés que en los siglos XVII y XVIII habían tenido los pasos cordilleranos para los misioneros, ya en el siglo XIX se convirtió en motivación comercial que “hizo elucubrar posibilidades, movilizar voluntades y derramar ríos de tinta”⁴. Benjamín Muñoz Gamero fracasó en 1849-1850 en la búsqueda del “camino de las lagunas” usado tanto por los jesuitas de Chiloé como por el franciscano Francisco Menéndez en 1794⁵. Los primeros en entrever el Nahuel Huapi fueron Vicente Gómez y Felipe Geisse, enviados por el intendente de la colonia chileno-alemana Vicente Pérez Rosales en 1855 y acompañados por José Antonio Olavarría “abuelo de Gómez, que había ido con Menéndez seis décadas antes– y Juan Currieco o ‘Pichi Juan’”⁶. En 1856 lo siguieron dos colonos alemanes del lago Llanquihue, Ferdinand Hess y Franz Fonck⁷, con Pichi Juan, y bautizaron Pérez Rosales al paso de las lagunas, aunque cruzaron por el boquete de los Raulíes⁸. El desafío estaba reabierto. Las vinculaciones económicas a lo largo del corredor fronterizo araucano-norpatagónico funcionaban como siempre, y desde mediados del siglo XIX, con la colonización del sur de Chile, el

español. La iniciativa del cabildo de Talca posibilitó la exploración del paso Pehuenche y la fundación, en 1805, de la ciudad mendocina San Rafael. El más interesante de esos viajes, por sus aportes al conocimiento del territorio y de los pueblos indígenas de la Norpatagonia y la pampa, fue el que llevó al alcalde de Concepción Luis de la Cruz, en 1806, por el paso de Antuco y a través de la pampa hasta la frontera de Santa Fe.

⁴ Biedma, *op. cit.*, p. 240.

⁵ Benjamín Muñoz Gamero, “Memoria sobre la expedición a Nahuelhuapi y otras lagunas situadas entre las provincias de Valdivia y Chiloé”, pp. 2-4.

⁶ Franz Geisse, “Resultado de la expedición de Puerto Montt a la banda oriental de la Cordillera Nevada”, p. 1. Una interesante referencia a los servicios de Juan Currieco en el marco de la conflictividad entre mapuches y colonos en el sur chileno, en Juan Carlos Velásquez, “Colonización alemana y propiedad indígena en la Región de Los Lagos”.

⁷ Franz o Francisco Fonck nació en 1830 en Goch, Alemania. Doctorado en Medicina por la Universidad de Berlín en 1852, se inclinó por la botánica y viajó por Austria e Italia. Emigró a Chile en 1854 recomendado por Alexander von Humboldt y fue contratado por Vicente Pérez Rosales como médico de la colonia de Puerto Montt. Trabajó amistad con Rodolfo Philippi y realizó viajes de exploración: el de 1856 al Nahuel Huapi y en 1857 con la Armada chilena al golfo de Penas. Volvió a Europa entre 1869 y 1872, pero en este último año se estableció en Valparaíso. Fue diputado al Congreso de Chile e intervino activamente en la cuestión de límites con Argentina, editando los diarios de viaje de Francisco Menéndez a la cordillera (1896) y al Nahuel Huapi (1900), además de producir numerosas publicaciones científicas. Murió en 1912.

⁸ Franz Fonck y Ferdinand Hess, “Informe sobre la expedición a Nahuelhuapi”, pp. 1-3.

establecimiento y funcionamiento de curtidurías y destilerías de alcohol de grano en Valdivia y Llanquihue obedecía a la complementación e interpenetración entre las redes comerciales indígenas y capitalistas, mediante la demanda de alcohol y la oferta de ganado que las poblaciones mestizas e indígenas de ambos lados de los Andes ejercían sobre los incipientes núcleos urbanos del sur chileno⁹.



Patagonia Aisén. Río Navegable de la Patagonia Aisén, 1863. Colección Archivo Fotográfico, Museo Histórico, Santiago de Chile.

LA GESTACIÓN Y EL SENTIDO

Guillermo Cox declara en varios momentos de su obra el propósito de contribuir a la exploración y colonización de la Patagonia Norte. Remitiéndose a los antecedentes que demostraban el relativamente fácil cruce de los Andes en la zona, el nacimiento del Limay en el Nahuel Huapi y la navegabilidad de la cuenca del Negro,

“era evidente que un trayecto terrestre o fluvial de 125 millas bastaría para poner a Chile en fácil comunicación con las aguas del Atlántico”¹⁰.

Él mismo había intentado el paso sin éxito en 1857, por el mismo camino de otros exploradores anteriores como Gómez, Franz Geisse, Franz Fonck y Ferdinand Hess –de quienes hablaremos más adelante–, y había explorado en 1859 el antiguo camino de los jesuitas por el estuario de Reloncaví, buscando quizá el paso de Bariloche¹¹.

⁹ Luis Alberto Carreño Palma, “Valdivia, Araucanía y las Pampas: un circuito económico periférico”.

¹⁰ La paginación de las citas textuales de Guillermo Cox siguen la presente edición.

¹¹ Guillermo E. Cox, “Informe sobre la exploración practicada en Nahuelhuapi”, pp. 2-4; Guillermo E. Cox, “Reconocimiento de la ensenada de Reloncaví, practicado en enero de 1859”.

Esta comunicación se proponía facilitar la ocupación:

“no sólo mi proyecto abraza un interés científico y mercantil, sino también humanitario, por cuanto conduce a facilitar la colonización de aquellas regiones”.

El día anterior al de su llegada al ansiado Nahuel Huapi, vislumbrando desde lo alto de la cordillera sus aguas azules, escribió:

“Tenía, pues, delante de mí el camino que debía conducirme por el río Negro a las orillas del Atlántico. Tenía a la vista el lado oriental cuya exploración era, desde algunos años, el objeto de mi pensamiento y el fin de mis deseos”.

De modo que el proyecto de explorar y colonizar las tierras norpatagónicas al este de los Andes y de las colonias europeo-chilenas que a mediados del siglo XIX habían comenzado a establecerse en torno de los lagos del actual sur de Chile, fue durante mucho tiempo la gran motivación de Guillermo Cox y la idea a la que buscó servir esta obra.

LA RECEPCIÓN DEL TEXTO DE GUILLERMO COX EN SU ÉPOCA

Las noticias de Guillermo Cox tuvieron un impacto profundo e inmediato tanto en su país de origen, Chile como en Argentina y en Europa. En ese sentido, es claro que contribuyó mucho más allá de sus propósitos originales al conocimiento de la Patagonia Norte. Diversas publicaciones europeas y sudamericanas dieron cabida a artículos sobre su aventura¹². Su informe también fue considerado muy confiable por Giovanni Bosco, el fundador de la congregación católica de los Salesianos, cuando redactó en 1876 su escrito *La Patagonia y las tierras australes del continente americano* para fundamentar ante el Vaticano la misión evangelizadora que se proponía llevar a cabo en la Patagonia e instruir a sus misioneros. Los exploradores argentinos de la misma zona, posteriores a la conquista, como el vicealmirante Eduardo O'Connor, primer navegante del lago Nahuel Huapi proveniente del Estado argentino, lo consideraron un antecedente de valor¹³. No hubo texto ni

¹² Rudolph Amand Philippi, “Cox’s Expedition über die Andes von Chile”, p. 317; Franz FONCK, “Comunicación interoceánica por la línea de Nahuelhuapi y río Negro, explorada por don Guillermo Cox”; Victor Martin de Moussy, “Des communications entre la République Argentine et le sud du Chili par le passage des Andes: Derniers travaux et voyages exécutés dans le but d’en établir de nouvelles”; G. de La Haye, “Voyage dans les régions septentrionales de la Patagonie”, pp. 184-186; Guillermo E. Cox, “Expedition across the Southern Andes of Chili, with the object of opening a new line of communication from the Pacific to the Atlantic Ocean by the Lake of Nahuel-Huapi and the Rivers Limay and Negro”; , René de Semallé, “Relation d’un voyage dans la Patagonie septentrionale, dans les années 1862 et 1863, par D. Guillermo Cox”.

¹³ Eduardo O’CONNOR, “Exploración del Alto Limay y del lago Nahuel Huapi”, pp. 196-201, 232-240 y 261-263.

mapa ni discurso sobre la Patagonia con pretensión de autoridad, en las décadas de 1860 y 1870, que no citara la invalorable información aportada por Guillermo Cox en su viaje al interior de la frontera. Esto nos advierte que estamos ante uno de los observadores más perspicaces y originales de la geografía fronteriza del sur argentino-chileno previa a la conquista militar de la Araucanía y la Patagonia por ambos Estados. Una geografía descrita, por añadidura, con una riqueza literaria a menudo conmovedora, cargada de humor, gusto e ironía al decir de su bisnieto¹⁴.

Él mismo se sorprendió, y alertando a sus lectores por lo novedoso del mundo que había transitado, contribuyó de modo decisivo al conocimiento y a la construcción de un espacio política y socialmente significativo: una tierra que él y los suyos ignoraban en buena medida, pero que estaba allí. Su sorprendente y atractiva obra recorrió el mundo y aportó mucho a la formación imaginaria y material de una frontera entendida como situación espacio-temporal caracterizada por su marginalidad respecto de los centros metropolitanos, por su orden y su dinámica peculiar, y por ser desconocida por los agentes de los poderes centrales. Como viajero a veces imprevisor o sorprendido por el mundo que descubriría, a diferencia de los viajeros que se identificaban como agentes estatales o, bien, como descriptores desde la mirada de la “vanguardia capitalista” del siglo XIX¹⁵, describió personas sin simplificarlas de acuerdo con el estereotipo del par conceptual civilización-barbarie tan frecuente en otros viajeros de su época, es decir, sin componer personajes y sin ocultar su complejidad.

Por ejemplo, admite categorías intermedias como las de “indio cristiano” o “indio falsificado”, o construye conceptualmente la frontera como un espacio político significativo desde la perspectiva de un Estado que lo pretendiera. Contribuye de manera involuntaria a su invención aportando información que, a juzgar por el impacto en sus lectores, era efectivamente nueva.

La experiencia y la información recabada antes y durante sus viajes llevaron a Guillermo Cox a escribir una extensa y detallada conclusión acerca de la vía del río Negro, con la que cierra su obra. Sin embargo, para sus lectores fue tan interesante su descripción y su conocimiento directo del mundo social fronterizo como su proyecto colonizador y su información geográfica. Para los argentinos en particular, había accedido por la puerta trasera al interior de un mundo indígena y mestizo interesante y complejo, hostil e impenetrable para ellos desde el norte o el este, al menos hasta que el coronel Lucio V. Mansilla emprendiera su “excursión” a tierras ranqueles unos años después¹⁶ o hasta que su émulo argentino Francisco Moreno viera impedido su paso a Chile en 1875-1876 por los caciques del alto Limay.

¹⁴ Huneus, “El diario...”, *op. cit.*, pp. 31-32.

¹⁵ Mary Louise Pratt, *Imperial eyes: Travel writing and transculturation* y Pedro Navarro Flórida, “La mirada de la vanguardia capitalista sobre la frontera pampeano-patagónica: Darwin (1833-1884), Mac Cann (1847), Burmeister (1857)”.

¹⁶ Cfr. Lucio V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles*, en cualquiera de sus numerosas ediciones.

Un primer impacto del texto que presentamos fue, sin duda, el producido por el explorador de tierras desconocidas para el mundo occidental, descubridor de accidentes geográficos y descriptor científico de la naturaleza. En segundo lugar, también fue objeto de una lectura política, por el enorme significado que contenían sus observaciones en el contexto del proceso de formación territorial de los Estados argentino y chileno. Ni el mismo autor ni sus lectores separaron estas perspectivas u otras posibles: nosotros las discernimos al solo propósito del análisis y de la valoración de un texto que contribuye desde distintos puntos de vista al conocimiento de su circunstancia histórica.

LA LECTURA DEL EXPLORADOR Y DESCRIPTOR
DE LA NATURALEZA

Desde el punto de vista del conocimiento geográfico, Guillermo Cox fue muy consciente de pertenecer al sector selecto de las burguesías occidentales que por entonces, en las décadas intermedias del siglo XIX, se dedicaba a la aventura de explorar los márgenes del mundo y, como expresa en su carta dedicatoria al vicepresidente de la Royal Geographical Society de Londres, *Sir* Woodbine Parish, “ligar entre sí a todos los pueblos y hacerlos llegar juntamente al mismo grado de civilización”. En el mismo sentido, inicia la escritura de su viaje expresando su esperanza en producir “palpables beneficios al comercio y a la ciencia”, y recorriendo en los tres primeros y sustanciosos capítulos toda la información que había obtenido de los viajeros precedentes en la zona, desde los más lejanos como el anciano Olavarría, que le transmitieron la herencia de una toponimia problemática, hasta los más inmediatos que habían llegado al Nahuel Huapi.

Pero Guillermo Cox aspiraba a continuar más allá, y el *Diario* de la primera parte de su aventura comienza, como en una novela de Julio Verne, con la descripción del instrumental científico, del camino y del equipo del viajero. Su disposición a lo imprevisto queda en evidencia ante cada peligro, y tanto el naufragio en el Limay como el encuentro con la sociedad fronteriza e indígena de la vertiente oriental de los Andes eran –sin duda– los mayores riesgos. Sin embargo, ninguno de estos factores lo desanimaron y, contra el consejo de los suyos, volvió a cruzar la cordillera sólo unos días después de haber llegado a Valdivia. La conciencia de la novedad de su viaje se manifiesta en momentos clave como cuando se lanzó a navegar el Nahuel Huapi mientras parte del contingente –que lo había ayudado a pasar la cordillera– volvía a Puerto Montt; o cuando, ya en el Limay, expresaba la prevención de encontrarse en territorio ajeno. También se encarga de recordar a sus lectores que, si bien naufragó en el Limay, tuvo la buena suerte de hacerlo casi en el punto que había alcanzado el piloto español Basilio Villarino en su navegación a la sirga del río Negro-Limay emprendida desde Carmen de Patagones en 1783. Así, desde la lógica occidental de conocimiento, relevamiento y clasificación de la naturaleza y del espacio, el reconocimiento de la cuenca del río Negro-Limay, eje articulador del corredor norpatagónico, podía considerarse completo.

Ese programa o misión a la vez civilizatoria y exploratoria del mundo, en el que se inscribe Guillermo Cox como viajero occidental en tierras nuevas, contenía también la tarea de describir con la mayor precisión posible el paisaje natural. En la literatura de viajes de esa época, la descripción de la grandiosidad de la naturaleza se convierte, habitualmente, en un marco de referencia conocido para lo desconocido. El viajero nombra, conoce y se apropia de lo natural, y de este modo ejerce cierto control sobre lo que no puede nombrar –porque ya tiene nombre propio– ni dominar: el otro, las sociedades humanas, que son los verdaderos señores de esa naturaleza recién descubierta por Occidente. El viajero científico recrea y resignifica así la toponimia cambiando los nombres de lugares y cosas, produce el lugar, da existencia a lo visto.

Observó cada árbol y planta, midió las principales alturas del terreno –con márgenes de error amplios, por cierto–, formuló hipótesis acerca del origen de los lagos andinos; los describió y midió hasta donde le fue posible. Construyó un mapa que fue valioso en su momento por algunos datos que quiso marcar con claridad: en primer lugar, la accesibilidad de los pasos cordilleranos tanto en la zona de los lagos Llanquihue y Nahuel Huapi como en la zona cercana de los lagos Ranco y Lácar; en segundo lugar, el esquema de la cuenca del río Limay con sus componentes fluviales y lacustres, con un grado de exactitud no logrado hasta entonces.

Desde el punto de vista del interés que por entonces producían en el mundo occidental las exploraciones de tierras remotas, que intentaba hacer comprensibles esos mundos a un público lector burgués ávido de aventuras, y a pesar de que Gómez, Franz Geisse, Franz Fonck y Ferdinand Hess habían llegado al gran lago y reconocido y explorado algunos de sus accidentes, se puede considerar a Guillermo Cox el redescubridor –para la óptica del siglo XIX y por el impacto internacional de su viaje– del Nahuel Huapi y de las fuentes del río Negro. Su lectura resultó ser una de las principales motivaciones para que Francisco Moreno, el descubridor argentino del Nahuel Huapi, decidiera explorar las nacientes del Limay. Él mismo nos relata que en 1875 “mi nuevo programa era seguir el ejemplo de Villarino, Cox y Musters y visitar los celebrados manzanares y pinares de la falda de los Andes”¹⁷. Al solicitar apoyo a la Sociedad Científica Argentina, le explicaba a sus autoridades:

“Mi intención ahora es continuar la exploración hacia los nacientes del río Negro por la parte septentrional de la Patagonia, para examinar el gran lago Nahuel Huapi. Otros antes que yo, han intentado excursiones semejantes. El Sr. D. Guillermo Cox, chileno, trató por dos veces de atravesar desde Valdivia al Carmen, pero sólo consiguió llegar hasta el río Limay; y el Sr. Musters. Estos viajes dieron por fruto, por parte del primero, el importante libro que escribió a su regreso, y que es el único que poseemos hasta el presente, sobre la Historia Natural de aquellos parajes”¹⁸.

¹⁷ Francisco P. Moreno, *Viaje a la Patagonia Austral: 1876-1877*, p. 16.

¹⁸ Francisco P. Moreno, “Documento dirigido al Sr. Pedro Pico, Presidente de la Sociedad Científica Argentina: Buenos Aires, septiembre 14 de 1875”.

La sistematización de la información geográfica obtenida por Guillermo Cox está, además de en el mapa, en el apéndice final. Siguiendo la norma de los viajes científicos ilustrados, tras el diario de viaje nuestro autor compuso un estudio sistemático o parte académica que sintetizaba los conocimientos útiles alcanzados. Es posible que el poco tiempo de que dispusiera para reunir y sistematizar la información haya conspirado contra su ordenamiento¹⁹. Por eso, en la primera edición realizada en forma de libro, de 1863, no es clara la lógica de los apartados: comienza por Geografía –que incluye Orografía, Hidrografía, Geología (clasificación de las piedras recogidas, hecha por Amado Pissis), y Alturas principales–; continúa por Botánica –Árboles, Arbustos, Enredaderas, “Catálogo de las plantas recogidas, hecho por el Dr. R.A. Philippi”–; Zoología –en realidad el apartado se titula “Animales, aves, reptiles, peces, insectos” e incluye el “Catálogo de los insectos recogidos, hecho por el doctor don R.A. Philippi”–; y luego intercala dos breves divisiones sobre Salinas y Clima, salta a Idiomas y luego la Conclusión. El carácter de texto científico es reforzado por las clasificaciones aportadas por Amado Pissis²⁰, en el caso de las piedras, y por Rudolfo Philippi²¹, para el caso de la clasificación y catalogación botánica y zoológica, y también por las observaciones meteorológicas realizadas por el mismo Guillermo Cox.

La información geográfica sistemática reunida por Guillermo Cox apunta a señalar las diferencias entre el “Chile occidental” y el “Chile oriental”, a ambos lados de la cordillera, en la misma latitud de los lagos que había transitado, al mismo tiempo que a respaldar el proyecto de colonización de la Patagonia Norte, dado que el explorador se muestra “muy lejos de juzgarlas [a las regiones orientales] sólo propias para las tribus nómadas que las habitan”²². Las dos vertientes del mismo país aparecen, en su esquema, separadas por una cordillera de los Andes interrumpida por pasos importantes que funcionan como corredores transversales mediante dos “sistemas”: el de los volcanes Osorno y Calbuco –que da paso al lago Nahuel Huapi– y el del boquete de Ranco –que abre camino al lago Lácar–. La observación de la hidrografía contribuye a la misma explicación: se señalan y

¹⁹ Agradezco la observación a Claudio Cratchley.

²⁰ Pedro Amado Pissis Marín nació en Brioude, Francia, en 1812. Estudió Geología en la Escuela de Minas, la Escuela Politécnica y el Museo de Historia Natural de París, e hizo trabajos de campo en Brasil y Bolivia. Estando en Chile en 1848, el gobierno lo contrató para realizar un estudio geológico, topográfico y mineralógico del país. Entre 1848 y 1868 realizó varios viajes y publicó el Plano Topográfico y Geológico de la República de Chile y diversos estudios orográficos. En 1870 fue nombrado jefe de la sección de Geografía de la Oficina de Estadística de Chile, y en 1876 publicó en París su obra más importante, *Geografía física de la República de Chile*. Falleció en Santiago en 1889.

²¹ Rodolfo Amando Philippi Krumwiede nació en Charlottenburg, cerca de Berlín, en 1808. Aunque se recibió de doctor en Medicina y Cirugía por la Real Universidad Prusiana de Berlín, se dedicó a los estudios biológicos y geológicos viajando por Francia e Italia. Perseguido por sus ideas liberales, emigró a Chile en 1851 atraído por su hermano Bernardo, que había sido contratado por el gobierno para gestionar la inmigración alemana. Allí fue director del Museo de Historia Natural y docente en la Universidad de Chile, formó un jardín botánico, y realizó diversas investigaciones. Exploró zonas poco conocidas del interior chileno, produciendo numerosas publicaciones. Murió en Santiago en 1904.

²² Véase más adelante p. 208.

describen los principales ríos que caen hacia el Pacífico y hacia el Atlántico, destacando sus generosos caudales.

Un aporte muy interesante lo constituyen las observaciones meteorológicas, muy limitadas por el breve lapso que abarcan, pero novedosas para la región. La comparación con los registros existentes en Valdivia y Puerto Montt le permitieron señalar la particularidad de las precipitaciones del este de la cordillera.

En el apartado sobre Botánica, da lugar preferente a las especies que recogió durante sus viajes porque no le parecían comunes con las del sur de Chile, y en el marco del catálogo realizado por Rudolfo Philippi el autor se sorprende de encontrar en la estepa patagónica plantas que había observado en las regiones centrales de Chile y aun en Atacama, atribuyendo ese fenómeno a la sequedad del ambiente. Numerosos estudios sistemáticos realizados desde fines del siglo XIX y durante el siglo XX han confirmado esa regularidad en la conceptualización de una diagonal de tierras áridas que cruza el cono Sur desde las costas pacíficas del Perú y Chile hasta la costa atlántica de la Patagonia argentina. La contribución al incremento del conocimiento en ese campo de la ciencia se destaca con la descripción de veinticinco especies nuevas, aunque Rudolfo Philippi señala que por tratarse de una región casi inexplorada por los naturalistas, ese número es insuficiente para una representación completa de la riqueza natural del país.

Respecto de los animales, también prefiere enumerar aquéllos que presentan particularidades locales.

LA LECTURA POLÍTICA EN EL MARCO DE LA CUESTIÓN TERRITORIAL

En la época de la construcción de los estados nacionales latinoamericanos, una masa crítica de información geográfica como la obtenida y sistematizada por Guillermo Cox no podía pasar inadvertida. En un proceso político caracterizado por la relativa indiferenciación cultural entre los sectores dirigentes criollos de los nuevos países y, al mismo tiempo, por la diversidad cultural interna que planteaba la existencia de distintos pueblos indígenas, la importancia del componente territorial fue decisiva para la creación imaginaria de nuevas comunidades nacionales. Construir un territorio como espacio de dominación y de afirmación de una identidad común, fue una tarea paralela a la construcción institucional del Estado.

Desde ese punto de vista, todo conocimiento geográfico era, antes, incluso de su validación académica o su transmisión escolar, políticamente útil. Guillermo Cox conocía la importancia política de su viaje cuando proponía una finalidad patriótica, y se sabía destinatario del apoyo del gobierno del presidente Manuel Montt. Su proyecto colonizador de la Norpatagonia se encuentra en línea con la política colonizadora e inmigratoria de Chile, y por eso uno de los elementos llamativos en el principio de su recorrido es la descripción que hace de la colonización alemana del área del lago Llanquihue, con el optimismo progresista que caracterizaba a las élites ilustradas latinoamericanas de la época.

Se pueden considerar aportes significativos a ese proceso político de territorialización algunas de las notas que el autor incluyó en el apéndice científico a la primera edición de su viaje en forma de libro. El análisis del idioma “araucano” o *mapuzungun* realizado por Guillermo Cox, encuentra una referencia insoslayable en la gramática y diccionario elaborado por el padre jesuita Andrés Febrés, que era la fuente más corriente sobre el tema, utilizada por estudiosos y misioneros de la época. Como en los manuales y guías para inmigrantes que los estados nacionales y las empresas de colonización solían editar en el siglo XIX, este apartado no se propone un estudio profundo de la lengua en cuestión, sino facilitar un rápido acceso a sus rudimentos a quienes se propusieran embarcarse en la aventura de la colonización en tierras indígenas o de frontera. Agrega notas obtenidas de Luis de la Cruz y algunas palabras en la lengua de los tehuelches, tanto la meridional como la septentrional, con el mismo propósito.



Canal Balmaceda, 1908. Colección Archivo Fotográfico, Museo Histórico, Santiago de Chile.

Pero donde despliega con más claridad sus propósitos políticos es en la “Conclusión”, en la que emprende un interesante ensayo de análisis de las vías de comunicación que cruzaban o que se proponían cruzar América, del mismo modo que lo hacen en la actualidad los grandes programas internacionales de creación de infraestructura orientados a vincular los mercados atlánticos con la región Asia-Pacífico a través del continente americano. Desde el paso ártico del Noroeste hasta el cabo de Hornos, incluyendo el istmo de Panamá, la cuenca del Amazonas, etc., pone en consideración las ventajas y desventajas de cada vía de navegación, camino y red ferroviaria existente o en proyecto, para concentrar su atención en la vía

bioceánica del río Negro y de los pasos cordilleranos cercanos al Nahuel Huapi, que desembocan en los diversos caminos utilizados desde el siglo XVII por los misioneros de Chiloé y desde tiempos inmemoriales por las poblaciones originarias de la región.

El proyecto inmediato era la colonización del Nahuel Huapi. Para ese fin, aporta información acerca de las vías de acceso, la posibilidad de navegar la cuenca del Negro, los recursos disponibles, los intereses y relaciones entre las agrupaciones indígenas locales y las autoridades y mercados chilenos y argentinos y la conveniencia de establecer también una misión. El propósito general volvía a ser, como en el inicio del libro, abrir los nuevos espacios de la Patagonia a lo que se consideraba “la civilización”.

El *Viaje...* de Guillermo Cox fue objeto, en lo esencial, de dos lecturas políticas en momentos y desde intereses diferentes. La primera de ellas la hicieron los sectores dirigentes argentinos en el marco de las decisiones que se tomaron en la década de 1860, dirigidas a la ocupación estatal de la Patagonia Norte. La segunda, una vez apropiadas la Patagonia por Argentina y la Araucanía por Chile, sobrevendría en el contexto de la cuestión de los límites internacionales resuelta en 1902 por laudo de la corona británica.

En la primera de esas instancias, la información de Guillermo Cox constituyó un aporte decisivo para la determinación de la importancia del río Negro como vía de comunicación y como límite sur al que debía aspirar por entonces Argentina. No sólo proporcionaba información desde el punto de vista de la geografía física sino que llamaba la atención acerca de una geografía humana que adquiriría un sentido político en la coyuntura, en particular cuando se refería a las inestables relaciones de la población pampeana y patagónica con las autoridades argentinas.

Los conocimientos generados acerca del norte de la Patagonia estimularon a la clase dirigente argentina –como años antes habían entusiasmado a los chilenos– a emprender la ocupación del territorio intermedio de las pampas, hasta el río Colorado o hasta el Negro. El acuerdo acerca de la modalidad de la conquista de la pampa se plasmó, finalmente, en el proyecto que sería la ley 215 del Congreso argentino de 1867. Todavía en la discusión general del proyecto, cuando se fundamentaba la posibilidad de trasladar el límite al río Negro, el Senado argentino llevó a colación valiosa información sobre los ríos norpatagónicos extraída tanto de viajeros coloniales como Villarino, cuanto de otros muy recientes como Guillermo Cox. Los datos aportados por los viajeros más modernos –y el último provenía, para colmo, del país que competía con Argentina por esos espacios– inclinaron la balanza en favor de la decisión de establecer el nuevo límite sur de Argentina en los ríos Neuquén y Negro.

Sin embargo, no fue sólo el aporte de información geográfica estratégica lo que llamó la atención de los sectores dirigentes argentinos sino algo que se haría mucho más patente con la *Excursión a los indios ranqueles* del coronel Lucio V. Mansilla, en 1870: los indicios que confirmaban el diagnóstico ya anticipado por Domingo F. Sarmiento desde el exilio chileno a mediados del siglo XIX, que había acertado en señalar la amenaza de una “barbarie” engendrada por el “desierto”, no como un

vacío, sino como otro sistema, el de la “vida pastoril”, generador de *tipos* como el rastreador, el baqueano, el cantor y el “gaucho malo”, a menudo en conflicto con el orden legal estatal²³; es decir, un sistema o válvula de escape que de algún modo amenazaba la construcción de ese orden y se convertía en un dato político y social insoslayable. En este sentido, también la experiencia de Guillermo Cox resultó motivadora del avance estatal argentino sobre la Patagonia Norte.

En el marco de la narrativa decimonónica de viajes a las fronteras, el relato de Guillermo Cox fue muy significativo para los sectores dirigentes argentinos y chilenos. Desde ese mundo mestizo que se mostraba refractario al orden estatal, frecuentado por fugitivos de la justicia, marginales, cautivos y cautivas –siendo el cautiverio, junto con la guerra, el mayor hecho de violencia interpersonal y simbólica que proporcionaba el contacto interétnico–, el viajero contribuyó a una literatura de frontera “que reenvía las preguntas al sujeto que las formula”²⁴, es decir, que interpelaba a las sociedades y estados por entonces en formación en la región.

Superado ya ese riesgo de la frontera mediante la conquista violenta de la Araucanía, la pampa y la Patagonia y la desarticulación de las redes sociales fronterizas, a fines del siglo XIX, la descripción de la cordillera aportada por Guillermo Cox adquirió otro valor y fue objeto de la segunda lectura mencionada. Sin que decayera el interés por el redescubrimiento del paso de los Vuriloches que el mismo Guillermo Cox proponía como solución definitiva al problema de la comunicación con la Patagonia, el interés central de los Estados derivó a la cuestión de los límites. En cuanto al paso Vuriloche, unos años después de los intentos de nuestro autor, en 1871, el marino Francisco Vidal Gormaz le señalaba al colono inglés Robert Christie el extremo chileno del camino tan soñado. En 1880, del lado argentino, Francisco Moreno intuía que la salida oriental estaría en el lago Gutiérrez. En pocos años la información disponible se multiplicó y alimentó la polémica: se publicaron en Chile varias crónicas jesuíticas, Franz Fonck encontró los manuscritos del padre Francisco Menéndez, se sucedieron las exploraciones de Jorge Rohde, Roberto Christie²⁵ y Emilio Valverde, todo entre 1883 y 1885. En 1900, finalmente, el paso Vuriloche fue identificado por el capitán ingeniero chileno Arturo Barrios²⁶.

La cuestión de límites entre Argentina y Chile derivaba de la necesaria imprecisión del tratado general de 1881, dados los conocimientos disponibles en el momento: allí se definía que el límite pasaría por las altas cumbres que dividen aguas, pero no se preveía –por desconocimiento del terreno– qué hacer en las zonas en las que la divisoria de aguas no está constituida por la línea de las mayores alturas. Por un lado, el mapa y las observaciones de Guillermo Cox dejaban en claro que el lago Lácar desagua en el Pacífico; por el otro, describía unos cordones monta-

²³ Domingo F. Sarmiento, *Civilización y barbarie: Vida de Juan Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina*, pp 40-54.

²⁴ Álvaro Fernández Bravo, *Literatura y frontera: procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*, p. 17.

²⁵ Roberto Christie, “Camino de Bariloche” y Roberto Christie, “El camino de Buriloche y su importancia para la ganadería de la región Austral de Chile”, citados en Biedma *op. cit.*, p. 240.

²⁶ Biedma, *op. cit.*, pp. 245-247.

ñosos que rodean tanto al Lácar como al Nahuel Huapi por el este, lo que podía ser favorable a las tesis chilenas. La cartografía de la época, por ejemplo, incorporó la información de Guillermo Cox y contribuyó a problematizar la determinación del límite internacional. Citaremos algunos casos. En el *Atlas* de Victor Martin de Moussy (en la “Carte de la Province de Mendoza, de l’Araucanie et de la plus grande partie du Chili par le Dr. V. Martin de Moussy, 1865”, donde está trazado el límite internacional, y en la “Carte de la Patagonie et des archipels de la Terre de Feu, des Malouines et des côtes occidentales jusq’au golfe de Reloncavi par le Dr. V. Martin de Moussy, 1865”, donde el límite no figura), obra anterior al tratado de 1881, pero que reconoce los antecedentes coloniales en los que ese acuerdo se basó, el límite chileno-argentino parece seguir la divisoria de aguas allí donde era mejor conocida gracias a Guillermo Cox –volcando el lago Lácar hacia el lado chileno y el Nahuel Huapi al argentino–; pero, la línea de altas cumbres aparece constituida, entre el Nahuel Huapi y los 45° de latitud, por los mismos volcanes y cerros que, como el Yate, el Corcovado y otros, están claramente separados al occidente del cordón principal y hoy pertenecen a Chile. Diez años después, en los mapas argentinos preparados para la Exposición Internacional de Filadelfia, el límite argentino-chileno norpatagónico pasaba también por los citados volcanes y cerros hoy chilenos. Ya en la década de 1880 y en el marco del conflicto limítrofe, el militar alemán-argentino Jorge Rohde discutía esa cartografía porque el límite, en ella, no pasaba por los volcanes Osorno y Calbuco y, por lo tanto, no permitía el acceso de Argentina al estuario de Reloncaví y a puertos sobre el Pacífico. De acuerdo con su interpretación, Argentina debería establecer un puerto allí y colonizar los valles cordilleranos intermedios, es decir, tomar la iniciativa sobre la zona del paso Vuriloche que tanto interesaba a los chilenos en función del comercio trasandino.

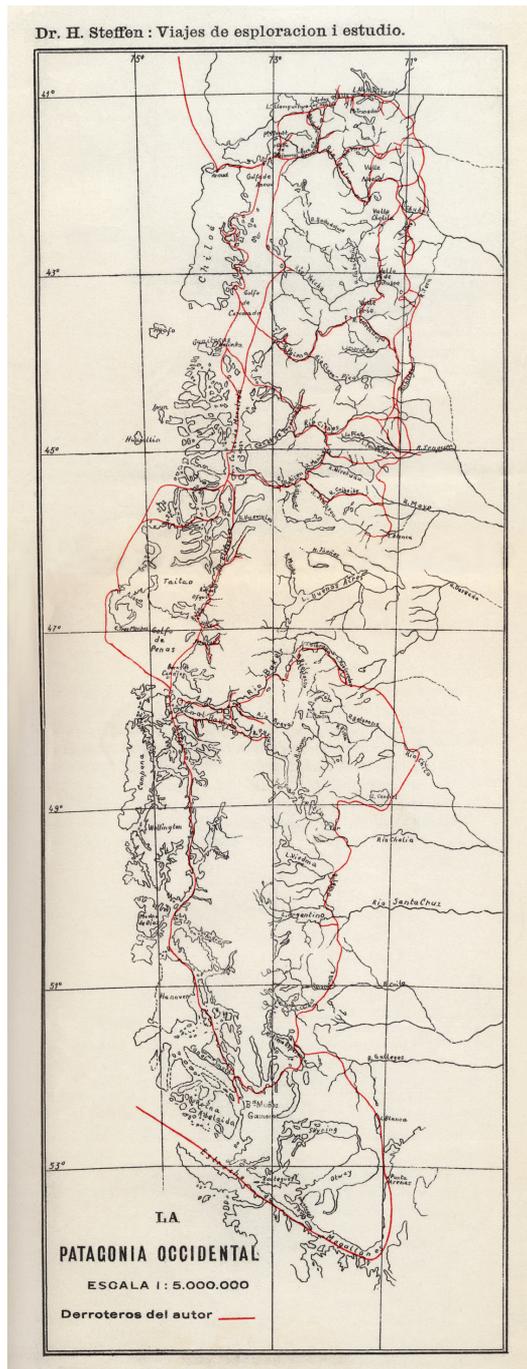
En ese mismo contexto, en Chile, el también explorador Francisco Fonck apreciaba –todavía en los últimos años del siglo XIX– la indagación bibliográfica y testimonial de su amigo Guillermo Cox como singularmente valiosa por haber dado a luz documentación casi desconocida o inédita y por haber rescatado del olvido el camino seguido por los misioneros coloniales de Chiloé al Nahuel Huapi²⁷. Franz Fonck publicaba entonces los diarios de fray Francisco Menéndez con el propósito político –entre otros fines– de sustentar el principio jurídico de la posesión territorial en la acción de exploradores como Guillermo Cox:

“el dominio de una nación debe alcanzar por regla general hasta donde ejerza o haya ejercido su acción por medio de sus viajeros, sus autoridades, sus misioneros, sus comerciantes”²⁸.

Así, si Francisco Menéndez y Guillermo Cox habían alcanzado aproximadamente la confluencia del río Collón Curá con el Limay desde Chile, y Villarino lo había hecho desde el Atlántico, allí debería fijarse el límite.

²⁷ Franz Fonck, *Viajes de Fray Francisco Menéndez al Nahuelhuapi*, pp. 3 y 325.

²⁸ *Op. cit.*, p. 325.



La Patagonia Occidental: viajes de exploración y estudio. 1902. Autor Hans Steffen. Archivo Fotográfico y Digital, Biblioteca Nacional, Santiago de Chile.

De modo que la información proporcionada por Guillermo Cox pudo jugar a favor de una u otra parte, según el aspecto que se tomara en cuenta; lo que resulta indudable es que aportó conocimientos a una cartografía que todavía presentaba amplios espacios en blanco. En ese sentido, contribuyó al proceso de fijación de los espacios de dominación tanto chileno como argentino.

LA OBRA EN LA ACTUALIDAD

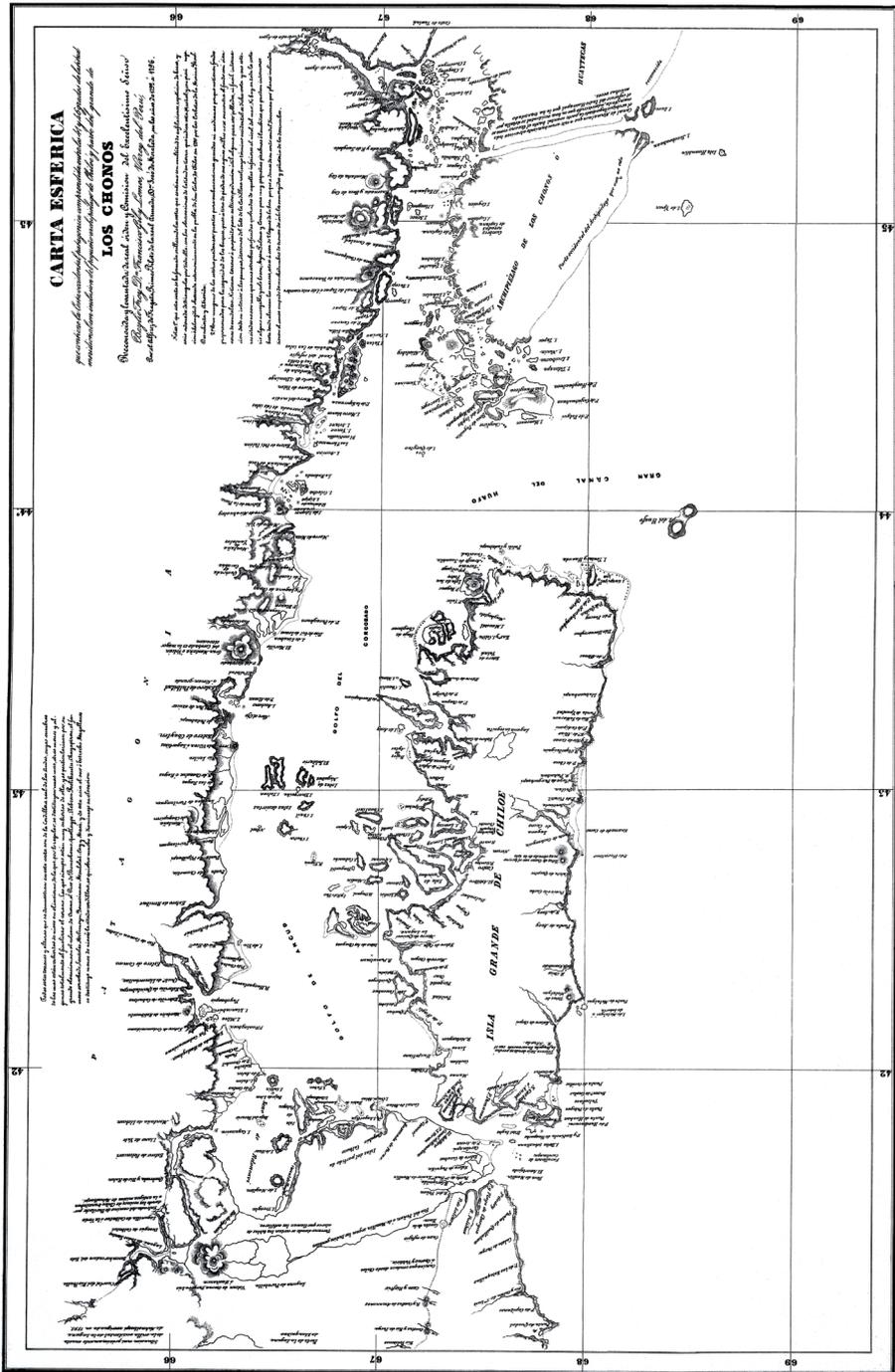
Desde el punto de vista de la actual historiografía sobre la frontera sur chilena y argentina del siglo XIX, podemos agregar nuevas lecturas a los materiales de Guillermo Cox. Desde una perspectiva política podemos considerarlos como una fuente para la historia del conocimiento territorial, pero también lo es para la historia del conocimiento de la sociedad regional y de la naturaleza.

En el último cuarto del siglo XX se han ido superando en toda América Latina los enfoques nacionalistas más cerrados y esto ha permitido problematizar e historizar de manera adecuada el proceso de formación de los Estados, relejendo viejas fuentes bajo nuevas miradas.

Para los intereses colonizadores de Guillermo Cox, no bastaba con registrar la sorprendente diversidad humana de la frontera, sino que se hacía necesario anotar y comprender cómo, por dónde y por qué se movilizaban esos sujetos; qué traía y qué se llevaba cada uno. La complejidad de las relaciones existentes sobre el eje Valdivia-Carmen de Patagones requería ser explicada por algo más que por el movimiento de los traficantes de ganado y aguardiente, y enmarcada en el adecuado contexto político. El circuito comercial funcionaba muy bien –como Guillermo Cox tuvo oportunidad de comprobar y aprovechar con motivo de su segunda entrada al territorio de Neuquén– bajo el amparo más o menos informal de las autoridades estatales tanto chilenas como argentinas.

Sin embargo, las relaciones políticas entre Chile y los indígenas de la pampa y Patagonia, como entre éstos y Argentina, entraban en un período de creciente inestabilidad y violencia al mismo ritmo que los estados argentino y chileno proyectaban sus pretensiones sobre esos territorios. Guillermo Cox se muestra consciente de esas circunstancias, cuando expresa sus temores y reservas frente a los señores del Nahuel Huapi y del Limay. Con el mismo propósito, desplegó la tradicional estrategia de regalos y parlamentos en tierra extraña, frente a unos grupos nativos (indígenas y mestizos) que trataban de sacar provecho de la convivencia forzada con los blancos, estableciendo términos de negociación y exigiendo reconocimiento de su territorialidad, intercambios y servicios. El viajero reconocía así la existencia de ese otro orden alternativo ya mencionado, con sus propias leyes no escritas y su propia lógica, que a menudo desafiaba las estrategias hispanocriollas²⁹.

²⁹ Pedro Navarro Floria, “El salvaje y su tratamiento en el discurso político argentino sobre la frontera sur, 1853-1879”, pp. 345-376.



Carta esférica que contiene la costa occidental patagónica entre los 41 y 46 grados de latitud meridional, con inclusión del pequeño archipiélago de Chiloe y parte del grande de Los Chonos, 1796. Autor José de Moraleda. Archivo Fotográfico y Digital, Biblioteca Nacional, Santiago de Chile.

En el plano del trato político de los grupos de la pampa y la Norpatagonia con las autoridades argentinas, la presencia de un mediador militar de la guarnición de Carmen de Patagones en las tolderías pehuenches era señal de un trato pacífico que persistiría hasta la década de 1870³⁰, y en particular de una política de vieja raíz colonial: la de los “capitanes de amigos”. También Llanquitrue –como lo llama Guillermo Cox– o Yanquetruz –como es denominado en la bibliografía y la documentación de la época–, que había participado del sangriento ataque al fuerte bonaerense de San Antonio de Iraola en 1855 y firmado la paz en 1857 con el estado de Buenos Aires, se presentaba, según le refirieron a Guillermo Cox, escoltado por oficiales del ejército, y al morir fue honrado como general argentino. Por entonces, Yanquetruz –Guillermo Cox transcribe varias cartas al respecto– había sido reconocido como “comandante en jefe de todo el territorio de la Pampa” con el grado de teniente coronel, con asiento en Valcheta –un importante paradero situado en el este de la meseta patagónica rionegrina, cerca del golfo de San Matías– y con la misión de auxiliar a Buenos Aires en la defensa y fortificación del río Negro. En las tratativas previas, Paillacan y Huincahual –los conocidos por Guillermo Cox– figuran como parte de los caciques “chilenos” opuestos a la paz³¹. Muerto Yanquetruz en Bahía Blanca a la temprana edad de treinta años, el trato pacífico continuó con su hermano y sucesor Chingoleo –o Chincoleu, como lo llama Guillermo Cox– y culminaría en una serie de tratados con los renuentes Sayhueque, Huincahual y su hijo Inacayal y otros jefes, todos en 1863.

Es probable que este panorama de entendimiento de los caciques norpatagónicos con las autoridades argentinas haya sido el factor que terminó de desalentar a Guillermo Cox de intentar su travesía hasta Carmen de Patagones. Franz Fonck, desde la perspectiva chilena, nos hace notar el apoyo que el presidente Manuel Montt prestó al viaje de Guillermo Cox, y el trato “poco digno de la cultura de nuestro siglo” que las autoridades argentinas le tendrían reservado, aunque ni lo uno ni lo otro surge de forma clara de la lectura del viaje³². La resistencia y posterior aceptación de los tratados con el Estado argentino nos revelan la existencia de una estrategia propia de los caciques del mundo fronterizo, inclinados al trato pacífico, pero cuidadosos de parecer débiles ante sus pares. La ductilidad de Guillermo Cox frente a la lógica y al orden interno del mundo fronterizo, el modo en que acepta –aun en tensión con sus convicciones profundas– convertirse él mismo en traficante de aguardiente para poder penetrar el territorio deseado, nos colocan frente a un viajero atípico, poco dispuesto a imponer otro orden o a transformarse en agente de cualquier operación de conquista o dominación violenta. La frontera transcrita en sus textos es, en consecuencia, más un espacio híbrido y abierto que el territorio del despliegue de una soberanía estatal, una tierra libre, pero no sin

³⁰ Pedro Navarro Floria, “Continuidad y fin del trato pacífico con los indígenas de la Pampa y la Patagonia en el discurso político estatal argentino (1853-1879)”, pp. 517-537.

³¹ Abelardo Levaggi, *Paz en la frontera: Historia de las relaciones diplomáticas con las comunidades indígenas en la Argentina (siglos XVI-XIX)*, pp. 287-291.

³² Fonck, *Viajes...*, *op. cit.* p. 207, nota.

dueños en la que los intentos –tanto argentinos como chilenos– de imponer una dominación exógena encontrarían fuertes resistencias.

Con el mismo sentido de servir tanto a la causa genérica de la civilización como a los propósitos concretos de un Estado, Guillermo Cox concluye el apéndice de su obra, como ya hemos señalado, con la proposición de habilitar la vía de comunicación interoceánica entre Carmen de Patagones y Puerto Montt colonizando el paso de los Vuriloches –nombre que derivó al de Bariloche– y el Nahuel Huapi con inmigrantes alemanes, generando un mercado atractivo para los productos indígenas que en ese entonces se orientaban a Patagones, y abriendo la navegación del río Limay-Negro. El punto débil de la propuesta se encontraba en que el paso de Bariloche no era muy conocido en la época. Desde el punto de vista de los procesos actuales de territorialización, a principios del siglo XXI, resulta llamativa la claridad y precisión con la que Guillermo Cox contextualizó su proyecto en el marco de la ampliación de los mercados capitalistas y en la búsqueda de acceso a nuevas regiones del mundo, tanto para la comercialización como para la colonización y puesta en explotación de la tierra.

Un detalle poco estudiado de los hallazgos de Guillermo Cox –volcado en su mapa, por otra parte– es la hipótesis acerca de la presencia de ruinas de una fortificación española o indígena, tal vez del período de conflicto hispano-mapuche de la segunda mitad del siglo XVI, en la margen norte del lago Lácar, sobre un camino transcordillerano habitualmente transitado y cerca de donde habitaba en el momento del viaje de Guillermo Cox el “indio cristiano” Hilario³³. Se trata de otra evidencia de contactos trasandinos muy anteriores, por cierto, a la existencia de los estados-nación chileno y argentino en la región.

En síntesis, desde el punto de vista del conocimiento que en la actualidad tenemos de esa situación histórica, nuestro viajero se nos muestra, en el terreno político, como un agente intencional del proyecto de construcción territorial de su país, Chile, que encontró en el mundo fronterizo e indígena una serie de condicionamientos inesperados: fundamentalmente, la coyuntura favorable en las relaciones entre los caciques norpatagónicos y el entonces unificado Estado argentino. El cúmulo de información geográfica sobre el espacio recorrido, muy novedoso para la época, tuvo también sus lecturas políticas contemporáneas, funcionales a esos procesos de territorialización de los estados nacionales: en un primer momento, funcional a la conquista de la región por Argentina, y más tarde funcional al trazado del límite argentino-chileno. En la actualidad, podemos agregar su análisis de las vías de comunicación interoceánicas, y en particular la del corredor norpatagónico, como una anticipación y un aporte interesante para la historia de las lecturas actuales acerca de los procesos de integración y globalización.

³³ Adán Hajduk, Maximiliano J. Lezcano y Romina Braicovich, “Tras los pasos de Guillermo E. Cox (1863): evidencias arqueológicas de un posible fuerte español y de un asentamiento indígena de mediados del siglo XIX en el lago Lácar (Pcia. de Neuquén)”.

EL CONOCIMIENTO ANTROPOLÓGICO Y SOCIOLÓGICO
DEL MUNDO FRONTERIZO

En la *Descripción geográfica y estadística de la República Argentina* que en los mismos años del *Viaje...* de Guillermo Cox editaba con gran esfuerzo, contratado por el gobierno rioplatense, el naturalista francés Victor Martin de Moussy, en el tardío tomo III (1864), el autor reafirmaba el estereotipo del nomadismo que la incipiente Antropología académica europea, desde las obras de Alcide d'Orbigny, había asignado en mayor o menor medida a todos los pueblos indígenas no sometidos de América. Victor Martin de Moussy agregaba a ese esquema general algunos datos aportados por dos novísimas obras: *Trois ans d'esclavage chez les Patagons* (1864) de Auguste Guinnard y el *Viaje...* de Guillermo Cox. Los nuevos datos fueron incorporados por el médico francés en una extensa nota a pie de página en la que se destaca que, según Guillermo Cox, “todos los nómades” se desplazaban con facilidad por todo el espacio pampeano-patagónico³⁴. De tal modo destacaba Victor Martin de Moussy la movilidad de los pueblos indígenas, y la suya fue quizá la única obra importante sobre la geografía argentina del siglo XIX, que decidió no incluir una estimación acerca de la cantidad de la población indígena de la Patagonia, cálculo que sí incluía Guillermo Cox.

Las observaciones de las ciencias del hombre del siglo XIX se encontraban sobredeterminadas por argumentos políticos originados en los centros de poder político y científico mundial, europeos y estadounidenses. Esas explicaciones eran, en general, de corte colonialista, del tipo de las clasificaciones de las poblaciones en “civilizadas” y “salvajes” y racista –estableciendo jerarquías entre “razas” superiores e inferiores–, de tal modo que, como ocurre en esta lectura de Guillermo Cox por Victor Martin de Moussy, todo nuevo dato se incorporaba en ese esquema conceptual previo. Incluso, el racismo de mediados del siglo XIX tendía a plantear relaciones indisociables entre raza, nación y clase, bajo el paradigma o supuesto de la existencia de una homogeneidad propia de cada nación que no era sino un constructo histórico. Esta homogeneización o nacionalización forzada escondía, entonces, mecanismos de diferenciación y subalternidad según los cuales los indígenas acarrearían el doble estigma de ser “indios” (como categoría antropológica) y pobres asimilados a las sociedades de tipo capitalista (como categoría sociológica). La posibilidad de revisar los supuestos de esas determinaciones llegó con la ruptura del paradigma de la homogeneidad sociocultural de los pueblos latinoamericanos, con la admisión de la diversidad y la atención generada por las naciones indígenas, recién en el último cuarto del siglo XX. Desde este punto de vista, una relectura actualizada de Guillermo Cox nos revela a un viajero de singular capacidad de observación etnológica, disposición que se puso de manifiesto desde el momento mismo en que decidió recurrir a testimonios escritos, orales y materiales anteriores, incluso, de indígenas, para corroborar su hipótesis acerca de

³⁴ Victor Martin de Moussy, *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*, vol. III, pp. 505-506.

la vía interoceánica del río Negro. La mayoría de estas relaciones se resumen en los capítulos II y III de la introducción a su trabajo, y a lo largo de su diario reaparecen siempre las referencias a los viajeros y cronistas anteriores.

Pero lo más llamativo del paisaje humano que describe estaba, sin duda, al este de los Andes, en la caracterización de un sorprendente mundo mestizo habitado por criollos chilenos y rioplatenses, indígenas de distintas partes de la Patagonia y la pampa vinculados entre sí por parentesco o por negocios, mestizos de todo tipo oficiando de lenguaraces y mediadores políticos, novias fugitivas o raptadas, tráfugas, pastores, cautivos, traficantes de caballos y aguardiente; un mundo con sus propios códigos y circuitos económicos, cruzado por lealtades locales y de largo alcance ligadas unas a otras con los lazos del poder y del interés³⁵; un espacio incierto estructurado más por las relaciones de reciprocidad interpersonal que por sistemas formalizados de autoridad.

Esta lectura es actual y ha sido posibilitada por las nuevas perspectivas abiertas por las Ciencias Sociales en el campo de los estudios sobre las culturas. Guillaume Boccara destaca que el reconocimiento de los mundos mestizos por los estudiosos es reciente.

“El historiador chileno José Bengoa habla de ‘cultura de la multiculturalidad’ (1996), el sociólogo argentino Néstor García Canclini de ‘culturas híbridas’ y de ‘desterritorialización de las identidades’ (1995, 1989), el sociólogo chileno José Joaquín Brünner define la experiencia cultural contemporánea como ‘un evento multicultural y desterritorializado’ (1998), el historiador francés Serge Gruzinski reflexiona sobre el ‘pensamiento mestizo’ (1999), el escritor haitiano René Depestre habla de ‘ubicuidad cultural’ y de ‘*métier a métisser*’ (1998) y el antropólogo indioamericano Arjun Appadurai destaca ‘el nuevo rol de la imaginación en un mundo desterritorializado’. Se trata de abandonar el enfoque ahistórico tradicional, el estudio de las sociedades y de los grupos ‘fuera del tiempo’, para restituir los regímenes de historicidad y los mecanismos a través de los cuales se fijan las memorias y se reevalúan las categorías culturales”³⁶.

El carácter reciente del estudio de estas lógicas mestizas sólo puede explicarse atendiendo a una tradición historiográfica ignorante de la diversidad de la frontera, cooperadora y producto a la vez de una literatura de viajes que invisibilizaba lo diferente.

Guillermo Cox hace un aporte significativo a esta restitución de historicidad al mundo de las zonas interculturales: describe una frontera totalmente mestiza, atra-

³⁵ Una de las historias recogidas por Guillermo Cox en la Norpatagonia se relaciona con el asesinato y cautiverio de los náufragos del bergantín *Joven Daniel* por mapuches, episodio que en 1849 había conmocionado a la opinión pública chilena, en uno de los momentos en que se debatía con más intensidad la política a seguir en la Araucanía. Cfr. Domingo F. Sarmiento, “Instituciones militares de Chile”, partes II, V y VI y José Bengoa, *Historia del pueblo mapuche (siglos XIX y XX)*, pp. 162-164.

³⁶ Guillaume Boccara, “Antropología diacrónica: Dinámicas culturales, procesos históricos y poder político”, pp. 24 y 26.

vesada por criollos e indígenas “cristianizados” y aculturados en diferentes grados y modos, antesala, a su vez, de un mundo indígena también heterogéneo, multilingüe, móvil y conflictivo, traspuesto por quienes transitaban por distintos motivos el largo corredor de Valdivia a Carmen de Patagones. La ruta del aguardiente por el lago Ranco y Arquihue, donde había hasta una balsa que comunicaba de manera regular con la cuenca del lago Lácar, es sólo una muestra de ese mundo de transición y en transición entre los circuitos capitalistas y los mundos no capitalistas.

Se trataba de una frontera más difícil de determinar en clave espacial que en términos de modo de vida o de proceso, entre dos mundos –el indígena y el criollo– también en profunda transformación. Ante esta realidad, Guillermo Cox desembocó en un intento de fijación mediante una clasificación de base lingüística –su mentalidad occidental no logra escapar a la compulsión ordenadora– bastante detallado, pero que no logra neutralizar la sensación de movilidad e inestabilidad del ámbito fronterizo.

Esta clasificación de los pueblos indígenas de la Patagonia, junto con muchas otras, como, por ejemplo, las intentadas por Thomas Falkner en el siglo XVIII o George Musters o Francisco Moreno en el siglo XIX, forma parte de un corpus muy citado a lo largo del siglo XX como información etnográfica confiable, cuando, en realidad, debe ser tomado con las debidas precauciones por cuanto contribuye a un caos de denominaciones e identidades aparentes que sólo en las últimas décadas se ha comenzado a revisar³⁷.

Esos actores sociales concretos, que la historiografía reciente ha dado en llamar tipos fronterizos por su especificidad histórico-cultural, mediadores entre los mundos indígenas y los mundos hispanocriollos, marginales a ambos, pero en movilidad permanente entre unos y otros, conformaban el contingente humano concreto de esa barbarie diagnosticada por Domingo Faustino Sarmiento, en buena medida circunscrita, en una célebre definición del mismo sanjuanino, a la zona intermedia de quienes “la ley no sabría clasificar, a juzgar por sus actos y conexiones, entre bandidos o salvajes de las Pampas”³⁸. La caracterización de estos tipos está enriquecida en el texto de Guillermo Cox por la inclusión de uno de los detalles propios de la mejor narrativa de viajes: una historia dentro de la historia, en este caso la de Celestino Muñoz, narrada en el capítulo cuarto del segundo diario.

En la relación interétnica, por lo demás compleja, se desarrollaban rápidamente estrategias de convivencia que debían ser respetadas por todo aquél que quisiera internarse allí, tales como la distribución de obsequios, el parlamento para lograr la aquiescencia de los señores locales, etc.³⁹. El viaje de Guillermo Cox abunda en ejemplos de todas estas situaciones. Su estancia en los toldos neuquinos se nos muestra como una permanente negociación desarrollada en un clima de desconfianza que se acrecentaba en la medida en que se adentraba en tierras desconocidas

³⁷ Lidia R. Nacuzzi, *Identidades impuestas: Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*, pp. 109-110.

³⁸ República Argentina, Congreso Nacional, *Cámara de Senadores, Sesión de 1869*, p. 9.

³⁹ Nacuzzi, *Identidades...*, *op. cit.*, p. 139.



Croquis of "Last Hape Inlet" and adjacent country, 1895. Autor Hermann Eberhard. Archivo Fotográfico y Digital, Biblioteca Nacional, Santiago de Chile.

por él y por los suyos. La complejidad del mundo fronterizo no se resolvía sólo en su carácter mestizo blanco-indígena sino en una multiplicidad de relaciones entre distintos grupos. La frontera entendida como zona tenía dos bordes: uno exterior al mundo indígena, donde se producían las relaciones interétnicas, y otro interior, donde la zona de contacto lindaba con el territorio indígena a través de las relaciones intraétnicas, menos conocidas por nosotros, pero de igual modo dinámicas y conflictivas. Por otra parte, la movilidad poblacional y la dinámica histórica del mundo indígena eran percibidas por la gente de la frontera. El área del gran lago Nahuel Huapi y del Alto Limay se nos revela, tanto en los testimonios de los misioneros jesuitas del siglo XVII como en el de Francisco Menéndez a fines del siglo XVIII y en los de Guillermo Cox, George Musters y los viajeros de fines del siglo XIX, como un nudo de caminos y de intercambio entre parcialidades de distintos orígenes: gente de la pampa, la Araucanía y la Patagonia convivía en un escenario en el que Guillermo Cox registra tanto el fenómeno del multilingüismo, como el mestizaje y los conflictos internos del mundo indígena.

Así, la presencia de tipos mestizos tanto criollos como indígenas en las toldeñas nos puede hacer confundir acerca de la “pureza étnica” de esas agrupaciones, si no advertimos que las lógicas mestizas son de tal modo constituyentes de las identidades indígenas que sería imposible encontrar, para el siglo XIX y aún antes, una toldeña “puramente” indígena y menos aún de una identidad étnica uniforme en toda el área pampeano-norpatagónica, sin que por ello resultara afectada su independencia política. De este modo, se vuelve ocioso el intento de determinar si los actores del drama eran pehuenches, huilliches, manzaneros, más o menos tehuelches o todo eso junto. La dinámica histórica de la formación de nuestras sociedades modernas requiere una observación de fenómenos mucho más dinámicos y complejos que un simple etiquetado que nada explica.

En síntesis, más allá de la posibilidad de determinar o imponer identidades mediante una clasificación inevitablemente pobre, resulta interesante constatar la valiosa contribución del viaje de Guillermo Cox para el conocimiento de la intensa dinámica etnogenética producida tanto en la frontera como en el mundo indígena interior, por el intercambio de elementos materiales y mentales y, esencial, por el tránsito de personas en todas las direcciones y sentidos posibles. El resultado siempre provisorio de estos procesos es una realidad imposible de interpretar desde una lectura purista, ni indígena ni cristiana: ni una ni otra nos permiten dar cuenta de los rituales y símbolos mestizos. Guillermo Cox no describe salvajes puros ni civilizados a secas, sino todo un abanico difícil de definir. No compone personajes sino que describe personas.

Su testimonio nos aleja cada vez más de interpretar a los viajeros fronterizos del siglo XIX, como casi siempre se los ha presentado, como espectadores de un mundo indígena en estado puro, anterior a su desaparición por la conquista de su espacio, el sometimiento y museización de su población y la transformación de su territorio en parte de Argentina o de Chile. Lejos de eso, Guillermo Cox es un testigo privilegiado del cambio histórico que por entonces experimentaba el mundo fronterizo e indígena. Y su obra da cuenta cabal del mismo.

BIBLIOGRAFÍA

- Bengoa, José, *Historia del pueblo mapuche (siglos XIX y XX)*, Santiago, Sur, 1985.
- Biedma, Juan Martín, *Toponimia del Parque Nacional Nahuel Huapi*, Buenos Aires, Dirección General de Parques Nacionales, 1967.
- Boccara, Guillaume, “Antropología diacrónica: Dinámicas culturales, procesos históricos y poder político”, en Guillaume Boccara y Sylvia Galindo (eds.), *Lógica mestiza en América*, Temuco, Universidad de La Frontera, Instituto de Estudios Indígenas, 2000.
- Bosco, Giovanni, *Patagonia e le terre australi del continente americano*, traducción castellana *La Patagonia y las tierras australes del continente americano*, Bahía Blanca, Archivo Histórico Salesiano de la Patagonia Norte e Instituto Superior Juan XXIII, 1986.
- Carreño Palma, Luis Alberto, “Valdivia, Araucanía y las Pampas: Un circuito económico periférico”, en *V Congreso Argentino-Chileno de Estudios Históricos e Integración Cultural*, San Juan, 2003, CD-ROM.
- Christie, Roberto, “Camino de Bariloche”, en *Diario Oficial*, Santiago, 1883 y en *El Mercurio*, Valparaíso, 27 y 28 de abril de 1883.
- Christie, Roberto, “El camino de Buriloche y su importancia para la ganadería de la región Austral de Chile”, en *Anales de la Universidad de Chile*, vol. CXIV, Santiago, 1904.
- Cox, Guillermo E., “Informe sobre la exploración practicada en Nahuelhuapi”, en *El Araucano*, Santiago, 3 noviembre 1857.
- Cox, Guillermo E., “Reconocimiento de la ensenada de Reloncaví, practicado en enero de 1859”, en *El Ferrocarril*, Santiago, 5 julio 1859 y en *Anales de la Universidad de Chile*, vol. XVI, Santiago, julio 1859, pp. 683-690.
- Cox, Guillermo E., “Expedition across the Southern Andes of Chili, with the object of opening a new line of communication from the Pacific to the Atlantic Ocean by the Lake of Nahuel-Huapi and the Rivers Limay and Negro”, in *Royal Geographical Society*, London, 1864. Translated by Sir Woodbine Parish.
- D’orbigny, Alcide Dessalines, *Voyage dans l’Amérique méridionale: 1826-1833*, Paris, Pitois-Levrault [t. I, IV(1)]; Bertrand [t. II, III, IV(2)-IX] & Strasbourg, Levrault 1835/47, 9 tomes. Traducción castellana t. I-III(1) [parte histórica], *Viaje por América meridional: 1826-1833*, Buenos Aires, Emecé, 1999.
- Falkner, Thomas, *A Description of Patagonia and the adjoining parts of South America*, Hereford, C. Pugh, 1774. Traducción castellana *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur*, traducción y notas de Samuel A. Lafone Quevedo; estudio preliminar de Salvador Canals Frau Buenos Aires, Hachette, 1974.
- Fernández Bravo, Álvaro, *Literatura y frontera: procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*, Buenos Aires, Sudamericana & Universidad de San Andrés, 1999.
- Fonck, Franz, “Comunicación interoceánica por la línea de Nahuelhuapi y río Negro, explorada por don Guillermo Cox”, en *El Ferrocarril*, Santiago, 29 y 30 de agosto de 1863 y en *La Tribuna*, Buenos Aires, 1863.

- Fonck, Franz, *Viajes de Fray Francisco Menéndez al Nahuelhuapi*, Valparaíso, Niemeyer, 1900.
- Fonck, Franz y Ferdinand Hess, “Informe sobre la expedición a Nahuelhuapi”, en *El Araucano*, Santiago, 3 mayo 1856. Reeditado en *Anales de la Universidad de Chile*, vol. XIV, Santiago, 1857.
- Fonck Francisco, Francisco Menéndez, *Diarios de Fr. F. Menéndez* Valparaíso, s.n., 1896-1900.
- Geisse, Franz, “Resultado de la expedición de Puerto Montt a la banda oriental de la Cordillera Nevada”, en *El Araucano*, Santiago, 21 julio 1855.
- Guinnard, Auguste, *Trois ans d’esclavage chez les Patagons: Récit de ma captivité*, Paris, Brunet, 1864. Traducción castellana *Tres años de esclavitud entre los patagones: relato de mi cautiverio*, Buenos Aires & México, Espasa Calpe Argentina, 1941.
- Hajduk Adán, Maximiliano J. Lezcano y Romina Braicovich, “Tras los pasos de Guillermo E. Cox (1863): evidencias arqueológicas de un posible fuerte español y de un asentamiento indígena de mediados del siglo XIX en el lago Lácar (Pcia. de Neuquén)”, en *XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Río Cuarto, 20-25 de septiembre de 2004, en prensa.
- Huneus, Pablo, “El Tata Guillermo”, en <http://www.pablo.cl/articulos/22.html>.
- Huneus, Pablo, “El diario prohibido”, en Pablo Huneus, *Patagonia mágica: el viaje del tata Guillermo*, Santiago, Nueva Generación, 2000.
- Huneus C., Pablo, *Patagonia mágica: el viaje del tata Guillermo*, Santiago, Editora Nueva Generación, 1999.
- La Haye, G. de, “Voyage dans les régions septentrionales de la Patagonie”, en *L’Illustration*, vol. XLIV, N° 1125, Paris, 17 septembre 1864.
- Levaggi, Abelardo, *Paz en la frontera: Historia de las relaciones diplomáticas con las comunidades indígenas en la Argentina (siglos XVI-XIX)*, Buenos Aires, Universidad del Museo Social Argentino, 2000.
- Mansilla, Lucio V., *Una excursión a los indios ranqueles*, Buenos Aires, Imprenta, Litografía y Fundación de Tipos, 1870. Varias reediciones.
- Martin de Moussy, Victor, *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*, Paris, Didot, 1860/64.
- Martin de Moussy, Victor, “Des communications entre la République Argentine et le sud du Chili par le passage des Andes: Derniers travaux et voyages exécutés dans le but d’en établir de nouvelles”, in *Bulletin de la Société de Géographie*, vol. VIII (5^e série), Paris, septembre 1864.
- Mayochi, Enrique M. “Guillermo Eloy Cox, explorador y viajero”, en Guillermo E. Cox, *Viaje en las rejiones septentrionales de la Patagonia: 1862-1863*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1999.
- Menéndez, Francisco, *Viajes a la cordillera*, publicados y comentados por Franz Fonck, Valparaíso, Niemeyer, 1896.
- Menéndez, Francisco, “Viajes al Nahuelhuapi”, en Franz Fonck, *Viajes de Fray Francisco Menéndez al Nahuelhuapi*, publicados y comentados por Franz Fonck, Valparaíso, Niemeyer, 1900.

- Millar Soto, Sergio, “Un aniversario que nunca se celebra”, en *El Llanquihue*, Puerto Montt, 14 de junio de 2005.
- Moreno, Francisco P., “Documento dirigido al Sr. Pedro Pico, Presidente de la Sociedad Científica Argentina: Buenos Aires, septiembre 14 de 1875”, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomo II, Buenos Aires, 2º semestre de 1876.
- Moreno, Francisco P., *Viaje a la Patagonia Austral: 1876-1877*, Buenos Aires, La Nación, 1879. Reeditado en Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1997.
- Muñoz Gamero, Benjamín, “Memoria sobre la expedición a Nahuelhuapi y otras lagunas situadas entre las provincias de Valdivia y Chiloé”, en *El Araucano*, Santiago, 4 abril 1850.
- Musters, George Chaworth, *At home with the Patagonians: A year's wanderings over un-trodden ground from the Straits of Magellan to the Rio Negro*, London, John Murray, 1871. Traducción castellana con estudio preliminar y notas de Raúl Rey Balma-ceda, *Vida entre los Patagones: Un año de excursiones por tierras no frecuentadas, desde el estrecho de Magallanes hasta el río Negro*. Buenos Aires, Solar/Hachette, 1979.
- Nacuzzi, Lidia R., *Identidades impuestas: Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, 1998.
- Nacuzzi, Lidia R., “Estrategias sociales en una situación de contacto: El caso del norte de la Patagonia”, en Guillaume Boccara y Sylvia Galindo (eds.), *Lógica mestiza en América*, Temuco, Universidad de La Frontera, Instituto de Estudios Indígenas, 2000.
- Navarro Floria, Pedro, *Ciencia y política en la región Norpatagónica: El ciclo fundador, 1779-1806*, Temuco, Universidad de La Frontera, 1994.
- Navarro Floria, Pedro, “La mirada de la ‘vanguardia capitalista’ sobre la frontera pampeano-patagónica: Darwin (1833-1834), Mac Cann (1847), Burmeister (1857)”, en *Saber y Tiempo*, N° 10, Buenos Aires, 2000.
- Navarro Floria, Pedro, “El salvaje y su tratamiento en el discurso político argentino sobre la frontera sur, 1853-1879”, en *Revista de Indias*, vol. LXI, N° 222, Madrid, 2001.
- Navarro Floria, Pedro, “Continuidad y fin del trato pacífico con los indígenas de la Pampa y la Patagonia en el discurso político estatal argentino (1853-1879)”, en *Anuario IEHS*, N° 19, Tandil, 2004.
- Navarro Floria, Pedro y Gabriela Nacach, “Entre indios falsificados, novias rap-tadas, cautivos y traficantes de aguardiente: Guillermo Cox en el norte de la Patagonia, 1862-1863”, en *Cuadernos de Historia*, N° 23, Santiago, 2003.
- O'Connor, Eduardo, “Exploración del Alto Limay y del lago Nahuel Huapi”, en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, vol. V, Buenos Aires, 1884.
- Philippi, Rudolph Amand, “Cox's Expedition über die Andes von Chile”, en *Petermann's Geographische Mittheilungen*, Gotha, 1863.
- Pratt, Mary Louise, *Imperial eyes: Travel writing and transculturation*, London & New York: Routledge, 1992. Traducción castellana *Ojos imperiales: Literatura de viajes y transculturación*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- República Argentina, Congreso Nacional, *Cámara de Senadores, Sesión de 1867*, Buenos Aires, Imprenta del Orden, 1867.

- República Argentina, Congreso Nacional, *Cámara de Senadores, Sesión de 1869*, Buenos Aires, Imprenta del Orden, 1869.
- Rohde, Jorge. “El paso de Bariloche: Refutación a un documento chileno”, en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, vol. VI, Buenos Aires, 1885 y en *Revista de la Sociedad Geográfica Argentina*, vol. III, Buenos Aires, 1885.
- Sarmiento, Domingo F., *Civilización y barbarie: Vida de Juan Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina*, Santiago de Chile, Imprenta de El Progreso, 1845. Reeditado en Domingo F. Sarmiento, *Obras completas*, Buenos Aires: Luz del día, 1949, tomo VII y en múltiples reediciones.
- Sarmiento, Domingo F., “Instituciones militares de Chile”, partes II, V y VI, en *La Crónica*, Santiago de Chile, 15 y 21 de octubre y 25 de noviembre de 1849. Reeditado en Domingo F. Sarmiento, *Obras completas*, Buenos Aires, Luz del día, 1948, tomo IX.
- Semallé, René de, “Relation d’un voyage dans la Patagonie septentrionale, dans les années 1862 et 1863, par D. Guillermo Cox”, in *Bulletin de la Société de Géographie*, vol. XVIII (5^e série), Paris, juillet 1869. Compte rendu de la 2^e partie (sur trois) du *Viaje en las rejiones septentrionales de la Patagonia: 1862-1863*, éd. préliminaire des *Anales de la Universidad de Chile*, vol. XXIII, Santiago, agosto 1863.
- Velásquez, Juan Carlos, “Colonización alemana y propiedad indígena en la Región de Los Lagos”, en *El Llanquihue*, Puerto Montt, 19 de diciembre de 2001.

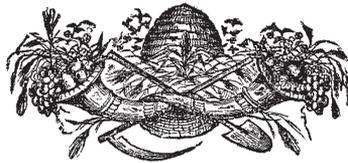
VIAJE
EN LAS
REJIONES SEPTENTRIONALES
DE LA PATAGONIA,

1862—1863,

POR

Guillermo E. Cox

(CON UN MAPA.)



SANTIAGO DE CHILE,

IMPRESA NACIONAL, CALLE DE LA MONEDA, NÚM. 46.

— Noviembre de 1863.—

ADVERTENCIA

En los momentos de darse a luz este libro, he recibido de Buenos Aires la siguiente carta que publico por referirse exclusivamente a la obra.

Buenos Aires, octubre 13 de 1863.

Señor don Guillermo E. Cox, Santiago de Chile.
Muy señor mío:

Con la lectura de su viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia que publica *El Araucano*, me ocupo de seguirlo en la interesante descripción detallada con que Ud. presenta todos sus accidentes.

Admirando la perseverancia de su dedicación en esas investigaciones comprendo sus azares para superar las dificultades de la naturaleza y de los hombres habitantes en el espacio que Ud. ha recorrido.

Me faltaba, para apreciar debidamente el mérito de su relato, la confrontación que hice con una persona de aquellos lugares que ha conocido a Ud. en ellos y confirmado hasta los nombres propios con que Ud. los designa: habiendo conseguido este hallazgo providencialmente, me permito avisar a Ud. lo que he inquirido para la prosecución de sus exploraciones dignas del feliz éxito que tanto interesa al progreso de la civilización y del comercio.

En una comitiva de indios de la tribu del cacique Chagayo procedentes del Carmen de Patagones, llegó aquí su buen amigo Juan Antonio Negrón (alias Juan el Chileno). Desde que me relacioné con éste, recordando las repetidas veces que Ud. lo menciona en sus viajes, lo examiné con detención; después de algunas conversaciones relativas a Ud., a su naufragio en el *Limay*, su refugio a las tolderías Paillacán y Huincahual, emprendí la lectura de sus escritos que escuchaba Negrón con el más decidido interés, satisfaciéndome a todas las preguntas que le hice sobre las distancias y nombres de los parajes, de las situaciones de las tribus, sus caciques, familias, costumbres, entrando Ud. con su comitiva y el perro "Tigre" en el conjunto del cuadro recorrido y perfectamente explicado por Negrón.

Fácil es comprender el interés que ofrece la escena comparativa de sus veraces escritos, con los informes dados por el testigo indígena conocedor de la mayor parte de sus acontecimientos, de los sitios y personas donde ocurrieron.

Para que nada faltara al interés que tomó Negrón por oír la lectura de sus viajes, le referí con detención los pasajes en que Ud. lo menciona agradablemente como a su buen amigo, causándole mucho gozo el episodio de Manuela y pendencia con Melipán.

Desde que entablamos una comunidad de interés con Negrón y sus compañeros, entre ellos el hijo del cacique Chagayo, por la lectura de sus viajes, procuraban saber todos los días si recibía más noticias y escritos del inglés, los que les hacía conocer según llegaban en *El Araucano* hasta el núm. 2573.

Puestas las cosas de esta manera, he aconsejado a Negrón y sus compañeros, empeñen toda su influencia desde las tribus de Huincahual hasta las próximas al Carmen en Patagones, para que sus caciques propendan al buen suceso de la navegación del río Negro por sus afluentes Limay o Neuquén. Para interesar la concurrencia de los caciques demostré a la comitiva de Negrón las ventajas que la navegación de aquellos ríos daría a los indios recibiendo con frecuencia y baratos los artículos que precisen comprar o permutar por sus pieles, plumas, tejidos, etcétera.

Negrón me ha prometido transmitir a los caciques de su relación lo expresado; pero opina que sería conveniente e indispensable preparar la buena relación de Ud. con los caciques que aún no ha conocido en los campos que debe cruzar hasta el Carmen, por ser ellos los que le hacen oposición al tránsito que completaría su viaje. Bien sabe Ud. que tales relaciones se establecen con obsequios de prendas de plata y demás objetos iguales a los que ya presentó a sus demás amigos.

Averiguando a Negrón, al hijo del Chagayo y otros indios la distancia que había del punto de su naufragio al Carmen por la costa del Limay y río Negro, calculaban como *doscientas cincuenta leguas*.

Ahora debo manifestar a Ud. que hace algunos años he tenido grande empeño por la población del territorio patagónico: para conseguirlo presenté a este gobierno en 1856 un proyecto de colonización; si entonces lo hubieran aceptado sin los reparos que lo imposibilitaban, tendríamos hoy más de *quince mil familias extranjeras* desde el Carmen a la isla Choelechel y en la península de San José, navegando el río Negro desde el océano a su confluencia con el Neuquén cien leguas más abajo del punto en que Ud. naufragó en enero último.

Pienso que el párrafo precedente justificará mi interés directo en la lectura de sus viajes, mi sincero deseo por su triunfo en cuantas dificultades se le opongan y mis empeños por el cultivo de sus buenas relaciones con nuestro común amigo, Juan Antonio Negrón, como interlocutor importante de los caciques Huincahual y Chagayo y otros que recientemente han celebrado tratados con este gobierno.

Permítame Ud. rogarle tenga alguna conferencia con Juan Antonio Negrón, si medita continuar sus viajes hasta el Carmen; para verlo puede hacerlo llamar por su hermano el cacique Mariano Huerchalque, vive cerca de Osorno, costa de Nolgehueú, de su tío Manuel Negrón, o de su cuñado Luis Quehulú, de la misma tribu de Huerchal, a todos lo que recomienda mucho a usted Juan A. Negrón.

Sírvase Ud. contarme entre sus admiradores y muy atento servidor.

Q.B.S.M.

MARIANO BAUDRIX
Cónsul de Chile en Buenos Aires

Somos 21 de octubre. Hoy marchó Negrón con sus compañeros en un vapor para Patagones; me recomendó adjuntarle el grupo que le incluyo, contiene núm. 1, Juan A. Negrón, núm. 2. José María hijo del cacique Chagayo, y núm. 3 Agustín, especie de *atatché*. Como llevan iguales fotografías les sería muy agradable confrontarlas con la de Ud. en las “Manzanas” o donde Mandinga perdió el Poncho. Esa tarjeta puede ponerlo en la mejor inteligencia con los hijos de los “Manzanares”.

S.A.S.
M.B.

A SIR WOODBINE PARISH K.C.H.F.R.S.G.S.

Al vicepresidente de la Real Sociedad Geográfica de Londres.

Señor:

En vuestra obra titulada: *Buenos-Aires y las Provincias del Río de la Plata*, que publicasteis hace algunos años, os manifestáis vivamente penetrado de las inmensas ventajas que podrían reportar las dos repúblicas de Chile y del Río de la Plata con la posibilidad de una comunicación entre el océano Atlántico y la cordillera por medio del río Negro y del lago de Nahuel Huapi: ponéis también en evidencia la importancia de conocer la naturaleza del desaguadero de dicho lago. En el viaje que he realizado, he practicado el reconocimiento de ese gran lago del curso de su desagüe hasta el punto donde alcanzó en 1782 el infortunado piloto español, don Basilio Villarino, remontándolo desde el Atlántico. Los resultados de mi viaje están consignados en este libro, cuya dedicatoria os ruego aceptéis como un débil testimonio de mi admiración por el incesante estímulo que habéis acordado siempre al adelanto de las ciencias geográficas y a la resolución de esos grandes problemas que tienen por objeto ligar entre sí a todos los pueblos y hacerlos llegar juntamente al mismo grado de civilización.

Soy vuestro obsecuente servidor,

GUILLERMO E. COX.

Santiago, junio de 1863.

INTRODUCCIÓN

El descenso gradual de la línea culminante de la sierra chilena desde los elevados crestones del Aconcagua hasta la roca de Diego Ramírez, que parece ser el límite austral del vasto sistema de los Andes; el fraccionamiento de éste a medida que se acerca al estrecho de Magallanes, que es el más notable accidente descubierto hasta ahora en aquel poderoso y continuado solevantamiento de la superficie del globo terrestre; los brazos de mar que se internan en la cordillera de occidente a oriente desde la altura del canal de Chacao hasta el citado estrecho; y las relaciones más o menos contestes de las personas que comercian en maderas en la tierra firme de la provincia de Chiloé, de las cuales se deduce la existencia de hondos boquetes en la cordillera, que facilitan sin ascenso el paso, tanto a las provincias argentinas como a la parte de Chile ultramontana, conocida hasta ahora con el nombre de Chile oriental o Patagonia, me hicieron concebir la esperanza de que una prolija exploración en aquellos desconocidos lugares, pudiera dar tal vez por resultado palpables beneficios al comercio y a la ciencia. Movido por este pensamiento, contraje mi atención preferente a reunir cuantos datos me fue posible conseguir sobre tan importante asunto: compulsé las relaciones de cuantos viajeros habían escrito sobre las regiones patagónicas; recogí con prolijidad los datos que me proporcionaron personas ancianas y respetables de Chiloé, e intenté además algunas excursiones parciales, cuyos resultados, aunque desgraciados, por motivos que no es del caso referir, lejos de desanimarme o desvanecer mi primera idea, no hicieron más que fortalecerme en ella.

En efecto, la fácil travesía de los Andes por los 41° de latitud austral era ya un hecho averiguado; lo era también que el caudaloso río Limay, que es el que da su nombre al río del Carmen o Negro, deriva su origen del vasto lago de Nahuel Huapi, como lo manifesté al supremo gobierno en época anterior: y por último, que el ilustre piloto Villarino, saliendo del Atlántico, había alcanzado río adentro en dirección al occidente 600 millas, y constando el curso general desde su embocadura hasta la parte occidental del lago de Nahuel Huapi de 725 millas, era evidente que un trayecto terrestre o fluvial de 125 millas, bastaría para poner a Chile en fácil comunicación con las aguas del Atlántico, evitando de este modo el duro

paso de los Andes, los peligros del cabo y las morosidades consiguientes a tan dilatado viaje. Las causas que obligaron a Villarino a desistir de su empresa, fueron el propósito irrealizable que él llevaba de alcanzar por esa vía hasta Valdivia; si aquel intrépido explorador, en vez de seguir al norte, hubiera hecho rumbo por el brazo meridional del río, habríamos podido contar con conocimientos de que hasta ahora carecemos; pero no fue así. Por consiguiente, un viaje de occidente a oriente, siguiendo el curso del río desde su origen principal, que es el lago de Nahuel Huapi y que yace sólo a tres días de Puerto Montt con un camino muy accesible, parecía llamado por lo menos a estrechar más la distancia terrestre desde el Pacífico al Atlántico. Le hizo así presente a nuestro gobierno, y habiendo merecido mi idea una feliz acogida, emprendí el viaje cuya relación doy ahora a luz, sin más pretensión que la de ser útil a la humanidad y a mi patria.

Para mejor inteligencia de este pequeño opúsculo, he juzgado conveniente dividirlo en varias secciones que paso a enunciar.

Las primeras páginas comprenderán el resumen histórico de las diversas expediciones practicadas en las regiones septentrionales de la Patagonia, y el origen, fundación y estado actual de la colonia de Llanquihue.

Once capítulos divididos en dos partes, comprenderán el diario de mi viaje.

Enseguida otro capítulo, comprenderá mis observaciones; geográficas, geognósticas, climáticas y botánicas.

Consagraré otro capítulo a algunas observaciones sobre los distintos idiomas de las tribus que pueblan aquellas regiones.

Y por último, concluiré con una disertación sobre el proyecto que ha dado origen a este viaje.

I

Primeros viajes por la cordillera en busca de la Ciudad de los Césares. Origen de esta fabulosa ciudad. Expedición del Tucumán. Sarmiento en 1584. Funda las ciudades de Jesús y San Felipe en el estrecho de Magallanes. Relación de Tome Hernández, 1621. Don Luis del Peso en 1610. Don Francisco Luis de Cabrera en 1620. El padre Montemayor en 1643 y 1663. El padre Mascardi en 1665. Funda la misión de Nahuel Huapi en 1670. Sus viajes por la Patagonia en 1671 y 1672. Su último viaje en 1673. Su muerte. El padre José Zúñiga atraviesa la cordillera con el objetivo de restaurar la misión de Nahuel Huapi en 1686. El padre Reffer en la misión de Culé en 1700. El padre Felipe Lagunas y el padre Guillermo en 1703. Sus trabajos. Restauran la misión. El camino de Bariloche. Los indios incendian la misión. Emprende el padre Guillermo otro viaje a la misión en 1715. Su muerte. Destrucción de la misión y muerte del padre Elguea. Decrétase su restauración en 1764, pero no se lleva a cabo. Motivos que dieron origen a la fabulosa existencia de los Césares. El padre Meléndez en 1792.

Los primeros viajes que se hicieron por la cordillera más allá de los 40° de latitud fueron para buscar las decantadas ciudades de los *Césares*¹ que la ignorancia de unos y la malicia de otros colocaba al oriente de los Andes entre esa latitud y el estrecho de Magallanes, según la fuente en que bebían las noticias, y el fundamento en que se apoyaban los desvaríos de su ignorancia.

Habiendo naufragado uno, según Herrera y dos según otros autores, de los tres buques despachados por el obispo de Placencia en el año 1539 al pasar por el estrecho de Magallanes en dirección a las Molucas, se formaron mil conjeturas sobre la suerte de los náufragos, y siendo aquel siglo fecundo en descubrimientos maravillosos, no fue difícil persuadirse de que se habían encontrado con un país rico y muy poblado, donde habían fundado una ciudad con todas las grandezas capaces de inventar la más exaltada imaginación. Catorce años después aparecieron en Concepción Pedro de Oviedo y Antonio del Cabo, confirmando estas sospechas, que protestaron como testigos de vista, ser realidades en una larga narración de su naufragio, de las aventuras del viaje, y de la buena suerte con que habían fundado aquella ciudad que con sus inmensas riquezas convidaba a los españoles.

¹ Nombre que se le había dado en honor del emperador Carlos V.

Diversas copias de esta narración, que se hallan en la historia política del padre Lozano, corrieron por Chile y Tucumán, entusiasmando a los gobernadores y aventureros de estos puntos. El gobernador de Chile, que necesitaba la gente para enviarla a las colonias del territorio araucano, atajó los pasos de los que iban a pasar la cordillera por el boquete de Villarrica en busca de los *Césares*, nombre que se daba a los pobladores de la tal ciudad y a los indios pobladores de aquella comarca; y el levantamiento de los colchegués del año 1578 impidió que el gobernador de Tucumán don Gonzalo de Alven partiera al descubrimiento de los mismos con la numerosa y bien provista división que con este objeto había reunido.

Con mayor calor, pero con igual resultado, se organizó otra expedición en el Tucumán por su Gobernador en el año 1589, cuando algunos de los verdaderos, pero desgraciados pobladores de las ciudades fundadas en el estrecho, habían venido a Buenos Aires y Santiago con relatos bien distintos.

El 2 de febrero del año 1584 había llegado al estrecho de Magallanes don Pedro Sarmiento y Gamboa con tres buques, los únicos de la gruesa armada despachada en España a cargo de don Diego Flores para conducir allá sus primeros pobladores, y refuerzos al ejército de Chile, que tuvieron valor y constancia para arriesgarse a la bravura de aquellos mares e internarse en el estrecho, y fundar la ciudad del nombre de Jesús en el pintoresco valle de las Fuentes a tres cuartos de legua al ONO del cabo de Las Vírgenes con las solemnidades civiles y religiosas usadas en aquella época; y despachando en uno de los buques los víveres y herramientas hacia la segura bahía hoy día llamada del Hambre que había reconocido a su vuelta para España casi en la mitad del estrecho, pasó allí por tierra con ochenta hombres y fundó la ciudad de San Felipe. He aquí las verdaderas ciudades y las únicas que conste se hayan fundado en aquellas regiones. ¿Y éstas adquirieron el esplendor, proporciones y opulencia que la fama les atribuía? No por cierto, barado uno de los buques frente a la primera ciudad, y habiéndose retirado con el otro el piloto Antón, se vio precisado Sarmiento a dejar la nueva colonia sin una sola lancha por irse a Brasil en busca de víveres, plantas, herramientas y municiones que se habían perdido o averiado casi enteramente. Perdido también este buque en aquella costa y otro que armó y cargó el mismo Sarmiento con el favor de sus amigos, tuvo que retirarse a España, pobre, enfermo y contristado por la desgraciada suerte que aguardaba a los infelices pobladores del estrecho. Cuando dos años siete meses después de la fundación pasó por él la armada inglesa de Thomas Cavendish, sólo quedaban unas quince personas, una de las cuales Tomé Hernández se fue con ella y saltando en tierra en el puerto de Quintero, cerca de Valparaíso con veintitrés hombres de aquella tripulación, logró fugarse a Santiago, mientras que dieciocho de los ingleses hallaban la muerte como piratas en vez de la carne fresca que bajaban a buscar. Por muchos años permaneció casi incógnito en Chile, de donde se fue a Lima, y allí el 21 de marzo de 1621 dio el testimonio jurado de todo lo sucedido, que se imprimió en Madrid en el año de 1768. Pero si éste tuvo la honradez de decir francamente la verdad, otros abusaron de ella propalando bajo su nombre mil patrañas, ponderando el asombroso crecimiento de entre ambas ciudades: la belleza de sus edificios, la grandeza de sus palacios, la suntuosidad de

sus templos techados de oro, lo delicioso de sus jardines, huertas y paseos, la inmensidad de sus riquezas, la abundancia tan excesiva de oro y plata, que aseguraban ser de estos preciosos metales. Los muebles de las casas, hasta la batería de la ciudad. Parece que no discrepaban mucho de estas grandiosas y halagüeñas ideas algunas relaciones de los pocos que fugados del mortífero estrecho, lograron ir al Río de la Plata como ya insinuamos y vinieron a Chile.

Y, si bien es verdad que ocupados los españoles de este reino en la guerra de Arauco, no pensaron por entonces ir en pos de ellos, no sucedió así en la otra banda de la cordillera. En 1610 el licenciado don Luis del Peso emprendió este viaje, y en mayor escala don Jerónimo Luis de Cabrera en 1620, quien como gobernador del Tucumán pudo armar un ejército, y provisto abundantemente de víveres y caballadas y entrando por la provincia de Córdoba no paró hasta llegar cuando menos a los pehuenches, entre los cuales halló rastros de su expedición el padre Rosales cuando fue a pacificarlos treinta y dos años después. Escarmentados con la inutilidad de tan costosa expedición los españoles del Tucumán no se atrevieron a emprender otra semejante, aunque no dejaron de hacer algunas tentativas por el lado de Mendoza y también por las costas patagónicas en el siguiente siglo, sin obtener el menor resultado. No fueron tan inútiles las diversas tentativas que por mar y tierra hicieron los españoles en Chile tan pronto como el marqués de Baides asentó la paz con los araucanos. En 1643 el padre Jerónimo de Montemayor se embarcó en Chiloé con el capitán Hurtado en busca de los Césares y desde los 47° regresó sin haber dado con ellos, pero lleno de consuelo por haber hallado numerosas tribus de indígenas en la costa del continente, y teniendo noticias de que existían otros habitantes en el interior del país. Unos veinte años después repitió el mismo viaje con el general don Cosme Cisternas con mayor entusiasmo y, aunque navegaba en tres piraguas llegaron al estrecho, reconocieron sus costas, pero sin hallar más que desengaños y falsas noticias de lo que había más adentro del país. En 1665 mandó al padre Nicolás Mascardi a reconocerlo por tierra, y pasando la cordillera por el pie del Corcovado, caminó hacia el sur hasta dar con una gran laguna que calculó estaría a los 46° de latitud, no lejos del río de los Camarones. Desengañados quedaron de que los Césares no se hallaban en aquellas alturas; pero faltaba averiguar si estarían realmente en mayor latitud y un suceso digno de eterna memoria por sus peripecias lo confirmó de un modo eficaz en estas sospechas.

El gobernador de Chiloé don Juan Verdugo, habiendo traído gran número de puelches y poyas que había apresado en la otra banda de la cordillera, quiso venderlos como esclavos en la ciudad de Castro a lo que se opuso vigorosamente el padre Mascardi, diciéndole que la ley que declaraba por tales a los prisioneros de guerra se limitaba a los araucanos y por tanto esos poyas y puelches podrían ser sus prisioneros, pero no sus esclavos. No es de extrañar que el victorioso Gobernador negase esta consecuencia o que la menospreciase, pero sí lo es la valentía y constancia de un simple misionero que elevaba y sostenía su demanda ante el Gobernador del reino y no hallando justicia ni en él, ni en la Real Audiencia apeló al Virrey que se la hizo ordenando que los indios fuesen puestos en libertad

y restituidos a sus tierras. Éstos, deseosos de corresponderle al padre el beneficio de la libertad y los auxilios que les había prodigado en los cuatro años que empleó en negociársela, se ofrecieron a llevarlo a sus tierras, comprometiéndose a oír su predicación, y a procurar la oyesen dócilmente las naciones transandinas y también a ponerlo en relación con los vecinos de la Ciudad de los Césares. Cabalmente se hallaba entre ellos una india titulada la Reina en razón del singular prestigio que tenía sobre aquellas gentes, así por su talento superior como por su elevado carácter, pues que era cacique de una numerosa tribu, la más austral de los poyas, y que por lo mismo decía tener conocimiento no sólo de la existencia de dicha ciudad sino, también, de los usos y costumbres de sus moradores. Ella le contaba, confirmándolo los demás indios, que los Césares tenían entre sus muchas grandezas magníficos templos con elevadas torres coronadas de cruces; y que cada uno de ellos tenía hasta nueve mujeres, y otras cosas semejantes; con lo cual llegó a persuadirse el candoroso misionero, que los Césares faltos de sacerdotes habrían olvidado la pureza de la ley de Dios que sus padres les legaron, y que con el roce de los bárbaros la habrían manchado con mil abusos hasta con la poligamia; y animado de un santo celo resolvió ir en su auxilio para desengañarles de sus errores, quitarles las supersticiones, corregir sus hábitos y reintegrarlos en la posesión de los dogmas y costumbres del catolicismo. Partió, pues, con todos sus libertos en 1670, y trasmontando la cordillera, dio con el gran lago de Nahuel Huapi, en cuya orilla boreal colocó su misión improvisando con una palizada cubierta de ramas y paja una capilla para el ejercicio del culto, y junto con ella una pequeña ramada para su habitación.

Acabadas en pocos días por la activa cooperación de los indígenas, estas humildes construcciones e inaugurado el servicio de la religión al que asistieron todos los indios, el padre se encaminó hacia el sur, dejando de paso los libertos en los lugares de sus respectivos nacimientos; y llegando al territorio de la Reina, no le permitieron pasar adelante por necesitarse, según dijeron, el permiso de las autoridades Cesáreas, que ella se ofreció conseguir por medio de sus mensajeros. Ignorando el padre Mascardi qué idioma hablarían los Césares porque no se hallaban acordes los testimonios en este punto, les escribió las cartas en griego, latín, español, italiano, araucano y poya manifestándoles el caritativo y religioso objeto de su viaje; y después de algún tiempo volvieron los mensajeros fingiendo que unos indios los habían asaltado y quitado las cartas.

Regresó mal de su grado a su misión resuelto a renovar su empresa como lo hizo en 1671 dirigiendo su rumbo hacia el SSO por el cual llegó a descubrir el mar Pacífico, y en 1672 hacia el SE hasta dar con el cabo de las Vírgenes. Por supuesto que en ninguna de tan largas y trabajosas excursiones encontró la ciudad que sólo existía en la fantasía de algunos hombres; pero en la primera recogió un cuchillo, que en Santiago de Chile fue reconocido ser del hijo de uno de los principales jefes naufragados poco antes en aquella costa; y en la segunda halló en una ensenada del Atlántico señas de haberse calafateado allí alguna armada, lo que comunicó al gobernador Henríquez desde el interior de Patagonia, quien ya sabía por los ingleses apresados en Valdivia que en 1671 un capitán inglés había carenado en

ella la suya. Pero estas coincidencias que sirvieron de irrefragables testimonios de haber llegado el padre Mascardi a uno y otro mar, no son las que le aliviaron la pena de no hallar ni en el uno ni en el otro las almas que buscaba; pero sí lo fueron los cuatro mil párvulos que bautizó en la última travesía y los muchos millares de adultos a quienes anunció la palabra divina y en los cuales halló buena disposición para abrazar el cristianismo.

Invernó por tercera vez en Nahuel Huapi, ocupado en doctrinar las gentes de aquel lugar y de los circunvecinos, muchos de los cuales recibieron el bautismo. Al ver estos resultados, grande era el consuelo del padre Mascardi, pero no tanto que bastara a hacerle desistir de sus intentos para con los Césares, en busca de los cuales partió por última vez en 1673 dirigiéndose al sur, o sea hacia el centro del estrecho y resuelto a no parar hasta encontrarlos; mas lo que encontró fue la muerte el 14 de diciembre del mismo año: los indios le asesinaron a flechazos. Parece que los jesuitas de Chile quedaron plenamente convencidos de que no existían, puesto que no les vemos emprender más viajes en busca de ellos; y no porque les faltase espíritu de empresa, ni dejaran de acometerlas ya hacia el Estrecho o ya a la otra banda de los nevados Andes. Éstas fueron muchas en adelante, pero con el solo objeto de civilizar y cristianizar a las bárbaras naciones que en las costas del mar e islas adyacentes, y en el interior del continente vivían sumergidas en las tinieblas de su condición; y pasando en silencio las expediciones marítimas diremos algo de las terrestres por conducir más directamente a nuestro objeto.

Sea la primera la del padre José de Zúñiga, que confiado en las consideraciones debidas a su finado padre el benemérito marqués de Baydes, el pacificador de los araucanos, osó abrir una misión sin expreso consentimiento de las autoridades reales, para allanar el camino a la restauración de la de Nahuel Huapi en lo del cacique Calihuaca, que moraba en la falda oriental de los Andes, al naciente del lago de Ranco cerca de la cual pasaría para doblar la cordillera; y cuando tuvo que dejarla en el año 1686 a instancias del gobernador don José de Garro, pasó por Nahuel Huapi distante unas quince leguas dirigiéndose a la isla de Chiloé. Con el mismo objetivo instaló la compañía al padre Refler en la misión de Culé fundada en 1700 entre los pehuenches, y su compañero el padre José Guillemos bien pronto logró ir no por este rodeo sino directamente a la tan deseada misión de Nahuel Huapi; porque habiéndose enfermado el padre Sessa fue nombrado por compañero del padre Felipe de la Laguna, que acababa de conseguir del señor Ibáñez el permiso de restaurarla.

El padre Felipe entró en esta laguna en diciembre del año 1703 por el lado de Valdivia; aunque ninguna de sus cartas, ni de sus historiadores nos dé el derrotero exacto de este camino, parece que por Reloncheroy se internaría en la cordillera, y que pasando por Calihuaca llegaría al lugar de la antigua misión, donde se instaló por ser ventajosa situación. El padre José Guillemos llegó a ella un mes después por el mismo camino; el 20 de enero partió el padre Felipe por otro a Chiloé, pasando en balsa aquella laguna y doblando los Andes por el pie del Tronador bajó por el río Peulla, balseó la laguna de Todos los Santos prosiguió su viaje por tierras pantanosas llegó a la ensenada de Reloncaví, donde se embarcó para Castro. El

22 de febrero estaba ya de regreso en su misión desandando los mismos caminos en balsas y a pie, cargando sobre sus hombros y los de sus indios las herramientas y demás útiles que serían necesarios para la construcción de su iglesia. Los que después de un siglo y medio hemos hecho el mismo viaje provistos de botes ya de madera, ya de gutapercha, botas fuertes y demás aprestos acomodados a las dificultades y obstáculos que para su tránsito opone allí la naturaleza, no sabemos qué admirar más, si la fortaleza de aquellos padres que tan desprovistos las acometían, o su piedad, pues que viajaban enseñando a sus indios las oraciones y doctrinas en medio de tan excesivas fatigas. Penetrados de tanta constancia los indios que lo acompañaban así como también los que habían quedado con el padre José Guillemos, tomaron parte activa, a pesar de la habitual indolencia, en los trabajos de la nueva iglesia, que cuanto antes edificaron en el lugar indicado. En ella reunían los padres cada día los pocos indios que moraban por aquellos contornos, a ella convocaban frecuentemente sobre todo en los días festivos, que les enseñaron a respetar; y hacían frecuentes excursiones por los lugares más remotos en busca de aquellas almas por cuya salvación tanto se interesaban. Ni el extenso valle de Nahuel Huapi, ni las faldas y quebradas de la cordillera eran entonces como ahora, lugares desiertos, sino que estaban pobladas por los puelches, y más numerosas eran todavía las tribus que vivían al norte y sur de aquella laguna, denominadas poyas del norte y poyas del sur, de los cuales algunos restos se conservan todavía. En todas partes aplaudieron los misioneros la buena voluntad con que los salvajes los recibían, la constancia con que se aplicaban a oír sus instrucciones, y a aprender sus doctrinas, y la docilidad con que muchos las abrazaban. Causaba gran y agradable admiración la memoria que conservaban aquellas gentes de la predicación del padre Mascardi, el aprecio que hacían del bautismo los que de su mano lo habían recibido, y la perfección con que muchos de éstos recordaban todavía las oraciones y doctrinas textualmente como él se las había enseñado; y de ellos las aprendieron los nuevos misioneros, y las escribieron para enseñarlas a los demás. Aunque sus costumbres no eran puras, y habían olvidado en tanto grado las ideas primitivas sobre el matrimonio que no sólo habían adoptado la poligamia sino también la poliandria, sin embargo, no reinaba entre ellos la embriaguez y por lo mismo conservaban la razón bastante despejada para comprender las amonestaciones de los misioneros.

Siete años contaba ya de existencia esta misión, cuando el padre José Guillemos tuvo noticia del antiguo camino de Bariloche, y para dar mayor impulso a los progresos de ella facilitándole la comunicación con los pueblos ya civilizados, se resolvió a abrirlo. Se trasladó al efecto al lugar denominado Los baños por sus aguas termales, distante unas quince leguas de la misión, y comenzó a trepar la cordillera de los Andes, abriéndose paso con hachas y machetes por la espesura de los bosques, dejando en los árboles una seña para reconocer la senda recorrida, mientras el padre Gaspar López hacía otro tanto por las vertientes occidentales de la misma, subiendo por la cuesta del Sauce, no muy distante de Ralún, pequeña rada situada en el fondo de la ensenada de Reloncaví, y al llegar a la cumbre encontró las señas hechas por los otros. Quedó pues descubierto, aunque no ex-

pedido aquel camino, que había de producir resultados bien contrarios a las sanas intenciones y prudentes esperanzas del laborioso misionero, porque recelando los indios que los españoles volvieran por él a maloquearlos como lo hacían antiguamente, pegaron fuego a la Misión con el designio de evadir con un golpe de mano tamaño mal.

Retirando de allí los superiores de la orden por una prudente cautela al padre José Guillemos, quedaron suspendidos estos trabajos, que emprendió de nuevo siendo ya superior, y con tanta constancia que empleó en ello tres meses continuos hasta dejarlo practicable el 15 de diciembre del año 1715 y en los cinco meses siguientes despachó tres veces por él las mulas, que a pesar de ir cargadas llegaban a Ralún en sólo tres días sin la menor novedad. No pensaba por cierto que tan buena obra tuviera que costarle la vida, cuando lleno de satisfacción lo comunicó a sus superiores y al excelentísimo señor Gobernador el 15 de mayo de 1716; lo más probable es que fue así, porque dándole un vaso de chicha Manquehuanay, cacique del lugar a cuya casa llegó para confesar un enfermo, yendo a encaminar al propio que llevaba las cartas, le acometieron tales dolores de vientre que al tercer día murió. Murió también en manos de aquellos indios el padre Elguea en el año siguiente por haberse resistido a entregarles las vacas que para el sustento de los padres y de sus dependientes había conducido allí el padre Guillemos, por no haberlas anteriormente en aquellos lugares, y su cuerpo fue quemado junto con la iglesia y casa de la misión, que se acabó con tan lamentable catástrofe para no volverse a restablecer².

Es verdad que en el año 1764 consiguieron se fundara otra vez por la Junta de la Real Hacienda, pero no consta se llegaría a efectuar, y si se efectuó fue para perecer en embrión.

Los indios dan el nombre de ciudad a cualquiera población de europeos, aunque sea una sola casa: he aquí por qué en el siglo XVIII corrieron tantas noticias en Buenos Aires de que existía realmente la Ciudad de los Césares. Los indios que iban allá de entre los pehuenches, los mismos españoles o mestizos, que habían estado cautivos en el interior de las pampas, aseguraban como un hecho irrecusable a principios de dicho siglo que se hallaba a este lado de la cordillera un poco más al sur que Valdivia, añadiendo que había un misionero mandado a ella por el obispo de Concepción. He aquí el fundamento de la convicción con que el padre Cardiel creyó ser real su existencia, y pedía su auxilio al Gobernador de aquella ciudad para descubrirla. Algo pudo influir tal vez en el importante viaje de exploración por el río Negro que hizo Villarino en 1782, y del cual nos ocuparemos más adelante, y también en las expediciones que se habían hecho antes que se hicieran después en la costa de Patagonia, de resultas de las cuales se fundó en 1781 el fuerte y villa del Carmen en la embocadura de dicho río. Viceversa los puelches y pehuenches deponían ante los pasajeros y las autoridades chilenas que existía

² Los indios de esta generación han conservado algunas tradiciones; el cacique Paillacán y otros indios pampas habían oído hablar vagamente a sus antecesores de cristianos que vivieron en las orillas de Nahuel Huapi.

la tal ciudad en la costa del Atlántico confundióndola con la del Carmen, recién indicada, y los jefes que aspiraban a entusiasmar al pueblo para semejantes expediciones con el verdadero designio de repoblar la ciudad de Osorno que había sido destruida por los indios, dieron gran importancia a tan equívocas noticias hasta formular un largo dictamen el fiscal de la Real Audiencia en el año 1782. Aunque esto contribuyese a la restauración de Osorno ningún efecto produjo al otro lado de la cordillera.

El padre Meléndez fue en busca de los restos de la misión; partió en 1792 por la boca de Reloncaví, caminó por las orillas del lago Calbutué, y llegó al lago de Todos los Santos; se embarcó en una piragua que él y sus compañeros construyeron; tres días después pasó a la otra orilla; llegó enfrente del Tronador, inmenso campo de hielo y de nieve, del cual hablaré más tarde; subió la cordillera, marchó al norte y desembocó en una pampa al pie de un cerro elevado. En el llano había un pequeño lago en donde estaban unos canqueños. Este lago es el que nosotros llamamos el lago de los Canqueños, y el cerro elevado, el cerro de la Esperanza, denominado así por Vicente Gómez en 1855, porque de su cima pudo divisar la extensa faja de agua azul de Nahuel Huapi. Llegó en fin a las orillas del lago, justamente un mes después de haber dejado a Chiloé; el padre Meléndez construyó una piragua, cuyos restos he hallado, navegó directamente al este, en una ensenada larga, tocó en una isla, después en otra más al norte. Se dirigió enseguida al sur, y desembarcó después de haber pasado un pequeño estrecho. De allí entraron, el padre y sus compañeros, en una pampa en que encontraron unos indios que les dijeron que los restos de la misión se encontraban a cinco cuadras del desagüe. El padre Meléndez volvió enseguida a Chiloé y escribió una relación de su viaje, que tengo a la vista. Uno de sus compañeros era el joven Olavarría, que he conocido ya anciano en Puerto Montt y que me dio noticias preciosas, casi todas exactas. No he podido dejar de admirar la memoria asombrosa del buen anciano, el cual sesenta años después de estos hechos podía darme indicaciones tan precisas.

En los siguientes párrafos hablaremos del río Negro que recibe las aguas del lago, de Villarino que exploró sus afluentes vecinos; del padre Falkner, jesuita, cuya obra sobre la Patagonia dio origen al viaje del piloto español; y de Descalsis, que lo remontó setenta leguas en 1833.

II

El padre Falkner en 1774. Don Basilio Villarino en 1782. Descalsis en 1833.

El padre Falkner era inglés de nacimiento: al principio estudiante de Medicina, fue a Cádiz, se embarcó en un buque español y vino a América; cayó enfermo en Buenos Aires y fue atendido por unos jesuitas; el agradecimiento lo comprometió en la orden, y entonces con el doble carácter de misionero y de médico, segundo título que le fue de una gran utilidad entre los naturales del país, principió a viajar en la parte sur del continente. Después de cuarenta años de residencia, vuelto a su patria en 1774, publicó el resultado de sus observaciones en un libro titulado *Descripción de la Patagonia*, que se encuentra en la colección citada más arriba, de don Pedro Angelis. He podido admirar durante mi viaje la sagacidad de espíritu con que el jesuita se había compenetrado de la configuración del país, en medio de las respuestas embrolladas y algunas veces contradictorias de los indios; hablando del río Negro dice así:

“Este río es el mayor de Patagonia: se vacia en el océano Occidental, y es conocido por varios nombres, como el segundo Desaguadero, o el Desaguadero de Nahuel Huapi, los españoles le llaman el gran río de los Sauces, algunos indios Choelechel; los puelches, Seubucomó, o el río por antonomasia; y Curileubú quiere decir río Negro que es el nombre que le dan los huilliches y pehuenches. El paraje por donde lo pasan desde el primero al segundo desaguadero, Choelechel.

No se sabe exactamente la fuente ni origen de este río, pero se supone tenerla del río Sanquel: compónenle muchos ríos y arroyos. Va escondido por entre peñas, quebradas y se estrecha en un canal profundo y angosto, que finalmente se manifiesta otra vez con gran y rápida corriente algo más arriba de Valdivia pero al lado opuesto de la cordillera. A poca distancia de su aparición se descargan en él muchos ríos, algunos grandes que vienen de la cordillera y entran principalmente en el norte de él.

Un tehuel o cacique meridional, me describió sobre una mesa como unos dieciséis ríos. Díjome sus nombres, pero no teniendo materiales para escribir, no pude apuntarlos, y se me olvidaron. Añadió además que no sabía paraje alguno de este río, aun antes que entrasen los menores en él, que no fuese muy ancho y profundo. Ignoraban dónde nacía y sólo dijo que venía del norte. Era hermano del

viejo cacique Cangapol; parecía hombre de sesenta años, y había vivido todo ese tiempo a la orilla de este río.

‘De estos ríos, que entran por la parte septentrional, hay uno muy ancho y profundo, y nace de una laguna como de doce leguas de largo, y casi redonda, llamada Huechunlauquen, o *laguna de límite*, la cual está dos días de jornada de Valdivia, y se forma de varios arroyos, fuentes y ríos que nacen de la cordillera. Además de este río envía la laguna al levante y al medio día lo que forma parte del gran río, y puede enviar otro brazo al poniente que comunique con el mar del sur cerca de Valdivia: pero esto no lo puedo afirmar por no haberlo examinado suficientemente.

También viene de hacia el norte otro pequeño río, que sale del pie de la cordillera, y cruza al país desde el noroeste al suroeste, descargándose en el desagadero, en el espacio de día y medio de jornada al este de Huechún, país del cacique Cangapol. Llámánle Pichi-Picuntu-leubu, esto es, río Chico del Norte, para distinguirlo del Sanquel, que también entra en el segundo desagadero siendo cada uno de ellos llamado por los indios, el río del Norte. La boca de este río dista de la del Sanquel cerca de cuatro días de camino.

El río Sanquel es uno de los mayores de este país y puede pasar por otro desagadero de las montañas nevadas de la cordillera. Viene del norte muy lejos, corriendo por entre montañas y precipicios y engrosándose con los muchos arroyos que se le juntan en el camino todo. El paraje donde primero se deja ver se llama el Diamante, cuyo nombre le dan también los españoles. A corta distancia de su origen entran en él muchos arroyos que nacen del pie de la cordillera más al norte; y más abajo hacia el medio día, el río Solquen. Éste es tan grande, que los indios del río Negro llaman indistintamente a su corriente, Lauque-leubu y Solquen; es ancha y rápida, aun en su primera aparición, y crece con la unión de muchos arroyos y fuentes que recibe de las montañas, y del país húmedo por donde pasa, por el espacio de trescientas millas, tomando un curso casi directo desde el norte al sur para el este, hasta que entra en el segundo desagadero o río Negro por una boca ancha.

En el confluente de estos dos ríos hay un gran remolino, por donde no obstante se atreven a pasar los indios nadando a caballo. Sus orillas están cubiertas de cañas, y de muy grandes mimbres.

Hacia el Sur del grande o segundo desagadero, no entran sino dos ríos de alguna consideración. Uno se llama Limay-leubu por los indios y por los españoles, el segundo desagadero de Nahuel Huapi, o Nauvelivapí. Los chilenos dan el mismo nombre al río grande pero es un error, porque ignoran algunos de sus brazos, de los cuales éste es solamente uno y no tan grande como el Sanquel y mucho menos que el principal brazo, aun en su primera aparición fuera de la cordillera. ‘Este río continúa con grande y rápida corriente, desde la laguna de Nahuel Huapi, casi al norte, por entre valles y pantanos, cerca de treinta leguas; recibiendo grandes arroyos de las montañas inmediatas, hasta que entra en el segundo desagadero, algo más abajo del que viene de Huechun-lauquen o laguna del límite. Los indios le llaman Limay-leubu, porque los valles y pantanos por donde pasa abundan en sanguijuelas; y los huilliches le llaman Limay; y al país Mapu-limai; y a sus moradores, Limaicheés.

La laguna de Nahuel Huapi es la mayor que forman las aguas de la cordillera (según la relación de los misioneros de Chile), pues tiene quince leguas de largo. A

un lado junto a la orilla está una isla baja, llamada Nahuel Huapi o la isla de Tigres: *Nahuel* significa tigre, y *huapi* isla. Está situada en una laguna rodeada de bocas y montañas, de donde nacen manantiales, arroyos y nieves derretidas. También entra en esta laguna, por el lado meridional un pequeño río que viene de Chonos, en el continente enfrente de Chiloé³.

El otro río que entra en el segundo desaguadero, y viene del sur, es pequeño, llamado por los indios Muchi-leubu o río de Hechiceros, pero no sé la razón porque sale del país de los huilliches, y corre del sur al norte, descargándose al fin en el río principal, más abajo del Limai-leubu.

El segundo desaguadero toma desde aquí su curso, haciendo una pequeña vuelta hacia el norte, hasta llegar a Choelechel, donde se acerca a diez o doce leguas del primer desaguadero y luego se vuelve al sureste, hasta que entra en el océano.

A corta distancia, más abajo de esta última vuelta, hace un gran círculo formando una península, que es casi redonda; cuyo cuello o entrada tiene cerca de tres millas de ancho, de seis leguas de travesía. Llámase el cercado de los Tehuelches o Tehuel-malal. El río tiene hasta la formación de esta península, altos ribazos, y montañas por uno y otro lado, pero tan distantes, que hay muchos parajes entre ellas y el río, dos o tres millas de ancho muy abundantes en pastos. En estos parajes se acercan más las montañas al agua; las orillas están cubiertas de sauces; y contienen unas pocas islas acá y allá, entre las cuales vi una muy grande en el país del cacique Cangapol, donde éste y sus vasallos guardan sus caballos para que los pehuenches no se los hurten. Jamás he oído que haya alguna cascada en este río, o que sea vadeable por alguna parte. Es muy rápido, y las avenidas muy extraordinarias, cuando las lluvias y nieves derretidas bajan de la parte occidental de la cordillera, comprendiendo todas las que caen desde el grado 35 hasta el 44 de latitud meridional, haciendo una hilera o cadena de montañas de setecientos veinte millas. Las avenidas de este río son tan rápidas y repentinas, que, aunque se oigan a mucha distancia el golpe y ruido que hacen entre rocas y peñas, apenas da lugar a las mujeres para bajar sus tiendas, cargar su bagaje, a los indios para asegurarse y pasar sus ganados a las montañas. Estas avenidas causan frecuentemente muchas desgracias, pues estando anegado todo el valle, arrastra su impetuosa corriente, tiendas, ganado, y algunas veces ganados y niños”.

La comunicación fluvial no interrumpida de Nahuel Huapi, por río Negro, resalta a los ojos perspicaces del jesuita, porque a propósito del alerce, madera cuya resistencia y belleza él alaba, dice que no debe omitir el que por medio del río que viene de Nahuel Huapi a echarse en el río Negro, se podría hacer llegar hasta el Atlántico balsas flotantes de árboles de alerce, útiles para las construcciones de buques y de habitaciones. Pero hay en su obra un pasaje que hizo mucho ruido y que, despertando la atención de la corte de España, originó la expedición de Villarino. He aquí el pasaje del jesuita:

“Si alguna nación intentara poblar este país podría ocasionar un perpetuo sobresalto a los españoles, por razón de que de aquí se podía enviar navíos al mar del sur, y

³ Es, sin duda, el río que divisamos al pie del boquete de Bariloche desde el desagüe del lago.

destruir en él todos sus puertos antes que tal cosa o intención se supiese en España, ni aun en Buenos Aires, fuera de que se podría descubrir un camino más corto para caminar o navegar este río con barcos hasta Valdivia. Podríamos tomar también muchas tropas de indios moradores a las orillas de este río, y los más guapos de estas naciones, que se alistarían con la esperanza del pillaje; de manera que sería muy fácil el rendir la guarnición importante de Valdivia, y allanaría el paso para reducir la de Valparaíso, fortaleza menor, asegurando la posesión de estas dos plazas, la conquista del reino fértil de Chile”.

Se conoce por estas palabras que palpitaba todavía bajo la sotana del jesuita el corazón del inglés con los sentimientos patrióticos de su raza. Era un llamamiento a sus compatriotas, entonces en guerra con España; el jesuita había olvidado la divisa fundamental de su orden: *eritis perinde ac cadaver*, y había escrito una página que fue ciertamente desaprobada por sus superiores. Si hay una filosofía que no reposa jamás y que apenas acaba de hacer un descubrimiento para el bien de la humanidad cuando ya se pone en camino en busca de otro, hay también una nación cuyas invasiones no se pueden criticar, porque si no traen consigo el catolicismo, traen la civilización, envuelta en sus fardos de mercaderías. Esta nación es Inglaterra. Ella podía tomar al pie de la letra la invitación indirecta de Falkner. La corte de España lo comprendió y mandó la orden al virrey de Buenos Aires para que emprendiese el reconocimiento del curso del río Negro y realizase lo que había dicho el jesuita sobre el pasaje del Atlántico hasta Valdivia por el río que venía de Huechun-lauquen.

El Virrey escogió para este fin a don Basilio Villarino, un piloto de la Armada Real.

Se reunieron hasta cuatro chalupas que calaban tres pies, armadas de pedreros, tripuladas por sesenta y dos hombres de los más infatigables para el trabajo, se hizo el competente apresto de víveres, maroma, caballos y de cuanto se presumió era oportuno para vencer los obstáculos que debía oponerles la corriente del río. Por fin, todo ya previsto, se hicieron a la vela en el puerto del Carmen el día 28 de septiembre de 1782.

Aunque la violencia de la corriente les dio desde luego bastante trabajo viéndose en ocasiones obligados a llevar a remolque las embarcaciones, la decidida voluntad de los atrevidos exploradores supo allanar los inconvenientes que hallaban en la naturaleza y en el carácter por instinto suspicaz y veleidoso de los pobladores de aquella tierra. Cuando el viento les soplabá favorablemente desplegaban las velas de sus chalupas; cuando arreciaba el ímpetu de la corriente y se veía la imposibilidad de poder avanzar a fuerza de remo, se sirgaba, atando a las chalupas una fuerte maroma que las caballerías arrastraban desde la orilla contra el curso natural del río: nunca desmayaban en su propósito de llevar a término el viaje emprendido.

A los cincuenta y ocho días (10 de noviembre de 1782), después de haber partido del Carmen, llegaron a la gran isla de Choelechel, formada por dos brazos del río que en aquella parte se dividía para unirse un poco más abajo. Esta isla que se

halla situada casi en la medianía de su curso, creía Villarino que distaba del Carmen setenta leguas, pareciendo estar hacia los 39° de latitud: es bastante extensa y en algunas puntas presenta una vegetación risueña y pasto en abundancia. En el día la isla de Choelechel está dividida en tres o cuatro islas por brazos del río que la cortan.

Mientras proseguían su navegación divisaron un día por la orilla del río algunos indios que, según ellos dijeron, caminaban con dirección a la cordillera. De-seoso Villarino de captarse su amistad creyendo le sería útil y que podrían darle noticias acerca del nacimiento del río y de los estorbos con que tendrían que tropezar en la continuación de su viaje, los trató con benignidad, ofreciéndoles regalos de aguardiente y tabaco que aceptaron de muy buena gana. Al principio correspondieron con agradecimiento los agasajos de los españoles; pero poco tardaron éstos en convencerse de que la amistad de sus nuevos compañeros era más de temer que de desear. La codicia de esta gente es proverbial, y cuando de grado no consiguen lo que pretenden, tratan de adquirirlo por la fuerza. Villarino, que se veía importunado a cada momento con las molestas instancias de sus huéspedes, trató de librarse de ellos, y les negó cuanto pedían. Irritados los indios con esta negativa, de amigos de los españoles que hasta entonces se habían mostrado, se tornaron sus más encarnizados enemigos y ya sólo pensaron en incomodarlos, haciéndoles todo el daño que podían. Por otra parte, sospechaban las intenciones de los españoles y temían que aquellos advenedizos los desposeyesen de sus tierras, sospecha en que vino a confirmarlos un marinero que había desertado de las chalupas, quien les reveló el plan de los exploradores para atraérselos con el fin de que, si trataban de aprehenderlo, le prestaran su auxilio. Todo esto exasperó más su ánimo predispuesto a la venganza y resolvieron hostilizar a los españoles por los medios que estaban a su alcance. Se adelantaron a las embarcaciones y fueron talando los prados naturales de hierba que por allí crece con lozanía y cometiendo mil clases de hostilidades que mantuvieron a Villarino y su comitiva en una continua alarma durante todo aquel tiempo.

Debido a esto el intrépido jefe de la expedición comenzó a temer por el porvenir. Ahora presenciaba los hechos; palpaba los obstáculos con que tenía que luchar, conocía la insuficiencia de los medios de que podía disponer, veía a la tripulación extenuada por un trabajo tan asiduo como fatigoso, y sobre todo estaba muy desengañado del carácter amistoso y hospitalario que al principio había supuesto en las hordas salvajes que encontraba en la orilla del río. Se persuadió de que tal vez se exponía a demorarse un tiempo indefinido en su expedición para no lograr un fruto de ella, si continuaba sin contar con otra cosa que con los recursos de que actualmente podía disponer, y que ya empezaban a escasearle. Determinó, pues, no pasar adelante hasta no haber enviado al Carmen por nuevos auxilios e instrucciones que le permitieran proseguir adelante.

Mientras aguardaba la contestación de don Francisco Viedma, gobernador del Carmen, resolvió volver a Choelechel porque creyó debía elegir un lugar seguro contra los ataques de los naturales que tanto los había incomodado, y en aquella parte existía un paraje naturalmente defendido. Luego que hubieron llegado al lugar designado, se apresuraron a rodearlo de una barrera que los pusiese a cubierto

de las fechorías de los indios, y para mayor seguridad hizo Villarino que toda la tripulación se encerrase allí con lo que tenían. Tranquilos por esta parte con aquel simulacro de fortaleza, denominada por los exploradores fuerte de Villarino, pero que creían suficiente para detener las invasiones de los salvajes, esperaron con paciencia a que volviera del Carmen el mensajero que debía traerles las respuestas del Gobernador.

Por fin, al cabo de dos meses tuvo la contestación de don Francisco Viedma. Lo ordenaba que siguiera su interrumpido viaje, que para alejar los motivos de contienda entre su gente y los naturales hiciese regresar al Carmen los peones con todas las caballerías que llevaba. Villarino que sabía de cuánta necesidad le eran los caballos y peones, habría querido hacer sus observaciones al Gobernador; pero temiendo que un retardo de tiempo en la estación en que cesan las lluvias hiciera disminuir el agua del río hasta serles imposible navegarlo, se decidió sin demora a ejecutar las órdenes de Viedma.

El 20 de diciembre se pusieron nuevamente en camino. Por esta parte el río semeja una inmensa serpiente que va desarrollando sus numerosos anillos entre los farellones de que están sembradas sus orillas. Para doblar estos recodos les era preciso llevar a la sirga las chalupas, luchando sin cesar con la corriente, porque las velas de nada les servían. Una multitud de pequeños islotes que parecen sobrenadar en la superficie aumentó las dificultades de la navegación, así fue que en diez días sólo habían avanzado sólo veinticuatro leguas.

En el paraje a que llegaron al cabo de este tiempo encontraron varios indios que voluntariamente les prestaron auxilio en su fatigosa tarea. Según decían, habitaban la falda oriental de la gran cordillera. Villarino supo de ellos que el río Negro era navegable hasta el pie de los Andes, punto que fácilmente podía comunicarse con Valdivia y que la laguna de Huechunlauquen (laguna de la frontera o del término) hacia donde se dirigían estaba muy cerca de Valdivia.

Durante algún tiempo caminaron en buena armonía los indios y españoles, prestando aquéllos varios servicios a la expedición y suministrando a Villarino las noticias que sabían de la parte superior del río y de los escollos que debía evitar en el camino. Asegurándole que la laguna de Huechunlauquen, en cuyos alrededores tenían ellos sus habitaciones, no distaba de Valdivia más que dos jornadas. Los datos suministrados por aquellos indios contribuían no poco a confirmar en el ánimo del jefe de la expedición la esperanza de obtener el logro de sus deseos. Es de advertir que esta gente hablaba de los límites de la provincia de Valdivia, puesto que desde la ciudad de este nombre hasta Huechunlauquen hay seis días de buena marcha.

Los españoles luego tuvieron ocasión de conocer que sus compañeros bajo la apariencia de una amistad sincera ocultaban la más grande aversión hacia ellos. Cuando Villarino les negó el licor que le pedían para embriagarse, comenzaron como las vez primera, a manifestarse descontentos, y llegaron hasta fraguar un plan de conspiración que se proponían hacer estallar en el momento en que los españoles menos lo sospechasen. Pero afortunadamente para éstos se frustraron los pérfidos designios de aquella gente malvada, habiéndose tenido oportuno co-



Paisaje austral. Pedro Amado Pissis. Museo Histórico Nacional. Santiago de Chile

nocimiento del hecho, y los indios, burlados en sus esperanzas, echaron a huir, llevándose dos españoles. Por entonces parecieron éstos muy escarmentados y resolvieron no volver a entrar en relaciones con huéspedes tan incómodos.

Después de este suceso que no dejó de molestarlos, haciéndoles perder el tiempo que habían deseado aprovechar en avanzar algo más en su camino, continuaron su exploración con nuevo empeño. El 23 de enero de 1783 llegaron a la desembocadura del Neuquén en el río Negro. Nace este río un poco más abajo del Antuco y era llamado por los indios Sanquel-leubú, sin duda por la mucha cantidad de juncos que crece en sus riberas: los indios modernos lo llaman Comoe. Arrastra en la continuación de su curso el de muchos tributarios que aumentan su caudal hasta su confluencia con el Negro. Villarino equivocadamente creyó que era el Diamante, y en su diario aparece con este nombre; además estaba firmemente persuadido de que la provincia de Mendoza no podía distar de aquel punto más de veinticinco jornadas. No se detuvo mucho aquí, porque habiendo subido en un bote como unas dos leguas llegó a un paraje donde el agua era tan somera que podía vadearse fácilmente el río, pareciéndole ser aquél el vado más frecuentado por los naturales de esa tierra. Notó, sin embargo, que en las orillas había señales de la altura a que podía alcanzar el agua, por lo que creyó que una vez salvado este paso o haciendo el reconocimiento en una estación menos avanzada, podría consentir embarcaciones de mucho mayor calado que la suya.

Para disculpar a Villarino del cargo que se le hace por no haber explorado este río, uno de los más caudalosos de los que confluyen con el Negro, es preciso saber que ya se acercaba la estación de las nieves, y el jefe de la expedición temía con sobrado fundamento no poder llegar al pie de la cordillera, donde se decía estar situada la laguna del Límite, punto que siempre había tenido en vista para dar fin a su excursión de aquel lado de los Andes, por creerlo el más cercano a Valdivia y al mismo tiempo el más a propósito para transmontar la cordillera. Después de haber avanzado más de una legua desde la desembocadura del Neuquén en el río Negro, se vio que la latitud era $38^{\circ}44'$ y que este último parecía inclinarse al SO, dirección que le hacía tomar una cadena de cerros que se halla situada al Norte, y que un poco más arriba tuerce el curso del Neuquén en el mismo sentido. Luego empezaron a notar que el río se angostaba entre paredes naturales de piedra maciza de unos 500 o 600 pies de elevación. Un bajo que se forma en esta parte les hizo tan dificultoso el camino que se vieron precisados a abrir paso con picos y azadas y a descargar las chalupas para poderlas transportar a fuerza de brazos. Parece que el río estaba extraordinariamente bajo; hacía cinco meses que no llovía. Aquí fue donde los obstáculos se multiplicaron y donde comenzaron a presentárseles dificultades más serias. En el espacio de un mes hubo días en que sólo caminaron diez o doce cuadras y a veces únicamente 1.000 o 1.500 varas, siguiendo el tortuoso curso del río por entre peñas escarpadas. Los caballos estaban inútiles y el pesado trabajo de sirgar las embarcaciones tenía que hacerlo la tripulación. La esperanza de llegar pronto a Valdivia que creía no estar muy lejos de Huechunlauquen, y donde se prometía saborear con sus compañeros el descanso que viene tras las fatigas y sinsabores de un viaje tan costoso como el suyo, era lo único que podía

alentar a Villarino en la realización de su atrevida empresa; le parecía que esto sólo alcanzaba a indemnizarle de las penalidades sufridas.

Las dificultades del tránsito se hacían mayores a medida que adelantaban, si hemos de atender al diario de Villarino; y aun cuando el piloto de la marina real en un momento en que parece abandonarle su acostumbrado buen humor, se atreve a comparar sus riberas con las del Averno, sin embargo, es de temer que exagerase la gravedad de los peligros e hiciese comparaciones desfavorables a los pasajes que exploraba inspiradas solamente por el deseo de no proseguir la expedición que ya comenzaba a disgustarlo y cuyo término no divisaba. El piloto explorador, deseando visitar aquella cadena de montañas, trepó con gran dificultad una de las cumbres más elevadas y pudo divisar la aguda cima de un volcán que según sus cálculos, no debía distar más de quince leguas, equivocándolo con el de la Imperial de Chile que no puede divisarse de esa banda de la cordillera. Este volcán era el Lanín.

Los exploradores necesitaron un espacio de dos meses para recorrer una extensión de cuarenta y una leguas: tales eran los obstáculos que habían entorpecido su marcha. Aparte de la rapidez de la corriente y de los escollos que se oponían a su paso, obligados a tener las piernas metidas en el agua durante días enteros, se les hincharon en extremo y se les cubrieron de llagas producidas por las picaduras de mosquitos venenosos que en crecido número infestaban el aire. Se declaró el escorbuto en la tripulación, pero felizmente encontraron un bosque de manzanos, cuyo fruto restableció a quienes se hallaban atacados de aquella terrible enfermedad.

El 25 de mayo llegaron al pie de los Andes, y se encontraron en el punto en que confluyen dos ríos que, corriendo en opuestas direcciones, el uno del norte y el otro del sur, concurren a formar el río Negro, circundan una isla que no tendrá menos de media legua de extensión. Estos ríos son el Chimehuin y el Limay.

Villarino no trepidó un instante en elegir el afluente que partía del norte, desde que vio, por la latitud ($40^{\circ}2'$) que ocupaban, que se hallaban al sur de Valdivia; pero queriendo dar algún descanso a su gente debilitada por el asiduo trabajo, se detuvo aquí por dos días que aprovechó en explorar el brazo que venía del sur; el Limay, desagüe de Nahuel Huapi.

Villarino dice que este río, en la parte que él recorrió, cerca de dos leguas lleva una gran cantidad de agua cristalina sobre un lecho formado de guijarros redondos y lisos, y como hasta el peso de una arroba. Es tan caudaloso como el Neuquén, teniendo cinco pies de profundidad y una anchura de doscientas varas con una corriente de ocho millas por hora. Le puso por nombre río de la Encarnación, y es el mismo cuyo curso he descendido, y del cual nos ocuparemos más adelante; los indios lo llaman Limay, río de las sanguijuelas, nombre que también suelen dar al brazo principal hasta su unión con el Neuquén, denominándole desde allí Curileufú o río Negro. Encontraron en sus orillas trozos de madera acumulados por los crecimientos del río, consistiendo en su mayor parte de ciprés de que están pobladas esas orillas y las del lago de Nahuel Huapi.

Los indios contaron a Villarino que el Limay o Encarnación traía su origen de la gran laguna de Nahuel Huapi, le refirieron que los cristianos habían fundado en

otro tiempo (1703) a sus orillas una misión que después destruyeron unos salvajes, asesinando a los que la habitaban.

Persuadido Villarino de que siguiendo el afluente que estaba situado más al norte iba a lograr mejor su intento, principió a subir por el Chimehuin, que él llama equivocadamente Catapuliche, siendo éste sólo un afluente de aquél; pero bien pronto conoció cuán inútil era su pretensión, porque luego la poca profundidad del agua le obligó a detenerse y a considerar como imposible poder llegar al lago de Huechunlauquen por medio de este río. En efecto, poco tardó en convencerse. El poco fondo y la mucha corriente hicieron imposible el paso de las embarcaciones y sólo pudo recorrer diez leguas de su curso en veinte días de trabajos continuos.

El Chimehuin nace del lago Huechunlauquen y se dilata por la falda de los Andes en una extensión de dos leguas; recibe en la continuación de su curso el agua de muchos ríos pequeños que le envían las nieves y algunos lagos situados en la cordillera cuyos pies bañan; estos ríos son el Catapuliche, el Pihualcura, el Trepelco que sale del lago Quilquihue, el estero de Quemquemtreu y el Calefú. Villarino desde que comenzó a navegar en este río tuvo que vencer mil géneros de inconvenientes; no dejó, sin embargo, de avanzar sin detenerse un momento. Seis días habían caminado desde que pasaron por la confluencia del Limay o Encarnación, cuando arribaron a un punto que Villarino conceptuó no se alejaría a más de seis leguas de Huechunlauquen, lo que le dio nuevo ardor para proseguir su viaje con más tesón; hasta que por fin el 17 de abril de 1783, en el momento en que piensa que quizá sólo cinco jornadas lo separan de Valdivia, se ve forzado a detenerse un poco más arriba de la confluencia del brazo formado por el Pihualcura y el Catapuliche, y que se separa hacia el norte del Chimehuin el cual viene entonces del NO. Villarino había remontado aquel brazo dejando el Chimehuin a la izquierda, al cual llama río de Huechuhuehuin y no sin razón, porque esta parte del país se llama así. Se hallaba a una latitud de 39°40', y casi al frente de Valdivia. Les faltaban los víveres, y las enfermedades hacían terribles estragos en la tripulación. No era esto lo peor: los indios de este lugar, y que los españoles reconocieron ser los primeros amigos con quienes se habían encontrado cerca de Cholechel, tuvieron una reyerta en que se produjo la muerte alevosa de uno de los caciques. El traidor buscó un refugio entre los españoles, y éstos no titubearon en dárselo, todavía poco escarmentados con lo sucedido. Los de la facción contraria, disgustados con la conducta de los españoles, les declararon desde entonces guerra a muerte, como a sus mayores enemigos. Éste fue el principal motivo que tuvo Villarino para pensar en volverse, después de haber intentado inútilmente hacer pasar siquiera una carta hasta Valdivia.

Cuando Villarino se hubo persuadido de lo infructuoso que sería cualquiera tentativa que se hiciera para llegar a Valdivia, perdió la esperanza de poder realizar los deseos de su gobierno, y creyó oportuno regresar. En efecto, inmediatamente se pusieron en camino; ayudados por las creces de los ríos y navegando a merced de la corriente, estuvieron de vuelta en el Carmen el 25 de mayo de 1783, habiendo empleado sólo en su venida tres semanas y sin haber tropezado con ninguno de los estorbos con que habían luchado en la subida. Ocho meses habían demorado en todo el viaje.

Si Villarino no sacó de su expedición todo el provecho que habría deseado, los preciosos datos que en ella obtuvo, y que merecen toda la fe debida a un observador concienzudo no hacen más que corroborar la verdad de ciertos hechos que ahora se reconocen casi sin contradicción, a saber, que el río Negro es navegable desde su desembocadura en el Atlántico hasta el pie de los Andes, donde se divide en dos afluentes principales: el uno que parte del sur, accesible hasta la laguna de Nahuel Huapi, que Villarino sólo recorrió el espacio de casi dos leguas, es el Limay de los indios o el Encarnación de los españoles; el otro, cuya hondura es menor que la del primero baja del NO, y lo exploró hasta un poco más arriba del punto en que confluye con el Pihualcura y el Calapuliche, se nombra Chimehuin. Quedó, pues, establecida la posibilidad de una comunicación entre el Atlántico y la cordillera por medio del río Negro.

También cabe a Villarino la gloria de haber sido el primero que fijara con certeza la dirección de este gran río.

Otro viaje por el río Negro de que tenemos noticias es el del piloto Descalsis. Este marino ascendió el río en una goleta en 1833 durante la campaña del desierto que aquel año hizo el general Rosas contra los indios. Habiendo salido del Carmen el 10 de agosto, llegó a Cholechel el 23 de octubre empleando setenta y tres días, esto es, el doble de tiempo de lo que había puesto antes Villarino. El 2 de noviembre alcanzó hasta la punta llamada del Dolor nombre que dio a este sitio por no haber podido continuar explorando “tan hermoso río”, dice en su diario, y regresó al Carmen el 12 de ese mismo mes tardando sólo siete días en la bajada.

El diario o planos de esta expedición se dieron a luz en la *Revista del Plata*, periódico publicado en Buenos Aires en 1854. Interesantes detalles se encuentran en estos documentos. El cauce del sur corre por entre dos barrancas que lo acompañan constantemente, barrancas coronadas por las interminables planicies de la pampa. Se las conoce con el nombre de Cuchilla del Norte y del Sur. Entre el pie de éstas y la ribera del río se extienden espaciosas y húmedas márgenes que a veces se estrechan hasta encajonar el río entre farellones y otras se dilatan en campos abiertos pastosos que miden hasta ocho y diez leguas cuadradas, como los llanos que Descalsis bautizó con el nombre de Campos de la Virgen de Ilati. Los planos son hechos en gran escala y con mucha minuciosidad, contienen las sendas frecuentes de toda la parte explorada.

Los indios han conservado la tradición de este viaje: el cacique Hunicahual de Quemquemtreu me dijo que su padre le contó que los españoles habían estado allí con cuatro botes y cañones y que habían traído mucho pan duro. Conocía además todos los nombres de los caciques consignados en el diario de Villarino.

III

Excursiones de Espiñeira y Philippi. Expedición de Muñoz Gamero, en 1849. De Döll en 1852. De Vicente Gómez, en 1855. De Fonck y Hess, en 1856.

Hasta entonces el solo mapa que contenía algunas noticias sobre estos lugares era el de Moraleda, levantado por los años de 1792 a 1796, por orden del virrey de Perú. En este mapa se halla suficientemente bien indicada la posición del volcán de Osorno entre Llanquihue y Todos los Santos. Se ve también en él bosquejada la orilla occidental del lago Nahuel Huapi. Del lago de Llanquihue, al cual llaman Puralillo, sale el Maullín. Pero se creía entonces, probablemente a causa de la gran extensión del lago y la dificultad de llegar hasta sus orillas, que había dos lagos: uno de Puralillo al sur y otro de Llanquihue. Eran tal vez los de Puyehue y Rupanco, cuya existencia se sospechaba ya. Se ve también en ese mapa el lago de Todos los Santos con su desagüe en la boca de Reloncaví, trazados con mucha prolijidad. Este lago era llamado por los indios, Pichilaguna, para distinguirlo del de Llanquihue. Los españoles cambiaron su nombre, y más tarde Muñoz Gamero le dio el de Las Esmeraldas, a causa del color verde de sus aguas.

Se ve también un punto situado en la embocadura del río Petrohué que sale de Todos los Santos, donde Moraleda ha escrito: “

Entrada del camino de Bariloche que seguía la gente de Chiloé para ir a la antigua misión de Nahuel Huapi”.

¡Cosa admirable que en ese tiempo los españoles tuviesen ya una misión y un camino capaz de poder seguir, en unos parajes que nos han parecido inaccesibles y como perteneciendo a regiones fabulosas! En 1842 o 1843, el intendente de Chiloé don Domingo Espiñeira recorrió con don Bernardo Philippi la lengua de tierra de tres o cuatro leguas que separa el golfo de Reloncaví de la laguna de Llanquihue. Después Philippi entró en este lago, se internó por tierra desde Maullín, reconoció sus orillas septentrionales y la distancia que le separa de Osorno. Al principio de 1848 un alemán, don Juan Renous, atravesó el lago de Llanquihue, llegó al pie del volcán de Osorno, al lado del cerro Calbuco, alcanzó a distinguir los bordes del

lago de Todos los Santos y de su desagüe. Casi al mismo tiempo se publicó en *El Araucano* una corta noticia sobre estos lugares. El autor era don Guillermo Döll, el primero que señaló la existencia distinta de dos cerros separados en vez de uno, fijó la verdadera posición del volcán Osorno respecto de la de Calbuco. Al mismo tiempo emite algunas dudas sobre la posibilidad de una comunicación con el otro lado de la cordillera. En fin, en 1849 nuestro gobierno se decidió a enviar, bajo las órdenes de don Benjamín Muñoz Gamero, oficial de la marina chilena, una expedición encargada de explorar la cordillera en esa latitud y buscar el lago de Nahuel Huapi. El resultado de este viaje, aunque interesante respecto a la luz que arrojó sobre esta parte del país, tan poco conocida, no fue lo que se le había exigido. La exploración no alcanzó el objeto principal que se tenía en vista, que era encontrar el pasaje cuya existencia se sospechaba al este del lago de las Esmeraldas o de Todos los Santos. Muñoz Gamero desembarcó en Melipulli o Puerto Montt, en el seno de Reloncaví, y atravesó la lengua de tierra de tres o cuatro leguas, cubierta de alerces, que separa el golfo de Reloncaví del lago. Allí construyó una embarcación y llegó a un punto inmediato entre los dos volcanes, situado sobre las mismas orillas del lago y determinó su latitud y longitud; enseguida atravesó el espacio comprendido entre los dos volcanes hasta el lago de Todos los Santos, construyó una embarcación en sus orillas y empezó a recorrerlo; reconoció primero la salida del río Petrohué, por el cual las aguas del lago se vacían con una gran rapidez en el golfo de Reloncaví; enseguida el pequeño lago de Calbutue, que se vacía en la mitad del lago grande; continuó la navegación hasta llegar a la boca del Peulla, cuyas aguas vienen del pie del Tronador; caminó por sus orillas hasta una distancia de ocho millas. La cordillera se dirigía al Tronador; la falta de recursos y la impenetrabilidad del monte que tapiza esta cordillera no le permitieron pasarla. La falta de un guía que conociese el pasaje influyó mucho, a mi parecer, en el mal éxito de este viaje. La expedición, a su vuelta, visitó con distinción las orillas del lago de Llanquihue, desde la embocadura del Maullín hasta la orilla septentrional, llamada costa de Chanchan. Los resultados fueron interesantes y exactos; se han corroborado después, y es preciso pagar aquí un justo tributo a la memoria de este desgraciado oficial que encontró una muerte bien deplorable en la colonia militar de Magallanes.

Döll, en 1852, completó el trabajo de Muñoz y publicó un mapa bastante exacto.

Pero el honor del descubrimiento del pasaje de la cordillera estaba reservado a don Vicente Pérez Rosales, Intendente en 1855 de la colonia de Llanquihue: un habitante de Puerto Montt, don Vicente Gómez, el mismo que después me acompañó en mi expedición, le informó que su abuelo el anciano Olavarría, había acompañado en otro tiempo al padre Meléndez a la misión de Nahuel Huapi. Don Vicente Pérez Rosales creyó que con su concurso y sus indicaciones se podría tal vez hallar el pasaje de la cordillera. Confió, pues, a Gómez la dirección de una expedición a la que se asoció un colono alemán, don Felipe Geisse; el resultado correspondió a sus esperanzas. Los dos viajeros pasaron la cordillera, subieron el cerro de la Esperanza, y desde su cima pudieron percibir las aguas del lago de Nahuel Huapi. Hasta allí se limitaba su misión.

Al año siguiente viene la expedición de don Francisco Fonck, médico alemán de la colonia de Llanquihue, que asocia al otro alemán, don F. Hess; parten el 30 de enero de Puerto Montt, llevando trece compañeros; el 4 de febrero atraviesan el lago de Llanquihue hasta el pie del volcán de Osorno, el 7 y el 8 se encuentran en el lago de Todos los Santos; en los siguientes días remontan el Peulla, suben la cordillera con bastante dificultad, se apartan un poco del boquete que llamaron Pérez Rosales, en honor del Intendente que había enviado la expedición anterior, llegan a un cerro al cual dan el nombre de cerro del Doce de Febrero, fecha del día; de allí se dirigen al lago de Nahuel Huapi, construyen una canoa y avanzan un espacio de cinco leguas en el lago; se detienen en una punta, a la cual dan el nombre de Punta de San Pedro, que equivocadamente tomaron por una punta del continente; en fin, volvieron a Puerto Montt, trayendo consigo datos interesantes, vistas y alturas de las montañas que habían tomado por medio de la ebullición del agua; una observación debida al doctor Fonck es que el pequeño río Frío, en lugar de descender perpendicularmente en la dirección general de la línea central que es de norte a sur, le es casi paralela, y además una legua que se reconoció de él era navegable.

Encontraremos más tarde un caso análogo en el desaguadero de Nahuel Huapi.

Así, en el estado presente, todo lo que dieron esas expediciones es un conocimiento de la extensión de terreno desde Puerto Montt hasta una parte del lago de Nahuel Huapi, sin arrojar ninguna luz sobre la parte oriental ni tampoco sobre el desaguadero, que he tenido la suerte de explorar.

IV

Puerto Montt. Colonización.

Como no sólo mi proyecto abraza un interés científico y mercantil sino, también, humanitario por cuanto conduce a facilitar la colonización de aquellas regiones, haciendo afluir a ellas los brazos y las capacidades de que tanto necesitan para su futura importancia, he creído conveniente tocar, aunque sea por incidencia, la colonización, a fin de que si esta publicación llegase a Europa, aparezca allí con el doble carácter de dar a conocer lugares hasta ahora inexplorados y de excitar a nuevos trabajos que conduzcan al fomento de la colonización en el sur de la república.

El 25 de mayo de 1862 me embarqué en Valparaíso; traía conmigo a don Enrique Lenglier, joven francés, antiguo alumno de la Escuela Politécnica de Francia, que por una serie de circunstancias había venido a Chile y que quería participar de mis aventuras; necesitaba una larga permanencia en Puerto Montt para hacer los preparativos necesarios, a fin de reunir todos los elementos favorables para la empresa y no tener que reprocharme si experimentaba un descalabro. Conocía ya a Puerto Montt antes de esta última época. He aquí lo que era, en el mes de mayo de 1862, esta hermosa villita, cabecera de la colonia, que ya ha realizado en parte las esperanzas que tenía el derecho de abrigar el gobierno por los sacrificios que ha hecho.

Las ventajas de llamar la emigración hacia un país desierto relativamente a su extensión, eran demasiado notables para que se escapasen a la penetración del gobierno. La empresa no era tan fácil, porque Chile se encontraba demasiado lejos de los grandes centros de emigración para poder pretender la preferencia que le disputaban todos los países bañados por el océano Atlántico en el Nuevo Mundo; era preciso ofrecer al emigrante, en compensación, concesiones superiores, siempre onerosas para el gobierno de una nación que trabaja por colocarse entre los pueblos más civilizados; además el principio de una colonización es colocar a los emigrantes en lugares donde la exportación les sea fácil, a fin de que por la venta ventajosa de sus productos, puedan éstos en poco tiempo mejorar de condición. Era preciso hacer, a fuerza de generosidad y de benevolencia, que el emigrante prefiriese a Chile. El gobierno se decidió.

La primera medida que tomó, imitando a las naciones que como América del Norte, tienen grandes desiertos que poblar, fue acreditar agentes en Alemania que estimulasen la emigración y explicasen a los colonos las condiciones favorables que les ofrecía el gobierno, condiciones cuyo conocimiento no carecerá de interés.

El terreno donde debían establecerse los colonos en la vecindad de Chiloé sería dividido en lotes cuadrilaterales, teniendo una extensión de cien cuadras cada una. Cada lote sería designado con un número en el mapa topográfico que con este objetivo se levantaría, y colocado de manera que uno de los costados por lo menos estuviese sobre un camino público.

Se reservarían puntos para la fundación de tres ciudades principales. La primera en Puerto Montt, erigida en cabecera de la colonia; la segunda cuatro leguas más al norte, sobre la orilla meridional del lago de Llanquihue, con el nombre de Puerto Varas; la tercera, en puerto Muñoz Gamero, que es una ensenada situada en la orilla septentrional del lago. La primera y la segunda debían ser ligadas por el camino real de la Colonia, la segunda y la tercera, por medio de embarcaciones, mantenidas a costa del gobierno, que debían hacer el viaje dos veces por semana y conducir gratis a los viajeros de un lado al otro. Además un camino alrededor del lago.

El derecho de adquirir tierras era concedido sólo a la gente casada que, por su conducta y sus antecedentes honorables, fuese digna de los favores del gobierno. El valor de la cuadra se había fijado en un peso, solamente para el colono que la adquiriría; cada padre de familia tenía el derecho de adquirir veinticuatro cuadras, la madre y cada hijo mayor de diez años podían obtener doce por persona. En caso que una familia no fuese bastante numerosa para poder hacer adquisición de un lote entero de terreno, podía disfrutar durante tres años del resto, pero al cabo de este tiempo se vendería en remate por cuenta del Estado. El colono que había gozado del terreno tendría la preferencia de derecho como adquirente, si pagaba tanto como el último postor.

En Puerto Montt desembarcan los emigrantes, y un edificio espacioso está dispuesto para servirles de primer asilo. Embarcaciones mantenidas por el gobierno conducen a tierra sus equipajes, un médico reconoce el estado sanitario de los recién llegados, se les distribuyen víveres gratis los primeros ocho días de su llegada y más tiempo si realmente han estado en la imposibilidad de escogerse un terreno. Enseguida se trasportan por cuenta del Estado personas y bagajes al lugar donde se encuentra el lote que han escogido. Cuando se hallan ya en posesión de su lote, se distribuyen a cada familia víveres para un año, una yunta de bueyes, una vaca parida, mil libras de trigo y mil libras de papa para sembrar.

Todos esos adelantos hechos al precio corriente deben ser reembolsados a partir del quinto año por quintas partes, sea en especies o en dinero; ningún interés se les exige por estos adelantos; y si la familia no se encuentra en estado de pagar, en este caso se le concede un nuevo plazo, probada su actividad y diligencia. El colono de Llanquihue está exento durante quince años, a contar desde la fundación de esta colonia, de toda contribución o servicio. Los socorros de la medicina que podían necesitar los colonos, las escuelas públicas para la instrucción de sus hijos y

la asistencia religiosa, están a cargo del gobierno. El servicio militar es desconocido, y la policía de seguridad es mantenida por el Estado. El emigrado se naturaliza por el solo hecho de una solicitud dirigida a la autoridad con este objetivo, una vez que se haya establecido en la colonia.

Todas esas condiciones se han llenado legalmente. Así es que en el golfo de Reloncaví donde hará diez años no había sino orillas desiertas, cubiertas de bosques impenetrables, se eleva ahora una bonita ciudad como las de Alemania, con casas de dos y tres pisos, pintadas de varios colores; y donde no se veía más seres vivientes que un miserable tablero, vive ahora una población holgada; se ven jugar en las calles los niños de la Germania con su rubia cabellera, sus ojos azules, mezclados con otros pequeñuelos, cuyo color más cobrizo recuerda su origen indígena. El domingo, una orquesta compuesta de cuatro o cinco instrumentos, hace valsar alegres parejas de Wilhems, Karls, con sus Federicas y Catalinas; alemanes y chilenos viven unidos; y un poco más lejos, en las orillas del lago de Llanquihue, viven felices labradores, que esperan la conclusión del camino entre Puerto Montt y el lago para realizar sus doradas ilusiones.

En el puerto se trata de construir un muelle para facilitar el embarque y desembarque de los buques que frecuentan la rada, una de las más bellas y seguras que posee el país, adornada de un dique natural que puede contener buques de cualquier tamaño. Todos los meses un vapor de la compañía inglesa del Pacífico hace el servicio de paquete. Puerto Montt es su última escala en el sur. Los habitantes tienen buena agua potable y canales que traen el agua de la colina a espaldas de la ciudad mantienen el aseo de las calles. Hay unas trescientas casas de las cuales veinticuatro son de dos pisos y contienen una población de 2.000 almas.

El palacio de la intendencia es bien construido, una plaza espaciosa adorna la fachada; el Intendente ha hecho en ella un bello jardín y las brisas del mar esparcen a lo lejos el perfume de sus flores.

Respecto a la instrucción pública, hay una pequeña biblioteca popular en donde se encuentra un número suficiente de libros obsequiados por el gobierno. A este fondo han venido a juntarse las donaciones particulares: contiene libros en español, inglés, alemán y francés. El bibliotecario es un anciano alemán, doctor en Filosofía que, aunque encargado de la biblioteca y de la enseñanza en la escuela, no le falta tiempo para dedicarse a observaciones meteorológicas que citaré más adelante.

En la ciudad hay dos escuelas: una para hombres y otra para mujeres. En el lago hay una ambulante.

En 1861, $\frac{1}{3}$ de los hombres sabía leer y $\frac{1}{8}$ escribir; entre las mujeres, $\frac{1}{8}$ sabía leer y $\frac{1}{11}$ escribir.

La población del territorio de colonización en 1861 alcanzaba a las siguientes cifras:

Hombres	7.120
Mujeres	5.903
Total	13.023

A los colonos propiamente dichos que vinieron por cuenta del Estado se les pagó una parte del pasaje. En Hamburgo y en Puerto Montt se les han dado los socorros señalados por el Reglamento; a los inmigrados voluntarios e indígenas, se les concedió terrenos y las exenciones de que gozan los colonos, pero no han recibido, como estos últimos, los socorros en dinero. De los apuntes del agente de colonización, y de los mismos documentos de la intendencia de Puerto Montt, resulta lo siguiente:

La deuda actual de los colonos es de 104.385 pesos, se sabe que deben reembolsarla por quintas partes, a partir del quinto año. Se han repartido entre todos 10.000 cuadras de terreno, concedidas gratis a los llegados antes de 1856, y a un peso la cuadra a los que vinieron después; los terrenos actualmente disponibles ocupan una superficie de 159.000 a 200.000 cuadras para más de 1.500 emigrantes, una parte se alquila, la otra es consagrada al servicio del público.

La cantidad y especie de siembras en 1861 se ve representada por las cifras siguientes, a saber:

Papas	8.227	fanegas
Trigo blanco	435	ídem
Trigo amarillo	1.385	ídem
Centeno	276	ídem
Avena y cebada	572	ídem
Arvejas	167	ídem
Maíz	23	ídem
Frijoles	25	ídem
<i>Cosecha</i>		
Papas	125.128	fanegas
Trigo blanco	6.137	ídem
Trigo amarillo	13.707	ídem
Centeno	2.870	ídem
Avena y cebada	8.720	ídem
Arvejas	1.844	ídem
Maíz	131	ídem
Frejoles	111	ídem

Se ve por este cuadro que la papa es el producto más importante; produce por término medio, 1.800%, y enseguida vienen el trigo, la cebada y el centeno.

Los particulares que tienen terrenos con monte los destinan a la crianza de animales.

Los animales, comprendidos en el terreno de la colonización, son:

Animales vacunos	18.909
Caballos	2.574
Mulas	206
Corderos	9.022
Cabras	380
Puercos	3.214
En todo	34.205

En los campos fuera de Puerto Montt la población se ocupa exclusivamente de la crianza de animales y del cultivo, pero en Puerto Montt ya las ocupaciones cambian con la estación, y los habitantes se ocupan en siembras, en navegar o en cortar maderas; pero también las artes mecánicas y los oficios tienen numerosos representantes, en proporción de la población, como se ve en el cuadro siguiente:

Cervecerías	1	Herreros	3	Peinetero	1
Destilación	2	Cerrajeros	3	Talabarteros	2
Ebanistas	5	Maquinistas	3	Jardineros	2
Carpinteros de casa	8	Zapateros	15	Panaderos	8
Id. de embarcación	5	Sastres	6	Carniceros	3
Toneleros	1	Encuadernación	1		

Almacenes abasteciéndose en Valparaíso hay diez; abasteciéndose en Puerto Montt y Ancud diez; además hay doce bodegones y ventas de licores.

En cuanto al comercio, no tenemos cifras exactas, porque una gran parte se hace entre las islas y Puerto Montt con pequeñas embarcaciones; pero se puede tener una idea del comercio por el movimiento marítimo del año 61. Han entrado setenta y ocho buques (22.802 toneladas), y dos mil embarcaciones que comercian entre Puerto Montt, Ancud, las islas de Chiloé y las islas Guaitecas.

La importación consiste principalmente en mercaderías europeas y licores, y la exportación en durmientes de ferrocarriles, tablas de alerce, maderas, cueros y mantequilla; el comercio más importante es el de madera; un camino carril bastante bueno permite a las carretas traer la madera desde el monte hasta el puerto.

Hay dos grandes máquinas de vapor, que cortan poco más o menos seis mil pies de superficie por hora. Hay otras máquinas movidas por agua.

Toda la población vive en una holganza relativa: el estado sanitario es bueno; durante mi residencia hubo una epidemia de viruela, pero gracias a la vacuna, no ha producido muchos estragos.

Respecto del clima, hablaré de él más tarde en otro capítulo.

DIARIO
PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Salida de Puerto Montt. Preparativos. Material de la expedición. Arrayán. Alerzales. Alojamiento. Árboles de los bosques. Se rompe el barómetro. Lago de Llanquihue. Viento contrario. Embarque. Navegación. Arribo al puerto del volcán. Volcán Osorno. Primer viaje de la gente al camino del lago de Todos los Santos. Torcazas. Canto del Chucao. Día domingo. Marcha. Río Petrohué. Arribo al lago de Todos los Santos. Dificultades a causa de las cargas. Viaje de la gente al lado oriental del lago. Navegación. Isla del Cabro. La Picada. El Puntiguado. El Bonechemo. Arribo a la boca del Peulla.

Una vez llegado a Puerto Montt me ocupé en hacer los preparativos para el viaje, aunque a la verdad hubiese tiempo suficiente, porque estábamos en invierno y no se podía pensar en emprender la marcha antes que comenzara el verano. La falta más notable en mi otra expedición fue el no haber tenido un mayordomo, para manejar los peones. Tenía bastante que hacer al ocuparme de la parte científica, para tener tiempo que consagrar a la dirección de la gente: tenía que establecer los puntos de estaciones, designar tal o cual peón y la carga que debía llevar. Esto era demasiado para uno solo, y me escogí un mayordomo. Me hallaba indeciso si seguiría el mismo camino que en la expedición precedente. Un alemán me había propuesto conducirme en tres días a Nahuel Huapi por la boca del Reloncaví; y para animarme a aceptar sus proposiciones, me aseguraba haber hecho ya este viaje en ese corto tiempo. Todo esto era muy dudoso, no obstante era bien tentador, por dos razones: primero, porque por ese lugar existía el camino antiguo de Bariloche que traficaban los misioneros españoles en otras épocas, y habría sido muy importante el descubrirlo; en segundo lugar, se podía ahorrar muchos víveres y tiempo con este corto trayecto, pero, ¿y si fracasábamos en la tentativa? Esto me decidió a tomar el camino por los lagos de Llanquihue y Todos los Santos.

Vicente Gómez, de quien he hablado antes, que había ya atravesado el Boquete, y que de lo alto del cerro de la Esperanza había divisado el lago de Nahuel Huapi, me propuso conducir hasta el dicho lago el material y todos los víveres necesarios para el camino, y construirme allí una embarcación para navegar el río Negro; acepté la proposición, y no tuve motivo para arrepentirme, como se verá más adelante.

El material de la expedición se componía de seis botes de gutapercha con sus respectivas armazones, siete salvavidas, una red para pescar, cuatro carabinas, una escopeta, un rifle, un revólver y las municiones necesarias, una carpa, una vela que debía servir para el bote que se iba a construir en Nahuel Huapi, dos aparejos guarnidos, cabos, clavos, hachas, machetes y las herramientas precisas.

Los víveres consistían en unos dieciséis quintales de harina tostada, charqui, harina cruda, sal, ají, tocino, etc., diecisiete cabras y dos ovejas.

Respecto de instrumentos, llevaba varios termómetros, uno de máxima y mínima, un cronómetro, un instrumento para tomar alturas de sol, un barómetro de montaña, un teodolito, un nivel de aire, una plancheta y sus útiles, una brújula geológica, y varias otras, papel para plantas, martillos para hacer colecciones de rocas, etcétera.

El 7 de diciembre todo estaba listo. Era un día domingo; el tiempo bastante claro para un país lluvioso como es éste; salí de Puerto Montt a las cuatro de la tarde, acompañado de Lenglier y del mayordomo. Las cabalgaduras que llevábamos sólo nos iban a servir hasta el lago de Llanquihue: de ahí para adelante la marcha iba a ser a pie. Vicente Gómez desde la víspera había expedido todos los bagajes y los peones al lago, donde debían esperarnos; los peones eran catorce, de todos los cuales nueve debían volver con Vicente Gómez, una vez construida la embarcación en el lago de Nahuel Huapi, y los otros cinco me iban a acompañar hasta el fin de la expedición.

El camino, a pesar de estar en el gran valle central de la cordillera de la Costa y la principal que se compone de ondulaciones sucesivas, no es accidentado y sus declives son muy suaves: en otro tiempo era sólo de troncos rasgados, colocados a lo largo unos tras otros, por los cuales era preciso andar con mucho cuidado para no caer en los pantanos. En el día es en algunas partes construido de madera con tres postes longitudinales, con tablones transversales afianzados con pernos de madera: en otras, es una calzada de cascajo y arena endurecida; su ancho general es de cuatro varas; por consiguiente, las carretas que lo trafican son angostas y largas.

A paso corto llegamos en dos horas a la pequeña aldea del Arrayán habitada por los madereros que explotan el alerce de este lugar. Allí se encuentra una máquina de aserrar a vapor, perteneciente a los señores Dartnell y compañía de Puerto Montt. El alerce⁴ es una madera de gran utilidad, por la facilidad con que se puede rasgar en tablas; casi todos los habitantes del Arrayán sólo tienen esta ocupación y en los veranos, cuando la gente de Calbuco y Chiloé viene a trabajar en el bosque, los comerciantes de Puerto Montt instalan en este lugar pequeñas tiendas, para satisfacer las necesidades de los trabajadores. Nos alojamos en una especie de fonda alemana; a falta de carne, nos contentamos con unos huevos; pasamos una parte de la noche haciendo música, porque traíamos una vihuela y un flageolet, instrumento campestre y modesto, que más tarde, en la carpa, nos hizo pasar ligeras las largas horas de lluvia. Toda la aldea resonaba con armonías; los tableros olvidaban, en las vueltas de la popular samacueca y al son de la vihuela, las fatigas de la semana que debían comenzar en la mañana siguiente.

⁴ *Fitzroya patagonica* (Hook).

8 DE DICIEMBRE

Partimos para el lago. El tiempo era magnífico; la parte del camino que nos quedaba era la más mala; apenas estaba trazado cuando nosotros pasamos; troncos de árboles impedían el pasaje a cada momento; pero todo lo olvidamos para no pensar más que en la hermosura del tiempo. La naturaleza entera estaba de fiesta; dulces armonías lanzadas al aire por preciosos pajarillos, músicos alados de colores variados encantaban al pasajero, el aire estaba embalsamado con mil olores diversos: a un lado y otro del camino, veíamos verdes campos de centeno y de trigo, terrenos que el colono alemán disputa palmo a palmo y con el sudor de su frente a las invasiones de la vegetación. Teníamos a la vista un espectáculo magnífico; como adorno de los campos cultivados, hermosos grupos de toda especie de árboles ostentaban sus pobladas ramas; el canelo⁵, cuya corteza aromática, empleada en la medicina y la curtiembre es inatacable por la humedad; el olmo⁶ o muermo, dotado de una parte incorruptible que se llama pellín de muermo; el lingue⁷, cuya corteza y madera tienen igual valor entre los curtidores y los ebanistas, es una madera muy durable, tiene la fibra del cedro y es susceptible de un bello pulido; según los ensayos de los colonos alemanes de Puerto Montt, puede rivalizar con la caoba, tanto por la belleza de sus fibras como por la transparencia que adquiere; la corteza es una de las primeras por la eficacia de sus principales teñidos, en Europa es un raquíptico arbusto, en el sur de Chile alcanza a una altura colosal; en la forma de postes y de tablas, constituye un ramo importante de comercio: el coihue⁸, inferior en calidad al roble es de un enorme tronco; simplemente ahuecado al fuego y con instrumentos muy imperfectos, que los pobres se construyen de él sus canoas, de las cuales algunas pueden cargar pesos considerables: el mañiu⁹, cuya madera reemplaza a la del pino americano, siendo mucho más sólido: el arrayán¹⁰, muy a propósito para hacer carbón: el ralral¹¹, el huahuan¹², útiles para construcciones: la luma¹³, madera de fierro y elástica. No olvidemos el modesto avellano¹⁴, cuyo árbol está llamado a ser con el tiempo una fuente lucrativa de entrada para las provincias australes, donde crece en cantidad prodigiosa: a la llegada de los colonos se empezó a dar impulso a este ramo de economía agrícola; al derribar el bosque, han tenido los alemanes la buena idea de conservar los avellanos, y en las tierras vecinas del árbol, la producción a casi doblado. Todos estos árboles gigantescos estaban adornados de las flores coloradas del bóquil¹⁵, cuyas ramas

⁵ *Drymis chilensis* (DC).

⁶ *Eucryphia cordifolia* (Cavan).

⁷ *Persea lingue* (Nees ab Es).

⁸ *Fagus dombei* (Mirbel).

⁹ *Saxea gothia conspicua* (Lindley).

¹⁰ *Eugenia apiculata* (DC).

¹¹ *Lomatia oblicua* (R. Brown).

¹² *Laurelia serrata* (Ph.).

¹³ *Myrtus luma* (Mol).

¹⁴ *Guevina avellana* (Mol).

¹⁵ *Mitraria coccinea* (Cavan).

sarmentosas enredan todo el largo del tronco. Al lado crece el maqui¹⁶, uno de los mejores vulnerarios que se conocen en Chile; su madera resuena transformada en instrumentos de música; su corteza sirve para confeccionar canastos y cuerdas muy fuertes; sus hojas poseen facultades depurativas y cicatrizantes en el más alto grado: pueden reemplazar al tabaco; he visto en el viaje a Lenglier, que para economizar el suyo, lo mezclaba con estas hojas y las fumaba muy satisfecho; su fruto abundante, exprimido, da un licor fermentado, y seco se le puede guardar para el invierno. Los bosques de Llanquihue contienen todos esos árboles. Los colonos no tienen, pues de qué quejarse, porque poseen todas las materias primas a la mano.

Sobre el fondo verde de los árboles, aparecía adelante de nosotros la sábana de agua azul del lago de Llanquihue, y encima, las cabezas emblanquecidas por la nieve del volcán de Osorno y del cerro Calbuco. Como a las dos de la tarde llegamos a las orillas; la gente nos aguardaba en la casa del Estado, y la embarcación que hace el servicio de los pasajeros estaba anclada en la embocadura del Maullín.

Al sacar el barómetro para tornar la altura del lago, tuve el sentimiento de ver que el mercurio principiaba a salirse por el codo del sifón, permitiendo al mismo tiempo la introducción del aire, y de consiguiente inutilizándose; ésta era una pérdida irreparable que me impedía verificar las alturas del camino, que parte de ellas había sido tomada sólo por medio de la ebullición del agua.

El lago de Llanquihue, situado a 64 metros sobre el nivel del mar, es el primero al oeste de los lagos que se encuentran colocados por escalones en las faldas de los Andes, en esta parte de América; su mayor anchura es de unos cuarenta kilómetros y unos treinta de largo; el punto de las orillas situado entre el volcán Osorno y el cerro Calbuco tiene su latitud y longitud determinadas por Muñoz Gamero (41°12' Sur y 72°49' Oeste de Greenwich), sus aguas son muy profundas, en 1859 eché doscientas brazas de cordel y no hallé fondo; el viento las agita violentamente, y las hace subir mucho en la orilla opuesta. Todas las orillas pertenecen a los colonos, y están adornadas de hermosas chacras. Cuando llegamos, el viento era contrario, aun para la balandra, que tenía que venir de la embocadura del Maullín.

Al fin llegó como a las siete de la tarde y nos embarcamos con nuestras provisiones y las cabras: un colono alemán, don Francisco Geisse, dueño de una chacra en el Maullín, y a quien encontré en ese momento, me regaló un ternero que también embarcamos. Pero el viento continuaba contrario soplando con fuerza; nos vimos obligados a pasar la noche al ancla y violentamente sacudidos; el lago parecía empeñarse en imitar a la mar en sus furores; al día siguiente se habían aquietado las aguas, pero continuando el viento y siéndonos siempre desfavorable, fuimos a echar el ancla al pie de la casa del ingeniero de la colonia, don José Decher, casa que de lejos se parece a un castillo fuerte, guarnecido de torreoncitos y de troneras: bajamos a tierra para pasar el tiempo y esperar el viento; recibimos una amable hospitalidad de esta familia. A las tres de la tarde, aunque el viento no fuese enteramente favorable, nos hicimos a la vela, navegamos toda la noche, y a la mañana siguiente sólo estábamos a la entrada de la gran había, cuya punta es formada por la prolongación de la base del Osorno.

¹⁶ *Aristotelia maqui* (L'Her).

10 DE DICIEMBRE

Por la mañana nos vimos obligados a usar los remos para avanzar, y como no estábamos lejos de la costa sur, fuimos a tierra a coger pangues¹⁷: el tallo es jugoso y refrescante, pero tiene el inconveniente de destemplan los dientes: sus hojas son inmensos parasoles, muy a propósito para librarse de los rayos del Sol; una de ellas tenía ocho metros de circunferencia: cogimos también de las ramas de un coigüe, una especie de hongo de color amarillo, redondo o como una manzana y de muy buen sabor; se llama yauyao¹⁸. Como entrábamos ya en los primeros ramales de cordillera, al pie del Calbuco, recogimos algunas muestras de rocas. Después de esta pequeña excursión, volvimos a bordo. Podíamos admirar entonces toda la parte oeste del volcán: la nieve ocupa como la dos terceras partes de su altura; al pie hay algunos lugares enteramente desnudos de vegetación; son los puntos por donde han pasado los torrentes de lava de las antiguas erupciones; pero del lado este, casi todo está cubierto de bosques, lo que prueba que las corrientes no tomaban esta dirección.

El lago es limitado al Norte por los llanos contiguos a Osorno, al Este por el volcán Osorno y el cerro Calbuco, al Sur y al Oeste por colinas cubiertas de alerzales y espesos bosques. Entre el volcán Osorno y el cerro Calbuco se extiende un llano pantanoso, teniendo al norte un verdadero dique natural formado por el campo de lava del volcán. Al fin de este llano se encuentra la abertura que da entrada al lago de Todos los Santos. En la tarde desembarcamos, instalamos la carpa que traíamos y en la noche hubo una tempestad muy fuerte.

11 DE DICIEMBRE

Por la mañana se despachó a los hombres para el camino del lago de Todos los Santos; debían llevar como a la mitad del trecho, entre los dos lagos, una parte de los bagajes y volver enseguida. El viento que era del norte en la mañana, nos había traído un poco de neblina, pero como a las diez tornó al sur y podíamos esperar sol y buen tiempo; pero, ¡ivana ilusión! El tiempo no cambió.

La bahía, donde estábamos, era de forma circular; arco de círculo, cuya cuerda, pasando por el volcán y el cerro Calbuco, dejaba a la derecha un poco de agua del lago, lo que nos incomodó para medir trigonómicamente las alturas del Calbuco y del Osorno; desde Puerto Montt habíamos medido la altura del Calbuco tomando el ángulo zenital de su cima, y calculando la distancia entre estos puntos por medio de coordenadas geográficas; nos dio por resultado sólo algunos metros de diferencia con la altura que Fitz-Roy asignó a este cerro; así es que conservamos la misma, que es de 2.250 metros. Respecto del Osorno, habíamos medido una base; pero era demasiado pequeña relativamente a la altura del volcán

¹⁷ *Gunnera scabra*.

¹⁸ *Cyatharium berterii*.

para dar buenos resultados, y nos contentamos dándole la misma que Fitz-Roy le asignó, 2.302 metros. La latitud y longitud del punto donde estaba nuestra carpa habían sido determinadas por Muñoz Gamero; el término medio de cuatro de nuestras observaciones nos dio $41^{\circ}10'$. Al sur se halla el llano pantanoso, del cual he hablado más arriba que, del pie del volcán, se extiende hasta el Calbuco y el río Petrohué. Al norte se encuentra un llano estéril de un aspecto horrible que Döll llamó el paso de la Desolación, porque toda la superficie está cubierta de escorias negras de un tinte siniestro. En la falda hay cinco cráteres de erupciones laterales: nosotros sólo hemos visto el que está situado al sureste; pero lo que podemos decir es que estos cráteres no alteran la regularidad de la forma general del cono, como tampoco las numerosas quebradas que divergen del centro a la circunferencia, y cuya anchura va también aumentando de arriba abajo, como lo diremos de dos o tres muy notables que vienen a concluir en el lago Todos los Santos y que describiremos al tocar estos puntos. Todas estas quebradas son debidas a las aguas del invierno y a las producidas por el derretimiento de las nieves en el verano. El cráter del pico era pequeño cuando le visitó Döll, y en 1852 despedía una débil columna de humo.

En el lado meridional se notan dos corrientes de lava y dos bancos de escorias muy grandes; todas esas escorias tienen el mismo aspecto y parecen tener la misma composición: consisten en una masa negra, un poco rojiza, en que se encuentran diseminados pequeños cristales de feldespatos. Las lavas tienen la misma composición, pero se distinguen por un color gris más o menos oscuro, según la proporción del feldespatos que contienen. La última erupción ha tenido lugar en 1836. Otros dicen que en 1837. Lo que hay de notable es que todos los árboles que separan la bahía del llano pantanoso son nuevos. La existencia de esos pantanos, junto con la formación de la localidad y la edad poco avanzada de los árboles, nos conducen a creer que el lago de Llanquihue comunicaba en otro tiempo con el lago de Todos los Santos, formando un solo cuerpo; comunicación que fue violentamente interrumpida, o por un solo solevantamiento del terreno durante una erupción del volcán, o por la corriente de lava, que se extiende en el lado sur, de oeste a este, sobre un largo de más de doce kilómetros y que formó un dique, obligando al lago de Todos los Santos a contentarse sólo con el río Petrohué para vaciar sus aguas.

A las tres de la tarde llegaron algunos de los hombres que se habían despachado en la mañana: no habían alcanzado al lago de Todos los Santos, y llegado sólo a las orillas del Petrohué, donde depositaron sus cargas: a las cinco llegaron los demás; el tiempo era bueno en la noche.

12 DE DICIEMBRE

Buen tiempo: por la mañana salieron los peones llevando víveres; nos hallábamos rodeados de bandadas de torcazas que nos proporcionaron una abundante caza. Se recogieron algunas plantas y musgos para el herbario, y en la tarde llegó la gente.

Detalle Carta esférica que contiene la costa occidental patagónica Autor José de Moraleda. Archivo
Fotográfico y Digital, Biblioteca Nacional, Santiago de Chile.

13 DE DICIEMBRE.

Por la mañana el Sol estaba bastante débil, el cielo medio nublado, el chucao nos aturdió con sus cantos; si se debe creer a los chilotos supersticiosos, era un mal presagio; los peones les tiraban piedras y acompañaban su huida con maldiciones. La gente debía volver al día siguiente, temprano. Cinco torcazas, víctimas de nuestro plomo mortífero, variaron un poco nuestra comida. En la tarde, viento violento de noroeste y un poco de lluvia.

14 DE DICIEMBRE

Domingo por la mañana, el tiempo no se decidía, nos encontrábamos aislados de todos los otros bípedos de la familia humana: era el primer domingo en el desierto. Íbamos a conocer si es verdad lo que cuentan ciertos viajeros, que han atravesado inmensos desiertos. ¿Dónde? La crónica se calla aquí. ¿Era en las ardientes arenas de África o en las heladas estepas de Siberia? ¿Eran acaso hombres animados por el fuego sagrado de los viajes, yendo en busca de un Tombuctú cualquiera, u honrados comerciantes que iban caminando del norte al sur de Rusia? La crónica es más discreta todavía sobre este punto. Pero, ¿qué importa? Eso no nos impide referir la siguiente historia. Estos viajeros habían notado que durante sus largas peregrinaciones se aburrían periódicamente en ciertos días y resolvieron apuntarlos; viajaban sin calendario como honrados viajeros o marinos, que teniendo que hacer una larga travesía, les importa poco diez o doce días de más o de menos. Llegaron a un lugar donde pudieron consultar el almanaque, vieron con no poca sorpresa que todos los días en que se habían aburrido eran precisamente domingos. La gente de ciudad ha hecho esta observación desde mucho tiempo; pero donde el hecho es más digno de ser observado es en un desierto, y entiendo por desierto todo lugar donde uno se encuentra privado de comunicación con sus semejantes. Nosotros, en nuestra posición, podíamos haberlo verificado, pero debo decirlo, corriendo el riesgo de desagradar a los viajeros citados, que ni este domingo ni los siguientes nos aburrimos más que los otros días de la semana. Puede ser que haya sido porque teníamos una vihuela y un flageolet, y que nuestros colegas en peregrinaciones estaban privados de estos dos armoniosos instrumentos.

A medio día levantamos el campo; Lenglier y yo llevábamos cada uno una mochila militar con unas veinte libras de peso, y unas diez libras más entre instrumentos y armas; con esta carga emprendimos la marcha y entramos en el llano pantanoso ya citado. Figúrense un vasto anfiteatro, cuyos gradientes estuviesen formados por las crestas de diversas alturas de montañas, teniendo una puerta sobre el lago de Llanquihue, puerta cuyos pilares monumentales serían el volcán Osorno y el cerro Calbuco, y otra puerta menor en el fondo, que es la abertura del lago de Todos los Santos, abertura por la cual pasa el río Petrohué que lleva las aguas del lago al seno de Reloncaví. Sobre uno de los costados del anfiteatro, es decir, al pie del volcán de Osorno, se extiende el campo de lavas, verdadera mar de escorias,

enteramente parecida a una barrera destinada a proteger a los espectadores contra los caprichos de las bestias feroces, si es que hubiesen bestias feroces para animar este circo de nueva especie.

El suelo es una tierra esponjosa, muy húmeda, formada por la descomposición de las lavas del volcán; atravesamos estos pantanos directamente de oeste a este; después de cuatro kilómetros de marcha penosa, porque nos sumíamos en el fango hasta las rodillas y al retirar el pie se formaba un vacío como el que se hace con el émbolo de una bomba, entramos en un pequeño bosquecillo de avellanos y otros árboles enfermizos, sobre un terreno más seco; atravesamos una quebrada profunda, en donde había agua estancada; bordeamos el campo de lava, y al fin bajamos a la gran quebrada en donde el Petrohué ha abierto su lecho, y por el cual corren bramando sus aguas espumosas.

La playa del lugar donde debíamos pasar la noche está formada de una arena fina y negra, que parece provenir de la trituración de las escorias. Un torrente que viene del Osorno hasta echarse en el río, ha cavado violentamente su pasaje, cortando unas barrancas a pico; troncos de árboles gigantescos se encuentran desparramados en el lecho. En el punto donde se encuentra el Petrohué, las aguas del torrente han desnudado rocas basálticas perpendiculares, y del otro lado del río se levanta una cuchilla de 500 metros de elevación, que bordeando el torrente, sigue para el lago de Todos los Santos. En la tarde tuvimos lluvia.

15 DE DICIEMBRE

Lunes por la mañana, levantamos el campamento, y nos encaminamos hacia el lago de Todos los Santos. El tiempo estaba nublado: anduvimos primero como cinco kilómetros por una playa formada de esta arena fina, negra, compacta, después otro tanto por sobre trozos de lava. El valle del Petrohué se va angostando más y más; se estrecha de tal manera que nos vimos obligados a tomar a la izquierda, por el lecho de otro torrente que baja del volcán; caminamos como un kilómetro y volvimos a tomar por un terreno árido la dirección del lago; bajando hacia el sudeste, después de haber atravesado un bosquecillo, nos encontramos a doscientos o trescientos metros más arriba de la salida del Petrohué, en el lugar donde, algunos años antes, había acampado el desgraciado Muñoz Gamero; allí encontramos su embarcación, pero completamente dislocada; mandé cortar un pedazo, con la intención de enviarlo a su madre; triste recuerdo, pero precioso para el corazón de una madre que fue privada de su hijo de una manera tan trágica. Hallé en buen estado el bote usado en mi expedición anterior que había dejado en la orilla.

En el momento de llegar caía la lluvia con fuerza; el lago estaba de un verde brillante y el poco viento que había levantaba pequeños penachos blancos; se asemejaba a un manto de un bello color verde, sembrado de perlas argentinas. El primero que llamó a este lago el de las Esmeraldas tuvo suerte en la elección del nombre. Su aspecto es bastante triste, quizá debe esta apariencia a las altas monta-

ñas de un verde sombrío que lo ciñen; al medio se ve una islita, tapizada de árboles y detrás de la isla, el camino que debía conducirnos a la cima de los Andes. Ya se oía el ruido del trueno, producido por la caída de los hielos del Tronador: después, nada turba el silencio de estas soledades, sino el canto melancólico de los hualas de plumaje sombrío. Los pocos tiquques que se ven revoloteando en las orillas, han perdido ahí su carácter bullicioso y pendenciero que en otros lugares los hace tan insoportables. Si Chateaubriand hubiese conocido este lago, no dudo que le habría considerado como un cuadro más digno para su melancólico *René*, que las comarcas de América del Norte donde hizo soñar a este gemelo de Werther.

A doscientos metros del campamento vacía sus aguas el lago; en su boca tiene el Petrohué unos treinta metros de ancho; corre bastante despacio sobre una longitud de cien metros; después como un discípulo que se ve fuera del alcance de su maestro o como un chiquillo lejos de las miradas de su madre, empieza a hacer un grandísimo ruido, azota sus aguas contra las peñas que le impiden el paso, hace saltar la espuma, y se aleja con fuertes bramidos por el lecho de lava; el ruido y la espuma van creciendo al avanzarse hacia el sur. Cuando las aguas de los torrentes que bajan del Osorno aumentan su volumen, debe presentar un espectáculo magnífico de devastación; peñas y árboles gigantescos, arrastrados al medio de las espumosas olas por la violencia de la corriente. Entonces debe el cauce tomar una anchura mucho mayor; lo que nos lo hace creer es que, en nuestro camino desde el último campamento hasta el lago de Todos los Santos, a unos cien o doscientos metros del lecho actual del Petrohué, hemos visto el efecto evidente de la acción destructora de las aguas, en unas especies de arcos de piedra cavados en la orilla, y en las raíces desnudas de los árboles riberanos. En la salida, la orilla opuesta del Petrohué está cortada a pico, pero donde nos hallábamos hay una playa de arena poco inclinada, en la cual las creces del lago han dejado huellas de sus alturas sucesivas, dibujando con pedazos de leña curvas horizontales perfectamente regulares. Nos atrasamos en nuestra marcha, por los hombres que llevaban las cargas; se comprende la dificultad con que avanzábamos, porque llevábamos no solamente los víveres con que diariamente se alimentaba la gente en la marcha sino, también, los que se iban a usar cuando hubiese dejado en Nahuel Huapi a los hombres que debían volver atrás con Vicente Gómez, para aventurarme con sus seis compañeros en busca del desagüe, y alcanzar al puerto del Carmen, bajando el río Negro. Quería tener al separarnos dos meses de víveres para siete personas. Las cargas de cada individuo eran pesadas, de allí resultaban los atrasos, pero eso no nos quitaba el ardor que en toda empresa asegura el buen éxito. Es increíble cómo estos peones soportaban la fatiga; los turcos son hombres de una fuerza proverbial, pero creo que se confesarían vencidos en presencia de nuestros chilotes; tomaban éstos por la mañana un puñado de harina tostada con agua, llevaban otro puñado para fortalecerse en el camino, calzaban sus hojotas de cuero fresco y luego se ponían en marcha con el pie ágil, el corazón alegre y un peso de setenta y cinco libras en el hombro. Los que llevaba no eran indignos de su reputación; por eso llegando a las orillas del lago, para recompensarles su buena voluntad y al mismo tiempo darles fuerzas nuevas con la carne fresca, hice matar el ternero que me había regalado

don Francisco Gesse. Las cabras se reservaban para más tarde. A la noche cesó un poco la lluvia.

16 DE DICIEMBRE

Por la mañana llovió mucho. Las nubes que cubrían el lago no permitían distinguir el más pequeño pedazo de horizonte: habíamos dejado una porción de carga en la mitad del camino desde el último campamento; fue preciso mandar a todos los hombres en busca de ella antes de pasar más adelante. Salieron a las cinco de la mañana. Este día nos vimos obligados a pasarlo en la inacción; cuando digo inacción, se debe entender respecto de caminar adelante, porque, aun cuando acampábamos, teníamos siempre algo que hacer, aquí mismo, si no hubiésemos tenido necesidad de mandar a la gente, siempre habría sido preciso esperar que los carpinteros construyesen los remos para los botes de gutapercha y para la embarcación de mi última expedición que hallamos en bastante buen estado, es verdad, pero privada de todos sus útiles. La escopeta también estaba muy sucia, la había mandado limpiar al armero de la colonia, antes de mi salida, pero era tan húmedo el clima, que con esos ocho o diez días de viaje y de vivir en unos focos tan grandes de humedad, se hallaba toda mohosa. Teníamos gran interés de conservarla en buen estado porque para el viaje que hacíamos, los víveres que nos podían venir del cielo en forma de plumas o del suelo en forma de pelos, no eran despreciables. Cada vez estaba más contento con la dirección del buen Vicente Gómez, solamente nos incomodaban mucho los gritos de cólera y el olor fétido del jefe de nuestro género cabrío, el cabro, que se irritaba al ver rechazadas sus solicitudes amorosas por sus compañeras de cuernos largos.

A las once y media llegaron los peones; a mediodía armé los botes de gutapercha: eran muy livianos y, no obstante, se comportaban bien en el agua; se componían de un sistema de curvas articuladas entre sí, sobre una quilla de ocho pies de largo que, al plegarse, les permitía juntarse unas con otras, y ocupar un espacio muy reducido; el forro exterior de gutapercha era la mitad de una elipsoide; se aplicaba al esqueleto, y se sujetaba por medio de cuerdas que pasaban por unos ojales y unos agujeros abiertos en la extremidad de las curvas. Hice amarrar juntos dos de estos botes; un bogador colocado en cada uno, manejaba un remo y hacía avanzar el sistema que era muy liviano y poco celoso a causa de los tubos de aire que tenían a los lados. El ensayo nos satisfizo, y esperábamos sacar un gran partido de estos botes para acelerar nuestro transporte al otro lado del lago.

La lluvia continuaba, y sin ella y algunas ráfagas de vientos contrarios que se sucedían sin interrupción, podríamos haber comenzado el embarque; la sola ventaja que traía esa lluvia era que los mosquitos que habían empezado a incomodarnos en las orillas del lago de Llanquihue, y que aquí se habían hecho intolerables, cesaban de picar y disminuía su número cuando la lluvia aumentaba. Procurábamos tener paciencia en la carpa, esperando el buen tiempo; era entonces cuando la guitarra nos prestaba gran utilidad; se había quebrado, pero mediante algunas

hojotas viejas de que hicimos cola, se pudo componer; yo tocaba al flageolet, Vicente Gómez me acompañaba con la guitarra y Lenglier unía su voz al sonido de los instrumentos: concierto era éste que bien podría ofender los oídos delicados de un *dilettanti*, pero para nosotros, menos escrupulosos en la armonía, tenía la ventaja de hacernos olvidar la lluvia y el mal tiempo.

Nuestro pasatiempo fue interrumpido por la fuga de las cabras que dispararon al monte. Mandé en su busca, temiendo que fuese a encontrarlas, como en la *Biblia*, algún león devorador. Los peones volvieron sin haberlas encontrado. Al fin nos acostamos esperando hallarlas al día siguiente.

En la noche, truenos y relámpagos.

17 DE DICIEMBRE

Miércoles por la mañana lluvia y viento: unos se ocuparon en buscar las cabras, otros en hacer leña, porque era probable que pasásemos todavía el día ahí. La temperatura bajó mucho en la noche, el nivel del lago subió como cinco centímetros; piedras descubiertas el día antes estaban ahora ocultas por el agua; con este hecho pude explicarme la causa de la existencia de varios árboles muertos que sumidos en el agua de las orillas se ven en varios puntos del lago, los que mantienen su posición natural y parecen haber crecido donde se hallan; ha habido, pues, grandes variaciones de nivel. La boca del Petrohué no es suficiente para dar salida a las aguas del invierno, y los grandes trozos derrumbados del volcán, estrechándolo más, han originado estas variaciones. El viento arrastraba de tiempo en tiempo los nublados y a cada instante, como uno es llevado a creer lo que desea, esperábamos que el tiempo cambiase. A mediodía mejoró y lo aprovechamos para estopar el bote; se recogió todo lo útil entre los restos del de Muñoz Gamero y se hicieron los remos necesarios.

Las cabras llegaron, faltaba sólo una oveja; tal vez el león se la comió.

Los leones de estas tierras no son tan terribles como los de África, pero tienen el mismo gusto pronunciado por la carne de oveja, el puma (*Felis catusleo*) se sube a los árboles como el gato doméstico, cosa que jamás ha hecho el sultán de la montaña, como le llaman los árabes; también esto es uno de los medios de tomarlo, se le persigue con perros, y una vez que se ha subido, se le echa el lazo.

Llovió toda la noche hasta el otro día.

18 DE DICIEMBRE

Jueves por la mañana, disminuyendo los víveres a causa de nuestra prolongada permanencia en ese lugar, Vicente Gómez envió seis hombres en busca de provisiones, principalmente de papas que había dejado para su vuelta enterradas en la orilla de Llanquihue; pensamos embarcarnos y dirigirnos hacia la bahía donde desemboca un pequeño río que trae las aguas de la laguna de Calbutué. El deseo de comer carne fresca y de ahorrar nuestros víveres de viaje nos decidió, porque

hay en este punto dos o tres potreros limítrofes y los animales vienen a saciar su sed a las orillas del lago. Llevé, pues, mi rifle con esperanza de usarlo. Después de haber navegado dos horas y media, tuvimos que volver sin haber desembarcado.

Döll, en su mapa, hace figurar como insignificante al estero Calbutué; pero una vez pasada la isla que hay en la entrada, nos encontramos con una gran bahía como de doce kilómetros de largo y uno de ancho. La falta de tiempo nos hizo volver. A las ocho de la noche llegó la gente, trayendo tres sacos de papas y uno de harina cruda: su viaje no había tenido otro incidente que el pánico ocurrido a un simplón, que iba un poco atrás de los demás con un saco vacío, y se asustó a la vista de un zorro, que tal vez tuvo más miedo que él, dejó caer el saco y huyó. Sólo hubo que deplorar la pérdida de ese saco. Lo peor era que no se había hallado rastro alguno de la oveja; tal vez ya reposaba en paz en el estómago de algún león; nos era sensible la menor pérdida de víveres.

En la noche, tiempo variable.

19 DE DICIEMBRE

Viernes por la mañana; había apariencias de buen tiempo, pero eran engañosas. La cima del Osorno, que al levantarse el Sol era de un blanco deslumbrador, se cubrió poco a poco de nublados. Su aspecto, de este lado, es decir, visto del Este, no es lo mismo que del lado del campamento de Llanquihue. Dos cerros de un color oscuro bien marcado, que mirados del otro lado parecían ser parte integrante del cono, aparecen desde aquí distintamente separados de él por una gran quebrada, dirigida del oeste al este, y entonces la parte más baja de la nieve cubierta por estos cerros, desaparece detrás de ellos y parece que empezase mucho más arriba. En la falda oriental es accesible y en poco tiempo se puede llegar a las primeras nieves.

El lago estaba siempre cubierto de nublados, pero en ese día se hallaban más altos, y pudimos percibir las crestas de los altos cerros que al Este forman su fondo y en el cual se dibujaba una línea blanca, chorro de agua producido por las nieves derretidas, que caía perpendicularmente de las cimas al lago.

A mediodía se armaron los botes de gutapercha, compusimos una flotilla con la embarcación de madera y cuatro botes remolcados por la primera. Como el viento era favorable, se iban a ayudar los hombres con la vela clásica de los chilotes: tres o cuatro ponchos, unidos por agujas de palo. Despachamos casi todos nuestros víveres y todas las cabras y deseamos buena travesía a nuestros marineros.

Con el teodolito, situamos la isla y algunos puntos cercanos de las dos riberas.

El tiempo seguía bueno.

20 DE DICIEMBRE

Había niebla, aunque el viento viniese del sur, viento que en la colonia siempre traía buen tiempo.

Lenglier salió para reconocer las orillas del lago situadas entre el Norte y el Noroeste. Anduvo como trescientos metros por una orilla cortada a pico y guarnecida de raíces tortuosas y de troncos de árboles; después encontró una playa de arena, larga, como de 1.500 metros, donde desembocan tres o cuatro grandes lechos de torrentes que bajan de la cima del Osorno; uno de ellos es particularmente notable; formado de paredes verticales, comienza muy arriba en el volcán para, aumentando su ancho, concluir en el lago. Las cimas de sus paredes están cubiertas de árboles verdes; pero lo más curioso eran unos árboles verdes situados en el medio del lecho, que se hallaban enterrados en la arena hasta una altura de tres o cuatro varas; probablemente esos árboles brotaron entre dos grandes avenidas del torrente y fueron después cubiertos por la arena, producto de la trituración de las lavas arrastradas por las aguas en el último derretimiento de las nieves.

Estos lechos sirven también de caminos a los leones que viven en las faldas del Osorno y que vienen a apagar su sed en las aguas del lago; Lenglier encontró muy frescos en la arena los rastros de un león, es decir, de una leona, porque detrás se distinguían los rastros más pequeños de un leoncito. Se paseaba tal vez por gusto o por higiene con su cachorro, dándole a conocer los rincones y escondrijos de sus dominios futuros.

En la noche, cuando volvía Lenglier de esta expedición, llegaban también los hombres que habían ido al otro lado del lago: el viaje se había verificado sin accidente; tres de ellos habían quedado en el Peulla para hacer el sendero. Nos preparamos a levantar el campamento. Al día siguiente debíamos transportar todo al otro lado, las personas y los víveres.

21 DE DICIEMBRE

El domingo por la mañana el tiempo era bueno. Salimos a las nueve; al cabo de dos horas nos hallábamos en la isla que los precedentes exploradores han llamado la isla del Chivato, por unos cabros que dejó en ella Muñoz Gamero; es una isla cuya longitud (es más larga que ancha) tiene la dirección Oeste-Este; está situada enfrente de la bahía de Calbutué, tiene al lado unas islitas pequeñas, es toda cubierta de bosques; la orillamos toda y nos desembarcamos en una ensenadita donde los hombres se refrescaron con pangués; de allí nos dirigimos a la orilla norte, al este de una punta arenosa, formada por los aluviones de un río torrentoso que baja del pico de Bonechemo.

El día anterior, volviendo del otro lado del lago, los hombres habían creído divisar una vaca en esa orilla; desembarcamos, pero en vano; desde allí vimos que el banco de arena se prolongaba mucho hasta formar un canal muy estrecho entre la isla y el continente. El río corriendo por entre juncos y hierbas, venía a echarse en el lago. En sus orillas había algunos canqueños y patos. Saliendo de allí gobernamos derecho sobre la punta que del campamento habíamos divisado en la otra orilla diseñándose sobre el fondo de los cerros; este fondo es formado de masas elevadas de rocas a pico; dos o tres cascadas perpendiculares se dibujan como rayas blancas;

aquí el lago se estrecha y forma un canal profundo, de unos cien metros de ancho, canal en semicírculo, que torna su concavidad hacia el norte. En la mitad del canal divisamos un abra en donde debe probablemente desembocar algún estero.

A las seis de la tarde llegamos a la boca del río Peulla, pero que hacía algunos instantes se conocía ya su presencia. El agua del Peulla proviniendo del derretimiento de los hielos salidos del ventisquero es de un blanco turbio, que mancha las aguas verdes del lago.

Desembarcando, hallamos a los hombres, que se habían dejado la víspera y además tres cabras muertas. ¿Era esto el resultado de la mala voluntad de la gente, para seguir la expedición o, bien, del mareo que habían experimentado estos animales durante la navegación? Nunca pude averiguarlo. En fin, hicimos un buen fuego, porque el aire estaba muy frío, y dejamos para el otro día la tarea de visitar los alrededores.

22 DE DICIEMBRE

Antes de dejar el lago de Todos los Santos, completaremos su descripción.

Se extiende de Este a Oeste por espacio de veintiocho kilómetros, tiene por límites al Oeste, el volcán de Osorno, y el valle pantanoso donde desemboca el Petrohué; al Sur una cadena de cerros que se abre en un punto donde pasa el río Calbutuú; al Norte, una serie de picos redondos, unidos al volcán y que se ven desde la ciudad de Osorno y a los cuales Döll ha dado los nombres con que se les designaba en el país; notemos de paso que la línea de picos no es continua; se interrumpe a la derecha del volcán y parece formar un portezuelo por el cual se podía ir de Todos los Santos a Osorno, sin atravesar el lago de Llanquihue. Estos picos son la Picada, el Puntigudo, el Bonechemo, y el Techado, aunque éste más bien hace parte del límite oriental; se halla justamente dominando la desembocadura del Peulla, sus costados perpendiculares forman la muralla septentrional que estrecha el río en este lugar.

De todos estos picos el más notable es el Puntigudo; es un cono perfecto de unos 1.800 metros de elevación cubierto de nieve hasta su base; del centro de la cima se eleva una punta aguda y acanalada como un tornillo.

Las aguas del lago tienen una temperatura media de 12 grados centígrado, siendo la del aire 18 o 20: se hallan a una altura de 214 metros sobre el nivel del mar, y la elevación mayor de la lengua de tierra encerrada entre Todos los Santos y Llanquihue es de 300 metros; varias observaciones dieron una latitud de 41°10' al lado occidental del lago.

Por la mañana, Vicente Gómez salió con toda la gente para hacer los senderos, conduciendo una carga liviana; nosotros tomamos la latitud del punto donde nos hallábamos (40°5'). En la tarde volvió Vicente Gómez con toda la gente, había ido hasta el pie del boquete, de donde se percibe el Tronador, y había dejado tres carpinteros con sus herramientas que, hacha en mano, debían continuar su viaje hasta Nahuel Huapi y emprender inmediatamente la construcción del bote.

La noche fue magnífica.

CAPÍTULO II

Río Peulla. El techado. Viaje de los peones al pie del boquete. Combate singular. Marcha por las orillas del Peulla. Boquete Pérez Rosales. Tronador. Ventisquero. Altura del boquete. Calor sofocante. Contrariedades. Paso de la cordillera. Panorama. Arribo a Nahuel Huapi. Construcción del bote. Vestigios de expediciones anteriores. Superstición de los chilotes. Bote. Excursión al río Frío.

23 DE DICIEMBRE

Martes al rayar el alba, los hombres se pusieron en marcha, cada uno con su carga, para transportarla hasta el punto a donde habían llegado el día antes. El tiempo era bellissimo, y del pie del árbol donde escribía estas líneas, veía resaltar sobre el azul del cielo la cabeza calva del Techado, de la cual se desprendían blancos chorros de agua. El Peulla corría a mis pies con un agradable murmullo; preciosos picaflones con el pico agudo sumido en el cáliz de las flores para chupar su jugo hacían oír el ruido de sus pequeñitas alas.

De repente me interrumpieron los gritos de un peón que había ido en busca de agua, ¿qué es lo que podía detener al honrado Pedro, mi camarero privado, en las funciones de su cargo?, porque, como el *maitre* Jacques de Molière, unía a las funciones de cocinero las de camarero, sin tener como este último un traje particular ni señal alguna de cada oficio; corrimos a la orilla y por las indicaciones de Pedro, vimos flotar sobre el agua dos bolas negras, que parecían pertenecer a seres anfibios, eran cabalmente las cabezas de dos nutrias que habían sido perturbadas en su cita acuática por el honrado Pedro, y que habiéndose echado al agua se dejaban llevar por la corriente. Con una sangre fría y una intrepidez digna de elogios, Pedro se echó al agua, armado de un palo; una de las nutrias salió para descansar en una pequeña lengua de arena; allí se trabó entre el animal y Pedro un combate singular, de nuevo género, que mostró toda la intrepidez que puede abrigar el pecho de un isleño chilote. La nutria quería morder las pantorrillas de Pedro, y éste le daba de palos; al fin el animal aturrido quedó sin movimiento; entonces Pedro, sin contenerse, dotado de tanta sagacidad como de valor, se quitó la chaqueta, envolvió delicadamente al animal para evitar sus mordeduras y nos lo trajo triunfalmente. Una oda épica había sido de rigor en ese momento, pero la dejamos para

más tarde, cuando estuviésemos en vena poética y comenzamos la inspección del animal. El pelo era gris ceniciento, medía de la cabeza a la extremidad de la cola, 80 centímetros, la cola sólo tenía 25; las patas eran con membranas, mandíbulas guarnecidas de varias hileras de dientes; Pedro la ató a un árbol a manera de trofeo para mostrarla a sus compañeros que debían llegar al día siguiente y probarles así su valor.

En la noche, buen tiempo.

24 DE DICIEMBRE

El miércoles desde muy temprano, comenzamos a hacer los preparativos para levantar el campo y transportarnos a pie del boquete Pérez Rosales. A las diez llegó la gente: después de un almuerzo en que probamos la carne de nutria asada, debíamos ponernos en marcha; mientras tanto se entabla una discusión muy acalorada entre nuestros hombres para decidir si la nutria era una nutria o un huillín. El huillín tiene la cola pelada como el ratón y la nutria la tiene con pelo. Sobre este asunto dijeron cosas muy buenas, que siento no recordar, y que, aunque no esclarecen la ciencia, por lo menos revelan el espíritu perspicaz de mis chilotos. Como el tiempo apremiaba, fue preciso interrumpir sus disparates y ponernos en camino.

Dejamos el campo a las once y media. Caminamos como cuatro kilómetros por un bosque espeso y bajamos enseguida al valle por donde corre el Peulla, que tiene en este lugar como 500 metros de ancho. Todo este espacio debe ocuparlo el torrente en las avenidas del invierno pero, en el mes de diciembre, el Peulla se encuentra reducido a su más simple expresión: serpentea en su variable lecho; lo atravesamos dos o tres veces, ya entrando con el agua hasta la rodilla, o pasando por encima de troncos de árboles, puentes ligeros que los hombres habían echado con el hacha; el agua era turbia y muy fría. Cuando caminábamos por el lecho del torrente, avanzábamos con trabajo, porque el terreno se compone de piedras rodadas que nos hacían tropezar a cada paso, con un calor sofocante, y deslumbrados por el color blanco del suelo que reflejaba los rayos del Sol; la temperatura subió hasta 34 grados a la sombra. A derecha e izquierda del valle se elevan rocas a pico, unas enteramente cubiertas de árboles, otras mostrando la desnudez de sus cimas cubiertas de nieve; aquí y allá cascadas de agua deslizándose perpendicularmente por las paredes que de lejos parecen inmóviles. Muchas veces dejamos el lecho del torrente para entrar en el bosque del aluvión derecho, bosque cubierto de coligües que entorpecían la marcha; unas veces nos resbalábamos en algunos tendidos, otras, era un pedazo que cortado cerca de la raíz, hería nuestras piernas; troncos muertos derribados nos servían también de estorbo; los tábanos nos perseguían y con sus frecuentes ataques aumentaban la sofocación de la marcha. En fin, llegamos al lugar del campamento, en la orilla de un riachuelo, derivación del Peulla. El camino hecho puede calcularse en doce kilómetros; en la mitad hay un gran trozo de piedra aislado, de volumen de ocho metros cúbicos. Enfrente de esta piedra cae

un hilo grueso de agua que produce el efecto óptico de que ya he hablado con ocasión del lago de Todos los Santos: de lejos parece una columna de mármol blanca y la ilusión sería completa si no se oyese el ruido que hacen las aguas al caer.

Nos acampamos justamente enfrente del boquete Pérez Rosales; esta garganta se halla muy oculta, y sin conocerla, es difícil encontrarla. A nuestra derecha, teníamos el Tronador que saludó nuestra llegada con un ruido semejante al del trueno.

25 DE DICIEMBRE

El jueves por la mañana salieron los hombres para traer las cargas del último cargamento; nosotros medimos la altura del boquete tornando una base en el valle del Peulla y hallamos una elevación de 333 metros, que agregada a los 214 metros de la altura del lago de Todos los Santos, sobre el nivel del mar, y los 300 metros que habíamos subido de este lago hasta el punto donde nos encontrábamos, da al boquete Pérez Rosales una altura total de 877 metros. Tomamos una base más grande para medir la del Tronador, y le hallamos al pico mayor una elevación de 3.000 metros poco más o menos; si no se ve de lejos como el Osorno, que tiene menos altura, es porque se halla encerrado en medio de una porción de cerros elevados, mientras que el Osorno es un cono aislado.

Intentamos también medir la altura de las nieves eternas, pero era difícil determinarla en esa época del año porque no se podían deslindar desde lejos las nieves permanentes de las invernales. Pero según mis recuerdos de las excursiones anteriores en los meses del otoño, época del *mínimum* de las nieves, el límite inferior de las constantes era entre 1.600 y 1.700 metros.

El calor era insoportable: alcanzó a 35 grados a las dos de la tarde. Habíamos instalado nuestra carpa en medio de un grupo de árboles, al lado del riachuelo; a mediodía veo llegar con disgusto a los hombres que creía a las orillas de Nahuel Huapi, trabajando en el bote; me dijeron que en la cima de la cordillera se habían visto detenidos por la nieve de que se hallaba toda cubierta, y varias otras disculpas que me hicieron temer por el éxito de la expedición; pero lo que supe inmediatamente era que el peón Francisco Gómez, uno de los tres hombres mandados animado de mala voluntad, y más vaqueano que sus compañeros porque había servido en la expedición del Dr. Fonck y había estado en Nahuel Huapi, los acobardó con exageraciones y se volvieron. Entonces me decidí a marchar yo mismo al día siguiente, a fin de averiguar lo que hubiese.

Empleé el resto del día en visitar el Tronador. Subí el Peulla, acompañado del peón Juan Soto; la pendiente del valle aumentaba al acercarse al origen y las sinuosidades del torrente se multiplicaban. Encuentro en medio del valle una isla cubierta de árboles verdes que la violencia de las aguas del Peulla parecía haber respetado, a pesar de lo poco que sobresalía del lecho del río. Casi al fin del valle percibí, sobre la cordillera del Este, tres avalanchas (*lavines*) que separadas de la cima y detenidas entre los árboles, a la sombra de ellos, se conservaban intactas en una posición perpendicular; atravesamos una punta de bosque de este lado, en-

tonces vimos el lado occidental del Tronador que va a perderse en una quebrada; desesperaba ya de poder ver el ventisquero que debía dar nacimiento al torrente, mi vista se hallaba obstruida por un espeso bosque que hacía punta en el valle, cuando rodeándolo llegamos al frente de una pared vertical; teníamos entonces a la derecha la falda que, vista del campamento, dibuja una línea verde bien marcada sobre el fondo blanco de nieve del Tronador, y a la izquierda, una colina amarillenta formada de arcilla y de piedras; no habíamos descubierto todavía el origen del Peulla, sin embargo, parecía salir de la colina amarilla. En efecto, rodeando varias hileras de piedras sobrepuestas unas en otras, y después de haber pasado algunos riachuelos amarillos, me hallé enfrente del extremo de la colina cortada a pico. Vimos entonces en la base una abertura, semicircular de 20 metros de ancho y 10 de alto; enormes trozos de hielo puntiagudos guarnecían la abertura en forma de dientes, e hilos de agua cayendo de lo alto, que parecían una melena; de la caverna por entre los dientes, salía con estrépito una columna de agua: era el Peulla.

Mientras que yo consideraba este espectáculo curioso, de la cima de la colina se desprendió un enorme pedazo de hielo dando repetidos botes sobre las piedras, hizo resonar todo el valle con un horrible estrépito. Colocad aquí un hijo del cielo risueño de Grecia y su imaginación habrá pronto inventado una historia aterrante sobre este asunto. La abertura que da salida al Peulla sería la boca de un monstruo horrible, los dientes, las puntas de hielo que la guarnecen, y la melena, los hilos de agua que caen de la cima. La colina amarillenta sería el lomo; los grandes ruidos, los rugidos rabiosos del monstruo, que teme se le arrebate su presa. En las historias de Grecia, es siempre una doncella encerrada en el fondo de la caverna. En la Edad Media sería una princesa esperando al caballero andante que ha de libertarla; yo, sin mezclar nada de maravilloso, me sentí muy impresionado con lo horrible e inesperado de este espectáculo, pero no había visto todo, quería comprender lo que veía; mirando con más atención la colina, vi que era una inmensa mole de hielo, y la tierra amarilla, una capa ligera que la cubría. Algunos fragmentos enormes, amenazando desprenderse, otros esparcidos en el suelo y el que había visto caer me hicieron comprender pronto la causa de esos grandes ruidos que habían herido nuestros oídos y que repetidos por los ecos de las montañas parecían descargas de artillería: me encontraba delante de un inmenso ventisquero con sus moraines laterales. Algunos metros solamente me separaban de uno de esos poderosos agentes de destrucción que trastornan la faz del mundo que habitamos. Al principio, como que estábamos poco familiarizados con estas cosas, temía la caída de algunos pedazos de hielo, pero me determiné, sin embargo, a subir hasta la cima para examinar la estructura, tomar un croquis y recoger algunas plantas.

Empezamos a avanzar por la moraine de la izquierda, compuesta de varias hileras de rocas sobrepuestas que ciñen en arco todo el frente del ventisquero. Luego montamos por la falda de la colina, marcha bastante difícil, a causa de la pendiente, y temiendo a cada paso el derrumbe que podía producir la caída de una sola piedra, arrastrando consigo muchas otras. Seguimos, sin embargo, nos sumíamos en una especie de barro delgado que cubre todo el hielo, y que nos impedía resbalar; en otras partes, marchando sobre el hielo desnudo, dábamos tres

o cuatro pasos para avanzar uno; ayudándonos con las manos y con los pies, rasguñando el hielo encimamos el primer escalón, tomamos aliento y continuamos, enterrándonos hasta las rodillas, y cubiertos de barro llegamos a la cima, después de haber cambiado de dirección varias veces; y al fin de una marcha penosa pude contemplar al ventisquero en toda su extensión. Serpentea al pie del Tronador, mide tres millas de largo y media de ancho. Se halla encajonado entre la falda y una cuchilla formada de picos dentados que concluyen en el boquete; la cima del ventisquero es de ondulaciones irregulares con varios grupos de piedras sobrepuestas, que como en línea forman un lomo. Su extremo comienza en las nieves del Tronador; de las piedras que forman las moraines laterales, algunas son un conglomerado compacto de varias rocas, pero la generalidad son sienitas. Pangues y un coigüe¹⁹ pequeños nacen en la cima. El hielo de enfrente donde está la caverna es estratificado en ondulaciones horizontales de una vara de ancho; las moraines se avanzan en diversas curvas hasta como dos cuadras de la colina; su posición demuestra claramente las antiguas dimensiones del ventisquero que ha disminuido poco a poco a medida que se ha ido destruyendo la cumbre nevada del Tronador y, por consiguiente, reduciéndose la cantidad de nieve.

Apagamos la sed con un pedazo de hielo y nos retiramos. A las 7 de la tarde llegué al campamento encantado de mi excursión.

26 DE DICIEMBRE

El tiempo seguía bellissimo, el calor sofocante; a pesar del espeso follaje a la sombra del cual habíamos colocado la carpa del verde recinto de pangues que permitía circularse el aire libremente, respirábamos con trabajo. Ya he hablado de las dimensiones colosales de las hojas de pangué, algunas tienen hasta siete y ocho metros de circunferencia y forman magníficos parasoles; el tallo es refrescante, apaga la sed. La naturaleza, como buena madre, tiene reservados consuelos y sorpresas agradables para los que la visitan en sus desiertos.

Nuestros peones caminando con la carga al hombro hacían de tiempo en tiempo cortas paradillas al pie de los montecitos de pangues y chupaban con mucho gusto el jugo un poco ácido que contienen las raíces. El tallo, despojado de su corteza, manifiesta un bello color purpúreo. Es una suerte encontrar los que están enterrados en la arena, entonces el tallo ya no es colorado sino blanco de un sabor mucho más delicado.

En la tarde hicimos transportar todos nuestros bagajes al otro lado del torrente, a fin de que por la mañana todo estuviese listo para pasar el boquete, en este lugar, el torrente tenía bastante corriente y profundidad; para atravesarlo, nuestros hombres habían cortado un gran árbol que, atravesado, servía de puente, pero el agua lo cubría en parte. Todos pasamos sin dificultad, pero quedaban Pedro y sus cabras, porque además de sus funciones de camarero y de cocinero del esta-

¹⁹ *Fagus alpina* (pæp).

do mayor, Pedro tenía que cuidar las cabras, y sus animales no dejaban de darle alguna ocupación. Pasó una con mucha intrepidez, estuvo contento Pedro, creyó que todo andaría bien, y se volvía ya para animar a sus cabras por medio de un discurso apropiado a las circunstancias como hacían los generales antiguos, cuando con gran sorpresa vio a su lado la misma cabra que acababa de pasar y la cual no queriendo estar sola en el otro lado se había devuelto. Entonces, enojado el buen Pedro toma otra de los cuernos y por fuerza la hace pasar el puente, las otras siguieron; el chivato solo, que en calidad de jefe de la banda hubiera debido dar el ejemplo, volvió las espaldas como un cobarde; un cabrito viendo pasar a su madre, y arrastrado por el amor filial se lanzó encima del puente, pero el torrente lo derribó; por fortuna, aunque de tierna edad, sabía nadar y volvió a tomar pie un poco más lejos en la orilla. Entonces el cabro avergonzado de su cobardía y electrizado por el ejemplo del joven héroe, pasó también.

Levantamos la carpa a la orilla del torrente, algunas observaciones dieron por latitud al boquete 41°9'.

27 DE DICIEMBRE

Al amanecer, el Sol se asomó brillante: me decidí partir adelante con V. Gómez; y de toda la gente sólo debía quedar atrás un solo hombre para guardar las cabras, y Lenglier, que debía tomar un croquis del boquete.

Seguimos entonces un poco la orilla donde habíamos alojado en la noche; e iniciamos la marcha en columna de a uno en fondo, subiendo por una pendiente muy suave 25 grados; perdimos de vista el firmamento, tan espeso es el bosque en estas montañas, no debíamos volver a verlo sino en la cima del boquete. Las quilas²⁰, poco tupidas, nos permitían fácilmente el paso; troncos caídos se presentaban de cuando en cuando, pero los saltábamos o pasábamos por debajo de ellos; atravesamos algunas vertientes bulliciosas y sin grave inconveniente en tres horas llegamos a la parte plana del boquete. Aquí quedaban todavía los restos del alojamiento del doctor Fonck. Bien podíamos seguir el boquete y en poco tiempo llegar al río Frío; pero este río no es conocido y no se sabe tampoco si es navegable hasta Nahuel Huapi. Ir orillándolo no era posible, porque el punto donde llega a la laguna Fría, las orillas pendientes del cerro Doce de Febrero están cortadas a pico, y por otra parte debía bajarlo en botes de gutapercha, y troncos de árboles o palos verticales en el cauce podían romperlos. Todo esto bien considerado, nos resolvimos a tornar al noreste, directamente hacia el lago. Comenzamos a ascender la peñada cuesta de los Reulíes, así llamada a causa de las hayas antárticas que en ella crecen y que los primeros exploradores equivocaron con los reulíes²¹. Nada más penoso que esta ascensión; el declive era casi a pico, todos los arbustos, peñados en sentido de la pendiente por las nieves del invierno, como bayonetas,

²⁰ *Chusquea quila* (Kunth).

²¹ *Fagus procera*.

nos estorbaban la marcha, torrentes profundos nos detenían a cada paso. Llegamos como a las dos de la tarde adonde cesa este declive, y donde se inicia otro mucho más pendiente. Este lugar forma como una meseta, sembrada de planchones de nieve. Aquí nos detuvimos para respirar, el bosque era menos tupido; había más aire.

Media hora después continuamos. Esta vez ya no andábamos, sino que nos izábamos tomándonos de las ramas. Las del canelo acostadas en el suelo y humedecidas por la nieve hacían resbalar los pies a cada paso y por tres o cuatro que dábamos, avanzábamos sólo uno; nos deteníamos a cada diez varas, una veces para desenredar la carga, otras para descansar. La vegetación iba disminuyendo considerablemente en cantidad, calidad y tamaño; plantas de papas silvestres crecían en medio de los coligües²²; este hecho confirmará el origen chileno de esta planta. La haya antártica había empezado. El único árbol que le acompañaba era el coigüe para concluir inmediatamente; el canelo, árbol grande en el pie, aquí no era más que una planta de ocho a diez pulgadas de largo. De esta manera, subimos otro escalón semejante al primero y llegamos a la cima que estaba toda cubierta de nieve. Algunas hayas, más pequeñas que las de abajo, mostraban sus tortuosas ramas. Pude explicarme entonces la diferencia de aspecto que hay entre las ramas de las hayas de la cima y las de abajo; éstas crecen al principio debajo de la nieve, arrastrándose por el suelo; se elevan algo en los meses de febrero y marzo; pasan así tres o cuatro años antes de sobrepujar a la nieve que aprieta y peina a las demás ramas que se pronuncian, y entonces desviadas de su dirección, se inclinan hacia el suelo formando una especie de quitasoles de verdura. Marchando por encima de la nieve, llegamos al espacio situado entre el cerro de la Esperanza y el Doce de Febrero, llamados así por los primeros exploradores. En este lugar tuve un espectáculo magnífico: me hallaba a la altura de unos 1.500 metros sobre el nivel del mar; mirando hacia el valle del Peulla, tenía a mis pies el boquete ciñendo la base del cerro en que me hallaba y resaltando como una ancha cinta de un verde claro sobre el verde oscuro de los árboles que tapizaban las montañas vecinas; más al Oeste, engastada entre cerros, una parte del lago de Todos los Santos sobre la que reflejaba su cabeza la nevada cumbre del volcán Osorno; densas nubes cubrían la cima del Calbuco; a mi izquierda, el pico imponente del Tronador con sus nieves eternas, dejando escapar los ventisqueros que forman su pie, de un lado el Peulla y del otro el río Frío que serpentea en el llano con sus aguas de un blanco turbio, descansa de su rápido curso en la laguna Fría, mancha blanca sobre el verde de la vegetación iba enseguida a perderse en numerosas vueltas al lago de Nahuel Huapi. Tenía delante de mí dos cursos de agua tributarios de océanos distintos: el Peulla corriendo por el lado oeste de los Andes hacia el Pacífico, y el río Frío dirigiéndose al Atlántico. Cerca de la laguna Fría, pero más elevado, otro lago pequeño ostentaba como azulado espejo sus cristalinas aguas: era el de los Canqueños, con cuyo nombre lo bautizaron los primeros exploradores. Haciendo una media vuelta y mirando en una dirección opuesta, tenía a mis pies el lago de los

²² *Chusquea valdiviensis* (Desvaux).

Guanacos, cubierto casi enteramente por la nieve, más abajo percibía el lago de Nahuel Huapi. Más al Este, el horizonte de un azul claro sobre el que dibujaban sus crestas las montañas que rodean el lago, diadema de agua azuleja colocada en la sien de los Andes por la mano poética de la naturaleza. Tenía, pues, delante de mí el camino que debía conducirme por el río Negro a las orillas del Atlántico. Tenía a la vista el lado oriental, cuya exploración era desde algunos años el objeto de mi pensamiento y el fin de mis deseos.

Atravesamos los campos de nieve que asustaron a los hombres que habían venido anteriormente; yo caminaba adelante para darles el ejemplo; en algunos puntos nos sumíamos en la nieve hasta los muslos, pero luego nos familiarizamos con este ejercicio y con gran algazara principiamos a bajar dirigiéndonos hacia el lago de los Huanacos situado entre el cerro de la Esperanza y del Doce de Febrero; su forma es triangular, estaba cubierto de nieve, sólo un pequeño espacio desnudo en el que nadaban algunos patos, indicaba lo que era. Orillándolo por la izquierda, llegamos a su desagüe que se echa en el de Nahuel Huapi. En una protuberancia pequeña alojamos; se cortó bastante leña para neutralizar con un buen fuego el frío de la nieve que nos rodeaba.

28 DE DICIEMBRE

La noche fue sumamente fría, y llovió un poco; entumidos iniciamos otra vez el descenso, luego entramos en la región de las quilas, después, aparecieron los coigües, atravesamos tres pantanos donde crecía un poco de hierba y que nuestros hombres luego decoraron con el nombre pomposo de Potrero de los Guanacos; nos detuvimos varias veces para buscar las macheteaduras antiguas que nos servían de guía, atravesamos varias quebradas difíciles, bajamos a una profundidad por donde corre el desagüe de la laguna de los Guanacos, subimos con mucha dificultad una barranca escarpada para entrar en un terreno con menos declive, sembrado de alerces, y como a las once del día llegamos a las orillas del deseado lago de Nahuel Huapi. A la una devolví la gente para el Peulla, y los carpinteros se fueron al bosque en busca de los materiales necesarios para construir el bote.

29 DE DICIEMBRE

Los carpinteros se pusieron a la obra y comenzamos el bote. El mal tiempo no interrumpía el trabajo. La orilla donde nos encontrábamos acampados se llama Puerto Blest. Este nombre se lo dio el doctor Fonk en honor del intendente de Llanquihue que en la época de su expedición era don Juan Blest. Este puerto es la extremidad más occidental de la larga ensenada del lago; tiene una forma circular, su diámetro mayor es de unos quinientos kilómetros. El cordón que sale del cerro de la Esperanza lo limita al Norte y pronunciándose en un elevado peñón casi desnudo cubierto de nieve en la cima, viene a estrechar la ensenada formando

al prolongarse hacia el Este la muralla norte del lago. Una meseta formada de terreno de acarreo cubierta de alerces, coligües y coigües rodeando todo el círculo del puerto concluye en el río Frío. Un cordón que sale del Tronador forma la pared oriental del río Frío; llega al lago y sigue al Oriente formando la muralla sur de la ensenada. En todos estos cerros las cimas estaban cubiertas de nieves que los dominan durante la mayor parte del año. Lo demás del cuerpo, desnudo; la vegetación sólo se manifiesta en los declives suaves, en muchos de los cuales se ven masas de arcilla y piedras redondas. Nada hay más triste que este lugar; las elevadas cumbres apenas permiten penetrar durante algunos momentos la luz del Sol; así es que la humedad es excesiva y los cambios de temperatura tienen lugar en una escala muy reducida, a causa de la forma del puerto. Hay un eco muy notable, de día los martillazos del carpintero se multiplicaban de un modo extraordinario, y de noche el canto melancólico de la huala duraba algunos segundos. A la izquierda de la ensenada se vacía con ruido el desagüe del pequeño lago del Cántaro.

30 DE DICIEMBRE

Los carpinteros continuaron el trabajo; la gente no llegó.

31 DE DICIEMBRE

Por la mañana llegó Lenglier con Pedro y dos peones.

Me contó que la víspera, viendo la obstinación de la gente para no ponerse en marcha, había salido sólo con Pedro y uno de los peones, y que habiendo acampado al pie de la laguna de los Guanacos, otros dos le habían alcanzado, y respecto del resto no sabía decir si se habían puesto en marcha.

Como la construcción del bote avanzaba, creíamos poder salir en tres días más. Nuestra carpa estaba cerca del lugar donde acampó el doctor Fonck. Recorriendo la orilla hallamos vestigios de nuestros predecesores en la carrera del buen padre Meléndez, el franciscano, y del doctor Fonck. Llegábamos cuando ya no existía Meléndez, tampoco encontrábamos sus cenizas, puesto que había muerto en Calbuco o Chiloé, pero sí, los rastros de sus virtudes; y sin exageración, la palabra virtud no es demasiado, porque para venir por estos caminos con el solo objetivo de evangelizar a unos pobres diablos, era preciso tener más que una fe ardiente. Pero también en cambio, ¿qué de goces no tendrían esos corazones sencillos y creyentes?, goces de que estamos privados nosotros, hijos de un siglo de escepticismo. La más pequeña prueba de buena voluntad que les daban los indios les hacía olvidar a momentos todos sus sufrimientos. Con qué satisfacción nos refiere el padre Felipe Lagunas de que sus salvajes compañeros en el viaje que hicieron de Nahuel Huapi a Chiloé, junto con caminar aprendían el catecismo, y andaban por caminos tan horribles que yo para dar un paso necesitaba toda mi atención, y creo que si al mismo tiempo se me hubiera obligado a aprender el catecismo, jamás

habría podido llegar a Nahuel Huapi, porque aquí no se camina, sino que se escala. Para encimar esas montañas tan escarpadas, erizadas de coligües, de troncos y con una vegetación tan espesa, no serían demasiado las garras de un gato, ni las seguras patas de un cabro. Todo esto que decimos es a propósito del padre Meléndez, cuya piedra de moler encontramos cerca de los restos de su piragua, y también al lado de estas venerables reliquias, estaba la canoa del doctor Fonck, el primero que mostró a las sorprendidas orillas del lago de Nahuel Huapi el rostro rubio de los hijos de Arminio. ¡Buen doctor!, que sólo sueña expediciones, que se encendía con la nuestra. Pero desgraciadamente para la ciencia, una numerosa posteridad le liga a las playas de Puerto Montt. Cumplido este deber de buena educación, y derramada una lágrima a la memoria de los misioneros, vamos a volver a hablar de nosotros. Llovió todo el día para concluir el año. En los días nublados reparamos que la temperatura del día era poco distinta de la de la noche, y en los días de sol había una diferencia notable entre ambas temperaturas.

1 DE ENERO DE 1863

Saludamos la aurora de este primer día del presente año con bastante buen humor, porque el termómetro de nuestro buen humor era allí el tiempo y no se nos pueden acriminar estas prevenciones atmosféricas, cuando se piensa que en las ciudades la lluvia sólo moja caras mal agestadas. En las poblaciones uno puede proporcionarse un gran número de diversiones y entretenimientos bajo techos, pero allí la lluvia nos privaba de todo; pasear era imposible, no podíamos dar dos pasos en el bosque sin quedar mojados como patos. Nos veíamos, pues, obligados a encerrarnos en nuestra casita de tela y tocar constantemente la guitarra. No sé quién ha dicho como en chanza que en el paraíso y siempre sólo paraíso, sin el más pequeño pedazo de infierno para variar, al fin uno se aburriría; ¿qué sería de él si se hubiera visto condenado a tocar siempre la guitarra? Luego no nos quedaba otro arbitrio sino permanecer en la carpa o, bien, ir cerca del fuego a calentarnos oyendo conversar a la gente. Es verdad que contaban historias bastante curiosas, hablando del peón que se había quedado atrás en el Peulla, para cuidar las cabras, y de la repugnancia que había manifestado para esa comisión; se pusieron a discutir sobre lo que podía infundirle temor; dijeron que ciertamente este hombre no podía temer a los leones, atraídos por el perfume del cabro y de sus amorosas compañeras, pero sí, a los brujos y duendes que parece se complacen en atormentar a los pobres seres humanos.

Como estábamos en el primer día del año, a falta de otras diversiones, y no teniendo en la vecindad ninguna bella a quien poder ofrecer, como es la moda, nuestra fotografía, fuimos Lenglier y yo a sentarnos al vivaque de la gente. Uno de los peones que había trabajado mucho tiempo como maderero refería muchas cosas muy interesantes de los Peuquenes o genios de las montañas.

Dejemos a un lado por un momento las palabras de hoyas, portezuelos y todos los términos geográficos y oigámosle hablar.

Los peuquenes son unos hombrecitos que llevan vestidos hechos con hojas de avellano, con costuras, o sin costuras, el cronista no nos dice nada a este respecto; no nos dice tampoco si son impermeables, o no. Estos pequeños leñadores tienen un sombrero de corteza, un hacha y su mango, hecho de palo de avellano; es el avellano que da todo el material del vestido, como la hoja de parra lo dio a nuestros primeros padres. Lo pasa el peuquen, paseándose en el bosque, derribando árboles con sólo un golpe de su hacha de palo, no para alimentar su fuego, porque, como lo veremos más tarde, le gusta al peuquen calentarse en el fuego del vecino. Lo que hay, es que el peuquen derriba árboles, y como muchos honrados chilotos se ocupan en eso, sucede que el peuquen encuentra colegas. Pero, ¡ay de estos últimos si tienen la desgracia de volver la cara para examinar al peuquen!, quedan con la cabeza torcida hasta el fin de su vida. Luego no es bueno ser demasiado curioso ni tampoco volver la cara cuando se oyen hachazos en los bosques.

¡Qué útil historia! Si yo tuviera una explotación de alerces alrededor de la colonia, la haría imprimir a mi costa con grandes caracteres a fin de que todos pudiesen leerla, niños y grandes, madereros e hijos de madereros, desde el abuelo hasta el nieto, y una vez que la supiesen de memoria, estoy convencido de que, al fin del año, haciendo la suma de los árboles derribados en 365 días y 366 por los años bisiestos, hallaría un aumento notable sobre los años en que nuestros madereros no estaban penetrados del peligro que hay en volver la cara al oír hachazos en la vecindad y de la poca ventaja que se sacaba con ver al peuquen.

Este poder fascinador lo ejerce el peuquen no sólo sobre los hombres sino que, también, sobre las mujeres, aunque de otra manera, como se ve por la historia siguiente que cuenta el vecino del narrador: he conocido, o al menos mi abuelo, dice, ha conocido una honrada pareja, cuya paz fue turbada por un peuquen. El peuquen había tal vez encantado por medio de algún filtro a una donosa chilota, casada con un honrado maderero, y venía ilegalmente a tomar parte en el fuego y en el lecho nupcial a vista y paciencia del marido, que embebido en las creencias generales del país, no se atrevía ni a moverse, tampoco a respirar, temiendo encontrar la mirada penetrante y tan funesta del brujito. Grandes eran, pues, las confusiones del pobre hombre; ya hacía un mes que el peuquen venía sin pudor ni vergüenza a entregarse a sus amorosos pasatiempos y era tanto que al fin la familia podía muy bien aumentarse con un vástago que no habría sido sino medio chilote. A grandes males, grandes remedios, dijo el buen hombre, y se fue a contar sus penas al capuchino, cura de su parroquia, que había heredado junto con la larga barba, distintiva de su orden, el humor alegre de sus antecesores. El capuchino aconsejó al chilote que ungiese todo el cuerpo de su mujer con cebollas y ajos, y que le sirviese una comida que tuviera muchas de estas legumbres. El chilote ejecutó tan puntualmente la receta, que después de comer, ni a diez pasos de la mujer se hubiera visto revolotear una mosca, y a la noche cuando vino el peuquen para celebrar sus orgías acostumbradas, se sintió tan apestado, que se puso a vomitar imprecaciones contra la mujer, y contra el marido, el cual las escuchaba con los ojos cerrados. Le dijo a éste las injurias más grandes llamándole: chilote comilón de papas; al fin, de rabia se fue y no volvió más. El bueno del marido pudo enton-

ces vivir tranquilo, pero algunos meses después la mujer dio a luz un pequeño ser muy singular: en vez del cutis que tienen todos los cristianos, éste al nacer tenía corteza de avellano; era evidentemente el hijo del peuquen. El buen maderero se consoló pronto, porque al fin ya no venía más el peuquen, y cumpliendo con sus deberes conyugales, nueve meses más tarde la mujer dio a luz otra criatura; esta vez no era ya un pequeño monstruo, como el otro, sino un niño gordote, que al nacer gritaba: papas, papas. Éste sí que era bien chilote, chilote hasta la punta de las uñas, el grito ése le denunciaba.

¿Qué tal el cuento?, y principalmente el remedio recetado por el buen padre capuchino. Esta historia, referida en la cima de lo Andes, cerca de un fuego magnífico y en medio de los espesos bosques, ¿no tiene acaso un perfume y un color local de que carecen todos los cuentos ilustrados de los *keepsakes*? Si Charles Nodier lo hubiese oído habría dicho que era una falsificación de su Trilby, y no obstante mi narrador chilote jamás había leído nada del autor de *Los siete castillos del rey de Bohemia*.

Pedro, el honrado Pedro, animado al oír estas historias para no quedar atrás, se puso también a referir otras. Pero Pedro había nacido en las orillas del mar, sus historias son todas de sirenas y caballos marinos. La sirena hace un gran papel en la imaginación de nuestros paisanos del bajo pueblo. ¿Sabéis dibujar o pintar un poco? Preguntad a un hijo del pueblo lo que quiere que le dibujéis y contestará: una sirena. En Santiago mismo, ¿cuántas chinganas y bodegones tienen por rótulo la sirena con su inevitable cola de pescado? Pedro conocía las sirenas, o si no las había visto, había conocido un hombre que le había dicho que había visto unas sirenas; y sobre este asunto, refirió la historia de un joven chilote, que a punto de casarse, casi había caído en las redes de una de esas encantadoras, y no escapó del peligro sino invocando la asistencia de la Santísima Virgen. Nosotros le preguntábamos si él, Pedro Oyarzún, chilote de nacimiento y católico por el bautismo, había visto sirenas en carne y hueso o por mejor decir en carne y escamas, y contestaba que no, pero que caballos marinos había visto y palpado esos anfibios. Estos caballos marinos, a la voz de un brujo cualquiera, salen del agua ensillados y listos y se ponen a su disposición; el brujo, si no es el Diablo, es uno de sus parientes, que se disfraza con la figura de un honrado cristiano, pero siempre se le alcanza a ver la extremidad de la cola: estos brujos son numerosos en los alrededores de Chiloé. Al tío de Pedro le había sucedido una aventura muy curiosa, aventura de la cual nunca quiso hablar sino a la hora de su muerte. El tío de Pedro se había casado pocos meses antes; y habiendo ido a Castro, volvía al lado de su joven esposa, se apresuraba, pero tenía mucho camino que andar todavía, cuando pasando por las orillas de un lago del interior, ve de repente cerca de él a un hombre vestido como los chilotos, es decir, con poncho, calzones estrechos de lana, y sin ninguna clase de calzado. En todo esto nada había de extraordinario, sino lo imprevisto de la aparición: el aparecido cambió algunas palabras con nuestro chilote, y enseguida le propuso conducirlo a su casa en media hora (cinco leguas en media hora) bajo la condición que le regalaría media libra de hierbas y un centavo de cigarros; no necesitaba fósforos porque todos saben que para prender su cigarro le basta al Diablo

restregar con las uñas la extremidad de su cola que es de materia muy inflamable; luego vio el chilote que trataba con el Diablo o uno de sus parientes: sabía muy bien que a ningún cristiano le conviene tener relaciones con esta clase de gente, pero como era recién casado, y por supuesto tenía prisa de volver a ver su cara mitad, aceptó. Silbó el individuo y salió del lago, relinchando, un caballo de anca relumbrosa, de pelo fino y adornado de una larga crin; el desconocido montó y a sus ancas el chilote; caminaban como el viento, ya el esposo divisaba su casa, cuando en una vuelta del camino, se siente deslumbrado de repente, se desmaya, y se desliza del caballo.

Cuando volvió de su letargo, y entró a su casa, después de haberse restregado los ojos, su mujer le abraza, y le contó que pocas horas antes un individuo, de figura extraña, de voz ronca, había entrado y, por señas la había hecho que le siguiese y le mostró en la puerta a su marido durmiendo, a su lado el caballo bañado en sudor, y la hizo comprender que debía pagar el precio de la carrera. Sin decir nada, la mujer, con el gusto de ver a su marido le entregó la media libra de hierba y el centavo de cigarros. El individuo, que era el Diablo, tomó una especie de cuerda negra, que colgaba a su cintura, la restregó en la pared, y salió una chispa, la mujer se sorprende, habiendo dicho Ave María, hombre, caballo, hierba, cigarros, todo había desaparecido. Jamás quiso el tío de Pedro que se hablase de esta historia; sólo en el lecho de muerte, habiendo reunido a sus hijos, les dijo que siempre podían hacer pagarés a los comerciantes de Ancud, que compren por la mitad de su precio el fruto del trabajo de los pobres, pero que jamás debían tener relación alguna con gente que al silbar hacía salir del agua caballos ensillados y enfrenados, y para corroborar su historia, agregó Pedro que una mañana habiendo bajado al mar para mariscar, con otro amigo suyo, entregándose a este noble ejercicio, encontró muerto un caballo marino que tal vez había servido a algún brujo; el caballo tenía la boca lastimada con el freno, manchas blancas y negras, pero las patas muy cortas como las de un lobo marino; ¿qué hizo entonces el buen Pedro: se alejó acaso santiguándose? No. Pedro como buen chilote, era comerciante hasta la punta de las uñas: ayudado de su compañero, encendió fuego, e hicieron aceite con el caballo del Diablo, que después vendieron muy bien. A propósito del espíritu calculador de Pedro, voy a contar otra historia. Pedro era mi fiel Acates cuando pasábamos el boquete, yo abreviaba el fastidio del camino, sacando de tiempo en tiempo un salchichón de mi bolsillo; cortaba un pedazo y preguntaba a Pedro si deseaba comer. Pedro me respondía siempre “más tarde señor”. En fin, después de haber llegado al campamento, habiendo renovado por última vez la misma operación y hecho a Pedro la misma pregunta, me contestó: sí señor, y viendo su sorpresa al darle una sola tajada, le pregunté la causa, y me contestó con el aire más ingenuo del mundo que en el camino había contado que yo le había ofrecido cinco tajadas de salchichón, que en resumidas cuentas yo se las debía, y que descontando la que le daba, faltaban todavía cuatro. Este razonamiento me pareció tan estrambótico, que regalé a Pedro el resto del salchichón, quien cortando en pedazos iguales a los que le había dado sacó siete u ocho.

Si le hubiéramos dejado a Pedro con sus narraciones no habría concluido nunca; dejaba atrás a la sultana de las Mil y una noches, y, sin embargo, no tenía, como

ella, una espada de Damocles sobre la cabeza. Nos dijo que los brujos no solamente eran aficionados a los caballos que salían del agua sino que, también, cuando tenían necesidad de una embarcación, con un silbido, se le presentaba una, y lo que les hacía falta era el poder escribir español para hacer sus negocios, que hace como diez años, uno de sus primos hermanos que había aprendido a leer y escribir en Ancud, yendo con su padre en un bote, pasaron cerca de una embarcación de brujos; éstos, que conocían de reputación la buena letra del joven, se pusieron a silbar; el hijo se echa al agua, y vuelve a aparecer algunos instantes después en la embarcación de los brujos, que a la fecha deben mantenerlo encerrado en una caverna, teniendo por ocupación el arreglar la contabilidad comercial de estos caballeros.

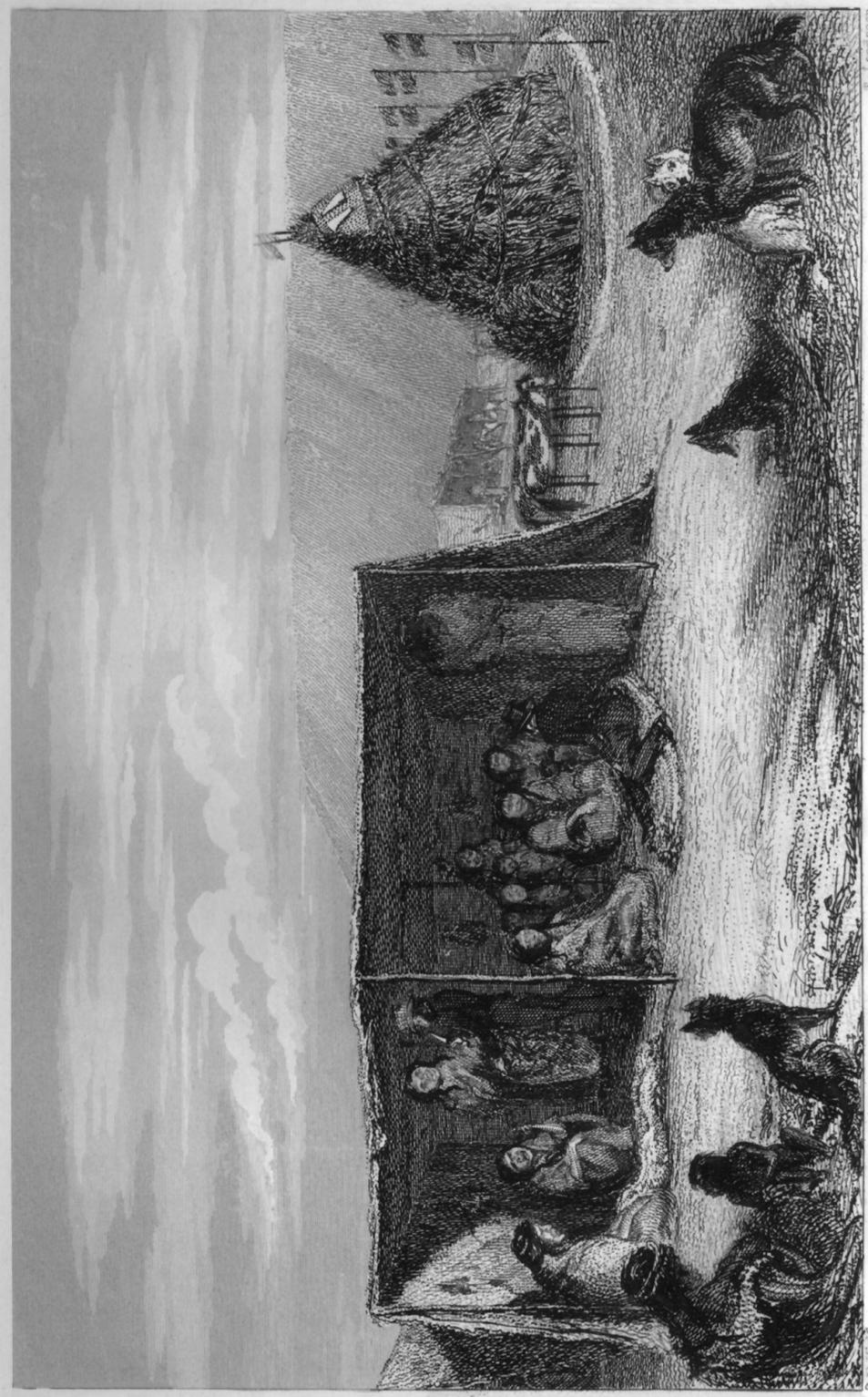
El oír estas historias, que revelan la clase de supersticiones de los chilotos, era una manera de pasar las vigiliyas y de tener paciencia mientras que nuestros carpinteros avanzaban en la construcción del bote, en tanto yo arreglaba las rocas, y las plantas que había recogido para mandarlas a Puerto Montt con la gente que debía volver.

2 DE ENERO

Era una chalupa según todas las reglas la que construíamos: no podría quizá rivalizar por su volumen con el *Leviathan*, gigante de los mares, construido en Inglaterra, ni por su aspecto formidable, con un navío de línea de cien cañones de la marina británica, pero estábamos tan orgullosos con ella como podían estar los constructores de los otros, y nuestra embarcación bastaba para lo que necesitábamos.

La construcción avanzaba a grandes pasos, la bahía resonaba todos los días con el ruido de las hachas y de los martillos; los pájaros estaban sorprendidos al ver turbadas sus soledades y los árboles debían maldecir a los profanos que sin ninguna consideración venían a hundir el hacha en sus troncos.

La embarcación tenía iguales la proa y la popa, a fin de que pudiese maniobrar en los dos sentidos y, aunque tenía quilla, el fondo era casi plano, para que calase poca agua. Las dimensiones principales eran 25 pies de quilla 7 pies de manga y 2 de puntal. Según la previsión de los carpinteros, debía sólo calar un pie. Se componía de 22 curvas, guarnecida de cinco bancos para los bogadores, y uno pequeño en la popa para el timonel. Las maderas empleadas en su construcción fueron: el alerce para la quilla, las tablas y los bancos; la roda y la obra muerta eran de haya antártica; las curvas de robles, raral y una madera colorada que los carpinteros no conocían; el mástil era hecho de mañío así como los remos. El alerce y las demás maderas se encontraban en las mismas orillas del lago. Hacía sólo cuatro días que se había comenzado, tres carpinteros solamente trabajaban y ya el 2 de enero, el quinto día, todo el esqueleto se encontraba hecho, no faltaba más que entablarlo. La gente no llegó y, sin embargo, teníamos necesidad de todos para calafatear el bote.



L. LEITCH

P. 10

PATAGONIAN 'TOLDO' AND TOMB.

Published by Henry Colburn, Great Marlborough Street, 1835.

3 DE ENERO

Empezamos a poner en orden las provisiones que debían servir durante el viaje; consistían en harina y charqui. Rindamos aquí un justo tributo de reconocimiento al charqui y a la harina tostada. La harina tostada es un alimento que se puede poner a toda salsa. En el camino tiene uno calor, y no quiere tomar agua sola, que en estas regiones está casi helada, la mezcla con un poco de harina tostada y se tiene una bebida refrescante y agradable; por la noche en el vivaque, antes de dormir al aire libre, desea uno echarse alguna cosa caliente al estómago; pone entonces agua al fuego, se le echa azúcar tostada, dos o tres puñados de harina; enseguida se toma y duerme uno tan bien como si se hubiera engullido una taza de chocolate: desea uno hacer una comida más en regla, un cocinado, por ejemplo, como dicen los chilotos, entonces en una taza, olla o paila, si la sociedad es numerosa y según los utensilios que se tengan a la mano, se hace hervir agua, se echa grasa, dos o tres ajíes, y harina tostada; todo esto bien cocido, y cuando el palo que sirve para revolver todos estos condimentos, se mantenga clavado en la mazamorra, entonces se sirve caliente, y tan exquisito es este plato, que cualquiera que coma se chupará los dedos, como lo veía hacer a mis gargantúas chilotos, cada vez que se entregaban a esta delicada operación. Honor, pues, a la harina tostada, y para no excitar los celos, asociemos en este tributo de elogio al modesto charqui.

El charqui al principio se presenta con un aspecto que no le favorece. Se diría que eran pedazos viejos de suela; pero no debe uno fijarse en lo exterior, el hábito no hace al monje; uno puede estar mal vestido, pero dotado, sin embargo, de buenas cualidades. Preparado con cuidado, el charqui puede figurar con ventaja en la mesa de un gastrónomo. Ensartado en un palo que sirve de asador, hace un excelente *roastbeef* para el viajero que no tiene tiempo que perder en su cocina. Mascado mientras uno camina, sirve de distracción. El charqui tiene, pues, muchas ventajas, sin contar con la de ser fácilmente transportable e incorruptible en toda temperatura, y no tiene, como la carne salada, el inconveniente de ocasionar el escorbuto.

En la mañana me fui a visitar el río Frío, que sale de un ventisquero del Tro-nador para desembocar en el lago de Nahuel Huapi, sus aguas son de un blanco turbio como las del Peulla; en su curso se detiene para formar la laguna Fría, y después corre por un lecho bastante estrecho, pero profundo, hasta el lago de Nahuel Huapi. El doctor Fonck había dicho que era navegable hasta una legua de su desembocadura; quise ir en él aguas arriba, subí como quinientos metros adentro, pero como tenía un bote de gutapercha, que era demasiado liviano para andar contra la corriente, me desembarqué para seguir por las orillas; avancé como hora y media, pero lo espeso del bosque me detuvo, y tan espeso era, que una rama enredándose en la cadena del reloj lo sacó del bolsillo y lo perdí. Volví sin haber podido averiguar las aserciones del doctor; lo único que puedo decir, es que no habiendo oído ningún ruido, el río Frío no debe tener cascadas. Mientras tanto la gente se ocupaba en calafatear el bote y hacer los remos: la estopa es la materia filamentosa que se extrae del alerce. Este árbol es como el camello entre los ani-

males; produce la mejor estopa incorruptible y una resina olorosa. Con la carpa hicimos una vela y a las tres de la tarde, con gran alboroto, echamos el bote al agua y le bautizamos con el nombre de *Aventura*. La celebración fue digna de nuestros recursos, un tiro de escopeta reemplazó a las descargas de artillería, acompañamiento indispensable de estas fiestas, la música militar fue la guitarra y el flageolet. A las tres, cinco minutos, treinta y seis segundos P.M., según cronómetro, la *Aventura* se lanzó al agua haciendo olas de espuma.

Dios te dé larga vida, modesta, pero útil embarcación, que las rocas del Limay te sean blandas.

CAPÍTULO III

Preparativos. Despedida. Lago de Nahuel Huapi. Temporal. Botes de gutapercha. Bahía del Noroeste. Primer accidente. Punta de San Pedro. Isla Larga. Segundo accidente. Puerto del Venado. Camino de Bariloche. Tercer accidente. Vestigios de indios. El desagüe. Emociones. Excursión. Retratos de los peones. El perro Tigre. Arribo a la boca del río Limay. Antigua misión. Preparativos. Navegación del río. Sección transversal. Accidente. Dificultades. Gran rápido. Naufragio. Crítica situación. Indios. Marcha a los toldos.

4 DE ENERO

Por la mañana amanecimos llenos de ardor, pero el tiempo era malo y fue preciso esperar. Los que se iban a la colonia con Vicente Gómez hacen sus preparativos de marcha. Éramos siete los que íbamos adelante: yo, Lenglier, el carpintero Mancilla, que debía cumplir con el cargo importante de timonel, y cuatro bogadores: José Díaz, Juan Soto, Septimio Vera y Antonio Muñoz, que tenía el sobrenombre de Gordo'. Antes de separarme de Vicente Gómez, que se comportó muy bien en la ejecución del contrato que habíamos hecho, le hice entender delante de todos, que la embarcación en que iban a pasar al otro lado del lago de Todos los Santos debía permanecer allí; que no quería bajo pretexto alguno, que se tomase ninguna determinación para saber de mí, que en todo caso se debía suponer el feliz éxito de la expedición. De esta manera cortaba toda comunicación; era imposible, pues pensar en volver atrás. En una palabra, había quemado mis naves. Por este medio, aunque aventurado, me aseguraba la resolución de mi gente, haciéndoles ver al mismo tiempo, que delante teníamos la esperanza de llevar a cabo la empresa, a gloria de realizarla; y en caso de ceder a la falta de resolución o a los peligros que pudiésemos encontrar, retrocediendo, una muerte segura con todos los horrores del hambre nos aguardaba. A las doce del día calmó un poco el viento y concluimos de embarcar los víveres y bagajes. De las cabras que traíamos, ya no quedaban más que los cinco cabritos, el resto había llenado el objeto de su venida. La despedida fue tierna: Vicente Gómez y algunos de los peones que volvían tenían lágrimas en los ojos; era natural, el adiós podía ser eterno: íbamos a lanzarnos en lo desconocido; además, durante el viaje habíamos vivido tan

familiarmente que las afecciones reemplazaron a la disciplina. Nos embarcamos y nos alejamos bogando. Estábamos en el camino del Este. *Alea iacta est.*

La embarcación estaba cargada al exceso y la carga mal estibada como pudimos verlo algunos instantes después. De la cordillera venía por ráfagas desiguales un viento helado, sin embargo, izamos la vela; navegábamos en la larga ensenada que es la punta más avanzada al oeste de la laguna de Nahuel Huapi; las orillas están cortadas a pico, y el viento oprimido en este canal estrecho, tomaba a cada momento mayor fuerza. Las aguas azotándose en las altas murallas que le sirven de barrera, producían un ruido imponente y tenían una agitación inesperada en un lugar de tan poco espacio. Andábamos bien, a pesar del gran balance que había. Como a ocho kilómetros encontramos una isla pequeña cubierta de árboles. Crecía la agitación de las aguas, y dos veces la proa del bote se sumergió enteramente. Empezaba a ser crítica la situación; pero el piloto Mancilla era hábil en su oficio y nos hacía evitar las olas con suma destreza y suerte. De repente, habiendo querido tomar la escota de la vela que se le había escapado, el timón abandonado por un momento se descaló y se fue al agua sin que pudiésemos pensar en recogerlo. Hubo un momento de confusión y de temor, el bote arrastrado por el viento y por el embate de las olas que reventaban sobre nosotros, iba a estrellarse contra las rocas; pero no se turbó Mancilla; en el acto tomó un remo y gobernando con él, nos apartamos del peligro. Sin embargo, no había seguridad en medio de la borrasca que a cada instante era más fuerte; era preciso buscar un abrigo. No había que pensar en encontrar el más pequeño pedazo de playa; las paredes de la ensenada eran perpendiculares. Todo lo que podíamos exigir de nuestra buena estrella era una punta pequeña, aunque no tuviese detrás de ella más que un rinconcito de algunas varas de profundidad donde pudiésemos asilarnos y tomar aliento. Caía una lluvia helada como el viento que soplaba; estábamos casi muertos de frío. Veíamos delante, al Este, un horizonte sin nubes, mientras que nosotros nos hallábamos bajo un cielo negro como tinta. Tuvimos bastante suerte para alcanzar una puntilla; pero siempre era preciso que cada bogador tuviese listo su remo, para impedir que el bote se golpeará contra las rocas. Se calmó un poco el viento, pero no podíamos pasar la noche donde estábamos, porque más adelante había otra punta un poco más prominente; resolvimos doblarla y lo conseguimos. Detrás de ella, había un corto espacio desnudo de vegetación donde pudimos encender fuego para calentar nuestros miembros entumidos por el frío. Desde ahí, ya veíamos disminuir lo escarpado de las pendientes en las cordilleras que teníamos al frente, que hasta esos momentos habían sido sólo elevadas paredes cortadas a pico: las líneas culminantes suavizaban su declive en varios puntos, trechos desnudos de vegetación manifestaban que estábamos cerca de parajes menos salvajes. Por esta razón, era preciso avanzar y mientras tanto no se podía pensar en eso hasta el día siguiente. Tanto más que estando claro el cielo al otro día, veríamos distintamente el horizonte, cosa indispensable para nosotros que navegábamos en aguas desconocidas, ¿quién podía asegurar que en un momento cualquiera, no encontrásemos un escollo cuya presencia no podíamos sospechar, y contra el cual viniesen a fracasar todas nuestras esperanzas sin contar con la pérdida de la vida?

Alimentamos el fuego y cocinamos; después envueltos en nuestras frazadas, nos entregamos al sueño confiando en la Providencia y en nuestra fortuna.

5 DE ENERO

Por la mañana el tiempo parecía un poco mejor. La primera cosa que hicimos fue repartir de una manera conveniente la carga en el bote, y aun aliviarla; para esto armamos dos de los botes de gutapercha juntándolos bien sólidamente por medio de un marco de coligües, y con un cabo los pusimos a remolque del bote grande. Habría sido mejor colocar un hombre en cada uno de ellos para gobernar su marcha; pero era exponer demasiado sus vidas. Nos hicimos a la vela; el remolque se comportaba bien.

Antes de salir habíamos discutido con Lenglier sobre el rumbo que se debía tomar para hallar pronto el desagüe. Inspeccionando el horizonte que se extendía delante de nosotros, he aquí lo que presentaba: al frente, a la izquierda, un canal formado por el continente o lo que parecía el continente y una isla; a la derecha, en el punto más avanzado, una punta que presumíamos fuese la punta San Pedro del doctor Fonck, teniendo a su lado una bahía o canal bastante profundo; más lejos de la isla situada al norte, divisábamos a lo lejos otra boca que se extendía en línea recta del punto donde estábamos. El camino más corto era en la dirección de los dos estrechos, pero el menos seguro. Apenas lo hubiéramos intentado, teniendo a la vista un mapa detallado del lago, con mayor razón en las circunstancias en que nos hallábamos, navegando en un mar en miniatura, cuyos escollos nunca se habían reconocido, tal rumbo hubiera sido una locura; me resolví entonces a tomar un término medio dirigiéndonos en línea recta a la punta San Pedro: y desde allí, teniendo a la vista un panorama más extenso, podría decidirme respecto del nuevo rumbo que seguiríamos; eso hicimos. El viento era en popa; como a cuatro kilómetros del punto de salida pasamos a la derecha y como a 500 metros de la isla septentrional, donde bajó en otro tiempo el padre Meléndez, y de donde se había dirigido al canal que rodea la punta San Pedro; al frente de este canal, se concluye la larga ensenada que comienza en Puerto Blest. Teníamos a la izquierda una gran bahía cuya dirección general era noroeste y a nuestra derecha la punta San Pedro. Pero apenas habíamos llegado a la altura de esta punta, cuando los dos botes remolcados se sumergieron: tuvimos sólo el tiempo necesario para refugiarnos en una ensenadita situada en la misma punta de San Pedro. Allí nos ocupamos en reparar el desastre, habíamos perdido solamente algunos sacos de harina y de charqui.

Mientras que los peones remediaban la avería, pudimos nosotros contemplar el panorama que teníamos a la vista. Al frente se extendía al Noroeste la gran bahía, de la cual hemos hablado, bahía guarnecida de siete islas: la mayor de ellas se extendía también al Noroeste y estaba pegada a la orilla oriental. Las islitas que se divisaban en el fondo tenían un aspecto encantador; el fondo mismo de la bahía parecía formado de tierras bajas; y de lejos se hubiera dicho, al ver los árboles que

la adornaban, que en las orillas había alguna habitación y campos cultivados. La ilusión era completa, los arbustos, cuya altura disminuía con la distancia, parecían de lejos campos de trigo verde, y algunas manchas amarillentas, pintadas en las cordilleras situadas atrás, misiones de una madurez más avanzada.

En el punto donde desembarcamos, notamos ya algún cambio en la vegetación: había un pino que no conocieron los marineros y algunas plantas espinosas.

El doctor Fonck llama a la isla grande, isla del padre Meléndez. Creo que esta denominación es errónea. En efecto, con la relación del padre Meléndez a la vista, podemos seguirle en su marcha: sale del mismo punto que nosotros, encuentra a dos leguas una isla pegada a la orilla meridional, más lejos otra vecina a la orilla septentrional, entonces dice que se dirige derecho al fondo del canal; en el fondo encuentra tan poca agua que su piragua apenas tiene la suficiente para boyar; después de haber salido del estrecho, continúa su camino orillando, y al fin baja a tierra detrás de dos islas; dice que desembarcó en una isla grande, ¿sería la gran isla longitudinal? Evidentemente no, porque, en este caso, hubiera dicho que, una vez pasada la isla chica pegada a la orilla septentrional de la larga ensenada del principio, se había dirigido derecho al Este, pero no dice eso. Además, una vez pasada la punta de San Pedro, no hay otro canal que como éste concluya en cola de ratón.

El último de esta clase es el que ciñe a la punta de San Pedro antes de doblarla; luego hubiera sido preciso que volviese atrás desde la isla larga, por un camino ya reconocido para entrar en el canal: cosa en contradicción con el objetivo de su viaje, que consistía en buscar los restos de la misión de Nahuel Huapi.

El padre Meléndez no ha tocado, pues, en la isla larga, pero sí en la punta de San Pedro, que con justa razón él llama isla, habiéndola reconocido como tal por la vuelta que dio por detrás de ella; también los indios que he visto después de mi naufragio me dijeron que la punta de San Pedro solía estar habitada, que hacía poco vivía en ella una familia tehuelche. Añade el padre Meléndez que en la isla grande encontró siembras de nabos, papas y otras legumbres. ¿Cómo hubieran podido ir a sembrar en la isla larga los indios de ese tiempo que no usaban canoas sin las cuales no se puede atravesar el canal profundo que separa la isla larga del continente?, pero podían muy bien los naturales abordar la isla de la punta de San Pedro por el bajío donde faltó agua a la piragua del padre Meléndez.

Para concluir esta discusión, la isla Meléndez del mapa de Fonck cambiará su nombre: se llamará con mayor razón la isla Larga, y con más razón también llamaremos a la punta de San Pedro, isla de San Pedro; de esta manera conservará algo del nombre que le dio el doctor, su padrino.

Las embarcaciones de gutapercha estaban compuestas y también arreglado lo que contenían; nos pusimos otra vez en camino, conservándonos siempre a la misma distancia de las dos orillas: la orilla de nuestra derecha estaba bordeada por rocas, y como a 700 metros, se dirigía al Sur en ángulo recto con su primera dirección. Un poco más adelante pasamos la isla Larga, de que ya he hablado, dejándola como a seiscientos metros a nuestra izquierda: vimos entonces que todas nuestras presunciones eran justas: la costa que terminaba la bahía grande volvía a dirigirse al este. Un poco más lejos se nos presentó una boca formada por una isla;

era angosta, y no obstante, resolvimos pasar por este canal, para tener siempre más cerca la costa septentrional e hicimos bien, porque apenas habíamos pasado por entre el continente y esta isla rodeada de varios arrecifes, cuando los dos botes, que ya hacían agua, se sumergieron de repente y quedaron entre dos aguas; no había que pensar ya en seguir adelante; pero justamente en ese momento, como si hubiera sido hecha para nosotros, veíamos a la izquierda una pequeña bahía, cuyas aguas en perfecta calma nos invitaban a entrar. Doblando la punta, vi al fiel Tigre, nuestro perro, en honor del cual reservo para más tarde un interesante artículo –ojalá no sea su oración fúnebre–, que apuntaba con el hocico de una manera que no era natural; seguí la dirección de su nariz, y divisé en la orilla un animal de la especie de las gamuzas que, con sus dos grandes ojos negros y admirados, nos examinaba con atención; bajé a tierra para perseguirlo con mi rifle, pero no lo hallé, había huido. En este puerto que llamaremos el Puerto del Venado, el terreno, aunque adornado de algunos bosquecitos, tenía un aspecto en todo diferente al que habíamos pisado hasta aquí. Su color amarillo descansaba nuestra vista del verde color de los bosques de las cordilleras; hasta el Sol parecía no ser el mismo. Se hubiera podido decir que había dos soles, uno blanco, pálido, frío que habíamos dejado atrás, al oeste del lago, teniendo como vergüenza de mostrar su disco; el otro, áureo, deslumbrador, en cuyas olas de luz y rayos de calor estábamos como embebidos. La vegetación también había mudado de aspecto; teníamos a la vista lomas suaves enteramente desnudas en las cuales un millar de flores de varios colores resaltaban sobre el fondo amarillento de las pampas.

Las horribles cordilleras, con su aspecto verde y sombrío, habían quedado atrás. La esperanza, este último don de la Divinidad que Pandora tuvo la suerte de retener en su caja, entraba en nuestros corazones; estábamos como prisioneros, que saliendo de la atmósfera fétida de los calabozos se encuentran de repente en medio de un aire puro y brillante.

Nos demoramos una hora en esta bahía, aunque resueltos a seguir adelante: éramos tan felices respirando con toda la fuerza de los pulmones el aire puro que nos enviaban los campos vecinos.

Al Sur, al frente concluía la cordillera, que terminaba en suaves ondulaciones; transición de las formas abruptas de los Andes a los terrenos llanos de la pampa. Un poco antes de su fin, la cresta haciendo una inflexión formaba un abra notable. ¿No sería esta abra la abertura que daba paso al famoso camino de Bariloche, por el cual los sacerdotes españoles traficaban desde Chiloé a su misión de Nahuel Huapi? Tengo fuertes presunciones para creerlo, y lo que me confirma en esta opinión es lo que me refirió más tarde un indio pehuenche llamado Antileghen (blancura del sol). Me dijo que cada año venían los indios a las orillas de Nahuel Huapi a recoger animales extraviados, que él mismo hacía poco había recogido más de cincuenta animales vacunos con marcas; provenían evidentemente de los alemanes de la colonia de Llanquihue, que tienen potreros hasta el pie de la cordillera; sin duda alguna estos animales habían pasado por el abra en cuestión.

Seguimos el camino para doblar la otra punta del Puerto del Venado; ya la habíamos doblado cuando otro accidente nos obligó a ir otra vez a tierra: los bo-

tes volvieron a sumergirse, pero la dirección oblicua de la orilla nos abrigaba del viento. Allí resolvimos esperar la puesta del Sol, momento en que se calma el viento, para ir a pasar la noche detrás de otra punta, distante ocho kilómetros, loma detrás de la cual presumíamos encontrar el desagüe. Mientras tanto encendimos fuego, pasamos revista a las provisiones, extendiendo al Sol el charqui de los sacos mojados, recogimos un sinnúmero de plantas para el herbario y a las siete nos hicimos a la vela; pero esta vez sin remolque; con los víveres perdidos en los vanos accidentes que habían tenido lugar, la carga de la embarcación había disminuido: nos favorecía un viento suave. La Luna era espléndida; sin embargo, después de haber doblado la punta de la loma, resolvimos esperar al día siguiente; bajamos a tierra en una playa donde un buen fuego y un ulpo caliente nos puso en estado de pasar una buena noche, agregando a lo comfortable la esperanza que teníamos de encontrar el desagüe al día siguiente; entonces olvidaríamos inmediatamente nuestras fatigas y tendríamos la satisfacción de haber obtenido el fin propuesto. Que se atribuya a la buena fortuna o a la precisión de nuestras previsiones, el buen éxito coronaba la primera parte de nuestra empresa.

6 DE ENERO

Por la mañana el tiempo era magnífico, el Sol resplandeciente. Resolvimos dirigirnos a una abertura que divisábamos al Este, aunque yendo siempre con mucha precaución, porque desde la víspera íbamos encontrando palos quemados, tizones, restos de fogones extinguidos, así como estiércol de caballo, manifestándonos que los indios frecuentaban esos parajes; la abertura a que nos dirigíamos tenía un aspecto enteramente particular; el carpintero nos dijo que al alba había divisado encima de esta abertura una ligera neblina que anunciaba la presencia de un río, ¿sería pues el desagüe?, pero por otra parte, a medida que nos acercábamos, por una ilusión óptica, que es preciso haber presenciado para figurársela, la línea que representaba la separación de las dos lomas amarillas horizontales de la boca se borraba.

¿No sería entonces el desagüe?, yo ocultaba los varios sentimientos que me agitaban a cada presunción favorable o desfavorable que se presentaba a mi espíritu; pero Lenglier, de una naturaleza más impresionable, y menos acostumbrado a dominarse, se hallaba en un estado de gran agitación; porque, como me lo decía después, suponiéndonos en el caso desfavorable, el resultado hubiera sido la pérdida de cuatro o cinco días más; y teníamos víveres para dos meses; pero lo que había de desagradable en el error, era el disgusto que habría tenido y de que yo mismo hubiera participado, disgusto parecido al del jugador que ve fracasar el resultado de sus combinaciones, o al de un teórico, que habiendo hecho bellas especulaciones, ve de repente, un hecho, brusco como un cañonazo, que le derriba su armazón. Para saber de una vez a qué atenernos, y como teníamos el viento contrario para ir a la presunta boca y, por otra parte, era poco prudente penetrar en el desagüe, cuya entrada podía contener algunos escollos, desembarqué a uno

de los peones, Juan Soto, individuo de un carácter particular, pero de un valor a toda prueba, al mismo tiempo de una gran perspicacia. Empleó como media hora en ir y volver; mientras tanto Lenglier estaba silencioso como un reo a quien se ha hecho salir del tribunal para esperar en una pieza vecina la sentencia que va a decidir su suerte. Al fin Soto llega, estamos pendientes de sus labios; y cuando a nuestra pregunta, ¿es el desagüe?, contesta un sí, fuertemente acentuado. Lenglier, a pesar de su nacionalidad, exclamó “viva Chile”.

Entonces resolvimos ir a reconocer por tierra los alrededores del desagüe y entrar en él solamente a la noche.

Volvimos a desembarcar cerca del lugar del cual habíamos salido; con Lenglier me fui por tierra hasta el río; cada uno se interesaba tanto en la empresa, que, aunque era preciso caminar como dos kilómetros bajo un sol de fuego, nuestro carpintero y sus compañeros nos imitaron; orillamos la cuesta y vimos que la entrada del río era bastante fácil; en una pequeña punta de arena, situada en la otra banda, había un rincón donde la corriente era poco sensible; en él fijamos el alojamiento de la noche; allí debía anclarse la embarcación. Recogí muchas plantas y volvimos satisfechos de la excursión; el carpintero y sus compañeros volvieron un poco después con sus gorras llenas de frutillas cogidas en las lomas; convinieron con nosotros en que el lugar que habíamos escogido para anclar la embarcación a la noche era muy a propósito. Todos descansaron esperando la tarde.

Pensando en el desagüe, me acordé de lo que me había dicho el viejo Olavarría, abuelo de Vicente Gómez, que en otro tiempo había acompañado al padre Meléndez; cosa increíble que después de setenta años este anciano tuviese la memoria tan fresca: me había dicho que el desagüe se encontraba como a seis o siete leguas del punto donde había desembarcado, y al pie de un morro notable. Según la relación del franciscano, había desembarcado detrás de dos islas, después de haber pasado el canal: teníamos estas dos islas al frente en la orilla meridional, y siguiendo en la orilla el espacio de seis o siete leguas, dábamos precisamente en el desagüe. El morro de forma extraña no faltaba tampoco, porque encima del desagüe se dibujaba en el azul del cielo una montaña, representando perfectamente el perfil de una de esas estatuas que se ven tendidas sobre las tumbas de la Edad Media; bautizamos este cerro con el nombre de cerro de la Estatua.

Mientras que esperábamos la tarde, daré una corta idea de los individuos que me acompañaban. Juan Soto, citado más atrás, había tenido una existencia bastante borrascosa, había sido soldado, después vaquero de un potrero cercano de Valdivia. Su conducta en Puerto Montt, antes de venir conmigo, no era irreprochable, pero a pesar de todo lo que se me dijo de él, su carácter decidido me gustó, y lo traje conmigo.

Francisco Mancilla, el carpintero, era un hombrecito flaco y delgado, pero hábil en su oficio; tenía un carácter débil. Antonio Muñoz, el gordo, tenía las formas de un toro: cuello grueso y corto, miembros desarrollados, pero su coraje moral no correspondía con su fuerza física; además, era un hablador insoportable; José Díaz, carácter frío y reflexivo, hombre leal; y el más joven, Septimio Vera, con algunos niveles de instrucción, parecía dotado de un buen carácter, completaba el

número de mis peones. Concluiré esta serie de retratos con el de Tigre, el perro, nuestro fiel compañero: nos lo habían prestado en el Arrayán, para acompañarnos hasta Nahuel Huapi. Tigre, muy vaqueano para descubrir y arrear animales, podía sernos de gran utilidad; debía volver a sus penates con Vicente Gómez, pero por sus buenas cualidades lo habíamos retenido y no tuvimos que arrepentirnos de esta determinación. Tigre era un perro que podía servir de modelo a los perros de buena crianza. A pesar de haber recibido una mala educación, a causa de la gente que había frecuentado en su juventud, su buen genio había triunfado. En el calendario de su vida los días de ayuno y de abstinencia debían haber sido más numerosos que los de abundancia, sin embargo, debo decir, en su honor, que nunca pensó reparar el tiempo perdido en perjuicio de nuestros víveres. En nuestra carpa tenía todo al alcance de su boca; charqui, salchichones, chicharrones, pan, galleta; pero nunca tocaba nada, si no se le había dado antes; una sola cosa se le podía reprochar y era su enemistad encarnizada para con el cabro. Quien sabe si le hería el olfato el olor poco agradable que exhalaba ese animal; pero debo confesar que esta enemistad nunca pasó de algunos mordiscos a las patas del cuadrúpedo de barba larga. Además era poco entrometido; observador rígido de las conveniencias, Tigre era realmente un tipo perfecto de perro *gentleman*.

A las seis de la tarde nos pusimos en marcha para penetrar en el desagüe; nos hicimos a la vela y a unos setenta metros antes de llegar orillamos la punta derecha; entonces un peón saltó a tierra con un cabo y lo ató a una piedra; en el primer instante, la corriente arrastró la embarcación, pero enseguida vino a replegarse poco a poco a la orilla solicitada por la tensión del cabo y por medio de esta feliz maniobra la pusimos donde deseábamos.

Examinando el lugar, hallamos en la orilla un guanaco muerto, lo botamos al agua en medio de la corriente, y medimos el espacio recorrido y el tiempo empleado en recorrerlo; 80 metros en 26 segundos. Volvimos a hacer el experimento con un trozo de madera; para recorrer el mismo espacio empleó 24 segundos. Tomando el promedio 25 segundos y dividiéndolos por los metros recorridos, resultó haber una corriente de trece kilómetros por hora o diez millas poco más o menos.

Extendiendo la vista por los alrededores, vimos al sur, como a un kilómetro distante, un estero dibujado por los arbustos verdes que lo bordeaban; allí debía ser sin duda alguna, el lugar que el padre Meléndez, en su relación señala a la antigua misión fundada por los jesuitas en 1704. Allí también nos dijo que era, la mujer del cacique Huinchahual, descendiente de los antiguos limaiches que vivieron en las orillas del Limay y de los cuales me comunicó algunos detalles. Como a cuatro kilómetros más lejos entraba un río que parecía grande: de él habla también el padre Meléndez. La falta de luz no nos permitió visitar esos puntos.

Como los cabritos nos incomodarían para navegar en el desagüe, ocupando mucho espacio en el bote, los hice matar y asar: una porción sirvió para la cena; el resto iba a servir como fiambre para el día siguiente, en que calculábamos tener poco tiempo para cocinar.

Después de haber restablecido nuestras fuerzas con esta carne fresca, nos echamos a dormir en nuestras frazadas, cerca de un buen fuego, a fin de estar bien dis-

puestos para el gran día siguiente. Íbamos ahora a navegar en el Limay; habíamos recorrido el gran lago de Nahuel Huapi en toda su extensión, siendo como de setenta kilómetros de oeste a este y como de unos veinte en su mayor anchura.

7 DE ENERO

El día siguiente, al alba, ya todos estábamos en pie y tomando todas las precauciones necesarias para asegurar el buen éxito del descenso. Las cargas se estibarón con esmero: hice colocar debajo de los bancos los botes de gutapercha, bien arrollados, de manera que ocupasen el menor espacio posible, pero con los tubos inflados, para que la embarcación pudiese flotar en cualquier evento. Como dejábamos el palo de la vela que no nos iba a servir más, lo planté en el sitio del campamento y le amarré al extremo un frasco que contenía un papel con nuestros nombres y la fecha del día. Enseguida inflamos los salvavidas de goma elástica y cada uno ató la suya a la cintura; para la clase de navegación que íbamos a emprender, esto era una precaución indispensable, no sabíamos si encontraríamos algunas cascadas, rápidos o rocas que pudiesen causarnos alguna seria desgracia: Francisco Mancilla debía quedarse en la popa para gobernar con la Bayona; cada remero en su puesto para bogar si fuere necesario, y un hombre de pie en la proa con los ojos fijos en el río, para avisar en caso de ver algunos obstáculos. Lenglier y yo debíamos apuntar las direcciones con la brújula fijada en el último banco, los espacios recorridos por medio del cronómetro y tomar algunos ligeros croquis de las orillas y de las particularidades que se presentasen.

A las siete todos estábamos listos. Al salir, el agua estaba bastante agitada, agitación inevitable en un caudal de este volumen, que saliendo de un lago grande por una abertura relativamente estrecha, encuentra obstáculos y no puede tomar inmediatamente un curso regular. El río se presentaba así: después de un espacio de quinientos metros, hasta una vuelta donde hay un rápido, que pasamos bastante bien, el curso es regular y no carece de cierta majestad; la superficie es lisa como un espejo, el agua perfectamente clara, se divisa el fondo compuesto de piedras redondas de unas veinte pulgadas de diámetro; tiene como ochenta metros de ancho, y tres o cuatro de profundidad, la corriente rápida, de unas siete millas. En este punto la sección transversal es muy notable: a la derecha hay colinas bastante elevadas de las cuales hemos nombrado una, el cerro de la Estatua; el río corre al pie mismo de esas colinas, mientras tanto que a la izquierda una especie de dique natural le mantiene en su lecho, y el fondo del valle está cincuenta metros más a la izquierda, de modo que el Limay no corre por el fondo del valle, sino que a media cuesta; su lecho parece un acueducto formado por la mano de la naturaleza para transportar una masa de agua desde un punto a otro del mismo nivel, haciéndola pasar más arriba del fondo de un valle más bajo. El río sigue rápido pero uniforme dando algunas vueltas, conservando, sin embargo, su dirección general al Norte. Así, orillando siempre la ribera izquierda, encontrando varias islas bajas con algunos arbustos, navegamos sin accidente hasta las diez de la mañana. El fondo de lo

recorrido había variado entre uno y cuatro metros, y la corriente, de seis a siete millas por hora.

A las diez llegamos a un codo bastante desarrollado y en vez de orillar la concavidad, lo que no tenía inconveniente, visto el gran radio de la curva, y lo que hubiera sido mejor, porque en este lugar la pendiente se dirigía hacia el fondo del valle y debía ser allí mayor el caudal de agua, tuvimos la desgraciada idea de seguir la cuerda del arco para cortar derecho. De repente sentimos tocar el fondo; algunos minutos de fricción contra las piedras bastaron para quebrar una de las tablas del bote; por la hendidura entró el agua, pero despacio; alcanzamos la orilla derecha que estaba cerca, en un punto cómodo para vararlo. En pocos momentos habíamos sacado todo lo que contenía, y vimos que en efecto una de las tablas del fondo se había quebrado; era la tabla del medio e inmediata a la quilla. Armamos un aparejo e izamos el bote a la orilla que sólo estaba a una vara sobre el nivel del agua; como habíamos tenido el cuidado de traer estopa y tablas de alerce para reemplazar las que pudiesen ponerse fuera de servicio, emprendimos en el acto la compostura.

A pesar de un calor sofocante y a pesar de los mosquitos, cuyo crecido número y las picaduras eran capaces de volverle a uno loco, a las doce todo estaba concluido, echada al agua la embarcación y embarcadas todas nuestras provisiones y bagajes. Esto puede llamarse obrar con velocidad y sangre fría: velocidad porque habíamos perdido solamente dos horas, y sangre fría porque a cada momento podían echársenos encima los indios atraídos por los martillazos del carpintero, que no habrían sido bastante escrupulosos para echar no una mano profana sobre todo lo que nos pertenecía sin hablar de nuestras personas.

Después de este pequeño accidente, bien se nos puede criticar de no haber emprendido un reconocimiento a ojo del curso del río, orillándolo por algún tiempo para imponernos de los obstáculos que pudiésemos encontrar más adelante; la prudencia aconsejaba esta medida; pero estábamos en tierra enemiga y nuestras fuerzas eran demasiado débiles para intentar una cosa semejante.

En fin, a las doce, estábamos otra vez en el agua. Hasta ese momento habíamos hecho como unos treinta y dos kilómetros. Al principio, todo se pasó como antes, pero a la una encontramos el río dividido en tres o cuatro brazos iguales. Antes habíamos encontrado también algunas islas, mas la gran diferencia de anchura que aparecía entre los brazos no permitía la indecisión, era fácil escoger entre ellos; pero aquí la cosa era diferente; los brazos iguales, vistos de lejos, tenían el mismo aspecto: durante algún tiempo, escogimos con bastante suerte, pero, una vez engañados por la apariencia de la superficie, tomamos un brazo de poco fondo; la embarcación tocaba, había muy poca agua, todos por un movimiento instintivo, saltamos del bote para aliviarlo, lo arrastramos algún tiempo levantándolo, y llegando a un lugar donde había bastante fondo, saltamos todos adentro. Si no hubiésemos ejecutado esta maniobra, como había poco fondo, podía el bote haberse atravesado y llenado de agua.

Apenas embarcados, nos esperaban peligros de otra clase. El río, en vez de ser como antes, bordeado de lomas a la derecha e izquierda del dique citado más atrás,

corría por entre rocas desnudas y perpendiculares, dando numerosas vueltas que se sucedían sin interrupción; la mayor profundidad estaba siempre en la concavidad, pero temíamos encontrar rocas en ella, mientras tanto que siguiendo la cuerda, teníamos menos fondo, es verdad, pero evitábamos los escollos y los remolinos que eran de temer, y en vez de seguir por las curvas nos resolvimos a cortar derecho, bogando con toda fuerza. Al principio salimos bien obrando de este modo, porque los codos no estaban muy cerca unos de otros, pero cuando dos codos se seguían inmediatamente, teniendo sus curvaturas dirigidas en sentido contrario, la maniobra era muy difícil, porque pasado un peligro era preciso cambiar bruscamente de rumbo para evitar el siguiente. Todas las caras estaban serias, no de esa seriedad, que revela el miedo, pero de aquélla que demuestra que uno comprende lo grande del peligro, aunque mirándolo fríamente cara a cara. Cada uno sentía que la salvación común dependía de todos y que una falsa remada podía decidir la suerte de siete personas. En esos codos, la violencia de la corriente era grande, casi todos los pasamos con bastante suerte. En uno de ellos, estuvimos a punto de estrellarnos contra una piedra situada a la izquierda cuando los bogadores de babor no pudiendo remar con bastante fuerza para virar la proa a la derecha, movidos todos por una idea espontánea, exclamaron “sia fuerte a estribor”, el bote dio una vuelta completa, pero al mismo tiempo fue lanzado a la derecha y evitada la piedra; con facilidad nos pusimos otra vez en el hilo de la corriente y la proa del lado por donde íbamos. Yo mismo, dotado de mayor fuerza física que Lenglier, había tomado el cuarto remo para animar a la gente con mi ejemplo, dejando a éste el cargo de observar los cambios de dirección con la brújula y apuntar con el cronómetro los espacios recorridos, porque no quería, a pesar de la gravedad de las circunstancias, perder ningún elemento que pudiese servirme más tarde para trazar el curso del río. A las cuatro y media el lecho del río era más estrecho, la situación más crítica, las piedras no eran como antes, una, dos, a flor de agua, y todas cerca de la orilla, sino que algunas había en la orilla, y otras al medio, aquéllas mostrando su cabeza encima de la superficie, éstas ocultas, pero indicada su presencia por violentos remolinos y grandes penachos de agua. Un último esfuerzo, fuerte, sobrehumano, nos saca de estos malos pasos, y después de pasado un rápido, viendo una pequeña ensenada donde podíamos hacer alto para descansar un poco, y estibar en el bote los objetos cuyo arreglo había sido descompuesto por los violentos choques que habíamos experimentado, penetramos en ella. Algunos hombres bajan a tierra, como para adquirir nuevas fuerzas pisando el suelo; se amarra el perro que quería seguirlos y nos preparamos para ponernos en camino; por una feliz idea lo desatamos cuando se hubieron embarcado los hombres; esto lo salvó algunos momentos después. En este punto el río era más ancho, la corriente entre seis y ocho millas; en los rápidos era incalculable, porque sólo nos ocupábamos de la maniobra cuando los pasábamos; la profundidad general había variado entre uno y cuatro metros. Veíamos delante, la superficie del agua que bajaba y subía, produciendo olas marcadas; pero eso no nos infundía temor, porque ya habíamos visto que a pesar de una profundidad considerable, una piedra, aun pequeña, situada en un fondo liso, producía olas sensibles en la superficie.

A las cinco nos pusimos otra vez en medio de la corriente; navegamos como un cuarto de hora; la corriente aumentaba poco a poco. Según nuestros cálculos debíamos hallarnos a corta distancia del punto a donde habían alcanzado los españoles en 1782; contábamos unas 75 millas navegadas, cuando al doblar una punta, el río se declara en un impetuoso torrente, luego se presentan grandes olas y remolinos; enormes penachos blancos en todas direcciones dan a conocer la presencia de grandes piedras. Salvamos las primeras con alguna dificultad; pero la corriente nos arrastra y la reventazón ahoga al bote que apenas obedece a la bayona. En un claro intentamos ganar la orilla; ¡imposible!, hacemos mayor fuerza de remos para que tenga acción la bayona; todo es inútil; resolvimos entonces lanzarnos al medio del peligro y cortar valientemente por la cresta de las olas. En ese momento todo era confusión y movimiento, apenas nos podíamos tener en los bancos; a grandes voces nos animábamos mutuamente, algunos instantes más y escapábamos, pero, ¡o desgracia!, de repente el bote experimentó un violento choque, el agua entró por el fondo y en un espacio de tiempo inapreciable nos alcanzó a la cintura. Mandé que se continuase bogando para tratar de dirigirnos a la orilla, pero ya el agua hacía flotar los remos sacándolos de los toletes. En el mismo momento, una gruesa marejada toma el bote de costado, lo da vuelta poniendo la quilla al aire. Yo tenía mi salvavidas a la cintura, pero viendo otra a mi lado, la cogí, junto con Lenglier y el marinero Vera, que nos hallábamos en el lado opuesto al de donde vino la marejada, fuimos cubiertos y sumergidos bajo el bote: me fui a pique; el salvavidas me hizo subir, pero sentí que mi cabeza topaba en los bancos de la chalupa, no podía respirar, hago esfuerzos para zafarme y no lo consigo. Sofocado y desesperado sin comprender mi situación, ya me sentía ahogar, cuando un ruido de espuma hirió mis oídos; me sentí girar violentamente dos o tres veces, toqué el fondo y salí a la superficie. Vi entonces a mi lado a Lenglier pálido y desfigurado que luchaba en medio de las olas; a unas pocas varas más el bote con la quilla al aire sostenido a flote por los tubos inflados de los botes de gutapercha, y montados encima, a cuatro de los peones. Ofrecí a Lenglier el salvavidas que llevaba en la mano; pero lo rehusó prefiriendo confiarse a su destreza de nadador y se dirigió al bote; los peones le pasan un remo y sube a la quilla, hacen otro tanto con Vera; yo más lejos del bote, seguí nadando; algunos remolinos me empujan a la orilla, toqué en una piedra, me apoyo en ella y luego llego a la revesa, me tomo de unas ramas y me subí a tierra. El bote siguió por algún tiempo arrastrado por la corriente, pero al fin se detuvo como acuñado entre dos piedras cerca de la orilla; los peones entonces se echaron al agua y salieron a tierra. El ancho del río era como de ochenta metros en ese lugar, la profundidad como de unos cuatro metros.

En este momento soplaban un viento helado de cordillera; ¿con qué encender fuego para secarnos?, teníamos los vestidos empapados; todos teníamos los elementos necesarios para sacar fuego, uno un pedernal, otro un mechero, otro fósforo, pero el agua los había echado a perder y, sin embargo, no podíamos pasar la noche sin fuego; para calentarnos, no tuvimos otro recurso que correr registrando las orillas, en busca de los objetos del naufragio, que la corriente podía echar a tierra. Así salvamos algunos sacos de charqui y harina, mi mochila, la de Lenglier,

todo lo que nos permitió cambiar de ropa, y también dar alguna a nuestros peones cuyos efectos se habían perdido en el descalabro. El sombrero de Lenglier vino también a la orilla, no volví a ver el mío; salvamos igualmente una caja de lata que contenía el café y el chocolate, todo eso era muy bueno, pero faltaba el fuego, cuando, oh, fortuna, registrando mis bolsillos hallé una cajita de cobre donde había cuatro o cinco fósforos secos, era un auxilio de la Providencia, sin eso hubiéramos pasado una noche terrible. Pronto se encendió un gran fuego, nos extendimos en el suelo alrededor. Entonces pensamos en el perro, ¿qué había sido de él?, me acordaba que antes de salir del puertecito en que tocamos a las cinco de la tarde, lo había desatado del cordel que lo amarraba a un banco, de otro modo hubiera sido sumergido dentro del bote, lo corto del cordel no le habría permitido salir a la superficie. Felizmente nada sucedió, allí cerca estaba el pobre Tigre, se habría dicho que comprendía la desgracia que nos había sucedido; con el hocico entre las patas, abatida la cara, los ojos fijos al suelo, ni aun quería acercarse al fuego; oh, admirable instinto del perro, conocía muy bien que no era por pura diversión que habíamos ejecutado ese baile acuático en que él había tomado parte y que no era común la desgracia que nos hería; desde ese momento aumentó la afición que teníamos a nuestro buen Tigre.

Habríamos podido pasar muy mal la noche en la orilla sin fuego, sin vestidos secos, sin nada para comer; pero la Divina Providencia había permitido que se hubiesen conservado secos dos o tres fósforos y que las primeras cosas que la corriente arrojase a la orilla fuesen sacos de víveres y las mochilas con la ropa que necesitábamos para poder cambiar de vestido; hasta la guitarra y el flageolet se salvaron. Algunos podrán reírse al oír estas palabras; pero nada hay casual en este mundo; dos días después, la guitarra que regalé al hijo del cacique, me sirvió para conquistar su buena voluntad y su protección. Mis compañeros durmieron bien, yo poco; había por qué desvelarse; ifracasar cuando ya llegábamos al puerto! No obstante, traté de hallar consuelo; según mis cálculos cuya precisión me confirmaron los indios al día siguiente, no distábamos más de diez o doce kilómetros de la confluencia del Limay con el Chimehuin o Huechún, espacio del cual Villarino había remontado ocho kilómetros; luego el reconocimiento se podía reputar como completo. Debíamos agradecer a la Providencia que hubiésemos podido alcanzar hasta ese punto.

8 DE ENERO

Por la mañana el Sol estaba resplandeciente absolutamente como si el día antes no hubiésemos naufragado. Hay una cosa digna de notarse y que tal vez observa todo el mundo; cuando le sucede a uno alguna gran desgracia; por ejemplo, la pérdida de sus padres, de un pariente o de sus bienes; en virtud de ese *yo*, que es el rasgo más característico del ser humano, se figura uno que todo el mundo debe afectarse con el suceso, que el orden establecido va a ser trastornado y al día siguiente se admira uno de que todo marcha como antes, tanto en la naturaleza como en la

sociedad. El Sol se asoma ni más ni menos brillante, los vecinos continúan su vida de todos los días, y sorprendido comprende uno que la desgracia que le hiere pasa desapercibida para el resto de la creación. Ya había notado esto con la ocasión de la pérdida de personas queridas, volví a notarlo en nuestro descalabro. El Sol se asomaba radiante, cantaban las aves en el aire, y el Limay corría bullicioso lo mismo que si el día antes no hubiese hecho fracasar todas mis esperanzas.

Luego me puse a reflexionar en el partido que debía tomarse. Lo primero que debía hacerse era evidentemente tratar de salvar todo lo que pudiésemos del naufragio, tanto en el interés de nuestras personas como del porvenir, porque mientras más cosas salvásemos, tanto más numerosos regalos podíamos hacer a los indios, bien fuese que ellos nos encontrasen primero, o que nosotros fuésemos en su busca. Acabábamos de tomar un ligero almuerzo para dirigirnos enseguida al bote, cuando de repente en la cima de una loma que había cerca aparecieron dos indios a caballo; se detuvieron y quedaron como petrificados al vernos. Ya el día antes habíamos visto unas ramadas en las orillas del río; en el lago habíamos encontrado señales evidentes de su vecindad, bien podíamos esperar su encuentro, pero ellos no podían imaginarse hallar extranjeros cerca de un bote roto, y que habían bajado el curso del Limay, río que sabían era demasiado torrentoso para que alguien se atreviese a navegar en sus aguas. Me adelanté hacia ellos y se apearon, lo que sabía de indio se reducía a poca cosa, sabía decir *peñi* (hermano), les dije *peñi*; me contestaron *peñi*, les ofrecí tabaco, algunas *chaquiras* y cuentas, que contenidas en mi mochila habíamos salvado, les di charqui y harina, que comieron con mucho gusto, y sabiendo yo que había existido un cacique en el Limay llamado Llanquitrue, solté la palabra Llanquitrue; los indios se quedaron sorprendidos al ver que conocía el nombre de ese cacique, se pusieron a hablar y comprendí por sus gestos que me invitaban a ir con ellos a los toldos de Paillacán, a cuya reducción pertenecían. Les hice entender por señas que antes íbamos a tratar de salvar lo que se pudiese y que después les acompañaríamos. Vinieron a presenciar la operación, profiriendo a cada momento palabras de conmiseración; el carpintero Mancilla, Juan Soto y los otros se botaron al agua y subieron a la quilla del bote, quebraron las tablas del fondo y sacaron algunos sacos de harina y de charqui, enseguida uno por uno todos los forros de los botes de gutapercha, los útiles del carpintero y otras cositas; por lo restante debíamos hacer duelo, se había ido al fondo del río. Ensayamos sacar el bote de entre las piedras, pero estaba tan acuñado que se rompieron todas las cuerdas sin que se moviese. Solamente tuvimos un consuelo: el saco que contenía todos los papeles de la expedición había salido a la orilla, y tuve la suerte de alcanzarlo con un remo; me oculté entonces y quemé todos aquellos papeles que pudiesen comprometerme. Después volvimos al alojamiento de la noche e hicimos los preparativos de marcha.

Los indios traían consigo, además de los caballos que montaban, otros dos y un potrillo; tercié mi mochila y con la bolsa de la guitarra hice una gorra para preservarme la cabeza de los rayos del Sol, y monté en uno de los caballos. Entre los indios, como entre los niños, no es la paciencia su principal cualidad; a cada rato decían *amui, amui*, y no era preciso ser muy entendido en la lengua, para

comprender que quería decir vamos, vamos; por otra parte, la pantomima era muy significativa. El caballo no tenía montura de ninguna clase, pero mi situación no era para preocuparme de pormenores tan insignificantes, así es que obedeciendo a las señas de los indios me puse en marcha con ellos.

La figura que hacía era de las más curiosas: figuraos un jinete con solo camisa, pantalones, la mochila a la espalda y por tocado la gorra que había confeccionado que parecía un turbante con punta, semejante al que usan los circasianos del Cáucaso. Al verme en la sombra no podía contener la risa. La gente me seguía a corta distancia; la marcha de los caballos indios, bella raza de caballos, es bastante ligera: en poco tiempo me seguía sólo uno de los peones y Lenglier con su mochila al hombro que gustándole más caminar a pie, había hecho montar en el otro caballo al peón Vera, que estaba algo maltratado con un golpe recibido en el naufragio. Orillamos el Limay como seis kilómetros; a cada instante los indios miraban para atrás, expresando en sus caras el disgusto al ver a mis compañeros distantes unos de otros en el sendero que seguíamos.

En esta parte del río que recorriamos, el valle iba tomando mayores dimensiones y la superficie del agua era más mansa; a algunas cuadras más abajo del naufragio no se veía ninguna piedra. Pequeñas islas que dividían el río de cuando en cuando, formaban canales mansos en algunos de los cuales se divisaban pescados como de un pie de largo; las islas eran bajas con unos matorrales de arbustos pequeños; en las orilla empezaban a manifestarse algunos sauces. En tan excelentes circunstancias para navegar el Limay, desgraciadamente nos veíamos obligados a despedirnos de él y renunciar a la gloria de recorrer su curso. Llegando a un pequeño estero, los indios se apearon, pusieron cuatro piedras en cuadro y encima colocaron un pellón con la lana para abajo; luego de la harina que les habíamos dado, echaron unos puñados, enseguida tomando agua con las manos y la boca la vaciaron en la harina, revolvieron con el dedo y se pusieron a comer. Lenglier habiendo notado que la forma de sus cachimbas no es a propósito para fumar a caballo, les ofreció un poco de tabaco y cebó la suya invitándoles a fumar para dar tiempo a la gente que llegase. Lenglier, que es un encarnizado fumador, me decía que desde ese instante tuvo mala idea de los indios, porque no sabían fumar: dieron dos pitadas, medio se embriagaron, guardaron silencio por algún tiempo, escupieron veinte veces, apagaron la cachimba (tenía sólo una para los dos), y montaron a caballo diciendo *amui, amui*. Como había comprendido que distábamos sólo un corto trecho de los toldos, no trepidé en seguirlos, deseando por otra parte satisfacer yo solo a las preguntas que debían hacer los indios. Dije a Lenglier que esperase a los otros y después que me siguiesen si podían, en caso contrario, aguardase a que yo enviara por ellos, contando con verlos en pocas horas más.

CAPÍTULO IV

Marcha con los indios. Llegada a los toldos. Entrevista con el cacique Paillacán Argomedo. Quintunahuel. Convenio con Paillacán. Manda en busca de la gente. Labrin. Codicia de Pascuala. Llega la gente. Relación de lo sucedido después de mi separación. Antileghen. Embriaguez. Partida. Río Caleufú. Aspecto de la caravana. Cacique Huincahual. Quemquemtreu. Costura de cueros. Jacinto. Una carta. Partida. Antinao. Mancilla, Muñoz y Tigre se quedan con él. Indios de Hechuhuehuin. Trureupan. Parlamento. Partida. Huentrupán. Lago de Lacar. Queñi. Chihuihue. Arskuilhué. Dollingo. Malo. Arique. Valdivia.

Mientras tanto, seguí con mis dos indios; el Sol era abrasador; la gorra hecha con la bolsa de la guitarra llenaba bien el objeto, pero no sucedía así con mis demás atavíos, que sólo consistían en la camisa y el pantalón porque éstos no eran suficientes para ablandar la dureza del lomo del caballo. Mientras acosaba a los indios con preguntas de todo género y de diversas maneras para hacerme entender, no sentía lo pesado del camino; pero después cuando comenzamos a subir y bajar lomas de arena, y piedras a un paso que dolorosamente me hacía sentir la falta de montura, entonces conocí que era de carne y huesos y de un material mucho más blando que los del caballo que me aserraba con su flaco espinazo. Las riendas eran de un lazo duro, tieso, que jamás se había enroscado, de manera que me veía obligado a forzar el rollo con las dos manos; cuando acosado por el dolor, apoyaba una de ellas en el anca del caballo para suspender el cuerpo y aliviarme un poco, se me iba de la otra una larga lazada que pisaba el caballo y se encabritaba al sentirse contenido. Los indios al ver en mi cara la expresión de tormento que revelaba, para inspirarme paciencia, se reían y me hacían señas para que apurase el paso. Caminando hacia el Noroeste, llegamos a una quebrada que por su verdura debía contener alguna humedad; el Sol, la falta de aire, el excesivo polvo me tenían sediento; lo comprendieron los indios y echamos pie a tierra: uno de ellos cavó el suelo con su cuchillo y pronto el agujero se llenó de un agua turbia y negra, apagamos la sed y nos pusimos otra vez en marcha, pero más despacio. Entonces el que parecía mayor de los dos indios, empezó a galopar y pronto lo perdimos de vista; esta maniobra me dio algún cuidado, a lo que se agregaba el aire preocupado que tomó entonces mi otro compañero que ya no contestaba a

mis preguntas sino con un monótono *mai, mai* y sin comprenderme. Las horas corrían y los toldos no se divisaban; habíamos dejado a un lado algunos senderos y caminábamos siempre por valles y lomas interminables. Preocupado, silencioso, iba yo, cuando el indio me llamó la atención señalándome una loma elevada como a cuatro kilómetros adelante; fijándome bien, divisé un bulto pequeño que se dibujaba en el horizonte: era el otro indio que a galope llevaba esa dirección. Una tropa de guanacos en ese momento nos hizo volver la cara; los animales confiados en nuestro inofensivo número, pasaron cerca de nosotros, apurando un poco más el paso con los salvajes gritos de mi cicerone; subimos la loma y bajamos por un valle pastoso donde había algunos caballos; el indio me dijo entonces: *Paillacán cahuelli, amui*, y nos pusimos al galope; media hora después, al concluir el valle que se unía en ángulo a otro más ancho, divisé en éste unos cuatro toldos amarillos con alguna gente; como a unos doscientos metros antes de llegar se me presentó un jinete vestido a lo español que me habla en castellano diciéndome que uno de los dos indios que me conducían se había adelantado y avisado al cacique de mi llegada, al mismo tiempo se puso a compadecerme por haber caído en manos del indio más alzado y más pícaro de la pampa; no dejó de infundirme algún temor esta introducción tan poco de acuerdo con mi situación. Algunas indias y varios niños se presentaron a examinarme con estúpida curiosidad; pregunté por el cacique y serenándome cuanto pude penetré en el toldo mayor.

De pie, envuelto en un cuero se encontraba el viejo cacique con los ojos colorados y el pelo desgreñado; le saludé dándole la mano y él escondiendo la suya, no me contestó. Atemorizado con esta manifestación tan poco urbana me quedé de pie, confundido, sin saber qué decir; transcurrieron así algunos segundos; ninguna de las indias se movía; se sentó luego el cacique; me quitó de los hombros la mochila e hice lo mismo; a una seña del viejo se sentó el español cerca de mí; entonces con una voz ronca y colérica principió el cacique un largo discurso. Mientras él hablaba, yo pensaba en las contestaciones que le iba a dar, no era posible decirle cuál era mi nacionalidad ni el objetivo de mi viaje, porque era lo suficiente para perderme; las relaciones de esos indios con los araucanos son bastantes para que participen del odio que éstos tienen por los chilenos, y celosos como son de su independencia, era un atentado directo contra ella el intentar reconocer uno de sus ríos: me decidí, pues, no decir la verdad. Al transmitirme el lenguaraz las preguntas sobre quién era, y de dónde venía, le contesté que era inglés, marino, en viaje para Patagonia (así llaman ellos al Carmen) y después a Buenos Aires con el objetivo de dar un poder a un hermano que allí tenía para cobrar de Inglaterra un dinero heredado. Me dijo que habiendo un mar grande por donde andaban los ingleses, ¿por qué no me había ido embarcado para Buenos Aires?, o que habiendo camino en las pampas, ¿por qué había hecho el viaje por tierra? A estas razonables objeciones contesté que los buques ingleses tocaban en Chile y seguían para el norte, tardando dos años hasta Inglaterra, viaje demasiado largo para emprenderlo; y si yo me había venido por el Limay y no por tierra, era porque mi profesión me lo había exigido así; no estando como marino que era, acostumbrado a andar a caballo, y que por los libros de los antiguos españoles había sabido la existencia de ese río y el



Ventisquero en la laguna San Rafael, Patagonia occidental, 1935. Colección Archivo Fotográfico, Museo Histórico Nacional, Santiago de Chile.

poco tiempo que se necesitaba para ir a Patagónica navegando sus aguas. El cacique hizo mención entonces con los recuerdos de su padre de la expedición de Villarino por el río negro y de la misión de los jesuitas en Nahuel Huapi, después en un tono el más enojado me dijo que si no sabía que merecía la muerte por haberme venido a sus tierras sin permiso alguno, tratando de pasar escondido como andaban los hombres malos, que eso probaba lo poco amigable de mis intenciones; le contesté que las aguas por donde había navegado eran de las nieves de Chile y pertenecían a ese gobierno que me había dado el permiso necesario para recorrerlas; que no era la primera vez que trataba con indios, que había visitado a los huacurúes de Magallanes (tribu que entre ellos tiene gran reputación de ferocidad), que había vivido con los indios negros de Brasil, indios que tenían ocho hileras de dientes, una larga cola y que comían carne humana, y en medio de esa gente tan temible había hallado la más amistosa hospitalidad; esa misma persuasión me asistía para con los indios pampas y al venir solo, a reclamar su protección, demostraba la confianza que tenía en el buen corazón de los habitantes del desierto; que muy lejos de haber querido pasar ocultamente por el Limay, mi intención había sido detenerme en su confluencia con el Chimehuin para tratar con los indios y esto lo atestiguaban los regalos que traía con ese objetivo; y diciendo esto, saqué de la mochila los prendedores, cuentas y demás chucherías y extendí todo a su vista, agregándole que eso era bien poco, pero que si hubiera venido de Valdivia con mulas y no a pie como había venido hasta Nahuel Huapi, habría traído mucho más. Al mismo tiempo le hice entender que no dudaba me permitiría seguir mi viaje para el Carmen y antes de continuarlo iría a Valdivia para buscar los caballos necesarios; entonces, no serían pocos los regalos que de esa ciudad le iba a traer para recompensar su buena voluntad. Se calló y empezó a registrar todas las cosas junto con los chiquillos y las sirvientas; en ese momento entraron varias indias a grandes gritos revelando en sus ademanes el estado de embriaguez en que se hallaban. Aprovechándome de la confusión, saqué de la mochila el flageolet y me puse a tocar; sorprendida la gente y principalmente el cacique, me escucharon un poco y luego el viejo me pidió el instrumento y lo hizo sonar; enseguida me hace señas para que vuelva a tocar. Esta familiaridad establecida por medio del flageolet me da más confianza, los temores se me disipan y toqué el *Sturm Marsch Gallop*. Por la satisfacción con que me oía el cacique y por la diferente expresión que tomó su cara comprendí que me había salvado. Algún rato después, los regalitos se desbarataron, indias y niños ya no se ocuparon más que en el examen curioso de los objetos que a cada uno le había regalado el cacique y en comparar su importancia. Sereno ya, comencé a estudiar con escrupulosidad mi nueva compañía. Por el lujoso atavío de una de las indias y por la mayor cantidad de aguardiente que había bebido, conocí que era la mujer principal del cacique (tenía dos mujeres), india de elevada estatura, de nación tehuelche, con un cinturón de cuentas coloradas y azules; las demás eran de los toldos vecinos. De pie, cerca de mí había un individuo rubio, de ojos azules, vestido de español, con el traje todo roído y sucio; la cabeza atada con un harapo; le creía inglés; pero conocí pronto su nacionalidad al dirigirme la palabra en español; era un joven Argomedo y Salinas, de Chile; emigrado político en 1851, una serie de circunstancias lo habían llevado al

Carmen, se había casado allí y deseando ver a su familia de Chile, se juntó con unos indios pampas que habían ido a vender cueros a esa ciudad y que le aseguraron la facilidad de llegar a Chile por esa vía. Engañado con sus promesas, pasó el desierto en veintiséis días y al llegar a las tolderías de Paillacán, éste lo había detenido y lo guardaba con el cargo de ovejero, consolándose con falsas promesas de libertad que le hacía el indio. Pocos días antes de mi llegada había intentado asesinarlo y sólo debió su salvación a la fuga y a la mediación del hijo del cacique; llevaba, pues, una existencia sumamente pesada, aunque el servicio no era mucho; consistía sólo en el cuidado de las ovejas, en ensillar el caballo del cacique y encender el fuego para cocinar; pero la ignorancia del idioma le mantenía en un triste aislamiento, amargado con la inseguridad de su persona y la remota esperanza de salir de esa situación. Me dijo que yo había tenido alguna suerte en medio de mi desgracia, porque tal vez otra cosa me habría sucedido si el cacique no hubiese estado tan solo; los indios de las tolderías andaban en las cacerías al sur de Limay hacía ya tres meses y el cacique se consolaba de su ausencia con la compañía de un barril de aguardiente. Esta circunstancia realmente me iba a favorecer, porque el cacique solicitado por mis ofertas, bien podía tomar una resolución favorable, sin tener que oír las objeciones ni los comentarios de su gente. Era preciso, entonces, tratar de salir lo más pronto, antes de que viniesen los indios de las demás tolderías atraídos por la noticia y que pudiesen servir de obstáculo a los buenos deseos del cacique.

El viejo siguió bebiendo y las mujeres entonando sus monótonos alaridos; el joven Argomedo me procuró un pedazo de carne de caballo; iba a comerla por primera vez; satisfice el hambre, que era mucha con la caminata, la carne me gustó poco, mejor es la de ave. Un poco más tarde el cacique envió a dos muchachos en busca de mi gente; pero volvieron sin haberla encontrado. A la misma hora divisé en una loma del valle a un indio que apenas podía tenerse a caballo y dando grandes gritos se dirigía a los toldos: era Quintunahuel, el hijo de Paillacán, que venía de una fiesta de la vecindad; su mujer le salió al encuentro, recibió las riendas y el indio al desmontarse cayó al suelo cuan largo era; se levantó y bamboleándose entró a su toldo, quedando la mujer ocupada en desensillar el caballo. Como una hora después me mandó llamar diciéndome que fuese a saludarle, que él era el hijo del cacique. El bribón impuesto ya de todo y de que había salvado alguna harina y otros artículos del naufragio, al mismo tiempo alucinado con la esperanza de que yo le podía traer también algunos regalos si su padre me dejaba ir a Valdivia, se manifestó muy amable, diciéndome que había celebrado mucho mi llegada y que le sería muy agradable mi compañía cuando fuésemos juntos al Carmen y otros cumplimientos por el mismo estilo. Luego me retiré y llegó la noche: dormí en la misma cama de Argomedo, que era compuesta de algunos cueros de oveja y una frazada rota.

9 DE ENERO

Al otro día el cacique con la cabeza fresca, me hizo llamar a parlamento: el Sol empezaba a levantarse; él iba a ser el testigo de mis promesas. Se sacaron algunos

cueros fuera del toldo y nos sentamos; la conversación se inició casi con las mismas palabras de la víspera; yo imitando la elocuencia de los indios, elevaba cuanto podía la voz y contestaba con toda la entereza posible; al fin triunfó la codicia, el indio me dijo que otro cacique me habría dado la muerte sin escucharme, por el solo hecho de haber venido por el Limay; pero él como tenía buen corazón me perdonaba y me iba a dar la libertad para ir a Valdivia y traer muchos regalos para recompensar con largueza sus buenos sentimientos; y a mi vuelta, podría seguir mi camino en compañía de sus indios que iban a vender cueros al Carmen. El mozo Cárdenas me ayudaba en esos momentos, asegurando al cacique que yo iría hasta Valdivia en su compañía para traer lo que se me exigía. Este muchacho había sido, por espacio de dos años, prisionero del cacique y después de haber recobrado su libertad, venía todos los años desde Valdivia a comprar caballos por aguardiente: el cacique tenía fe en sus palabras. Convino en todo, pero quedé obligado a dejar en rehenes a dos de mis peones, para asegurar el cumplimiento del convenio; me hizo jurar por el Sol y se levantó la sesión. Enseguida ordenó a Quintunahuel que se preparase para ir en busca de la gente, y a las once salió acompañado de un mozo chileno, Labrín, que también se hallaba detenido en los toldos, del mocetón que me había acompañado desde Limay y otro más. Este mozo Labrín se encontraba entre los indios por circunstancias las más peregrinas; enamorado de una niña de Río Bueno, en Valdivia escapó con ella; para ponerse a salvo de las persecuciones de la justicia, se vino a buscar la seguridad entre los indios; la compañía que traía fue suficiente para ser perfectamente recibido; el cacique principalmente se esmeró en atenderlo. Labrín temeroso de la interesada protección del indio, quiso volver sobre sus pasos. Grande fue su sorpresa cuando el cacique le contestó que podía marcharse; pero dejando en su poder a la muchacha para darla a su hijo mayor en matrimonio; no quiso Labrín recobrar a tan duro precio su libertad y prefirió correr la suerte de su querida; desde entonces fue muy duro el tratamiento que recibiera del cacique, pretendiendo, de ese modo, forzarlo a que aceptase sus condiciones. El futuro novio de la niña debía llegar pronto; andaba en lo de Calfucura; en esta situación se encontraba Labrín cuando nosotros llegamos.

Durante el resto del día estuve casi exclusivamente ocupado en contener la excesiva codicia de Pascuala, la favorita de Paillacán: a cada rato me fastidiaba con sus importunas preguntas, ¿qué me trajiste?, ¿qué me vas a dar?, dámelo todo a mí, ahora Quintunahuel se va a apropiarse de todo. A todo le contestaba con paciencia, para no disgustarla y para que con la esperanza de mis regalos me diese ella lo necesario para comer, que no era lo que más abundaba en el toldo. Esta india se había criado en las vecindades del Carmen y hablaba muy bien el español.

10 DE ENERO

El sábado a las doce llegó la gente con Lenglier que me refirió lo que había sucedido desde nuestra separación. Se expresó en estos términos:

“A las doce, cuando me separé de Ud. esperé algún tiempo al resto de la gente; viendo lo que distaba (solamente como un cuarto de legua) y que Ud. y los indios iban a tomar por un valle lateral a la izquierda, no queriendo tampoco perderle a Ud. de vista, a fin de penetrarme bien del camino en caso que un accidente de terreno los ocultase, me puse en camino con el peón Vera y el caballo, caminando al paso a fin de conservarnos a igual distancia de Ud. y de los que quedaban atrás; pero llegado al punto donde Ud. cambió repentinamente de dirección a la izquierda, me demoré a la entrada del valle, hasta que los otros me hubiesen alcanzado. En este valle corría un riachuelo, le seguí a Ud. con la vista y como había creído entender que los indios estaban cerca, no dudé que los toldos estuviesen en las orillas del riachuelo, a dos o tres horas de camino a lo más, como que no era natural creerlos colocados en esa pampa árida y privada de agua; esperé a la sombra y me alcanzaron los peones. Había tenido la precaución de poner en mi mochila, charqui, café, chocolate del que habíamos salvado; la gente estaba muy cansada, como era natural después de las emociones y fatigas del día precedente y una marcha descalzos, bajo un sol ardiente y por un terreno erizado de espinillas que lastimaban los pies; me resolví hacer un alto de media hora en este lugar. Antonio Muñoz, el Gordo, manifestó entonces el deseo de montar en el caballo, y como se había herido un pie en la mañana cuando estábamos trabajando en el bote, tenía más derecho a esta comodidad que Vera, que solamente tenía dolor al pecho. Orillamos el estero y llegamos al vado donde crecían algunos arbustos. Saliendo de allí, el sendero era bastante bien marcado, pero no era así, un poco más lejos se alejaba sensiblemente del estero; esto trastornaba completamente las ideas que habían sentado en mi espíritu; hice marchar de frente a la gente; de esta manera, no podíamos perder los rastros; pero al llegar a una cresta que debíamos encimar nos hallamos indecisos, no había más rastros. En la cresta lejana a la derecha, veía dos formas que parecían pertenecer a dos hombres a caballo. No dije nada, pero mandé a Soto a pie que fuese a hacer un reconocimiento adelante. Me paré con el resto de la gente y al hacerles reparar lo que divisaba, el Gordo sea a consecuencia de la debilidad, resultado de las fatigas y emociones que había experimentado, o sobrecogido de un terror pánico o que se atribuya a una congestión cerebral debida a su temperamento apopléjico, cayó del caballo como una masa inerte. Le transportamos cerca de unos charcos de agua y luego bañándole la frente con agua fresca recobró sus sentidos. Soto volvió y montando en el caballo se dirigió a la cresta. Media hora después volvió y me contó que lejos, muy lejos, siguiendo la orilla del Limay, se le veía ir a juntarse con otro río, y que cerca del confluente había divisado toldos. Era ya tarde y demasiado peligroso aventurarse en esas pampas privadas de agua, sin estar cierto de llegar antes de la noche; nos replegamos al punto donde habíamos rodeado el estero y allí resolví esperar noticias de Ud., y en el caso de no recibirlas, retirarnos a las orillas del Limay, donde habíamos dejado las provisiones. Encendimos fuego, dividí en seis partes iguales el charqui, y distribuí a cada uno su porción, no sabiendo lo que nos reservaba el porvenir, dejando a cada uno la libertad de economizar sus víveres.

En la noche, en la cresta que no habíamos encimado, divisamos dos hombres a caballo; no vieron probablemente nuestras señales, porque dieron vuelta y desaparecieron. Eran los que Ud. había mandado en busca nuestra. No creí prudente pasar la noche donde nos hallábamos; podían pasar indios por allí; fuimos a acamparnos a quinientos metros, a la derecha del sendero, en una quebrada

grande donde quedábamos bien escondidos. El fiel Tigre fue puesto de centinela encima de las rocas que la dominaban; allí amarramos el caballo, para mayor precaución, dormimos sin fuego. Al amanecer fuimos otra vez a la orilla del estero; no teniendo noticias de Ud. y convencidos de que el lugar más conveniente para nosotros era en todo caso, cerca del bote y de las provisiones, me marché con la gente hacia el lugar del naufragio. De esta manera si venían por nosotros sin duda alguna vendrían los mismos dos indios que nos hallaron primero, pasarían por el mismo camino del día precedente y nos encontrarían. Nos pusimos en marcha y al llegar al Limay, seguimos el sendero, pero mandé a Soto que a caballo registrase paso a paso las playas del río; así podíamos recoger las cosas que la corriente hubiese arrojado a las orillas. No fue infructuosa esta medida, Soto recogió el paquete con las frazadas y dos sacos de harina muy poco mojada. Al fin llegamos al campamento del 7. Apenas habíamos encendido fuego, cuando vimos desembocar por el sendero que acabábamos de recorrer unos hombres a caballo. Llegando se aparearon: a su cabeza venía Quintunahuel hijo de Paillacán; nunca había visto a un pehuenche, no podría decir a Ud. la impresión que me causó cuando para bajar del caballo, dejó caer su *hualca* y vi salir del cuero un cuerpo desnudo, flexible como el de una culebra y de un color cobrizo. Los compañeros de Quintunahuel se echaron con voracidad sobre los víveres; yo ofrecí tabaco y una cachimba a Quintunahuel. Cargamos en los caballos que traían los sacos de harina y charqui y nos pusimos en marcha. Quintunahuel me dio un caballo, los otros se fueron en ancas de los indios; pasamos la noche en el lugar donde habíamos pasado el día anterior y por fin llegamos a los toldos”.

Aprobé todo; había tomado el partido más conveniente en esta circunstancia y le presenté al cacique. La gente tenía hambre; Pascuala, la favorita, les sirvió en un plato de palo, caldos y carne de oveja hervida.

Quería ponerme en camino el mismo día, pero como los peones estaban cansados, esperé la mañana. Esa noche llegó el indio Antileghen a los toldos de Paillacán, venía de cazar; traía consigo un barrilito de aguardiente. El ilustre Paillacán, celoso partidario del culto del agua de fuego, se sentó en el suelo, teniendo a Antileghen a su lado: al frente de ellos me coloqué con mi flageolet; Argomedo tocaba la vihuela; entonces comenzó el concierto y las libaciones. Al principio, Paillacán tomaba solo y aun no pasaba el jarro de lata a su querida Pascuala, que estaba sentada a sus espaldas, pero desarrollándose su generosidad a medida que el aguardiente le subía al cerebro, convidó a sus vecinos. A la noche mis honrados pehuenches se hallaban completamente ebrios. Paillacán, loor al coraje desgraciado, había sucumbido, vencido por las libaciones; y Antileghen, que al son de nuestra música bailaba interminables zamacuecas, sucumbe también agobiado por el cansancio y cae con un sueño letárgico encima de un pellón. Le cubrimos con un poncho como se hace en la noche de una batalla con el cuerpo de un general vencido, pero valiente, cuya intrepidez se ha admirado durante el combate.

Quintunahuel había resistido mejor que sus mayores, y un poco después me mandó buscar para que bebiese en su compañía y la de su interesante esposa, un poco de licor que había guardado para él. Pascuala, más fuerte que su noble esposo, o quizá no habiendo bebido tanto, vista la avaricia del cacique en materia de

su licor querido, se hallaba también en el toldo de Quintunahuel; su embriaguez tomaba un aspecto triste, lloraba, repitiendo en un tono monótono y cansado:

“yo soy la mujer de Paillacán, el cacique de los pehuenches, la hija del cacique francés de los tehuelches, la hermana del caciquito francés; mi padre tiene muchas yeguas, etc.”.

Esa salmodia, dicha con un tono gangoso, interrumpida por los hipos de la embriaguez, no tenía nada de agradable, y bendije el momento en que se resolvió a salir del toldo para ir a ocupar el lecho de su viejo marido. Poco rato después me despedí de Quintunahuel y me fui a dormir.

11 DE ENERO

El domingo por la mañana el tiempo era bueno, nos favorecía al principio de nuestro viaje; no salimos al alba porque Antileghen que debía acompañarnos, necesitaba algún tiempo para sacudir los vapores del aguardiente.

Convenida nuestra partida, presenté a Soto y a Díaz al cacique: estos dos hombres se habían ofrecido espontáneamente para quedarse como rehenes hasta mi vuelta. Poca sangre española tenían en sus venas, de manera que cuando los vio el cacique, me dijo que eran tan mapuches como el que más de sus súbditos y que prefería le dejase a Vera, que era bien parecido y blanco como español.

El muchacho me había ya manifestado su repugnancia para quedarse con los indios y mucho más desde que había notado en él una especie de entorpecimiento en todas sus ideas con la emoción del naufragio y los indios. Le dije entonces al cacique que ese muchacho se encontraba muy enfermo de resultas de un golpe que había recibido en el naufragio, que botaba sangre por la boca y debía ir a curarse a Valdivia; enseguida me fui a buscarlo al toldo vecino, le hice tomar en la boca un poco de sangre de cordero que había en un plato y lo conduje a la presencia del cacique; satisfizo algunas de sus preguntas y al rato después comenzó a toser, concluyendo con botar la sangre; esto convenció al cacique y convino en quedarse con los otros dos. Enseguida nos despedimos y montamos a caballo. La caravana se componía de Cárdenas, que nos prestaba sus caballos mediante una retribución pagadera en Valdivia; de Argomedo, que obtuvo su liberad gracias a la intercesión de Quiatunahuel; de Lenglier; los tres peones; Antonio Muñoz; Vera; el carpintero Mancilla y yo. Nos acompañaban también dos mozos de Cárdenas, un tal Villarroel y un cholo de Rancho, llamado Guaraman. Antileghen debía conducirnos hasta los toldos de Huincahual donde vivía.

La orgullosa comitiva que un mes antes había salido de Puerto Montt perfectamente bien provista de equipajes, víveres e ilusiones, volvía ahora en el más prosaico esqueleto. Los tres peones iban a pie, casi desnudos, Lenglier y yo a caballo, con un cuero y una frazada por montura, y como riendas un lazo; gracias a un poncho que había cambiado a Quintunahuel por harina, tenía con qué cubrirme; lo demás

del traje consistía en la camisa y pantalones; en la cabeza seguía sirviéndome de tocado la elegante bolsa de la guitarra; los víveres eran un poco de harina y una oveja que me había regalado la cacica en la esperanza de ser retornada generosamente a mi vuelta. Las frazadas y los cueros del aparejo de la mula nos iban a servir de cama.

Saliendo de Lali-Cura, así se llamaba ese lugar, subimos a una meseta de gran extensión; estábamos apenas en el medio de la meseta cuando nos alcanzó el viejo Paillacán; tenía muchas ganas de poseer el sombrero que Lenglier había salvado del naufragio y venía a hacer una última tentativa para apropiárselo. Le di a entender que mi compañero, teniendo la cabeza enferma, no podía exponerla a los rayos del Sol; y para distraer su atención me saqué una camisa y se la regalé; con esto se retiró medio satisfecho. Atravesada la meseta y bajando a una quebrada, nos hallamos en las orillas de un río bastante caudaloso, llamado Calefú, donde un mes después hemos vivido algún tiempo y del cual hablaré más tarde con pormenores. Allí nos alcanzó la hija de Antileghen, que había acompañado a su padre durante tres meses de cacería. Para montar a caballo las indias se fabrican con muchos pellejos y cojines de lana, una especie de trono de forma cilíndrica y bastante elevado; sentadas encima, apenas alcanzan sus pies el pescuezo del caballo. Llevaba, además, un sombrero redondo de paño azul con una semiesfera de bronce en la cima en vez de una concavidad para la cabeza, tenía una almohada redonda; todo el aparato sujeto por un fiador de cuentas en la barba y una cinta por detrás; una caballada completaba la comitiva.

Atravesamos el río con el agua hasta el pecho de los caballos, entramos en una quebrada, y encimamos una meseta mucho más grande que la otra, donde caminamos como veinte o treinta kilómetros sin encontrar el menor accidente de terreno: teníamos delante un gran pico nevado, que más tarde supimos era el volcán Lagnin. Llegados a la extremidad de la meseta, bajamos a un valle donde corría un río; extensos pastales bordeaban las orillas y en la más cercana estaban los toldos del cacique Huincahual, el que me recibió bien y alojé en su toldo. Antileghen, a quien había regalado alguna harina, no quiso quedarse atrás en generosidad y me retornó una oveja muy gorda que luego hizo matar. Huincahual tenía más mocetones que Pailliacan y muchos entendían el castellano. Aquí encontramos a un dragón de Puerto Carmen o Patagones, que había traído a los caciques la invitación para ir a esa ciudad, con el objetivo de hacer tratados de paz. Conversé con Huincahual, Antileghen pasaba la palabra y como estábamos cerca de Huechuhuehuin, que cita a cada instante Villarino en su diario, le pregunté si no sabía nada de él; me contestó que su padre le había dicho haber conocido a este español cuando subió el río desde el Carmen en unos botes con cañones, trayendo mucho pan duro (galleta); le pregunté también si sabía que había existido antiguamente cerca de Nahuel Huapi una misión de cristianos; me dijo que su mujer descendía de los limaichées, que vivían cerca de la misión y que el lugar de ésta se llamaba Tucamalal. Sonidos diferentes de los que habían herido mis oídos en los toldos de Paillacán me hicieron preguntarles si no hablaban por acaso el mismo idioma, y supe que además del idioma pehuenche o araucano, hablaban también la lengua tehuelche, porque había muchos de esta raza.

El estero del Quemquemtreu en cuyas orillas se hallan los toldos de Huincahual, corre en un valle bordeado por lomas suaves; todo el fondo del valle es tapizado de un pasto alto, donde pacen en libertad los caballos. Este valle como lo vimos enseguida, tiene ocho o doce kilómetros de largo y uno de ancho; no lejos está el río Chimehuin, afluente del Limay y que Villarino llama Huechún. La leña es escasa; en unas quince leguas, apenas hemos encontrado uno que otro arbusto, por eso, como también por el poco pasto, no están juntos los toldos, sino desparrramados a lo largo del valle. Por primera vez allí vi coser a las mujeres; usan nervios de avestruz o caballo en vez de hilo, y por aguja, una lezna de zapatero; a pesar de la imperfección de esos útiles, cosen con mucha destreza y velocidad. Dormí en el toldo de Huincahual en la misma cama con el dragón argentino; Lenglier con Argomedo, en el de un indio viejo llamado Jacinto, que al día siguiente contestó a Cárdenas un disparate curioso que referiré: Cárdenas le había comprado un caballo por dos botellas de aguardiente; cuando se hizo el convenio, nuestro viejo Jacinto tenía ya la cabeza encendida, y cuando se trató de pagar, negó todo, ¿pero, le decía Cárdenas, voy a perder entonces mi aguardiente? Puede ser, contestó con mucha sangre fría el tehuelche; pero tú hiciste mal al dármele cuando estaba ya ebrio.

12 DE ENERO

Al amanecer, Huincahual me rogó que antes de marcharme le escribiese una carta para don Romualdo Patiño, juez de Quinchilca, mismo de la provincia de Valdivia, sobre un pleito que tenía allí un indio suyo. El pehuenche había cometido seguramente alguna picardía en ese lugar y le habían detenido un caballo. Escribí; el lenguaraz de Huincahual me traducía las palabras del viejo cacique. La carta decía:

“que todos los indios en general y los de Huincahual en particular, eran gente honrada, que mantenían buenas relaciones con los chilenos, y que en el interés de todos debía reinar la paz y la buena fe, que el Huincahual trataba bien y hacía respetar a los chilenos que venían a comerciar a sus tierras, y era justo que también en la otra banda se respetase a su gente, etc.”,

y después hablaba del hecho. Concluida la carta, la pasé al cacique para que la firmase; la firma fue muy simple: se contentó con trazar una pequeña línea en forma de caracol.

Iba a despedirme de Huincahual, penetrado y conmovido por los sentimientos de justicia y equidad de este honrado cacique, cuando me hizo una proposición, que después de la carta que había escrito, me dejó estupefacto: quería el buen hombre, que le dejase dos de mis mozos, ¿cómo, exclamé, tú me mandas escribir una carta, donde haces lucir tu amor a la justicia y a la equidad, y después me vienes con una proposición que quebranta todas sus leyes: quieres que te dé dos de

mis mozos? ¿Crees buenamente que estos honrados chilotes son cosas y no cristianos, que se pueden regalar a un amigo, como se regalaría una yunta de bueyes? Me había escuchado Huincahual, mis ademanes le fueron explicados por la traducción de mis palabras que le hizo el lenguaraz; me dijo que sentía lo que había sucedido, que él no tenía la culpa, pero sí su hijo, que le había soplado al oído la idea de esa proposición. Nos separamos como buenos amigos.

Por la mañana había mandado adelante a los tres peones; como a las ocho o nueve nos pusimos en camino. El fiel Tigre, con las patas hinchadas por las espinas que cubren el suelo, nos seguía con trabajo. Caminamos por un sendero en medio del pasto, y anduvimos una hora hasta un estero, tributario del Quemquemtreu, donde nos refrescamos con agua y harina tostada; un poco más lejos atravesamos un río dos o tres veces y entramos en una quebrada, en lo alto de la cual había una meseta donde soplaba un viento helado. En ese momento pasó cerca de nosotros un indio de cara cobriza, nos acompañó un rato y después siguió adelante; más tarde encontraremos otra vez a este personaje. La vecindad de las cordilleras se dejaba sentir ya, tanto por la temperatura, sensiblemente más baja, como por los árboles que eran menos escasos. A la bajada de la meseta, entramos en un manzanal silvestre, y galopando algún tiempo llegamos al anochecer a una colina adornada de manzanos, y situada un poco a la izquierda del camino. Alrededor de los manzanos se veían siembras de habas, arvejas y maíz; este lugar era habitado por un indio rico llamado Antinao. Sus toldos estaban una legua más lejos. Un gran fuego y un sabroso asado de oveja nos puso en buen estado para pasar la noche. El carpintero y Muñoz, como caminaban a pie, se habían quedado atrás, pasaron sin vernos, alcanzaron a los toldos y hallaron a los indios ocupados en embriagarse; invitados, luego imitaron el ejemplo de sus huéspedes, como lo vimos a la mañana siguiente.

13 DE ENERO

Al amanecer llegaron a caballo Antinao y su hermano Coña; estaban en guerra abierta con las leyes del equilibrio, resultado de la borrachera del día anterior; a pesar de eso, me gustó el primero; tenía la cara despejada, franca y de color menos cobrizo que los otros indios que ya había visto; me besó la mano en señal de fraternidad, hice lo mismo, y nos invitó a ir a sus toldos. Le dejamos partir adelante y le seguimos. Llegando, encontramos a su hijo vaciando el resto del barril de aguardiente. El carpintero y su compañero que se habían embriagado el día antes, no tenían las ideas muy lúcidas. Antinao les había hecho promesas magníficas, si querían quedarse para construirle una casa; creyeron que todos los días se parecerían al precedente, y seducidos por este porvenir con color de aguardiente, me pidieron licencia para quedarse hasta mi vuelta; después de mis muchas observaciones se las di. El perro Tigre más acostumbrado a la sociedad de ellos que a la nuestra, y como estaba muy despejado, se decidió a compartir su suerte. Regalé chaquiras y cuentas de vidrio a las indias, y viendo unos avestruccitos domesticados, como tenía ganas de mandar uno a mi familia en Valparaíso, pedí

que me lo diesen como en retorno, y me fue concedido; desgraciadamente murió a los tres días. Nos despedimos de Antinao y nos pusimos en marcha; nuestro batallón sagrado se había desprendido de dos de sus miembros. Caminamos como una legua faldeando colinas, y bajamos a una pradera, a la izquierda de la cual se divisaban algunas casas de paja. Allí, nos dijo Cárdenas, vivía el cacique Trureupan. Queríamos seguir adelante, pero habíamos contado sin nuestro huésped, como dice el adagio, o mejor sin el indio que habíamos encontrado el día antes. Éste, cuando nos dejó, había alcanzado a los toldos de Trureupan donde vivía. Allí había esparcido la alarma: tanto más que un individuo llamado Montesinos, chileno de Valdivia, había contado a un pehuenche que andaba en esa provincia, algunas mentiras sobre nosotros. Cuando estaba en Puerto Montt, había escrito al gobernador de La Unión, para que me enviase un lenguaraz; me mandó al tal Montesinos, pero este individuo me dijo que no conocía a los indios del Limay, que era casado, padre de familia, en fin, que no podía acompañarme. Volvió a La Unión, le pagué generosamente su viaje, recomendándole bien antes de salir, que no dijese nada de mis proyectos; y el pícaro hizo todo lo contrario. Con el pehuenche mandó decir: que al Sur, iban a bajar de la cordillera por el Limay, unos extranjeros con fusiles, bien armados, y que antes de poco tiempo, tendrían que conocer lo que valían los cristianos, etc. No se necesitó más, Trureupan, cacique de estos parajes, tipo superlativo de Sancho Panza, se enflaqueció de inquietud, y se puede comprender el alboroto que hizo el indio de la víspera, cuando trajo noticias que parecían corroborar lo que había dicho Montesinos. Trureupan mandó un correo o chasque a Huentrupán, el último cacique en el camino del Oeste, y entonces comprendimos por qué, saliendo de los toldos de Antinao, habíamos visto bajar de los cerros situados adelante un número considerable de indios con sus lanzas. En el momento que Cárdenas me decía que pasásemos sin demorarnos, nos alcanzó al galope un indio que nos invitó o, para hablar más francamente, nos ordenó de parte del cacique que fuéramos a los toldos. Este individuo era un indio falsificado, porque era chileno, tránsfugo de la provincia de Valdivia, como me lo dijo Cárdenas, y cuyo padre desempeñaba el cargo de policial en aquella ciudad. Lenglier, que había vivido allí algún tiempo, conocía también al dicho policial. Los ranchos de Trureupan estaban en la orilla opuesta de un riachuelo, y mientras que nos dirigíamos hacia ellos, vinieron varios indios montados, haciendo encabritar sus caballos a nuestro rededor; unos con ademán amenazador, otros con aire de amistad; nuestra seriedad los desconcertó. Al fin nos paramos en un bosquecito de esa orilla. Villarroel, Argomedo, Guaraman y Vera se quedaron allí, yo pasé al otro lado con Lenglier, Cárdenas, y nos apeamos. El cacique Trureupan era un verdadero hombre globo; nos dijo que era preciso esperar y asistir a un parlamento al cual había convocado a su vecino, el cacique Huentrupán.

En efecto, poco después llega Huentrupán con sus mocetones; eran como cincuenta armados de lanzas, teniendo a su cabeza un indio que tocaba la corneta. Ya Trureupan se había sentado en el suelo encima de unos pellejos, Cárdenas y yo a su frente. Los indios de Huentrupán, cien metros antes de llegar, se formaron en batalla, marchando de frente, y arrastrando por el suelo la extremidad de sus lanzas, cuyo

hierro tenían en la mano; se apearon, las fijaron en el suelo, y se sentaron de manera de formar círculo completo alrededor de nosotros: iba a empezar el parlamento.

Como se ve, querían intimidarnos; mientras tanto, yo buscaba a Lenglier que desapercibido había desaparecido. Los caciques le mandaron buscar: la causa de su demora era que temiendo, con justa razón, que los indios aprovechándose de nuestra presencia en el parlamento nos robasen lo poco que nos quedaba, había ido a dar una vuelta para cuidar las monturas en la otra orilla; además, siendo obstinado como buen bretón, se le había puesto en la cabeza que nunca se debían tomar a lo serio las cosas de los indios, a quienes despreciaba (siempre he sospechado que la causa de su desdén era que los indios no sabían fumar una cachimba de una manera decente) y mientras lo buscaban, él se ocupaba en tomar tranquilamente un refresco de harina tostada mezclada con agua. Los caciques a cada rato me preguntaban si no venía mi compañero: no querían perder sus gastos de escenario; pero Lenglier no venía. Mientras que se entregaba a las delicias de su ulpo, un pehuenche, pasando al galope, le arrebató su sombrero, ¡qué atrevimiento! Un sombrero que había tenido el honor de lucir en el lago de Nahuel Huapi y en el Limay, que había tenido la suerte de escapar al naufragio y a las persecuciones de Paillacán; un sombrero que él quería regalar al museo de curiosidades de Santiago, le era robado y como por traición. No corrió detrás del indio, porque no hubiera podido alcanzarlo, pero fanfarroneó un largo rato y enojado no quiso venir a la primera indicación. Me confesó después que no había reflexionado lo que hacía, y que lo sentía mucho, porque su ausencia indicaba una especie de desprecio para con los caciques; y esta falta de política podía influir en su disposición para con nosotros. Al fin llegó, se sentó a mi lado y comenzó la función. Mientras que todo eso sucedía, llegaba de tiempo en tiempo uno que otro indio atrasado, se apeaba, y comenzando por los caciques, dirigía a cada uno de los asistentes la palabra *Eyminai*, a cuyo saludo contestaba cada uno: *he he* y después tomaba su asiento en el círculo.

El espectáculo era imponente para cualquiera que no hubiese conocido el carácter de los indios: el relincho de los caballos, los hierros de las lanzas luciendo al Sol, el tric-trac producido por el choque de los sables (sables viejos, enmohecidos), daban a la escena un aspecto guerrero y algo solemne. José Vera, el chileno tránsfuga, de pie, servía de lenguaraz. El Sol quemaba, Trureupan, cuya barba se confundía en los pliegues de su monstruosa barriga, sudando la gota gorda empezó con la frase de rigor. *Cheu Mapu*, ¿de qué tierra? Dije que éramos extranjeros, pero no chilenos; lo creyeron sin dificultad, la larga barba que traíamos no suelen usarla mis paisanos; por otra parte Lenglier, que había dado la vuelta al círculo saludando a cada uno en castellano, pronunciaba el idioma de Cervantes con tal acento francés, que los indios no pudieron contener la risa y vieron luego que no era chileno. Al saber que no éramos *huincas* como ellos llaman a los españoles, y a quienes aborrecen cordialmente, se pusieron menos serios los indios. Les dije enseguida, Vera pasando la palabra, que con mi compañero viajábamos para conocer el país y trabar amistad con los pehuenches, que no teníamos ninguna mala intención, y una prueba era el pequeño número de nuestra comitiva; que por otra parte los pehuenches tenían mucha fama de guapos y hubiera sido locura intentar

batirse con ellos, y otras contestaciones iguales a las que había dado ya en los otros toldos. A esto se siguió un momento de silencio; entonces el cacique Huentrupán nos preguntó si habíamos oído hablar de una declaración de guerra entre indios y españoles, guerra cuyo teatro era cerca de una ciudad llamada Duidal. No entendí bien lo que quería decir y contesté que no sabía nada de eso (¿sería acaso la posesión de Angol en Arauco que había tenido lugar en esa fecha?). Entonces tuvo lugar un incidente: Lenglier, sentado a mi espalda, tocaba el círculo de indios; trabajaba para defenderse de las importunidades de los indios que a cada rato trataban de trajararle sus bolsillos. El saco de tela que contenía nuestros papeles, los croquis y el diario del viaje, lo había escondido terciado bajo su vestido, cuando en un movimiento que hizo, un indio vio el saco y avisó al cacique. José Vera me dijo entonces que el cacique quería ver esos papeles: los tomé y los extendí delante; tomó uno el cacique, lo consideró, lo dio vuelta, mirándolo sorprendido como un puerco que encontraría en el camino un número del ferrocarril o un par de guantes; comparación tanto más exacta cuanto que el venerable Trureupan por su cara, su obesidad y la gracia de sus movimientos representaba perfectamente al animal citado. Al fin me volvió los papeles, algunos habían desaparecido, pero me fueron devueltos después, mediante un pañuelo que le regalé al que los había tomado. Hacía dos horas que duraba la conferencia; Trureupan sudaba como una alcarraza; tenía por delante un cacho de agua fresca y a cada momento se echaba un poco en la cabeza. Después pidió un cacho de harina y me lo pasó; lo tomé con satisfacción porque vi que la batalla estaba medio ganada, y que no costaría ya mucho trabajo con nuestras tropas de reserva, es decir, con las chaquiras y cuentas de vidrio regaladas a las chinas; pasé la mitad del cacho a mi compañero. Un poco de paciencia y haciendo su parte el amor propio de los pehuenches estábamos salvados.

En efecto, poco rato después, nos dijo José Vera, traduciendo las palabras del cacique, que podíamos pasar, pero que debía quedar el peón Vera como rehén para asegurar el cumplimiento de mi promesa de volver trayendo muchos regalos; le contesté que había dejado a dos de los peones en casa de Antinao, y que esos podían satisfacer la condición; los caciques aceptaron y se concluyó el espectáculo.

Levantada la sesión, montaron a caballo los indios y se alejaron con Huentrupán. Nos despedimos de Trureupan después de haber regalado chaquiras a sus chinas. Cárdenas se quedó para escribir una carta al cacique y nosotros fuimos adonde estaban nuestros caballos; las monturas estaban por el suelo, las frazadas habían desaparecido. Argomedo, que estaba a cargo de todo, me dijo entonces que unos indios al pasar, no haciendo caso alguno a sus representaciones, las habían tomado, las habían dividido en pedazos y repartido para sudaderos de sus monturas; estábamos, pues, sin tener con qué abrigarnos para pasar la cordillera. Irritado con lo que me sucedía en ese momento habría cometido cualquier violencia, no perdí la oportunidad que se me presentó: estaba acomodando mi caballo cuando un indio de baja estatura se me presentó pidiéndome que le hiciera algún regalo; le contesté reconviéndolo por el abuso que se había cometido con nosotros. Él, riéndose, intentó arrebatarme el gorro de género que yo llevaba, entonces no pude contener mi indignación y tomándole de los cabellos iba a darle una zurra,

cuando me dijo en el tono más amistoso: “no se enoje compadre”. Le dejé y no me incomodó más; poco después llegó Cárdenas y nos pusimos en camino. Como íbamos a prisa, por otra parte como debíamos volver, las pocas observaciones que hicimos las relataremos en la segunda parte. Encimamos mesetas, escalones de la cordillera, pasamos al lado del cerro Trumpul, notable por su forma, a la noche acampamos en la orilla septentrional del lago de Lacar, cuya descripción daremos también en la segunda parte de este libro.

14 DE ENERO

Al alba montamos a caballo, y a las diez llegamos a la chacra de Huentrupán, situada como el lago de Lacar en las primeras cadenas de la cordillera. Conversamos con él y nos ofreció que comer; me encargó un poco de añil para la vuelta. Ya estábamos en la región de bosques; habíamos dejado la pampa definitivamente. Saliendo de allí, cerca de la casa de un indio cristiano, llamado Hilario, Cárdenas nos mostró los restos de un antiguo fortín español; un poco después llegamos al balseo; Guaraman pasó en una canoa todos los bagajes y las monturas; los caballos atravesaron nadando y nosotros los últimos en la canoa. Ensilados los caballos nos pusimos en camino, orillamos una lagunita llamada Queñi, encontramos una bajada muy difícil que nos obligó a apearnos, y al fin a las seis de la tarde acampamos al pie del boquete.

Allí se nos juntó un individuo de la figura más extraña: era un hombre hercúleo, muy bien parecido, vestido con una camisa lacre, un chiripá y una gorra de cuero de zorro; un enorme puñal adornaba su cintura; su idioma era medio español y medio indio. Por el tono familiar con que se dirigió a Cárdenas, comprendimos que debían ser conocidos; luego supe que era su hermano Pedro, conocido en Valdivia con el nombre de Motoco; víctima de su genio iracundo, no podía pisar el suelo valdiviano y vivía hacía dos años en los toldos del cacique Huitraillán con el cargo importante de secretario. Traía algunos caballos para venderlos en los primeros potreros: no podía pasar más adelante. Mucho nos divirtió la relación que nos hizo de algunos episodios de su vida.

En la noche como sólo teníamos el aparejo del macho para dormir, sentimos mucho frío; no obstante que dormíamos tres en la misma cama. Hubo mucho rocío.

15 DE ENERO

Al amanecer, salimos del alojamiento y subimos una cuesta de mucha pendiente, hasta llegar a una meseta circular, llamada Inihualhue, rodeada de hayas antárticas y cubierta de manchas de nieve que derritiéndose daban origen a un bonito riachuelo que serpenteaba por el césped. Allí hicimos alto, y vimos pasar varios pehuenches con cargas de aguardiente; montamos a caballo y bajamos la pendiente oeste por un camino horrible, cubierto de nieve, obstruido por troncos de árboles

y lleno de hoyos ocultos por la nieve, donde hombres y caballos a cada instante corrían peligro de romperse las piernas.

El caballo que montaba era pehuenche, nunca había andado por esta clase de caminos; acostumbrado a los llanos de la pampa, al bajar el primer escalón de Inihualhue, sintiéndose resbalar, se encabritó de tal modo en la pendiente, que me disparó a más de cuatro varas en el suelo, me azoté la cabeza en un palo y quedé un rato como aturdido; con esa lección principié la marcha a pie; un poco más lejos se apearon todos, era preciso bajar perpendicularmente; los caballos rodaban arrastrados por su peso. Al fin después de dos o tres horas de mucho trabajo, encontramos un río muy torrencioso llamado Follill que pasamos siete veces; en una de estas pasadas mi caballo, poco diestro, cayó y me echó al agua; me sumergí hasta el pescuezo, corriendo el riesgo de ser arrastrado por la corriente, que es muy grande; fue preciso caminar todo el día mojado, no había tiempo que perder, ni ropa que mudar; a la noche alojamos en un lugar nombrado Chihuihue, cerca de la casa de un indio cristiano; una vieja nos regaló un plato de arvejas hervidas en agua que comí con tanto gusto como si hubiera sido un guiso muy delicado; y digo regalado porque ya no teníamos qué dar en cambio de alimento.

16 DE ENERO

Al alba salimos. Argomedo y el peón Vera caminaban a pie por estar todos los caballos extenuados; atravesamos algunos malos pasos, un río, y llegamos a Maihue; allí encontré a un indio chileno, Juan Negrón, que vivía en la otra banda con el empleo de lenguaraz, y que volverá a aparecer más adelante en esta relación. Pasamos dos ríos muy torrenciosos, cuyos nombres y descripción daré a la vuelta. Al fin entramos en un gran potrero lleno de frutillas: nos hartamos con esta fruta delicada y llegamos a la casa, situada en la otra extremidad del potrero; allí fuimos bien recibidos. En la noche llegó el dueño del potrero, don Manuel Florín, de Valdivia, que puso su casa a nuestra disposición.

Allí también conocí a un viejo chileno, Matías González, que había vivido mucho tiempo con los pehuenches, y cuyos conocimientos de las costumbres e idioma indios aprovecharé volviendo de Valdivia.

17 DE ENERO

El sábado orillamos el lago de Ranco y llegamos a Futronhue.

18 DE ENERO

El domingo por la mañana llegamos a la casa de don Fernando Acharán, que estaba entonces ausente. La mujer del mayordomo, cuñada de Cárdenas, nos re-

cibió bien y nos ofreció leche, quiso retenernos allí para que descansásemos, pero teníamos prisa de llegar a Valdivia y continuamos nuestro camino. A mediodía estábamos en el potrero de Malo, en la casa de don Jacinto Vásquez. Cuando llegamos no estaba en su casa, y como el traje que llevábamos era muy poco decente, su mujer y cuñada, viéndonos de lejos llegar al galope se asustaron al principio, pero cuando nos acercamos y nos vieron en compañía de Cárdenas, a quien conocían, se tranquilizaron. Allí esperamos a Cárdenas que fue a casa de su madre en busca de caballos frescos y que vino a la noche. Don Jacinto Vásquez no quiso dejarnos partir con los sacos de género que a manera de sombreros llevábamos en la cabeza; gracias a la amabilidad de este caballero nuestro elegante tocado fue reemplazado por dos sombreros que nos regaló a Lenglier y a mí.

19 DE ENERO

Al alba salimos del potrero de Malo, nos acompañó don J. Vásquez como dos o tres leguas; pasamos varias veces el Calle-Calle, tomamos un trago de chicha antes de llegar a Arique en casa de un paisano de Lenglier. En Arique descansamos un rato en la fábrica de aguardiente de don F. Lagase, y a las cinco de la tarde, habiendo andado este día como veinte leguas, entramos a Valdivia, cuarenta días después de nuestra salida de Puerto Montt. Íbamos a descansar algunos días y hacer todos los preparativos para volver a las pampas.

En la segunda parte estarán consignados todos los detalles geográficos sobre el país recorrido a nuestra vuelta. Lo precipitado del viaje no nos permitió esta primera vez hacer las observaciones precisas.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

Valdivia. Preparativos. Instrumento para las latitudes. Don Ignacio Agüero. Hui-lliches. Sucesos antiguos. Salida de Valdivia. Traje. Calle-Calle. Arique. Huitri. Camino de Arique a Huitri. Dollingo. Futronhue. Lago de Ranco. Ríos que lo alimentan. Río Bueno. La Mariquina. Familia Panguilef. Río Caunahue. Salida para Arsquilhué. Río Cullinmillahue. Llegada a Arsquilhué. Indios. Labrín, Mancilla, Muñoz y Tigre. Falsos rumores. Partida de los peones. Despedida de Tigre. Paseo a Maihué. Juan Chileno. Sus fragilidades.

En Valdivia me ocupé de todos los preparativos para mi vuelta a donde los indios. Cárdenas, que había entrado a mi servicio, con el objetivo de acompañarme durante el nuevo viaje, se puso en marcha para comprar en Arique el aguardiente necesario tanto para el rescate de los rehenes como para procurarme la amistad de los caciques, y algunos caballos para el viaje; al mismo tiempo debía conducirlo a Arsquilhué, última estación en este lado de la cordillera.

Como había perdido todos mis instrumentos en el naufragio, necesitaba al menos una brújula para tomar las direcciones durante el viaje y un barómetro para calcular las alturas y hacer algunas observaciones. Encontré fácilmente una brújula de bolsillo para Lenglier, yo iba a usar un reloj de sol portátil, dotado de una buena aguja, que mi buen amigo el doctor Fonck, sabedor de mi determinación, me había remitido de Puerto Montt. Con este reloj tenía la ventaja de poder determinar bastante aproximadamente la hora para las latitudes que iba a calcular con otro pequeño instrumento que hice construir, semejante a uno que había perdido en el Limay. Este aparato, aunque imperfecto, llenaba el objeto; por su sencillez puede prestar grandes servicios. Se compone de una plancheta cuyo largo varía con la latitud en que se viaja: como nosotros sabíamos que no debíamos salir de los paralelos de Valdivia y Puerto Montt, entre los 40° y 42°, y además como podíamos determinar la duración del viaje, nos era más fácil calcular el mayor largo de la sombra para la latitud más alta; así es que nuestra plancheta sólo tenía 30 centímetros de largo; un ancho de 10 centímetros es suficiente, porque fácilmente se puede apreciar la hora en que pasa el Sol por el meridiano. Ahora, la aguja que da el largo de la sombra debe estar fija en el medio de un extremo de la plancheta, perfectamente vertical, y en ángulo recto con ella. La mejor forma que se le puede

dar, es la de un rectángulo terminado por un triángulo de menor base que el rectángulo; de esta manera a las doce, la parte horizontal del rectángulo irá acercándose al vértice del triángulo; después se alejará de él: así, a esa hora, será más fácil ver la posición precisa de la sombra. Otra clase de aguja tiene el inconveniente de describir una curva. En nuestra plancheta, la aguja tiene 20 centímetros y obrábamos de la manera siguiente: un poco antes de las doce colocábamos el instrumento en posición; por medio de la brújula teníamos poco más o menos la dirección del meridiano. Para ponerlo horizontal nos servíamos de un pequeño nivel de aire; también puede conseguirse esto con una bala de plomo, que colocada en un punto cualquiera de la plancheta debe quedar inmóvil; un hilo a plomo aplicado en el extremo de la aguja, manifiesta si se encuentra perfectamente vertical a la plancheta. Señalábamos con un lápiz los varios puntos de la extremidad de la sombra, y al mismo tiempo las líneas que ella marcaba del lado horizontal del rectángulo; entonces teníamos el mínimo de sombra correspondiente al pasaje del Sol por el meridiano. Se tiene luego un triángulo rectángulo, en el cual, el lado b es el largo de la aguja y c el de la sombra: con la fórmula $B = \frac{b}{c}$ se obtiene el ángulo de la altura meridional; ésta se corrige de la refracción y paralaje dadas en las tablas correspondientes y junto con la declinación del sol se obtiene la latitud.

De esta manera no necesitábamos sextante, ni horizonte artificial, instrumentos que se echan a perder muy fácilmente, y cuyo uso en presencia de gente tan suspicaz como son los indios entre quienes viajábamos, nos hubiera acarreado algunos inconvenientes.

Ahora, con las tablas de logaritmos de Lalande y una copia de las declinaciones del *Almanaque náutico*, se tiene todos los elementos necesarios para calcular una latitud aproximada.

Al caminar, se ha calculado poco más o menos la distancia recorrida y las direcciones por medio de la aguja; se puede entonces obtener la variación en longitud. Por otra parte, en el cálculo de la declinación, un error de veinte minutos en longitud, lo que un error de veinte minutos al Este o al Oeste, altera poco el valor final de la declinación y la altera tanto menos, cuanto más lejos se halla uno del Ecuador, porque se sabe que la longitud de un grado comprendido entre dos meridianos va siempre disminuyendo desde el Ecuador hasta los polos.

Hemos verificado el instrumento en Puerto Montt, cuya latitud nos era conocida, y nunca tuvimos error mayor de tres o cuatro minutos, y aun cuando lo hubiéramos tenido, esta exactitud era suficiente para lo que necesitábamos.

En cuanto al barómetro, debí contentarme con uno aneróide: dos termómetros de bolsillo completaban la colección de instrumentos.

Los artículos que llevaba para rescatar a mi gente de las manos de los indios consistían en aguardiente, escopetas, cornetas, pólvora, ropa, cuentas de vidrio, cuchillos, pañuelos, camisas, añil y otras cosas para regalar a las nuevas relaciones que podía entablar.

Don Ignacio Agüero, respetable vecino de Valdivia, que en otro tiempo había estado entre estos indios, y que había dejado entre ellos muy buenos recuerdos, por motivos que expondré más adelante, me ofreció una carta de recomendación que podría servirme y me apresuré a aceptarla.

Los indios de Valdivia, junto con los araucanos, constituían en otro tiempo aquella nación que tan valientemente defendió su independencia contra la invasión de los españoles. Arrojadados muchos de ellos de las posesiones que ocupaban en esta banda, al pie de los Andes, pasaron la cordillera y formaron la nación de los pehuenches; aquéllos que se sometieron al dominio español, permanecieron en este lado; pero conservando siempre su sistema de gobierno, por reducciones mandadas por caciques. Estos indios se conocen en el pasado con el nombre de huilliches, gente del Sur, y los pehuenches, los llaman aucaches, que significa gente alzada, porque parece que hasta hace unos cuarenta años conservaban todavía su carácter belicoso. Antes de haberme impuesto de estos pormenores, y cuando recién conocí a los pehuenches, me figuré que sería por ironía que estos indios llamaban aucaches a los indios de Valdivia, pero me había equivocado.

Si entro en algunos detalles sobre los huilliches es porque, como se verá más tarde, algunos de ellos han figurado en las aventuras que me sucedieron. Estos indios, aunque cristianos, han conservado casi todas las costumbres y hábitos supersticiosos de sus antepasados. El traje que llevan se diferencia algo del de los araucanos: consiste en unos pantalones cortos de lana azul, calcetas de punto hasta el tobillo, una camisa del mismo color y material y el poncho; usan el pelo largo que les cae hasta la espalda, dividido en la frente y sostenido por una cinta que llaman trarilonco, algunos llevan un sombrero cónico de lana azul. Las mujeres se visten como las de los pehuenches, cuyo traje describiremos más adelante.

Durante el dominio de los españoles estos indios siempre conservaron su carácter salvaje e independiente; parece que nunca aceptaron resignados el pesado yugo que les impusieron los conquistadores; no hubo vez en que no aprovecharan la oportunidad para emanciparse de las duras obligaciones que pesaban sobre ellos, y volver a su primitiva libertad; quemaron y saquearon dos veces la ciudad de Osorno, hasta que al fin extenuados por las sangrientas luchas, aparentaron resignarse a la voluntad de sus amos. Para civilizarlos adoptaron los españoles, como hacían con todos los indios, el sistema de las misiones, que produjeron escasos resultados; los curas de ese entonces los consideraban como lobos disfrazados de corderos, y más como bestias que como hombres. A este respecto, don Félix de Azara cita las controversias que tuvieron lugar entre los curas españoles, para saber si los indios merecían todos los sacramentos o solamente el bautismo, y un cura escribiendo a un obispo de España, argüía contra la administración de todos los sacramentos fuera del bautismo, diciendo: que los indios no eran hombres, puesto que hasta el fin de su vida conservaban los dientes, como sucede a los animales. Esto manifiesta que si los indios fueron convidados por los españoles al banquete de la civilización, tuvieron poca parte en la mesa. No es extraño, pues, que su condición haya variado tan poco.

En la carta que dio don Ignacio Agüero para los pehuenches, con el objetivo de interesarlos en mi favor, les recordaba los hechos siguientes: como hace unos cuarenta años, cuando Chile recién sacudía el yugo de España, los indios de Valdivia aprovechándose de los disturbios consiguientes a ese estado de cosas, se armaron y pasando la cordillera fueron a maloquear a sus vecinos los pehuenches;

víctima de uno de esos asaltos fue el cacique Paillacán, el mismo en cuyas manos estaba prisionera mi gente. En su retirada trajeron muchos caballos, y como prisioneras, muchas mujeres de los caciques. Entre ellas había una de Paillacán con un hijo pequeño. Don Ignacio, que ya tenía algunas relaciones con los pehuenches, avisado por ellos, procedió a rescatar los prisioneros para devolverlos a sus hogares. El huilliche, en cuyas manos estaba el hijo de Paillacán, no queriendo desprenderse de la criatura, huyó a una de las islas del lago de Ranco; perseguido por don Ignacio, viendo que se le forzaba a entregar el niño, enojado, prefirió romperle la cabeza contra las piedras y devolverlo cadáver a su perseguidor. Casi todos los cautivos fueron redimidos y devueltos a los pehuenches; la mujer de Paillacán sólo fue rescatada algunos años después, y no quiso volver a las pampas. Ésta se llamaba Aunacar.

Restablecida la buena armonía entre los huilliches y pehuenches, tuvieron éstos que habérselas con los tehuelches del sur de Limay. Los tehuelches, en gran número atacaron a los pehuenches y les quitaron casi todas las mujeres: éstos pidieron auxilio a su amigo don Ignacio, quien con unos cincuenta huilliches, provistos de armas de fuego, salvó las cordilleras y juntándose con ellos, llevó la guerra a los arenales de los tehuelches; después de veintiséis días de marcha hacia el sur, los alcanzaron, se batieron durante algunas horas y lograron arrebatarles las cautivas.

Por estos tan señalados servicios, don Ignacio Agüero era muy conocido entre los pehuenches y su carta debía servirme para los fines de mi viaje.

Mientras que tomaba todos los informes que creía necesarios, llegó Cárdenas que había ido a transportar el aguardiente hasta Arquilhué, y entonces pudimos ponernos en camino.

Aquí debo decir que todos los amigos de Valdivia desaprobaban mi vuelta a donde los indios. Me decían: que era querer tentar a Dios y a la fortuna el volver otra vez habiendo ya salido de entre esa canalla, y que no debía considerarme empeñado en mi palabra; que respecto de mis hombres, se les podía mandar rescatar por medio de uno de los compradores de caballos que van a la otra banda. No hubo razones que no sugiriese la amistad a mi amigo don Félix García Videla, Intendente de la provincia y a las otras personas que se interesaban en disuadirme de mi proyecto, pero resistí. Además de que había empeñado mi palabra, el atractivo del viaje hasta el Carmen, las ventajas que a mi parecer reportaría la geografía de esos países tan desconocidos, el vivo deseo que tenía de volver a ver el lugar del naufragio y el confluente del Limay, y también debo confesarlo, la importancia que los peligros mismos daban a la empresa, tuvieron mucha influencia en mi espíritu. Todos esos motivos me hicieron persistir en mi resolución y el 8 de febrero salimos de Valdivia con Lenglier y Cárdenas, dirigiéndonos a Arique. Instruidos por la experiencia llevábamos solamente los vestidos estrictamente necesarios: habíamos mandado hacer cinturones de cuero, guarnecidos de bolsillos, que escondidos bajo el poncho, estaban al abrigo de las manos inquisidoras de los indios; grandes botas de agua, unos pantalones de tela gruesa y un sombrero gris cónico, igual al que suelen usar los arrieros del Sur de Chile. Otro sombrero no es aparente para soportar el excesivo viento de la pampa; además habríamos



El molino de San Juan, Valdivia, Rudolfó Philippi. Museo Histórico Nacional. Santiago de Chile.

tenido mucho trabajo para sustraerlo a las solicitudes importunas de los indios. Una mula llevaba la carga con los artículos ya citados. En todo ese día orillamos el Calle-Calle: todos los terrenos que atraviesa este río son fértiles y tanto más a medida que se acercan a la orilla; la capa vegetal es espesa y descansa sobre arena y cascajo menudo. El río no tenía mucho caudal cuando lo orillamos, pero se dice que en el tiempo de las inundaciones periódicas, el Calle-Calle cubre una legua a la derecha, y forma como un vasto lago en el que nadan millares de manzanas arrastradas por la corriente del pie de los árboles; y de los dos caminos que conducen de Valdivia a Arique, uno solo es practicable en el invierno, el otro que atraviesa el valle se cubre por el agua. Atravesamos bosques de manzanos, embalsamados por el perfumado olor de las flores de la murta²³, fruta que tuvo el honor de ser cantada por Ercilla.

Arique es el primer pueblo que se encuentra en el camino, pero las casas no están agrupadas alrededor de un centro común, sino desparramadas a los lados del camino. La iglesia pintada de rosado hace muy buen efecto en medio de los campos verdes.

Allí alojamos, en casa de don Francisco Lagisse, alemán, que en ese punto ha establecido una fábrica de aguardiente de grano; al día siguiente salimos para Huitri, fundo perteneciente a don Atanasio Guarda, adonde llegamos a la noche, después de haber atravesado cinco veces los brazos del Calle-Calle que dan numerosas vueltas, unas veces por arenales, otras al pie de colinas cuya formación aparece bien marcada, compuesta de capas estratificadas de arena, arcilla y piedras redondas. En una de esas vueltas, en la confluencia con el río de Quimbilca se encuentra la pequeña aldea del mismo nombre, formada de unas cuantas casas. Todo el camino hasta Huitri es por manzanales, pampas pequeñas y potreros cortados por una que otra colina. Ésta es la parte de la provincia de Valdivia que se llama Los Llanos y se extiende hasta Osorno. Estos terrenos son efectivamente bajos, aunque su horizontalidad no es tan perfecta como la del llano de Santiago. Los campos en parte están privados de esa formidable vegetación que cerca de la costa hace tan trabajoso el cultivo; sobre ellos caen directamente los rayos del Sol, con cuya influencia alcanzan las siembras su perfecta madurez. Espesa es, como ya lo llevo dicho, la capa de tierra vegetal, que descansa sobre arenisca y cascajo menudo. La indicación de algunos de sus pastos naturales bastará para dar una idea de la calidad del terreno a cualquiera que conozca un poco el cultivo usado en Chile. El trébol²⁴ y la gualputa²⁵, crecen en abundancia. El inapreciable colihue enano, planta vivaz y siempre guarnecida de hojas verdes en todo tiempo, el coirón²⁶, la avena²⁷ silvestre, tapizan con muchas otras menudas gramíneas los campos dejados sin cultivo.

²³ *Mirtus murta* (Mol).

²⁴ *Trifolium*.

²⁵ *Medicago maculata*.

²⁶ *Andropogon argentea*.

²⁷ *Avena irsuta*.

10 DE FEBRERO

En la mañana nos despedimos del señor Guarda que nos dispensó una franca hospitalidad y salimos para Dollingo, atravesando un riachuelo y un potrero grande: de allí ya divisábamos la cordillera central. Don F. Acharán dueño de la hacienda de Dollingo vive allí, ocupándose en la crianza de animales. Todos los huilliches que trajinan por ese lugar conocen muy bien esta casa, donde nunca se les rehúsa la chicha y el alojamiento; mucho nos hizo reír este señor al contar la exclamación de un indio, a quien por falta de chicha en barril, había ofrecido botellas tapadas: preguntó a don Fernando cuánto tiempo las guardaba en su bodega, y como éste le contestase que tres meses, ¡qué gente de tanta paciencia son estos *huincas*, dijo, que pueden guardar chicha por tanto tiempo sin bebérsela, nosotros, luego que está hecha, la bebemos toda!

11 DE FEBRERO

Salimos de Dollingo por una pampa larga rodeada de bosques; entramos luego en ellos; seguimos subiendo y bajando por las pequeñas ramificaciones que se desprenden de los dos grandes cordones laterales que forman ese largo valle que concluye en el boquete. Estos cerros son de cimas redondas y en general casi cortadas a pico. La vegetación cubre sólo los puntos en que el declive no es muy pronunciado, lo demás es roca viva. Todo el camino que es como de doce kilómetros hasta Futronhue, así se llama una pampita a orillas del lago de Ranco, donde viven algunos indios, es de pampas alternadas con bosques.

No quiero dar aquí una descripción pintoresca de las bellezas de este lago, que bien valen la pena de que un viajero se tome el pequeño trabajo de visitarlo. El lago de Ranco tiene como cuarenta kilómetros de Norte a Sur y veintidós de Este a Oeste, es decir, que es tan largo como el de Llanquihue, pero menos ancho: es como el lago Maggiore o el lago de Como, en Lombardía, pero dos o tres veces más ancho, y si sus orillas estuviesen pobladas de aldeas, villas, casas, quintas y sus aguas animadas por embarcaciones, no les cedería casi en nada a estos lugares tan decantados. En el centro de sus aguas se ven pequeñas islas, donde manchas amarillas indican campos de trigo.

Son trece en número y algunas de ellas habitadas por indios. De Futronhue hasta Huequecura orillamos la ribera oriental, que es formada de colinas altas cubiertas de bosque espeso, que dan al lago el aspecto de una inmensa soledad.

Los ríos que bajan de la cordillera para echarse en el lago de Ranco, son el río Caunahué, que después de haber recibido varios afluentes viene a desembocar dando muchas vueltas en medio de arenales; el Cullinmillahue, el Huentruleufu, el Pillanleufú y el Curringue, pero antes de echarse en el lago pasan estos tres por la lagunita de Maihué situada más al este y cuyo desagüe es el río Llebcán. Todos esos nombres de ríos tienen un significado en indio. Cullinmillahue, quiere decir río de arena de oro, Pillanleufú río del volcán. Pero hablaremos más exten-

samente de cada uno de ellos cuando los encontremos en el camino. El río Bueno une las aguas del lago con las del mar Pacífico: sale del sur y no del medio de la laguna como se creía antes; recibe varios esteros que vienen a echársele a derecha e izquierda y llega enseguida al mar. Las mareas suben hasta cuarenta y cuatro kilómetros adentro.

Después de haber pasado a Futronhue, siempre por pampas y bosques, llegamos a un lugar llamado la Mariquina, al rancho de un indio Antonio Panguilef, pariente de los caciques pehuenches y que en ese momento se hallaba en el otro lado de la cordillera. La familia constaba de tres o cuatro hijos, de los cuales dos niñas eran de catorce a quince años: una era de una apariencia muy notable: las facciones eran más que regulares, la cara color de aceituna y los cabellos de un negro azabache. Regalé algunas chaquiras a la madre y a las hijas. Allí vi colgado en la pared el cuero de un león que poco antes había muerto un peón de la casa. Después de haber comido una cazuela que por mis regalos quiso retornarme la india, proseguimos nuestro camino.

La ramificación de la derecha concluye en el lago mismo; la faldeamos por un sendero malísimo abierto en medio de un bosque muy tupido de quilas, por donde tuvimos que andar como un kilómetro tendidos sobre el pescuezo del caballo para no enredarnos; después echamos pie a tierra en algunos declives violentos, pasando por debajo de enormes trozos de rocas inclinados que amenazan desprenderse; hicimos algunos trechos por la orilla misma del lago con el agua hasta el pecho del caballo y a la noche llegamos a un lugar llamado Huequecura, que significa en lengua chilena piedra nueva. Como a un kilómetro antes habíamos atravesado el río Cahunahue, que tenía en ese momento una mediana profundidad y una anchura de treinta metros, pero el cauce que es ancho como de ciento cincuenta metros debe llenarse en el invierno; la corriente es bastante fuerte. Allí tomamos la primera altura barométrica, porque antes era difícil por lo ligero que andábamos; además la altura del lago tomada con barómetro de mercurio de Mr. Gay nos iba a servir como punto de partida.

Todo el terreno como el de Valdivia, es compuesto de arena, arcilla y cascajo menudo alternado con rocas metamórficas, principalmente el esquisto chlorítico y micácea.

En Futronhue empiezan las cordilleras a tomar mayores alturas y continúan así hasta el boquete. Enfrente de la casa de Huequecura, del lado del lago, se halla una roca cortada a pico, de una gran elevación. No lejos de ese lugar hay una pampa que se llama Lifen, y que probablemente ha dado su nombre al boquete, que es conocido igualmente bajo los nombres de boquete de Lifen y boquete de Ranco. Alojamos en esta casa de Huequecura. El dueño estaba también en la otra banda y como nos lo contó la mujer, debía ir a Patagónica con los pehuenches. El hijo de este indio volviendo de Puerto Carmen con una partida de tehuelches, había sido muerto en un combate que tuvieron con las tropas argentinas y el viejo *Ragnin* iba en busca de unos caballos que había dejado. Para agradecer la hospitalidad que esta mujer me dispensó en mi viaje anterior, le regalé algunas chaquiras, obsequio de que quedó muy contenta.

13 DE FEBRERO

Salimos en la mañana para Arsquihué. De Huequecura hasta Arsquihué no hay mucha diferencia de nivel: los cordones de los lados se van alejando y el valle se presenta mucho más ancho, las pampas mucho mayores, cubiertas de frutillas²⁸; ranchos de vaqueros se ven de cuando en cuando; en todos los potreros se ocupaban de hacer quesos. Atravesamos algunos riachuelos y un poco antes de Arsquihué pasamos el río Cullinmillahue. Unos lenguaraces me tradujeron este nombre por: río de la casa de arena, pero sin querer ofenderlos, me permití decir que se equivocaban, porque después de haber aprendido un poco el idioma, conocí el verdadero significado; quiere decir: río de la arena de oro. Porque *Cullin* significa arena, *milla* oro, *hue* lugar y *leufu* río. Donde lo comenzamos a orillar era bastante ancho y parece tener como un metro de profundidad, pero donde lo vadeamos, disminuía de fondo, y el agua alcanzaba apenas a las rodillas de los caballos. Como a las doce del día llegamos a las pampas de Arsquihué, potrero de don Manuel Florín. En la casa encontré algunos indios pehuenches sentados bajo una ramada, bebiendo en compañía de mi gran amigo Juan Negrón, del cual hablaré un poco más adelante. Entre estos indios se hallaban unos dos, que eran hermanos: Pedro y Manuel Montesinos, apellido español que habían adoptado y vivían en la otra banda, en los toldos de Huitraillán, cacique pehuenche de las orillas del Chimehuin. También estaba con ellos Pedro Cárdenas (Motoco), hermano de mi mozo y otro joven, José Bravo, lenguaraz y secretario del mismo cacique.

Al día siguiente fuimos sorprendidos con la llegada de Labrín, aquel joven chileno de quien he hablado en la primera parte de esta relación y que junto con su querida, se encontraban cautivos en los toldos de Paillacán, cuando nosotros llegamos del Limay. Había obtenido su libertad con la llegada de Foiguel, el hijo mayor del cacique, que se empeñó por él con su padre. Es difícil expresar la satisfacción que experimentaba esa pareja al verse libres y en medio de la gente civilizada. Habían permanecido un año entre los salvajes. Labrín me anunció la llegada de mis peones, el carpintero Mancilla, y Antonio Muñoz, que se habían quedado voluntariamente en Huechuhuehuin, para construir la casa de Antinao, pero que después del parlamento se les había considerado como rehenes hasta mi regreso de Valdivia. Me dijo también que había entre los indios muy mala disposición respecto de mí, a causa de ciertos rumores falsos que habían llegado a noticias de ellos; sobre que el aguardiente que llevaba estaba envenenado, y que el cacique Huentrupán del otro lado de la cordillera había mandado chasques a los otros caciques avisándoles acerca de mis malas intenciones.

Otro individuo, Diego Martínez, uno de aquéllos perseguidos por la justicia que suelen ir al otro lado de la cordillera, con el objetivo de comprar caballos, no pudiendo entregarse en este lado a ninguna ocupación para poder subsistir, también les había llenado la cabeza a los indios con mentiras: como que de Nahuel

²⁸ *Fragraria chilensis* (Mol).

Huapi venían seiscientos hombres armados para hacerles la guerra, aseverando todo esto con otras falsedades.

Como a las doce, divisamos dos hombres y un perro, que se dirigían hacia la casa; eran los dos peones, seguidos de Tigre. Efectivamente habían hecho una casa a Antinao y éste teniendo noticia de mi pronta llegada, les había conseguido la libertad, y al mismo tiempo le había regalado a cada uno un caballo, pero pasando el boquete, como uno no estaba amarrado, había sido robado o se había perdido en el bosque. Les pedí noticias de la otra banda, desgraciadamente no confirmaron lo que ya me había dicho Labrín. Parece que un tal Melipán, indio de la vecindad, había dicho a los indios de la otra banda que el aguardiente que yo llevaba estaba envenenada, con el objetivo de causar la muerte a los caciques pehuenches. Para gente ilustrada, lo falso y absurdo de tales cuentos hubiera resaltado al momento; pero los indios, acostumbrados a tratar con los compradores de caballos, que generalmente es gente poco honrada, creen todo lo que se le antoja decir al primer bribón que les habla sobre las malas intenciones de los *huincas*. ¿Cómo iban a ir dos hombres con aguardiente envenenado, para ser enseguida víctimas de la venganza de aquéllos que viendo morir a sus compañeros, se abstendrían de probar el licor funesto? Como conocía la credulidad de los indios, me resolví a cambiar ahí mismo el aguardiente por caballos. Los dos peones venían poco contentos de los indios y principalmente el carpintero, decía: que lo habían maltratado mucho y que habían querido matarlo, pero como me lo contó después su compañero, la verdad de lo ocurrido era que tenía la costumbre de embriagarse junto con los indios, y que después éstos, locos con la bebida, se volvían malos y lo amenazaban. Hubiera evitado todo eso no mezclándose en sus borracheras. Por otra parte, no habían sido muy desgraciados, porque los indios no ejecutaron con ellos las intenciones que me habían manifestado en el parlamento que tuvo lugar cuando me iba a Valdivia; los habían dejado residir tranquilamente en casa de Antinao, sin intentar retenerlos hasta mi vuelta, como se convino. Tal vez se portaron así porque sabían ya mi proximidad y esperaban ser más recompensados obrando de ese modo.

Di una carta a esos dos hombres, para que fuesen pagados en Valdivia. Se fueron, pero dejándonos a Tigre: este fiel perro, como he dicho antes, se había quedado con los dos peones en los toldos de Antinao cuando pasamos por allí, yendo a Valdivia; una marcha forzada por los arenales de la pampa le había lastimado las patas, y para evitarle fatigas inútiles, lo había dejado con la intención de recogerlo a la vuelta. El pobre animal manifestaba el gusto de vernos con movimientos y caricias que no podría describir la pluma. Lenglier, que profesaba mucha admiración por este inteligente animal, persistió entonces más que nunca en su resolución de celebrar más tarde los hechos y proezas del sin igual Tigre, en un poema épico de veinticuatro cantos, adornado con el retrato del héroe. Tigre, como perro bien criado, se despidió lanzando una mirada de agradecimiento al carpintero que se alejaba, mirada que nos manifestó que si la conducta de Mancilla no había sido sin *mancilla* en cuanto a la embriaguez, al menos lo fue en cuanto a los cuidados que había prodigado a nuestro perro. Otra vez, antes de alejarse, volvió a decirme

el carpintero que auguraba mal de mi viaje, y añadió: que él, por todo el oro del mundo, y ni aun por barriles de aguardiente, consentiría en ponerse otra vez en las manos de la canalla de la otra banca.

14 DE FEBRERO

El sábado tenía todavía algunos caballos que comprar; para pasar el tiempo, resolví ir a dar un paseo a Maihué que está como a cuatro kilómetros de Arskuilhué. En Maihué podía ver a Juan Negrón, llamado también Juan Chileno, a Melipán, el autor de las calumnias que se habían corrido, y en fin, a Matías González, inteligente lenguaraz, cuyas luces necesitaba para resolver algunas cuestiones de etimología geográfica. Juan Negrón o Juan Chileno o si se cree a lo que él decía, era un hombre importante en el otro lado de la cordillera. Salido muy joven de Osorno, había vivido en Valparaíso, en casa de la familia de don Miguel Fuentes. Al presente, podía tener cerca de treinta años; de color oscuro, como todos sus semejantes de sangre mezclada, parecía uno de esos trozos de madera groseramente tallado a cuchillo para darle forma humana, y servir de juguete a los niños. Pero, a pesar de su aspecto grotesco, tenía Juan Chileno pretensiones a la elegancia; y en efecto, un hombre que se titulaba lenguaraz mayor de los caciques, un hombre que había sido fotografiado a costa del gobierno argentino, y a quien el mismo gobierno argentino había regalado un uniforme militar y un sable, no era, ni podía ser un hombre ordinario: le creímos todo al principio, en nuestras primeras relaciones. Entonces, Juan Chileno descansaba de sus fatigas y peregrinaciones en casa del cacique Cayuantí, en Maihué, donde había establecido su cuartel general. En ese momento Juan estaba algo enfermo: el hombre que había soportado las fatigas de numerosas peregrinaciones, que más de una vez había arrojado los *laquis* de los indios, había sucumbido a los ataques del pequeño dios maligno: cupido le había atravesado el corazón con una flecha, ¿flecha de qué madera? De madera de la hermosa Manuela, hija de Matías González, que vivía en las cercanías. ¿Dónde la vista de la Dulcinea de Maihué había herido con una descarga eléctrica al sensible Juan?, probablemente bajo la bóveda verde de algún manzano y quién sabe si no tuvo lugar la escena como en la *Égloga* de Virgilio. Alumno del Instituto Nacional de Santiago, sin duda ninguna Juan hubiera parodiado el verso del pastor, cantado por el cisne de Mantua:

*Malo me Manuela petit, lasciva puella
Et fugit in silvas, sed se cupit ante videri.*

Estaba enfermo, pues, el corazón de mi Juan Chileno. La presencia continua del objeto querido le hubiera curado, y seguramente, si en lugar de establecer su cuartel general bajo el techo de paja de su apreciado amigo el cacique Cayuantí (seis soles), hubiera transportado sus penates cerca de los de su querida; pero Juan tenía que satisfacer las exigencias de otro órgano, tan imperiosas como las del

corazón: era muy aficionado al aguardiente y al palacio del cacique era adonde venían a alojarse los honrados comerciantes, que siempre regalaban una botella de aguardiente a Seis soles. Y como era seguro que Juan, a pesar de la avaricia bien conocida del cacique en materia de licores, estando siempre presente, participaría de algunos tragos, en calidad de profundo político, se había quedado cerca de Cayuantí. De allí podía ir a visitar a su querida y llevar al mismo tiempo a su futuro suegro, algunas gotas del precioso licor.

CAPÍTULO II

Excursión a Maihué. Río Pillanleufú. Río Cunrigue. Llegada a la casa de Cayuanti. Presentación al cacique. Riña entre Juan Chileno y Melipán. Banquete. Despedida. Otra excursión a Maihué. Los Montesinos. Elisa Bravo. Viaje de Cárdenas a la Unión. Aflicción de Matías González. Causa de sus apuros. Marcha para la cordillera. Un rapto. Caravana. Camino a Chihuihue. Río Huentruleufú. Agua termal. Helena y Paris en Chihuihue. Salida de Chihuihue. El boquete. Río Follill. Cuesta de Lipela. Escalones. Dificultades. Inihualhue. Ceremonia. Tumbas. Diego Martínez. Lluvia. Colihue. Valle de Queñi. Lago de Queñi. Río Chachim. Balseo de Huabum. Aventura.

Salimos de las casas de Arsquilhué, atravesamos la larga pampa y llegamos pronto a orillas del río Pillanleufú, río turbio, correntoso, con grandes piedras, que viene de un volcán que hay cerca del lago de Riñihue hacia el norte; el práctico que llevaba nos mostró el vado y sin dificultad lo pasamos con el agua hasta el pecho del caballo; como a una cuadra más abajo del vado hay un rápido con muchas piedras. Después como a unos trescientos o cuatrocientos metros hay otro río: el Cunringue, de agua clara, con menos corriente que el primero; lo pasamos también sin dificultad. Más abajo se juntan estos dos ríos y se vacían en la laguna de Maihué. Después de pasar la pampa de Arsquilhué, las cordilleras se van estrechando más y más, luego llegamos a Maihué, a la casa del cacique Cayuanti: allí estaba Juan Chileno; detuvimos los caballos junto a la cerca, porque según es costumbre entre indios, cuando uno llega al frente de la habitación, aunque sea vecino y relacionado de la casa, debe uno esperar montado en su caballo. Nadie puede pasar adelante sin permiso y conocimiento del dueño; luego que se ha tomado noticia de dónde viene el transeúnte, y qué intención lo trae, salen las mujeres a barrer el frente, y a acomodar lo preciso para el recibimiento del huésped. En una ramada cerca de la puerta de la casa, ponen pequeños bancos, cubiertos con pieles para las personas de rango, y tienden otras en el suelo para las demás personas de la comitiva. Tan pronto como se concluye esta operación, se acerca a sus huéspedes el dueño de la casa, les da a cada uno la mano, les convida a que se apeen y les señala los asientos; entonces comienza la plática. Lo mismo pasó con Cayuanti; Juan Chileno me presentó al cacique, que ya me conocía de reputación. Juan tenía una venda en

un ojo; el día precedente había habido borrachera, de que participó también el calumniador Melipán, y cuando Cayuantí hubo sucumbido, él y su gran vaso, bajo los ataques repetidos del agua de fuego, entre Juan Chileno y Melipán se trabó una pendencia. Quién sabe si no fue por la nueva Helena ¡Amor! Tú perdiste a Troya, pero esta vez, casi hiciste perder el ojo izquierdo al desgraciado Juan, porque Melipán con los laques le dio un bolazo en la frente; y como suelen ventilarse estos asuntos entre los *gentlemen* de esas comarcas, Melipán fue sentenciado por Cayuantí a pagar a Juan una multa de cuatro ovejas, y a la mañana siguiente, los dos adversarios eran tan amigos como antes.

Cayuantí me recibió con mucha majestad, se trajeron pieles y nos sentamos uno en frente del otro; pude mirarle a mi gusto. Era un hombre bastante grande y gordo, pelo negro, tez morena; estaba vestido con chamal en las piernas, es decir, un poncho envuelto, otro en los hombros; la cabeza cubierta con un sombrero cónico. Deseando manifestar que no éramos huéspedes ordinarios, dio órdenes para que se cocinase una cazuela en nuestro obsequio. Conversé un rato con Melipán, que negó todo lo que se le incriminaba al respecto de las calumnias de que había sido el autor. Cayuantí embrutecido por la borrachera de la víspera, no despertó de su entorpecimiento, sino cuando vinieron a avisar que la comida estaba lista. Entramos Lenglier y yo, nos sentamos a la mesa; Cayuantí al frente de nosotros, como a dos pasos de la mesa, teniendo detrás a su mujer y sus hijas. A nuestra izquierda, Juan Chileno sentado en el suelo encima de un cuero, y a nuestros pies debajo de la mesa, teníamos al honrado Tigre, porque careciendo de servilletas, solíamos limpiarnos las manos en la piel gris del pobre perro. El ají sobresalía en la comida. Cayuantí nos hacía valer su importancia y su superioridad sobre los moros de la otra banda, con decirnos que él era cristiano, que tenía siembras y cosechas; en fin, quería darse por un hombre que había pasado por el crisol de la civilización, y que había salido de él completamente sublimado. Atendiendo a la crónica escandalosa de la vecindad, cuando el aguardiente comenzaba a montar a la cabeza de nuestro digno huésped, desaparecía el elemento cristiano; el salvaje volvía a aparecer, y Cayuantí no soltaba más el cuchillo de la mano. Concluida la comida, me convidó a ir con él a ver una mujer enferma, que vivía en una choza vecina; fui, la reconocí y según los datos que me dieron, la enfermedad resultaba de una inflamación producida por el abuso de aguardiente. Le di un purgante de calomelano que traía y le receté agua de linaza para que bebiese. Nos despedimos de Cayuantí en cuya mano, al apretarla, dejé una moneda de veinte centavos y volvimos a Arskuilhué.

27 DE FEBRERO

Al otro día por la mañana volví a Maihué, me interesaba por la enferma, y como iba a la otra banda bajo malos auspicios, gracias a las calumnias de Melipán, creía que la fama de la curación pasaría la cordillera, y podría hacer tornar un poco en mi favor la opinión de los pehuenches. Había sanado la mujer; otra reclamó mis cuidados, la receté, pero supe después que en lugar de seguir mis prescripciones,

los indios tuvieron más confianza en el machitún, sobre cuya celebración daré algunos pormenores más adelante.

Montesinos se preparaba para marchar, porque ya había llegado de Arique su hermano menor Marinao trayendo dos cargas de aguardiente. Este Pedro Montesinos y su hermano Manuel eran muy inteligentes, me gustaba mucho su conversación. Tenía sus toldos cerca de los de Huitraillán, cacique que vivía en las orillas del Chimehuin. Pedro como mayor de la familia, era obedecido y respetado de sus hermanos.

Lo llené de admiración un día que se ocupaba en trasvasijar aguardiente; hice un agujero en la parte superior del barril, y entonces pudiendo penetrar el aire, salió muy bien el licor. Admirado me pidió la explicación del hecho, se la di, y todo el día se lo pasó agujereando barriles, haciendo el experimento. Más tarde me hizo muchas otras preguntas quedando muy encantado con mis contestaciones, y concluyó diciéndome que debía ir a pasar algún tiempo con los indios del Chimehuin, de quienes sería muy bien recibido, porque podía enseñarles muchas cosas. Como vivía en un lugar donde me parecía debía estar nuestra desgraciada compatriota Elisa Bravo, que fue, como se sabe, raptada por los indios, después del naufragio del buque *Joven Daniel* en las costas de Valdivia, le pregunté si sabía algo de eso. Me aseguró haber tenido noticia del naufragio y de la mujer, que los indios se habían emborrachado con los barriles de licor que arrojaron las olas a la orilla, y enseguida habiendo asesinado a todos los naufragos, habían llevado consigo cautiva a la española. Mas, temiendo la venganza de los españoles, la vendieron por cien yeguas a los indios de Calfucura en Puelmapu. Pero inmediatamente, notando él mi admiración, agregó que la mujer había muerto hacía tres años, y no quiso darme más explicaciones. Montesinos como todos los indios no decía sino lo que quería decir. Después cuando estuve viviendo en los toldos de Huincahual pude imponerme de la verdadera existencia de esta pobre mujer, pormenores que daré más adelante.

Pasaba el tiempo en esas conversaciones, y esperando a Gregorio y Cárdenas, que había yo mandado a la Unión por el motivo siguiente: Montesinos, chileno, aquel individuo que cito en la primera parte de esta relación, y que me había sido enviado como lenguaraz por don Manuel Castillo Vial, gobernador de La Unión, antes de mi salida de Puerto Montt, el mismo Montesinos le había dicho a los indios tantas mentiras sobre mi viaje, y que habían originado el parlamento cuando me iba a Valdivia, había ido a la otra banda, y al regresar, creyendo que Motoco no podía correr tras él, porque tenía algunas cuentas que arreglar con las autoridades de los Llanos, se había apoderado ilícitamente de dos de sus caballos. Éste me rogó que escribiese una carta a las autoridades de La Unión para reclamar los animales, y Gregorio fue encargado de la diligencia.

16 DE FEBRERO

Aunque tenía prisa de pasar la cordillera, siempre tenía que esperar la llegada de algunos pehuenches con caballos para comprárselos por aguardiente, y se pasaba

el día en hacer observaciones frecuentes o conversando con los Montesinos; siempre sucedía algún acontecimiento que rompía la monotonía del tiempo. Un día Matías González llegó todo alborozado, pidiéndome recomendaciones y consejos sobre un asunto que le afligía; poco tiempo antes, había concedido la mano de su hija a un pehuenche, a cambio de algunas prendas. La cosa hizo ruido, la noticia de este contrato matrimonial de género insólito y contra las formas de las costumbres cristianas, llegó a los oídos del juez y vino la orden a Matías González de comparecer ante el inspector de Arique. Sorprendido Matías en medio de sus ocupaciones campestres, imploró mi asistencia para que hiciera algo en su favor, prometiéndome en cambio acompañarme a la otra banda y contar a los pehuenches cómo se le había querido castigar por haber dado su hija a uno de ellos, pero que el inglés, como solían nombrarme, le había librado de muchas persecuciones. Tomé informes respecto de la niña, los vecinos me dijeron que en nada había sido forzada, y que tenía hacía tiempo íntimas relaciones con el pehuenche. Por otra parte, estaba hecho el daño, la muchacha iba a ser pronto madre. Rigores para con Matías lo hubieran echado todo a perder, e irritado a los indios ya tan prevenidos en contra mía. Hice cuanto estuvo de mi parte en beneficio de Matías, y gracias a eso fue puesto fuera de causa; pudo entonces dormir tranquilo y pensar en vender a su otra hija, o para hablar con más política, conceder su mano al honrado Juan Chileno. Todas esas pequeñeces toman su importancia; en política como en diplomacia, no hay cosas pequeñas, como lo prueba el grano de arena que se encontró muy a propósito para Francia en la vejiga del lord protector de Inglaterra, Oliver Cromwell. Las calumnias de Melipán habían hecho muy difícil mi posición en la otra banda y se necesitaba toda la diplomacia de un Talleyrand para mejorarla un poco.

17 DE FEBRERO

Por fin llegó Gregorio Cárdenas de La Unión, y como tenía ya los caballos necesarios, nos preparamos para marchar al día siguiente.

18 DE FEBRERO

El miércoles, desde el alba, se pusieron en camino los Montesinos; nosotros íbamos a seguirlos después de haber hecho un ligero almuerzo. Ya teníamos el pie en el estribo, cuando vimos llegar a toda carrera al honrado juez de esa comarca, don Bonifacio Vásquez; corría persiguiendo a su criada, una chola que había caído en las redes amorosas tendidas por el astuto Manuel Montesinos, y se huía con este indio para ir a la otra banda a participar de su toldo y prepararle todas las mañanas el clásico asado de caballo. Eso nos contó Bonifacio, después de haber apaciguado su emoción con un trago de aguardiente que le pasó el dueño de casa, trago que tal vez le hizo cambiar el curso de sus ideas, porque al preguntarle si se

pondría en camino con nosotros para perseguir a la infiel criada, me contestó con mucha sangre fría que ya estaba hecha la desgracia, y que por otra parte, tenía muchos miramientos que guardar con los indios, porque tenía que hacer grandes negocios con ellos para el año siguiente, que hacía tiempo había reparado en su criada una afición muy marcada por la vida vagabunda, afición que habían desarrollado las frecuentes visitas del astuto Manuel, cuya presencia en su casa él había tan ciegamente tolerado en los últimos días. Bonifacio tenía, pues, la culpa por haber introducido al lobo en el corral de las ovejas. Y en fin, decía, que lo que había sucedido ese día hubiera sin duda tenido lugar después, y valía más en todo caso que hubiese caído en manos de Manuel que, aunque pehuenche, parecía de bastante buen carácter, que en las de otro mozo que no hubiese tenido para con ella los mismos miramientos. Aprobé los raciocinios de este digno juez. Sucesor en línea directa de Brid'oison y nos marchamos. Prieto y Ehijo, el uno vaquero y el otro administrador de la hacienda de Arsquilhué, nos acompañaron hasta Maihué, donde nos despedimos de esos honrados ciudadanos que habían hecho todo lo posible para hacernos soportable la vida en Arsquilhué, gracias a las recomendaciones de don Manuel Florín, su patrón.

La caravana esta vez se componía, además de mi persona, de Lenglier, los dos Cárdenas, José Bravo, que llevaba aguardiente a los toldos de Huitraillán; y en materia de animales, los caballos que montábamos, otros dos sueltos, una mula que le había alquilado a Prieto y que con otra de Cárdenas, servían para llevar la carga, y, en fin, de Tigre, que descansado de sus fatigas, daba brincos por los flancos de la columna. Caminábamos al paso con intención de ir a pasar la noche a Chihuihue, distante solamente doce kilómetros.

Los dos cordones que forman este largo valle, aquí se estrechan de tal manera que en algunos trechos el valle es sólo una quebrada, en otros ensanchándose un poco, se forman pequeñas pampitas. Nosotros faldeábamos las ramificaciones del cordón de la derecha, yendo siempre por debajo de árboles y quilas: durante todo el día no hicimos sino subir y bajar, cada bajada estaba marcada por un torrente, de los cuales hay uno bastante considerable: el Huentreleufú. Me aparté un poco del sendero, porque Motoco me dijo que a la derecha, a poca distancia en la cordillera que faldeábamos, se hallaba una vertiente de agua caliente; fui a verla, la temperatura del líquido era de 24° cent., siendo la del aire 13°. En fin, como a las cinco de la tarde llegamos a Chihuihue, allí encontramos a Helena y su pastor Paris, es decir, la chola fugitiva y Manuel Montesinos con sus dos hermanos, Pedro y Marinao. La chola era bastante buena moza y no parecía atormentada por los remordimientos originados por su fuga. Aunque en este lugar hay una casita, en la que viven un indio y su mujer, nosotros dormimos al aire. Era preciso, desde ese momento, decir adiós a lo confortable de la vida civilizada. No necesitábamos mucho tiempo para hacer la cama, teníamos el material en nuestras monturas; extendiendo en el suelo las jergas y encima los pellones, teníamos el colchón; la enjalma de cabecera, y las mantas para taparnos; así dormíamos como reyes, si es que duermen bien los reyes, con las zozobras del gobierno.

19 DE FEBRERO

No pudimos salir tan temprano como hubiésemos querido, fuimos atrasados por la pérdida de dos caballos en el monte; al fin se hallaron y nos pusimos en camino después de haber pagado al indio viejo de Chihuihue por los estragos que decía habían ocasionado los dos caballos en su campo de cebada. Luego que salimos de Chihuihue, entramos en valles y cordilleras, ramificaciones directas del boquete. Todo el camino como el anterior hasta Chihuihue, se compone de subidas y bajadas, algunas de ellas bastante pendientes y muy húmedas a causa de lo espeso del bosque que no deja penetrar el Sol; unas veces faldeábamos el cordón derecho, otras el izquierdo, separados sólo por la quebrada angosta, por donde corre el torrentoso río Follill, que atravesamos cinco veces; dos veces menos que en el viaje anterior y con menos agua: las nieves que lo alimentaban se habían ya concluido. En otra estación es muy peligroso a causa de los grandes trozos de piedras que forman su lecho.

El boquete de Llifén o de Ranco como lo llaman algunos, es una depresión de la línea principal de la cordillera. La cuesta de Lipela es el verdadero paso; el Follill llega hasta el pie de ella, y tuerce enseguida a la derecha. El sendero es cortado a pico; unas veces por entre peñas elevadas, otras va encajonado entre dos murallas de tierra, verdadero cauce de torrente en invierno; para pasar por ahí es preciso soltar los estribos y cruzar las piernas encima del pescuezo del caballo; las cargas se pasan a hombro; esta operación se repite en cada uno de estos estrechos, y en otros puntos donde el declive es muy pronunciado. En un lugar en que el sendero parecía mejor nos vimos de repente detenidos por un escalón de piedra como de dos varas y media: era de roca viva, los caballos lo salvaron rasguñando; estaban acostumbrados a ese camino; nosotros nos izábamos por los coligües. A cada rato nos deteníamos, ya para dejar descansar a los caballos o para descargar o cargar; otras veces, era una mula o caballo que dejaba el sendero, y era preciso volver a ponerlo en camino; un caballo se desbarrancó de una altura de cuatro varas, pero felizmente nada le sucedió. No hay palabras para dar una débil idea de lo que es esta infernal ascensión. Pasamos varias vertientes y llegamos a la cima del primer escalón. Como en el boquete de Nahuel Huapi, hay tres escalones hasta la cima. Los cambios de la vegetación se manifiestan del mismo modo: el coigüe es el árbol que alcanza hasta las regiones de la haya antártica que comienza como a 500 metros, la acompaña por algún tiempo y cesa enteramente; sólo arbustos se ven en adelante: el canelo, planta pequeña, el ciruelillo, sólo de algunas pulgadas, mientras que abajo éstos son árboles de alguna magnitud. La haya antártica sólo en las regiones de las nieves se manifiesta con esas ramas de formas caprichosas que he descrito en el paso del boquete de Nahuel Huapi. Aunque la pendiente es mucho mayor en los otros dos escalones, pudimos pasarlos más prontamente, porque en la vegetación, siendo menor, las cargas no se enredaban tanto. Al fin, como Dios es grande y Mahoma su profeta, y que hay un dios para los caballos, como hay uno para los borrachos, alcanzamos la cima sin accidente alguno, pero sudando sangre, cansados, casi cortados. Descansamos un rato y bajamos el primer escalón,

enseguida el segundo, y llegamos a Inihualhue. Aquí como en el cerro Doce de Febrero y el de la Esperanza, en el boquete Pérez Rosales, se hallan mesetas con pequeñas lagunas, producidas por las nieves; en ese tiempo, sólo ahí había nieve; en los demás puntos se había derretido.

La meseta de Inihualhue es circular, una hierba menuda tapiza el suelo surcado por un riachuelo que corre con suave murmullo; cerca, a la derecha, se veía un cerro grande con nieve en la cima. Nos detuvimos para dejar descansar los caballos y acomodar las cargas. Luego en un círculo que hay trazado a la derecha, como de tres metros de radio, cada una de las personas de la comitiva con mucha seriedad, dio tres vueltas en un pie: esta ceremonia asegura el éxito del viaje a todo viajero que atraviesa el boquete, tanto para Valdivia como para las pampas. ¿De dónde viene esta costumbre perpetuada por la tradición?, nadie lo sabe, pero todos la cumplen con escrupulosa exactitud. El círculo tiene como dos pies de profundidad, y parece ahondado sólo con la repetición de la ceremonia. Nosotros conformándonos con la costumbre, dimos también las tres vueltas en un pie. La altura de la cima, señalada por el barómetro aneróide que llevaba, es de 922 metros.

Listos los caballos y las cargas, empezamos otra vez a bajar; el descenso no era tan violento como al principio de la cuesta de Lipela: faldeábamos el cordón derecho de un valle que se dirige de Oeste a Este, por donde corre el estero de Queñi, valle que va a concluir en el lago del mismo nombre, y después oblicuando el Nordeste se une al lago de Laca.

Apenas salíamos de la meseta, un cúmulo de ramas verdes nos llamó la atención. Vimos a la gente que quebraba ramas y las echaba encima de esta especie de túmulo de hojas. Se nos dijo que allí descansaba un pehuenche muerto helado en la cordillera, en compañía de otro que un poco más abajo tiene su sepultura. Esos dos pehuenches habían venido de la otra banda a buscar mujeres que les ayudasen a pasar con menos trabajo el desierto de la vida y el desierto de la pampa. Viaje infructuoso: al volver fueron sorprendidos por la nieve y dejaron sus huesos en la cordillera. Lo que es la suerte: apenas se sabe dónde están las tumbas de uno que otro de esos grandes hombres de la historia, y aquí hay las de dos oscuros pehuenches en las cuales se ponen continuamente flores y verduras. Mientras dure el comercio de aguardiente, y mientras pasen el boquete honrados traficantes llevando alcohol a los indios, eterna verdura coronará vuestras tumbas, y salvará del olvido el lugar donde yacen los restos de dos desconocidos salvajes, y si un día vuestra alma viene a revolotear encima de su antiguo forro, de los barriles de los comerciantes, la alcanzarán emanaciones perfumadas del licor que, como buenos indios, debisteis haber amado durante vuestra vida; la tierra os sea liviana... Hacía esta deprecación, cuando fuertes latigazos y voces de hombres animando caballos, interrumpieron mis fúnebres meditaciones. Efectivamente, un instante después, encontramos una caballada conducida por peones, y un joven de elevada estatura, buen mozo, que dijeron era Diego Martínez. Este individuo se encontraba implicado en las calumnias esparcidas entre los indios sobre mi persona. El gobernador de La Unión, a quien había avisado, debía mandar arrestarle a su llegada. A mis preguntas contestó Diego Martínez que todo era falso, y sus protestas fueron tan

acaloradas, que le di unas cuatro letras para don Manuel Castillo Vial, a fin de que no se le inquietase. Pero, más tarde, me contaron los indios que efectivamente se había mezclado Martínez en esas mentiras. Casi todos esos comerciantes son una pura canalla, y no valen más que los indios, a quienes frecuentan: siempre ha sido lo mismo. En una memoria sobre el estado de las misiones, y los medios de atraerse a los indios infieles, don Salvador Sanfuentes, Intendente de la provincia de Valdivia, en 1848, manifestando la inutilidad de sus esfuerzos, y la resistencia obstinada con que los indígenas se oponen a la civilización, añade: es harto sensible que a tan obstinada resistencia se acuse de haber contribuido en mucha parte con sus perniciosos consejos a varios españoles, interesados en explotar por sí solos el comercio con los de indios y, consiguientemente, que ellos se mantengan en la barbarie. La cosa no ha cambiado como lo prueba la conducta de Montesinos y de Martínez.

Apenas nos separamos de este último cuando una lluvia muy fuerte comenzó a caer.

Lo que me inquietaba no era el ser mojado, pero tenía en mi carga muchas cosas que se podían echar a perder con la lluvia; consulté con la gente para deliberar sobre el asunto, y todos fueron de parecer que alojásemos un poco más abajo de la tumba del otro pehuenche, en una pampita, donde podían pacer los caballos, y donde un estero que viene de la cordillera nos proporcionaría agua a discreción. Nos hallábamos casi en la mitad de la bajada; llovía a cántaros. La primera cosa que hicimos fue construir unos toldos con coligües: tres ramas encorvadas se fijaron en el suelo y tejidas con otras puestas encima, formaron el esqueleto; se cubrieron con ponchos y jergas; de ese modo nos proporcionamos un abrigo para poder pasar la noche, mal que mal. Tigre, nuestro perro, que no tenía ninguno de los gustos acuáticos de los perros de Terranova, se acomodó en el tronco hueco de un árbol que le proporcionó un asilo perfectamente apropiado a las circunstancias. Esto no era lo bastante, era preciso encender fuego; todo estaba mojado, pero por fortuna el mozo Cárdenas se había llenado los bolsillos con palo podrido. Sacamos fuego con el eslabón, y un rato después, cerca de un fogón brillante de coligües, calentábamos nuestros miembros entumidos. Esto me reconcilió un poco con este arbusto que tantas veces nos había hecho arrojar imprecaciones en el camino. El coligüe crece derecho como una lanza; nudos igualmente distantes, forman anillos en esta caña, que es de un color amarillo, cuando es viejo el arbusto. Las hojas puntiagudas del coligüe se conservan siempre verdes, aun en el invierno y ofrecen un pasto constante para los animales. Se dice que los leones americanos se contentan con él, cuando no tienen otra cosa que comer. El palo sirve de mango para las lanzas de los indios. Seco arde chisporroteando, y da una viva luz; los indios lo usan como antorchas para alumbrarse. Esta planta tiene bastantes títulos para la consideración pública, pero tantas veces en nuestro viaje el coligüe nos había casi cegado o despanzurrado, que fue preciso sentirnos secar al fuego de sus varas para olvidar los rencores que le teníamos.

20 DE FEBRERO

Llovió toda la noche: por supuesto era de suponer que madrugaríamos; estuvimos en pie al rayar el alba. Con el día cesó la lluvia; después de haber hecho el almuerzo acostumbrado de cordero asado, nos pusimos en camino, y orillamos el estero Queñi. El declive es suave, pampitas cubiertas de altas hierbas, y de las mismas flores amarillas que habíamos reparado en Chihuihue, alternaban con el bosque en el sendero que seguíamos. Cerca de la cuesta, en las dos faldas de la cordillera, la flora es casi la misma. En este valle la cordillera de la izquierda sigue sin interrupción hasta el lago de Queñi, pero al frente de éste, la de la derecha tiene una depresión sensible y forma un abra. Se deben contar veintiocho kilómetros desde Inihualhue hasta el lago de Queñi; un poco antes de alcanzarlo, atravesamos el estero, que ahí casi es un río.

El lago de Queñi a 562 metros sobre el nivel del mar, es de forma triangular; sus lados tienen cada uno como dos kilómetros de extensión. Echa sus aguas en el lago de Lacar, por el río Chachim. Evitamos una subida difícil, siguiendo por algún tiempo la orilla; nuestros caballos tenían el agua hasta el vientre. Subimos otra vez a la falda y caminamos al Nordeste, doce kilómetros. El valle concluye oblicuando en el lago de Lacar. Atravesando terrenos pantanosos alcanzamos al balseo; un poco antes pasamos un riachuelo cuyo nombre no nos supo decir nuestra gente, y que viene a echarse en el Chachim.

Este balseo no era el mismo que habíamos pasado cuando volvíamos de donde Paillacán. Este estrecho se llama Huahum, dista del otro como ocho kilómetros hacia la izquierda, y entre los dos, el río Chachim se junta con el lago de Lacar. Motoco se fue adelante para llamar al indio que maneja la embarcación, se demoró algún tiempo. Parece que los indios estaban embriagándose con el aguardiente que les había traído Panguilef de la Mariquina, que había pasado la víspera en la otra orilla. Al fin volvió, diciendo que ya estaba en la embarcación un joven indio. Bajamos a la orilla y desensillamos los caballos. El joven indio pidió por retribución un pañuelo, que le di. El único remo de la canoa era un palo, en cuyo cabo tres pedazos de tabla amarrados con voquil, formaban la paleta. Embarcamos en la canoa los bagajes y las monturas. Dos viajes bastaron para pasarlo, nosotros también, y sólo quedaron en esa orilla los caballos y Motoco, que esperaba la vuelta de la canoa para hacerlos pasar a nado y después balsearse él mismo en la canoa. Pero en ese momento, cuando tocábamos la orilla opuesta, llegó un indio de cuerpo flaco y delgado, de nariz aguileña, que dijo dos o tres palabras al otro indio. Se trabó un coloquio entre él y José Bravo, que había desembarcado; viendo yo que no salíamos a tierra, no podía entender lo que pasaba, cuando José Bravo me dijo que el recién llegado no quería dejar volver la canoa a la orilla opuesta, si no se le daba algún regalo. Estábamos en una posición muy curiosa, nuestros caballos en una orilla, y nosotros con los bagajes en la otra. Si Motoco hubiera sabido nadar, el embarazo no era grande, pasaba, ensillábamos los caballos, y nos marchábamos, además ese obstáculo no se hubiera presentado. Motoco por su fuerza física y su carácter atrevido, bien conocido de los indios, era muy temido. El bribón que nos

detenía se llamaba Linco. Viendo nuestra posición difícil se mostraba exigente, al fin cedía ya con la promesa de una camisa, cuando llegó a toda carrera otro indio, con un sable en la mano, gesticulando y gritando como un demonio; estaba tan ebrio que apenas podía tenerse en el caballo. Este indio, como lo supimos después, se llamaba Truncutu, era platero, cuñado de Linco, el indio flaco que le había precedido. Vociferaba haciendo encabritar el caballo y me tiraba puntazos al vientre con el sable. Yo comprendía muy bien que todo eso era con el objetivo de intimidarme para que le diese alguna cosa, pero resistí; exasperado el indio, me tiro un corte y me botó el sombrero, al mismo tiempo me dio una pechada con el caballo. Tenía mi revólver escondido debajo del poncho, no me habría sido difícil voltearle a mis pies de un pistoletazo, pero eso habría empeorado nuestra posición; no podíamos tocar retirada, ni tampoco pensar en huir hacia adelante sin nuestros caballos, y aun cuando los hubiéramos tenido, los indios deseosos de vengar la muerte de su hermano, nos habrían alcanzado y jugado una mala pasada. Y como nuestro proyecto final era ir con los indios al Carmen y quedar amigos con ellos, creí más prudente parlamentar. Además, había ya muchas prevenciones desfavorables a mi persona entre esa gente, para que un acto de violencia como ése nos hubiese perdido enteramente.

Pero mientras más le hablaba, más rabioso se ponía Truncutu, que no me entendía una palabra. No se sosegó sino cuando llegaron las chinas que le colmaron de injurias. No sabiendo qué contestar, se calló y pidió de beber. No había en qué darle agua; indicó por un gesto uno de nuestros estribos de madera. Yo desaté uno y la china lo llenó de agua, el señor Truncutu lo vació siete veces seguidas. Mientras tanto, en la otra orilla, Motoco se daba a todos los diablos, viendo el atrevimiento de este bruto, y empezaba ya a juntar palos para hacer una balsa y pasar; entonces la cosa habría tenido otro desenlace: una cuchillada no era nada para un carácter tan violento como el de Motoco. Aunque ebrio, lo entendió Truncutu y envainó su sable. Yo para concluir entonces, regalé una camisa y un pañuelo a cada uno de los indios, unas chaquiras a las chinas, y se acabó el alboroto. La embarcación fue a la otra orilla, Motoco se embarcó después de haber echado al agua los caballos y nos aprestamos para seguir la marcha y librarnos luego de ese estorbo, porque podían llegar otros indios, que habían como unos veinte en la toltería vecina, y hubiera sido preciso ceder a nuevas exigencias.

CAPÍTULO III

Marcha. Preparativos. Reclamación de Hilario. Lagunas de Curilaufquén. Cerro Trumpul. José Vera. Noticias. Hueñupán. Carne de caballo. Lago de Lacar. Sus aguas pasan por los lagos de Pirihueico y Riñihue. Suceso del indio Paulino. Baños. Pinos. Llegada a la residencia de Huentrupán. Coyagtun. Fuga de los peones. Indias. Sus ocupaciones. Visita a Trureupán. Mari-Mari presidente. Un bautismo. Despedida de Trureupán. Cerro de la fortaleza. Llegada a la casa de Antinao. Foiguel. Volcán Laguín. Laguna de Quilquihue. Yafi-Yafi. Descripción. Un caballo choiquero. Meseta. Equivocación de Villarino. El Chasley. Telégrafos. Llegada a los toldos del Caleufú. Recepción. Antileghen. Jacinto.

El balseo donde acababa de pasarse esta borrascosa escena es un brazo de río de ochenta metros de anchura, de siete a ocho pies de profundidad y parecía contener numerosos peces a juzgar por los saltos que daban algunos en la superficie del agua; este brazo inclinándose al Noroeste va a la laguna de Pirihueico que echa sus aguas al lago de Riñihue y éste al Pacífico por medio del Calle-Calle. Hablaremos de él más en extenso cuando demos una descripción general del lago de Lacar.

El Sol estaba a punto de ponerse: no podíamos pensar en alojar tan cerca de los indios. Hicimos noche a algunas millas más lejos en la orilla del lago.

A la noche hice mis preparativos, porque al día siguiente debíamos encontrar los toldos de Huentrupán y quería poner en bultos separados lo que reservaba a cada uno de los caciques, a fin de no excitar su codicia con la ostentación de mis riquezas en su presencia. Motoco me ayudó en esa operación, porque conocía bien el genio de cada uno de los caciques que encontraríamos, y me aconsejó, a fin de hacer a cada uno un regalo conveniente a su carácter.

21 DE FEBRERO

En la mañana nos pusimos en camino; llegamos cerca del antiguo balseo Nontué, y un poco después a la casa de Hilario, indio cristiano. La casa está situada en las orillas del lago, al frente se halla una isla, y entre la casa y la orilla del lago se ven

las ruinas de una antigua fortificación española. Al otro lado reparamos en un cono de piedra, como de 30 metros de altura, que brota del monte con la cima desnuda. Motoco nos dijo que esa peña se llamaba Culaquina. Me demoré un instante en casa de Hilario, tenía una reclamación que hacerme. Los dos peones que se habían quedado en los toldos de Antinao y que se habían vuelto con Labrín, después de su pasaje encontró Hilario en uno de sus campos los restos de un ternero y decía que había sido muerto por Labrín y sus compañeros. Hilario reclamó el pago. Le dije que no pagaría sino la mitad, que en algunos días más pasaría José Luarte, primo hermano de Labrín, y que le pidiese a él la otra mitad del valor. Convinimos en que le daría un potrillo de un año, pero mientras me lo procuraba le dejaría empeñado un caballo de los que traíamos, que estaba muy cansado y necesitaba un descanso de algunos días, y que más tarde me lo volvería al recibir el potrillo convenido. Concluido este negocio, nos pusimos en camino, pasamos por la chacra donde habíamos visto a Huentrupán, cuando volvíamos de donde Paillacán. Atravesamos potreros donde pacían algunas vacas, reparé que casi todas eran gachas, es decir, con las puntas de los cachos encorvados hacia la frente.

Al fin faldeamos la cordillera que sirve de barrera septentrional al lago de Lacar y atravesamos un riachuelo.

Este cordón es una inflexión que hace hacia el este la cordillera central; es bastante alto; en unos lugares cubiertos de monte, en otros se ven las crestas desnudas, efecto de los torrentes producidos por el derretimiento de las nieves o por los aluviones que han barrido todo en su pasaje. No quedan más que troncos de árboles, que parecían cirios alineados sobre un altar. Caminábamos casi a igual distancia del lago y de la cresta, ya acercándonos, ya alejándonos de éste. Encontrábamos de cuando en cuando pampitas donde dominaban los juncos, lo que nos hizo pensar que en invierno debían ser otras tantas lagunitas. Descendiendo a un bajo, hallamos dos que se llaman *curilaufquen*, lo que significa en la lengua chilena, lagunas negras. Unos que otros patos y hualas nadaban en la superficie. Al fin, llegamos al pie del cerro Trumpul, cerro de una forma notable. Del lado opuesto al lago, su pared es perpendicular, sale de la hierba de una pradera, y tiene como ciento cincuenta pies de altura; del otro lado tiene el mismo declive que el terreno: unos 25 grados.

Entre el cerro Trumpul y el lago se ve la choza de José Vera; éste nos esperaba al pie del cerro. Nos apeamos para descansar un poco y consultarnos sobre la conducta que debíamos observar en los días siguientes. Nos corroboró todos los rumores que habían ocasionado las calumnias de Melipán y también nos dio la noticia que los dos peones, que quedaron de rehenes, se habían escapado. Respecto de mi viaje al Carmen, no pudo decirme nada de cierto, sino que iría en esos días a los toldos de Huitraillán, cuya gente iba él a conducir por el precio de treinta yeguas, y si tenía ganas de aprovechar esta ocasión, se ponía a mi disposición para conseguir el permiso del cacique. Esta proposición merecía meditarla; por otra parte estábamos cerca de los toldos de Hueñupán, a donde podíamos llegar al día siguiente muy temprano, y me resolví a alojar en la choza de Vera. Bajamos al lago por una pendiente muy fuerte que nos obligó a hacer muchos caracoles. Allí vi por la primera vez a Hueñupán que había sido criado en Valdivia, en casa de don

Ignacio Agüero. No supimos, sino más tarde, que era uno de los asesinos de Bernardo Silva, muerto en la Mariquina, pero el aspecto extraño de su fisonomía me sorprendió. Produjo el mismo efecto en Lenglier; hablábamos de eso a José Vera y nos dijo que era hombre de un genio maniático, exaltado y algo loco. José Vera vivía ordinariamente en los toldos de Troureupán, pero había venido a las orillas del lago para la cosecha, y se había construido una habitación mitad toldo, mitad ramada. La mujer de José Vera era cristiana, y su hermana era casada con Hueñupán, las dos habían sido criadas en Valdivia. Allí debimos resignarnos a comer carne de caballo, por habérsenos concluido el cordero que teníamos para pasar la cordillera y José Vera no tenía ganado. Comimos de mala gana, pero prometimos abstenernos de esa carne todas las veces que pudiésemos hacerlo. Un poco más lejos de la casa de José Vera, se concluye el lago de Lacar. Ahora podremos hacer una descripción completa de él.

En este punto la línea divisoria de las aguas, abandonando su dirección nortesur, hace una inflexión como de ochenta kilómetros hacia el Este, deprimiéndose al mismo tiempo, y encerrando al lago de Lacar que aparentemente colocado en el otro lado de la cordillera, vacía sus aguas en el Pacífico.

El lago situado a una altura de 530 metros sobre el nivel del mar se extiende de Este a Oeste. Empieza con bastante anchura, como de seis kilómetros. El cordón norte del valle de Queñi lo bordea al sur hasta el río Chachim, donde concluye. Desde ahí el cordón sur del mismo valle se acerca al lago y lo rodea al Este deprimiéndose casi enteramente. El pico de Culaquina es el más notable en los cerros del sur; el Trumpul, en los del norte. El cordón del norte se halla algo retirado de las orillas del lago, dejando un extenso llano donde tienen los indios sus chacras y potreros: las posesiones de Huentrupán y de Hilario se encuentran en ellas. Los españoles habían construido unos fortines en esa misma orilla, sabiendo muy bien que una vez pasado el boquete no había otro medio de llegar a las pampas, sino por la orilla norte. Como a treinta y dos kilómetros de su origen se estrecha el lago de Lacar, para formar el balseo del Nontué que tiene como cuarenta metros de ancho; vuelve enseguida a ensancharse, forma otro cuerpo del lago, que tiene como ocho kilómetros, donde entra el río Chachim, desagüe de Queñi. Vuelve a estrecharse otra vez en el balseo de Huahum, ancho como de ochenta metros, continúa del mismo ancho por espacio de veinte kilómetros, y se junta al lago de Pirihueico. Este lago se extiende de Este a Oeste como treinta kilómetros, es angosto, no alcanza a cuatro kilómetros en su mayor anchura, su desagüe el río Callitué, se junta a los desagües de los lagos de Panguipulli y Calafquén situados al norte de este paralelo en el lado occidental de la cordillera; toma entonces el nombre de río Choshuenco para vaciarse enseguida en el lago de Riñihue. Este lago se extiende de Noroeste a Sureste, por espacio de veinte kilómetros y un ancho de dos hasta cinco. Su desagüe es el río Valdivia.

Aquí se tiene, pues, un lago, el de Lacar, que a primera vista parece hallarse al otro lado de la línea divisoria de las aguas, sin embargo, vacía sus aguas al mar Pacífico; su extremidad oriental no dista más de quince a veinte kilómetros de los grandes tributarios del Atlántico.

Uno que pasase la cordillera sin darse cuenta de este ejemplo tan singular, se sorprendería mucho más al oír contar a los indios de los toldos de Huentrupán, que un indio de Valdivia llamado Paulino, habiendo ido a negociar a este lado, las nieves del invierno le cerraron el paso del boquete; apremiado por ciertas circunstancias, se juntó con otros dos de sus paisanos que habían corrido la misma suerte, y se fueron a caballo hasta el lago de Pirihueico; allí construyeron una canoa, y por el río Callitúe llegaron al lago de Riñihue, asombrando a todos los de Valdivia con ese viaje, que revelaba tantos misterios sobre la formación natural de esos lugares. Al principio se creyó una fábula, pero después se ha conocido la realidad del hecho. Don Atanasio Guarda me dijo que él mismo había prestado caballos al indio al desembarcarse, para que se fuese a Futronhue de donde era.

El lago de Lacar tiene muchos peces. Los indios que viven en las orillas, aprovechan las creces del río para detener los peces en cercados de ramas cuando baja el agua.

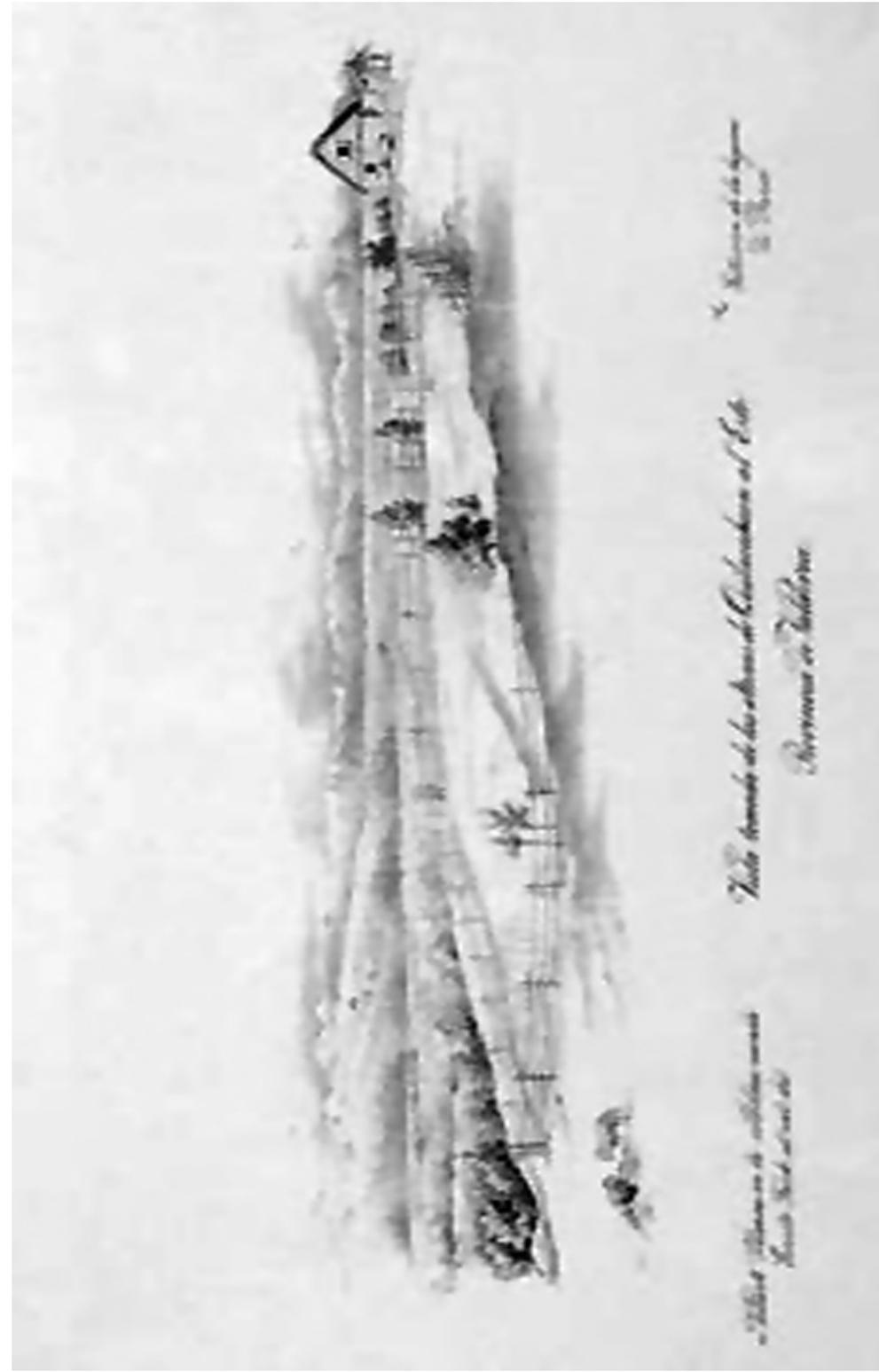
Volvamos ahora a tomar el hilo de la narración. Después de haber almorzado con carne de caballo, Vera nos sorprendió mucho al convidarnos a que nos bañásemos en el lago. Criados en la idea de que un baño después de comer puede tener fatales consecuencias, rehusamos. Él se quitó su poncho y el chiripá, y se botó al agua. Más tarde en el Calefú vimos hacer lo mismo a todos los indios, sin que les sucediese ningún accidente. Lo que prueba que todo depende del hábito.

A la tarde, bajo la sombra de un manzano cargado de frutos, convinimos con Vera y Motoco sobre la línea de conducta política que debíamos seguir. Vera y Motoco llevarían de mi parte un regalo a Huitraillán, cacique de alguna influencia y que convenía a traérmelo, mientras tanto seguiría mi camino hasta donde Paillacán, aunque estaba indeciso todavía si me establecería en los toldos de este último o en los de Huincahual.

22 DE FEBRERO

Al día siguiente José Vera nos acompañó a los toldos de Huentrupán, distantes como seis kilómetros del cerro Trumpul. Allí como a 500 metros sobre el nivel del mar empiezan a aparecer los pinos²⁹, que adornan las colinas oscureciéndolas con su verdura sombría. Son casi los únicos árboles que se ven. En los planos sólo hay plantitas pequeñas, que crecen en la arena. Al fin, por una pendiente inclinada se llega a las orillas del riachuelo donde vive Huentrupán. Al otro lado se elevan dos casas con techo de paja, pero, sea por el calor, sea por otro motivo, los indios se habían establecido en este lado del arroyo, en toldos hechos con coligües. Nos apeamos, se formó un círculo alrededor de Huentrupán, y empezó el *coyaghtun* entre José Vera, nuestro lenguaraz, y el cacique. Después José Vera le tradujo la carta de don Ignacio Agüero. Huentrupán reconoció todo lo que decía este caballero, respecto de sus excursiones en las pampas. Y después me dijo que efectivamente

²⁹ *Libocedrus chilensis*.



W. G. 1844
South Hill at West Hill

Vista tomada de las alturas de Quilacachún el Este, provincia de Valdivia. Rodolfo Philippi. Museo Histórico Nacional, Santiago de Chile.

había corrido el rumor de que yo llevaba aguardiente envenenado; que él mismo, asustado al principio, y uno de los primeros informados, había hecho prevenir a todos los caciques. Que se había tenido un parlamento con todos los jefes vecinos, pero que él, Huentrupán, reflexionando que esos rumores no podían ser sino mentiras, había abogado en mi favor, para que no solamente no se nos hiciese ningún daño sino, también, para que Paillacán nos diese el paso prometido para Patagónica.

Nos confirmó la noticia de la fuga de los dos peones, que había dejado como rehenes en lo de Paillacán, encontrándose en ese momento en poder de otros indios cerca de sus toldos; le hice notar entonces a Huentrupán que si yo hubiera sido un hombre sin palabra, podía haberme ido sin llevar los regalos de rescate a Paillacán, ya que mis peones no estaban en su poder, pero que quería cumplir fielmente con mi palabra, siguiendo hasta Lalicura, residencia de ese cacique.

Huentrupán me prometió mandar un chasque a los toldos donde se hallaban mis hombres para avisarles de mi llegada.

Relato aquí el modo cómo se efectuó la fuga, según me lo contó uno de ellos, que volví a ver en Valdivia, porque como se verá más adelante, no pude verlos más antes de mi vuelta a esa ciudad. Temiendo que los indios que los maltrataban mucho acabasen por matarlos, golpeados por Paillacán y Quintunahuel su hijo (así me ocultaban lo que realmente se había pasado), Soto y su compañero Díaz se habían escapado de Lalicura; subiendo la cordillera, habían atravesado el Caleufú cerca de su origen, no teniendo qué comer sino el fruto del muchi. Como tenían zapatos, y caminaban por las arenas de las pampas, fácilmente se les podía seguir el rastro; así es que unos indios los habían alcanzado y conducido a sus toldos, situados a tres leguas al norte de los de Huentrupán, donde se hallaban en el momento de mi pasaje.

Hice regalos a Huentrupán; me retornó una oveja y mandó al indio Pulqui en busca de mis hombres. Comimos la oveja con un gusto fácil de concebir, después de la carne de caballo de la víspera. Volvimos a reconocer a las chinas, aquellas que habíamos visto en el viaje para Valdivia, saludándolas con el nombre de *Lamuen* (hermana). Eran casi todas donosas y cristianas, muchas de ellas nacidas en la provincia de Valdivia. Huentrupán, él mismo, había sido criado en las orillas del lago de Ranco. Esas mujeres eran trabajadoras incansables, se conocía por la cara risueña que tenían en medio de sus faenas, que trabajan más por su gusto que por fuerza; unas preparando la harina, las otras tejiendo ponchos. La mujer de Huentrupán, una tía gorda en forma de bola, presidía las faenas. El viejo Huentrupán sentado en el suelo sobre pellones, presenciaba todo con aire patriarcal. En fin, aquello respiraba bienestar y tranquilidad. Ya llevo dicho que cerca de la cordillera los indios tienen siembras. Aquí las fisonomías no tienen ese aire salvaje feroz que habíamos reparado en los indios situados más al Este.

Después de algún rato, me fui a hacer una visita a Trureupán, que vive como a una milla de distancia, en las orillas de otro riachuelo. Cuando llegué, mi digno amigo, el cacique, estaba en su choza. Figuraos un hombre gordo, con barriga enorme, y tan enorme que le era imposible verse los pies sino sentado. Estaba casi desnudo como todos los indios en sus toldos. Los ojos colorados, salidos de sus

órbitas y a causa del calor del día, un pie de lengua fuera de la boca, con el mismo movimiento alternativo que la de los perros cansados; aunque sentado, tenía en la mano un bastón a manera de cetro; a sus pies un cántaro de agua, de la cual se echaba a cada instante en la cabeza para refrescarse exteriormente, y a grandes y repetidos tragos el interior; al mismo tiempo sudaba y soplabla como un fuelle de fragua; tal es el retrato de mi amigo, el cacique Trureupán: tenía la espalda sostenida por un barril vacío, en otro, a manera de almohada, apoyado el codo; atento presenciaba una partida de naipes, empeñada en un círculo de unos veinte mocetones, con caras coloradas por las continuas borracheras. Hablando geográficamente, no había más que una milla de distancia entre los toldos de Huentrupán y los de Trureupán, pero considerando las caras feroces de los asistentes, y las honradas fisonomías de la toldearía vecina, uno hubiera podido creer que había más de mil leguas de distancia.

A mi llegada, Trureupán dio a su cara de borracho el aspecto más risueño de que era capaz. Le hice un regalo y por medio de José Vera me dijo que sentía mucho la manera descomedida con que se me había tratado en mi viaje anterior, pero que esperaba que yo hubiera olvidado todo. Mientras conversábamos, las mujeres curiosas, como todas las hijas de Eva que hayan nacido en el toldo del indio o bajo el techo de gente civilizada, se habían acercado. Mi larga barba les causaba admiración; me trajeron tijeras para ver si quería cortarla. Trureupán me presentó uno de sus parientes, un indio viejo, de cara asquerosa, y para manifestar que había olvidado lo que había pasado la primera vez, quiso que yo le diese la mano y le tratase de cuñado.

Por fin me despedí de los asistentes, y volví a los toldos de Huentrupán; José Vera se volvió a su casa acompañado de Motoco. Para pasar el tiempo me senté a la sombra de un manzano, al lado del viejo cacique conversando con él; le mostré una lámina, donde estaba representado el Presidente actual de Chile, con sus cuatro ministros, el *futa troquiquelu*, como le dicen los indios. Muchos se acercaron, movidos por la curiosidad, y todos, Huentrupán el primero, saludaron al retrato diciendo: *mari mari*, Presidente. Su admiración aumentó cuando les leíamos algunas palabras en el diccionario chileno-español, y unas frases de la gramática chilena, palabras y frases en *Dugu Mapu* y los rezos, que algunos, principalmente las mujeres, sabían de memoria.

A la noche volvió Pulqui, que había ido de chasque a los toldos de los indios donde estaban mis hombres. Dijo que vendrían al día siguiente, que les había hallado ocupados en hacer chicha, y de la cual habría tomado una buena ración, porque el honrado Pulqui volvía bastante ebrio.

23 DE FEBRERO

Por la mañana, como no viniesen los hombres, pensamos en la marcha, recomendándolos mucho al cacique mientras volvía yo a ponerlos en camino para Valdivia. Antes fuimos actores de una ceremonia religiosa; Pulqui, el indio atrás citado, era

casado con una mujer bastante buena moza; cuando muy joven había servido en Valdivia, y por consiguiente era cristiana. Pulqui en uno de sus viajes a la otra banda, la encontró huérfana en Huequecura, el padre y la madre de María habían muerto en la misma noche heridos de apoplejía, causada por el aguardiente. Se casó con ella y tenía una hija de algunos meses. Quería la madre que su hija fuese cristiana y Pulqui también, aunque él fuese moro. Ir a la otra banda a la misión para bautizarla no era posible, el viaje sería demasiado pesado para la criatura. Como para abrir las puertas del cielo a todo ser viviente basta derramarle un poco de agua en la cabeza, pronunciando las palabras sacramentales, propuse a María que le bautizaría a la niña, proposición que aceptó con mucho gusto. El padrino fue Lenglier, la madrina la hermana de José A. Panguilef de la Mariquina. Lenglier tomó la cabeza de la niña entre las manos, la china los pies y eché el agua pronunciando las palabras de rigor. El nombre que di a la nueva cristiana fue Isabel del Rosario, Isabel en memoria de una amiga respetable de Santiago, y Rosario, porque era uno de los nombres de la madrina. Los indios se manifestaron más apegados a las formalidades de lo que yo había pensado. Quisieron que recitase el Credo en lengua chilena. Tomé el libro y comencé a leer el Credo. Lenglier y la china lo repetían. Para celebrar la ceremonia, Pulqui descargó una escopeta vieja que tenía. Hicimos algunos regalos al padre, a la madrina y a la donosa comadre María; y en verdad que era una guapa moza, de mejillas rosadas como manzanas de abril, de formas bien proporcionadas no obstante un poco viriles, y de una cabellera negra, tan abundante, que cuando la destrenzaba, le caía en la espalda como un manto.

No llegando los peones nos pusimos en camino; nos dirigíamos hacia la casa de Antinao, dejando a la derecha las de Trureupán, pero no contaba con la cortesía de mi digno amigo, el cacique. Estaba como a doscientos metros delante de su habitación, cuando oí a mi espalda un ruido de caballos y vi venir a la cabeza de sus mocetones al indio gordo montado. ¡Cómo habría podido montar a caballo con su corpulencia mi honrado amigo!, fue un problema cuya solución no busqué. Nos separamos buenos amigos, y de una carrera alcanzamos la casa de Antinao. El valle en cuya entrada habitan Trureupán y Huentrupán tiene en su origen un ancho de dos o tres millas; es limitado al norte por una cadena de montañas cubiertas de bosques, ramificación de la barrera septentrional del lago de Lacar, y al sur por otra cadena de cerros estériles y desnudos, ramificaciones de la barrera sur. Estas montañas del sur tienen un aspecto particular: del terreno arenoso que las constituye salen de cuando en cuando prismas basálticos verticales en figura de murallas, prismas escalonados unos sobre otros, que dan a estos cerros el verdadero aspecto de fortificaciones con bastiones; pequeñas manchas verdes simulan las troneras; especialmente uno marcado en el mapa, detrás de las casas de Trureupán, que es muy notable; lo he bautizado con el nombre del Cerro de la Fortaleza. Al cabo de ocho o diez kilómetros se ensancha mucho más el valle, para concluir en vegas húmedas, y a la izquierda se junta con otro valle, que se extiende hacia el norte. Como el valle donde caminábamos se cubre de agua en invierno con las avenidas de los riachuelos, no se pasa por el fondo, sino por las faldas de las montañas al sur; y en verano, por costumbre, se sigue el mismo camino. Continuamos por el sen-

dero que va serpenteando caprichosamente por la falda de los cerros, unas veces más arriba, otras más abajo, encontrando de cuando en cuando bosques de pinos.

Mi gran y buen amigo el cacique Huentrupán, como es costumbre hacerlo con las personas de consideración, nos había dado a Huenupán en calidad de chasque, para acompañarnos hasta los toldos de Huincahual. El bribón se había pintado la cara con colorado, lo que se la hacía mucho más honrada. La casa que Antinao debía a la ciencia arquitectónica de nuestro carpintero Mancilla, se hallaba en un bosque de manzanos, encima de una pequeña colina; es bastante bien construida, vistos los recursos de la localidad. Dos o tres campos cultivados que la cercan le dan un aspecto risueño. Allí nos apeamos. Antinao me besó la mano, yo hice lo mismo con la suya: es señal de amistad entre los indios.

Tenía un asunto que arreglar con él; yo quería cobrarle el caballo que había dado a los constructores de la casa, que según supe después él mismo fue a robárselos al camino: trabamos conversación. Mientras tanto viéndome sacar del bolsillo mi reloj de sol para ver la hora, me suplicó que lo volviese a guardar, diciéndome que eso era tal vez alguna brujería y podía causar una enfermedad a su mujer. Respeté su superstición, pero no pudimos arreglar el negocio. Él volvió a tomar su ocupación de hacer chicha, machacando las manzanas con un palo en el tronco hueco de un árbol, y nosotros montamos a caballo. Bajamos la colina, y volvimos a entrar en el valle. Ahí cesaba el pasto, pisábamos el suelo de la pampa: arena y plantas espinosas; quemaba el Sol. En una pequeña eminencia, formada por una piedra aislada en medio de la pampa nos esperaban dos indios, que un rato antes habíamos visto apearse y encimar la Peña. Cárdenas reconoció en uno de ellos a Foiguel, hijo mayor de Paillacán, ausente de los toldos de su padre en el momento del naufragio. Le hice algunos regalos, y mientras conversábamos vino otra vez a la carga Antinao, trayendo el caballo en cuestión, cuyo valor le pagué en pitrines³⁰ de añil. Esto lo hacía no por remordimiento, sino porque quería conservar mi amistad, que más tarde le podría ser útil. Foiguel me convidó a ir a su toldo, situado como a un kilómetro a la izquierda del camino. Le di las gracias no pudiendo demorarme y le hice algunos regalos, que hicieron cesar sus invitaciones; tampoco tenía otro objetivo su urbanidad. Foiguel, a quien no volví a ver después, tenía el aspecto feroz de su padre Paillacán: los ojos, en los cuales se inyectaba la sangre con facilidad, manifestaban que una vez encendido de cólera, no debía ser un mozo de muy buen genio. Quién sabe si no debía este aspecto feroz al color rojo con que se había pintado la cara, porque Cárdenas me aseguró que era hombre de muy buen carácter. Separándome de él, tomé el rumbo que poco más o menos debíamos seguir hasta los toldos de Huincahual, es decir, al Sureste. Entramos en un valle por donde corre un riachuelo cuyo nombre no supimos, y cuyas orillas están cubiertas de espesos manzanales. El fondo del valle se eleva hasta un cerro, desde donde se ve un precioso panorama. Es muy extenso: mirando hacia el Norte veíamos dibujarse a nuestra izquierda la cresta central de la cordillera, en cuya extremidad, un poco afuera de su dirección general, dominando las montañas vecinas con su cabeza ne-

³⁰ Un pitrín pesa dos onzas.

vada, se encuentra el volcán Lagnin o de los Piñones; al pie de esas montañas está el valle de Huentrupán. En el lugar situado perpendicularmente abajo de la cresta donde juzgábamos que estaban los toldos de Huentrupán, aparecía un pequeño cuerpo de agua, que por su posición en relación con nosotros, creíamos debía ser una parte del lago de Lacar; pero Motoco, a quien hablamos de eso, nos dijo que era otra laguna llamada Quilquihué, de donde sale el Trepelco, río que va a echarse en el Pihualcura, afluente del Chimehuin. Después de haber pasado esta altura, llegamos a una meseta que atravesamos por espacio de algunas millas, al fin de la cual bajamos a una quebrada. Arriba de esta quebrada se ven prismas basálticos.

A la bajada de la quebrada empezaba el valle del Yafi-Yafi. Muchos esteros que habíamos hallado llenos de agua en nuestro último viaje, estaban ahora secos. El valle está bordeado a derecha e izquierda por lomas que lo unen con la gran meseta que se ve en el mapa; prismas basálticos en la cima de las lomas, parecen pretilos hechos para contener las tierras de la meseta. Atravesamos dos o tres veces el río; al fin, a la noche, viendo a cierta distancia una caballada, nos detuvimos antes de alcanzarla, y resolvimos pasar la noche en ese lugar.

Hueñupán fue a reconocerla, y volvió diciendo que era de un indio pariente y conocido suyo.

24 DE FEBRERO

El día siguiente, al salir encontramos el toldo del indio de la víspera; tenía consigo una numerosa caballada. Entré en arreglos con él para comprar un caballo. Me vendió por ocho pitrines de añil uno que decía ser excelente choiquero: así llaman los indios a los caballos que usan para cazar los avestruces. Debo decir aquí, como un rasgo de sus costumbres, que todo el tiempo del cambalache, el pehuenche consultaba a su mujer, y además, iba a concluirse el trato, cuando la china puso por condición que se le diese a más algunas chaquiras, so pena de romper el trato. Esto probará que la mujer tiene cierto peso en el menaje. La mujer era donosa, y por supuesto era difícil rehusar lo que pedía una buena moza, aunque fuese pehuenche, y le di las chaquiras. Era pariente, prima hermana, creo, de Hueñupán, nuestro compañero. ¡Qué individuo tan extraño era este Hueñupán! En las paradillas que hacíamos se tendía de barriga en el suelo, fija la vista y sin despegar los labios, como le preguntase qué tal le parecía el caballo comprado, contestó: teniendo cuatro patas andaré, con eso basta. Me asustó la contestación.

Nos despedimos del indio y de su mujer, y seguimos nuestro camino encimando la meseta. Es una meseta enteramente horizontal, de veintiocho o treinta kilómetros cuadrados de superficie, la cual está cortada por quebradas que no se ven, sino cuando uno está en sus orillas: nada más árido, ni un solo árbol, ni un solo arbusto se ve en toda la extensión, sino arena, piedras y mazorcas de espinas amarillas de 20 a 25 centímetros de altura.

Dejábamos atrás al gran volcán de cabeza nevada; al llegar al confluente del Chimehuin y del Limay, Villarino divisó este cono nevado, y creyó un error bien

conforme con el objetivo de sus deseos, que era el cerro Imperial de Arauco, creyendo con esto estar muy cerca de Valdivia, a donde quería alcanzar.

Después de haber pasado esta gran meseta, bajamos por una quebrada, y al fin nos encontramos en un vallecito por donde corre un riachuelo llamado Chasley. Allí tomamos harina tostada mezclada con agua, y como habíamos cometido el olvido imperdonable de no llevar un cacho, fue preciso tomarla en uno de nuestros estribos de madera. De allí seguimos por el valle, pero un poco antes de llegar al Caleufú, subimos una colina bastante alta, y al bajar a la otra falda divisamos el río. Pero no se veían los toldos; nuestro amigo Hueñupán no los veía tampoco, porque se puso a encender fuego para que la gente de los toldos nos percibiese, y viniese a nuestro encuentro: o quien sabe si él los había divisado, y encendía fuego para avisar a los toldos que llegaban extranjeros. Al fin los divisamos y bajamos al Caleufú; dejamos en la orilla algunos toldos a nuestra derecha, y entramos en el vado. Nos esperaban a la entrada del vado Marihueque, segundo hijo de Huincahual, y un joven buen mozo que nos dijo era mestizo de Patagónica llamado Gabino Martínez.

Nos apeamos al frente del toldo de Huincahual, ausente en ese momento, como también Inacayal, su hijo mayor, que goza de todo el influjo político en la toldería, y que tampoco estaba allí, la primera vez que habíamos pasado, cuando la toldería se hallaba en las orillas del Quemquemtreu. Antileghen, conocido nuestro, estaba presente. Las mujeres trajeron pellones a una ramada, situada al frente del toldo de Huincahual, y pusieron a los pies de cada uno un plato con carne. Preguntamos a Antileghen si creía que nos dejarían pasar hasta Patagónica; contestó que era preciso esperar la vuelta de Inacayal, pero que creía a éste bien dispuesto hacia mí; que había dicho que si yo era buen hombre me llevaría consigo en calidad de escribano (secretario) a esa ciudad.

Volvimos a ver con gusto al viejo tío Jacinto, y sus dos mujeres. En su toldo vivía el dragón de Patagónica, Celestino Muñoz, ya conocido nuestro, y que había venido trayendo a los indios las proposiciones de paz del gobierno argentino. Regalé a mi antiguo conocido Antileghen una camisa y otras cositas; él me retornó una oveja. Mandé a Cárdenas que la matase; Celestino le ayudó, pero antes se hizo el apol acostumbrado. El apol se hace de la manera siguiente: se ata el cordero del hocico con un lazo, se suspende a un poste, y se le corta la garganta; la sangre corre abundantemente, y va por la traquearteria hasta los pulmones, junto con agua y sal que introducen por el mismo canal. Entonces se liga la traquearteria con un pedazo de lazo; al cabo de algún tiempo se saca el pulmón, y cortándolo en pedazos se distribuye a los asistentes. Comí con mucho gusto mi parte. No hay duda que muchos exclamarán: ¡qué horror!, ¡eso no se puede comer!, sin embargo, nada hay más cierto. En las provincias del sur, en Valdivia, por ejemplo, en ninguna hacienda se mata un cordero sin que se celebre la ceremonia del apol, y los que han frecuentado esas comarcas podrán corroborar la verdad de mis palabras.

A la noche dormimos, aunque impedidos por los ladridos de los perros, que pululan siempre en las tolderías.

Marihueque y Gabino Martínez se habían ido a los toldos de Paillacán, donde se celebraba una gran borrachera.

CAPÍTULO IV

Costumbres. Toldos de Huincahual. Toldo de Jacinto. Nombres de hombres, de mujeres y de perros. Forma de un toldo. Visita de Quintunahuel. Ebriedad. La corneta de Chiquilin. Familia del tío Jacinto. Amabilidades de mama Dominga. Celestino Muñoz y sus hazañas. El muchí. Llegada de Huincahual. Llegada de Inacayal. Soy su secretario. Cartas. Ceremonia. Borrachera. Diferentes escenas. Día después. Tahilmar. Visita a Paillacán. Pascuala. Cargos de Paillacán. Mis peones. Tiro al blanco. Rapacidad del cacique. Un caballo por una corneta. Despedida.

25 DE FEBRERO

Al amanecer ya estábamos en pie; como era en el mes de febrero, el Sol se asomó muy temprano. Al alba ya se habían despertado los indios: mujeres y hombres se fueron al río a lavarse. Las gallinas y gallos animados por el frío penetrante de la mañana, se entregaron a brillantes carreras con los perros, y a cada rato atravesaban por nuestra cama. No hubo remedio, fue preciso levantarse también. Las mujeres volvieron con sus cántaros de agua, encendieron el fuego y pusieron a calentar las ollas, porque la primera cosa en que piensan los indios al levantarse es en comer.

Antileghen vino a sentarse junto a nosotros, y platicando nos nombró y dio informes sobre todas las personas que vivían en la toldería.

La homogeneidad de raza y de idioma que habíamos reparado en los toldos de Huentrupán había desaparecido aquí. Huincahual, el viejo cacique es pehuenche, tuvo de una mujer ya muerta, y que era de raza pampa, dos hijos; uno que vive en las orillas del Limay, e Inacayal, que goza de mucha consideración aquí y en toda la pampa. De otra mujer que actualmente existe, también de raza pampa, tiene dos hijos y dos hijas: Marihueque y Chiquilin, son los hombres, Llanculhuel y Nalcú, las dos mujeres. Tiene además otra mujer pehuenche, que no le ha dado hijos. Marihueque es casado con una mujer pehuenche.

En el toldo vecino viven: el viejo Jacinto, nuestro antiguo conocido, sus dos mujeres, Manuela y Dominga, sus tres perros pelados y en fin Celestino Muñoz, el dragón. En el toldo vecino de Huincahual situado a la derecha, Antileghen y su familia. Más cerca del Caleufú, mocetones de Antileghen y sus familias; en los

últimos toldos, los más distantes del río, en uno Incayal y sus dos mujeres, Gabino Martínez y su mujer y en otro un tehuelche llamado Agustín, casado con una tehuelche, y su hija, niña de diecisiete a dieciocho años, llamada Ninun. Antileghen nos dio todos los nombres que generalmente, son compuestos de dos palabras, cuyo conjunto unas veces ofrece una significación. Otras no, pero generalmente las terminaciones son las siguientes: *laufquen*, *leuvu*, *nahuel*, *pagi*, *guru*, *huala*, *ñanco*, esto es, ‘mar’, ‘río’, ‘tigre’, ‘león’, ‘zorra’, ‘pato’, ‘aguilucho’.

El hijo de Paillacán se llama *Quintunahuel*, ‘cazador de tigres’, de *Quintun* que significa, ‘aguaitar’, y *Nahuel*, ‘tigre’. Uno de los nietos de Huincahual se llamaba *Quintuñanco*, ‘cazador de aguiluchos’. El nombre de un hijo de Inacayal, era *Milla-leufu*, ‘río de oro’. Aquí debo hacer notar una equivocación del padre Febres, en su gramática chilena, al decir que estas terminaciones citadas indican el linaje. *Quintunahuel* era el segundo hijo de Paillacán y el hijo mayor se llamaba Foiguel: nada hay de común entre estos nombres que corrobore la aserción del padre. Una cosa que repara el padre Febres y esta vez con mucha justicia, es que si se llaman en los coyagtunes o parlamentos con sus nombres enteros, en sus pláticas familiares, sólo lo hacen con la primera palabra y una sílaba o letra de la segunda, lo que confunde al principio, a los que son poco vaqueanos; *v.g.*, *vucha-lau* por *vuchalaufquen*, mar grande; grande se dice igualmente *vuta* o *vucha*; *milla-leu* por *milla-leufú*, río de oro, *curuñ* por *curuñanco*, aguilucho negro. Otros nombres no pudieron explicármelos los lenguaraces. Una cosa extraña es que dan a sus perros nombres españoles. El tío Jacinto tenía tres horribles perros de la raza china: se llamaban, Molina, Chago y Jaramillo.

En cuanto a las mujeres, debo decir que nunca oí llamar a una mujer casada por su nombre, pero sí a las solteras. Preguntando la razón de esto a Gabino Martínez, me contestó: que no valía llamar a su mujer por el nombre, que él no sabía el nombre de la suya, y que cuando la llamaba, le decía *Eymi*, que significa ‘tú’, en lengua de indio. Las hijas del viejo Huincahual se llamaban: Llancahual la mayor y Nalcu la menor. Pero el mismo Gabino Martínez me dijo que no le parecía bien que un extranjero llamase a una china por su nombre; por esa razón nosotros siempre les dirigíamos la palabra llamándolas *lamuen*, hermana.

Inacayal, como hemos dicho, estaba ausente cuando llegamos, y también el viejo cacique.

Los toldos del Caleufú estaban alineados perpendicularmente a la dirección del río, la abertura dirigida al Este. La construcción es muy sencilla; cinco o seis palos de dos o tres metros de largo, plantados en línea, forman el frente; detrás de cada palo de la fachada viene otra línea de estacas más bajas, en mayor o menor número, según la profundidad que se quiere dar al toldo; estos palos constituyen las paredes, que atadas sus cabezas con lazos forman un armazón, encima de la cual se pone un cuero que, para seguir la comparación hasta el fin, sirve de techo. La abertura es dirigida al oriente, porque el viento viene siempre del Oeste, y los indios duermen con los pies apoyados en el fondo. En cada toldo viven una o dos familias. Tomemos, por ejemplo, la distribución interior del toldo de Huiacahual: a la derecha, primera separación, en que duerme la primera mujer de Huincahual,

enseguida la segunda mujer, después niños, sin distinción de sexo, Chiquilín soltero; y en fin, en el último compartimiento, Marihueque, su mujer y dos niños. El toldo se desmonta fácilmente como que así debe ser, para indios que cambian frecuentemente de residencia.

Cada vez que los ganados y las caballadas han consumido el pasto del lugar que habitan, se desentierran las estacas, que son siempre las mismas, y pasan de los padres a los hijos, porque son muy escasas en la pampa, y principalmente palos derechos, como los que se necesitan para ese uso; se arrollan los cueros, y el toldo hace la carga de un caballo, los otros utensilios y objetos menudos se cargan en otro caballo y se ponen en marcha; llegados al lugar que han escogido, en pocos momentos instalan otra vez su casa ambulante.

Adentro se cuelgan, en los ganchos de los palos, las varias cosas del menaje. Las chinas guardan sus utensilios de *toilette* en sacos de cuero a manera de carteras, o en canastos hechos con las ubres de las vacas. Allí están los jarritos donde tienen las tierras con que se pintan la cara; no usan peines, pero sí escobillas, hechas con pajas tiesas y delgaditas, que sólo alisan el pelo y de ninguna manera limpian la cabeza, que tanto lo necesita esa gente.

A la tarde llegó Quintunahuel, el hijo de Paillacán. Venía mandado por su padre para decirme que me fuese a vivir a los toldos de Lalicura, que me esperaba con impaciencia. Paillacán era pobre, y mientras más pobres son los indios, más exigentes son; y conocida su rapacidad, contesté a Quintunahuel que iría, pero cuando hubiese llegado Inacayal para quien traía cartas. Se fue llevando algunos regalos; antes de marcharse me pidió algunos cohetes, a fin de que pudiesen divertirse los que estaban tomando aguardiente en los toldos de su padre. Al anoecer volvieron Marihueque y Gabino Martínez completamente ebrios. Entre gente cristiana, la mujer nunca deja de reñir a su marido cuando vuelve ebrio a su casa; aquí no. Las chinas están acostumbradas a ver frecuentemente a sus maridos en guerra abierta con la temperancia y el equilibrio; y lejos de reñirles, los atienden mucho, les traen pellones para que se acuesten, les desensillan el caballo y procuran hacerlos dormir; tampoco tendrían el derecho de reconvenirlos desde que ellas mismas son tan aficionadas al aguardiente y suelen acompañar a sus maridos a beberlo.

La noche era magnífica, el horizonte relucía con los fuegos encendidos por los indios que andaban boleando guanacos en las lomas lejanas. La bóveda celeste resplandecía con millones de estrellas.

Tendidos en nuestra cama, no podíamos dormir, a causa de los ladridos continuos de los perros, y nos pusimos a estudiar astronomía en el libro que teníamos encima de nuestras cabezas; mientras tanto el joven Chiquilín nos ensordecía tocando una maldita corneta, ocupación a que se daba todas las noches, hasta más de una hora después que todos se habían acostado; con él se concluía el ruido, y la toldería se entregaba al sueño; nosotros, menos acostumbrados que ellos a los ladridos de los perros, y a las multiplicadas caricias de ciertos bichitos asquerosos (*pediculus*), no nos dormíamos sino hasta muy tarde.

Los perros son de cría de galgos un poco mezclados; es la única clase de perros que podría correr al guanaco o al avestruz.

26 DE FEBRERO

Inacayal no había llegado, y tampoco Huincahual. Esperándolos pasábamos el tiempo conversando con Celestino Muñoz en el toldo del viejo tío Jacinto.

Los habitantes de este toldo eran siete: el tío Jacinto, sus dos mujeres: Manuela y Dominga, Celestino Muñoz, el dragón, venido como chasque de Patagónica, y los tres ilustres perros de Jacinto, cuyos nombres no echará en olvido esta verídica historia: se llamaban, Chapago, Molina y Jaramillo. El tío Jacinto era hombre de edad, tenía una cara de muy buena expresión, de cuerpo más bien gordo que flaco, hablaba castellano, y había hecho muchos viajes a Patagónica; hombre de carácter muy tranquilo, el tío Jacinto no debía ser muy terrible en los malones; preguntándole un día, cuántos había presenciado en su vida, me contestó que ninguno. En el genio belicoso de los indios, el tío Jacinto debía ser el único de su especie. Repartía sus afecciones entre sus dos mujeres y sus perros. Estas dos compañeras no le habían dado ningún hijo. Manuela atacada de elefantiasis, tenía las piernas enormes, y Dominga, que parecía ser todavía la primera en las afecciones del viejo tío, descendía de los indios que vivieron cerca de la misión de Nahuel Huapi, y era de humor vagabundo; a cada momento montaba a caballo, y salía acompañada de Jacinto, que se enorgullecía, como Artaban, andando al lado de su sultana favorita. Más de una vez, a la vuelta de esas expediciones, la mama Dominga me puso en espinas con su generosidad. Un día volviendo de Huechu-huehuin, traía dos cargas de manzanas y guardadas en el seno unas cuantas escondidas, para regalar; se apeó, entró al toldo, se sacó los *sumeles* (botas), enseguida se pasó delicadamente los dedos de las manos por entre los de los pies para limpiarlos, y acto continuo, introdujo la mano al seno y sacó dos manzanas, que yacían sumergidas en la profundidad de sus sobacos; me las pasó con mucha urbanidad, diciéndome al mismo tiempo: “tomá, comé, muy dulce”, y no obstante, llevé el heroísmo hasta aceptarlas. Se podía componer un libro entero con las ideas estrambóticas de Dominga en materia de aseo y limpieza. No lavaba los platos ni las cucharas de palo que habían servido, sino que lamía todo con su lengua. Pero también digamos en su honor, que Dominga tenía un talento particular para tejer ponchos y frazadas.

Celestino Muñoz, el dragón, era un zambo muy simpático; sin tener mucha instrucción, estaba dotado de un buen sentido extraordinario, y nos asombraba muchas veces, cuando contestaba con tanto tino a nuestras preguntas.

Era hombre que contaba algunas hazañas en su vida. Nacido en Mendoza, había ido muy joven hasta Buenos Aires, donde ejercía la profesión de cochero; había hecho unos viajes a Santiago de Chile, y expresaba con mucha originalidad todo lo que había reparado en sus peregrinaciones. Pero un día en Buenos Aires le faltó la paciencia de que no estaba dotado en sumo grado, y dio una elegante puñalada a un borracho que le arrojó a la cara el contenido de su vaso, porque rehusaba tomar con él, y por este momento de olvido, nuestro amigo Celestino fue condenado a servir tres años como soldado, en la guarnición de Puerto Carmen o Patagónica. Pero, como fuera de su poca paciencia tenía muy buenas prendas, Celestino se había granjeado en poco tiempo la consideración de sus jefes, y siempre

se le mandaba como chasque, en misiones de confianza. Había recorrido todas las costas de Patagónica y las conocía perfectamente. Me contó que una vez había sido mandado para llevar auxilio a unos náufragos, que, se decía, habían sido echados a la costa con el buque, y privados de todo recurso, estaban a más de treinta o cuarenta leguas de Puerto Carmen. Él y otro soldado tuvieron la suerte de encontrarlos casi muertos de hambre; los fortalecieron con víveres que llevaban cargados en caballos y los condujeron hasta Patagónica. Celestino me dijo que esos náufragos hablaban inglés, pero no pudo decirme si eran ingleses o estadounidenses. Por este hecho no obtuvo recompensa alguna; probablemente porque esta acción, que honra tanto a nuestro Celestino, fue ignorada del cónsul estadounidense o inglés, o quién sabe si Celestino tuvo el trabajo y otros el provecho. Se había hallado en varios combates con los indios de la pampa y era muy entretenido oírle contar sus hazañas. Mientras que conversábamos juntos en el toldo del tío Jacinto, éste, para honrar dignamente a sus huéspedes, mandó a Dominga que preparase un plato de muchi ³¹. El muchi es un fruto pequeño, de color violado cuando es maduro; tiene un hueso bastante grande en comparación del fruto, pero la cáscara tiene un gusto a corteza de limón muy agradable; restregando los frutos con las manos cae la cáscara en un plato donde hay agua, y él todo mezclado da un licor de color violado, bastante sabroso. Por fortuna se nos sirvió a cada uno en platos aparte, porque quién sabe si la vista de lo que pasó después, nos hubiera puesto en la imposibilidad de tomar el licor en el mismo plato con el tío Jacinto y sus dos mujeres. Los tres se habían puesto alrededor de un gran tiesto con muchi; se echaban puñados de cáscaras a la boca, chupaban el jugo, y las escupían otra vez en el plato; mezclaban otra vez el todo con las manos, y volvían a echarse a la boca otro puñado, y así siguieron hasta haber agotado enteramente el jugo que pudieron dar las cáscaras.

A la noche comimos como de costumbre carnero asado, y nos fuimos a dormir.

27 DE FEBRERO

Este día como a las doce, llegó el viejo Huincahual con su segunda mujer. Tenía un sombrero de paja y un poncho; de lejos parecía un honrado campesino que venía de dar una vuelta por su hacienda acompañado de su esposa. Traía manzanas en sacos, y luego que se apeó, mandó que se le trajese una piedra pómez para hacer chicha; restregaba las manzanas contra lo áspero de la piedra, y lo molido caía a un cuero; enseguida, tomaba puñados y se los echaba a la boca, exprimía el jugo y arrojaba el resto.

Después de haberle dejado los primeros momentos, me acerqué a él y trabé conversación, con la ayuda de Gabino Martínez que me servía de lenguaraz. El viejo me recibió bien, pero me dijo que no podía contestarme nada de decisivo antes que llegase Inacayal.

³¹ *Duvanna pendens* (DC).

28 DE FEBRERO

A la noche volvió Inacayal de su visita a los toldos de Huitraillán, pero como llegó muy tarde fue preciso aplazar la conferencia para el día siguiente.

Al amanecer nos juntamos bajo la ramada enfrente del toldo, Inacayal, su padre Huincahual y yo.

Inacayal me agradó al momento, tiene el ademán franco y abierto, la cara inteligente y sabe algo de castellano; de cuerpo rechoncho, pero bien proporcionado. Le dije que había sentido mucho no haberle visto en mi primer pasaje por las orillas del Quemquemtrey; que lo que había oído hablar de él me había inspirado mayor deseo de conocerle y tenía la esperanza que me llevaría consigo hasta Patagónica. Me contestó que lo haría con mucho gusto, porque podía servirle en calidad de secretario en sus negociaciones con el comandante de Patagónica, y diciendo esto mandó que le trajeran las cartas que había recibido de ese pueblo.

Los indios, una vez que reciben cartas, las dan a leer a todo recién llegado, sea para enterarse bien del contenido, o para ver si no se les ha ocultado algo. Juan Chileno, que había llegado en la mañana, traducía frase por frase lo que leía. La carta era del coronel Murga, entonces comandante de Puerto Carmen. Convidaba a los indios a que fuesen al Carmen con el objetivo de hacer la paz. Para inducirlos, mandaba la lista de los regalos que había recibido del gobierno central para recompensar a los caciques; al mismo tiempo adjuntaba una carta del ministro de la Guerra de la república Argentina, en que les decía que tuviesen entera confianza en las palabras del coronel Murga, porque le había delegado plenos poderes para tratar.

Añadamos en honor de nuestro amigo Celestino Muñoz, que el Coronel en su carta encargaba a los indios que tuviesen muchos miramientos para con él. Leídas las cartas, las puso Inacayal en un pedazo de tela, las ató con un cabo de lana colorada, y las guardó hasta la llegada de otro que supiese leer, y cuya lectura iban a oír los indios quizá por la vigésima vez.

Hice regalos a Inacayal. Juan Chileno regaló también al cacique un barril de aguardiente, que yo le había cambalachado en Arsquilhué por un caballo. En la tarde, el viejo Huincahual se ató la cabeza con un pañuelo nuevo y se puso su mejor poncho para presidir la ceremonia de la abertura del barril. El Sol estaba a punto de ponerse. Hueñupán, elevado a la dignidad de maestro de ceremonias, fijó tres lanzas en el suelo como a cincuenta metros de los toldos. Huincahual convocó a los hombres de lanzas de la toldearía, y teniendo cada uno su cacho se presentó para beber. El viejo, entonces rodeado de sus altos barones, se acercó a las lanzas; todos tenían la cara hacia el Oriente. Huincahual salpicó con aguardiente los mangos de las lanzas, y lanzó algunas gotas en dirección al Este, hablando entre dientes. Cada uno de los asistentes hizo lo mismo, y enseguida habiendo bebido lo que sobraba en los cachos, se volvieron a los toldos. Hueñupán sacó las lanzas de la tierra, y el cacique le mandó que fuese a esconderlas, así como también los boleadores, y todo lo que pudiese servir de arma ofensiva. Es una precaución muy natural, porque una vez ebrios los indios ya no saben lo que hacen. Domin-

ga, mujer de mucha prudencia, nos dijo, soltando la fea palabra con que siempre adornaba el principio de sus frases: que escondiésemos también los cuchillos que llevábamos en la cintura.

Se había mandado chasques a los toldos vecinos para anunciar la buena noticia. Llegaron los indios, y comenzó la tomadura. Todos estaban sentados en el suelo, formando círculo alrededor de Huincahual, que presidía la ceremonia. El anciano se había puesto en la cabecera de su cama, a fin de poder fácilmente tocar retirada, si el aguardiente le subía a los sesos. Inacayal estaba a su izquierda, Jacinto, el mayor en edad después de él, estaba a su derecha. A la izquierda de Inacayal estaba Agustín, el tehuelche, enseguida las chinas. Porque éstas que casi nunca van a tomar a otros toldos, toman su desquite cuando la fiesta se celebra en los toldos donde viven. Al frente de Inacayal estaban sentados Gabino Martínez y Celestino el dragón; por orden del cacique tomé mi asiento en el centro, para tocar el flageolet. Después del naufragio, lo había regalado a Antileghen, pero los indios son como los niños, tienen ganas de todo, y una vez en posesión del objeto, no hacen más juicio de las cosas. Antileghen había cambiado el flageolet por la guitarra que tenía Quintunahuel, y éste no pudiendo tocar el instrumento, me lo volvió sin dificultad. Me coloqué en medio del círculo con mi flageolet, Lenglier se sentó en el ángulo formado por la línea de los hombres y la de las chinas. Algunos indios atrasados que iban llegando, formaron otro gran círculo bajo la prolongación de la testera del mismo toldo. Traído el barril, del cual se había sacado un poco reservadamente para satisfacer la sed del día siguiente, Huincahual echó aguardiente en un plato y empezó por pasar licor a los asistentes en un pequeño cacho. Después, una vez animada la cosa, Inacayal ponía a los pies de cada uno un jarrito de aguardiente con el cual cada asistente obsequiaba a su vecino. Entonces, todos se soltaron a hablar sin escucharse; la confusión llegó a ser general. Unos hablaban araucano, otros pampa, otros se interpeaban en la lengua ruda de los tehuelches. Se hubiera dicho que quebraban nueces entre los dientes. Al fin los más eruditos ponían en relieve sus conocimientos en la castilla, como suelen ellos llamar a la lengua castellana. Las mujeres no se quedaban ociosas. La mujer de Agustín cantaba palabras ininteligibles en un tono monótono y lento. Su hija aprovechaba la vecindad de Lenglier, que es muy fumador, y la ebriedad de su madre para entregarse sin reserva a las delicias de numerosas cachimbas que su vecino se esmeraba en no rehusarle. En tanto, yo permanecía impassible y seguía modulando diferentes tocatas en mi flageolet, sin que los bárbaros manifestasen la menor emoción por los acordes de mi sonoro instrumento, que interpretaba sucesivamente los mejores trozos que el dios de la música inspiró a Meyerbeer y Rossini.

Ebrios los indios, se pusieron a fumar. Una pipa bastaba para una docena; cada uno echaba dos o tres pitadas y se tragaba el humo. Pero el dueño de la pipa nunca se separaba de ella, la presentaba apretándola fuertemente entre los dedos; si la hubiera dejado un rato, no la habría visto más. Al fin, al cabo de una hora, la orgía había llegado a su apogeo. El viejo Huincahual, creyéndose en medio de un numeroso parlamento, hacía discursos magníficos que nadie escuchaba; Inacayal se había juntado con Celestino y Gabino, trataban de altas cuestiones de política,

relativamente a la actitud que debían tomar los indios para con el gobierno de Buenos Aires. Agustín contemplaba a su mujer, cuya voz empezaba a faltarle en la garganta, y que la reemplazaba por el movimiento de dos grandes brazos, que parecían pertenecer a un telégrafo aéreo. Su niña absorbía el humo del *nicotiana tabacum*; Bonifacio y otros para agradar a Inacayal, me hacían mucho cariño, llamándome hermano y envolviéndome la cara en sus mugrientas *huaralcas*. Los perros, excitados por el bullicio general, aprovechaban la inatención de todos para robar los pedazos de carne colgados en los toldos, mezclando sus ladridos a los clamores de los indios; hasta los gallos y gallinas, todos estaban en revolución. En fin, había una cacofonía como no se debió haber visto nunca en el arca de Noé, cuando todos los habitantes con pelo y pluma ejecutaban sus monstruosos conciertos. Como mi equipaje estaba en el toldo del tío Jacinto, desamparado de sus dueños a cada instante me iba para dar una ojeada, a fin de que algún indio distraído no fuese a cometer una sustracción. Ya el viejo Huincahual había ejecutado su sabio movimiento de retirada. Se había echado a dos o tres pasos atrás, y encajonándose en el compartimiento de su uso; flanqueado por su segunda mujer (la primera y todos sus hijos estaban ausentes), tenía a su lado, resuelto a defenderlo contra los ataques de los borrachos, el barril, donde quedaba todavía un poco de aguardiente para la sed del día siguiente. El que más bebió fue un indio huaicurú de Magallanes, éste parecía ser el más vicioso, no obstante que ya había recibido una dura lección por sus excesos en una borrachera anterior; no habiendo podido llegar a su toldo a causa del estado de embriaguez en que se hallaba, durmió en el campo; los perros lo atacaron y le comieron algunas pulgadas de los muslos; él no sintió las heridas; al otro día lo encontraron bañado en sangre y casi exánime.

Para precipitar la convalecencia, esta vez había bebido por ocho. Al fin se concluyó el combate, no por falta de combatientes, pero sí por falta de municiones. Todo acabó bastante bien; sin embargo, no dejaron de haber algunos puñetazos, rasguñones y algunos cachazos distribuidos aquí y allá; pero no siempre se pasa de esta manera. No es raro que corra la sangre; y cuando sucede tal cosa, el pobre herido no tiene que esperar compasión de los indios; el alcohol los pone insensibles. Las mujeres lo cuidan llevándole a un toldo, y para aliviarlo se sangran ellas mismas los brazos y las piernas. No creo que este remedio alivie mucho al paciente, pero es una prueba de interés a la cual no le falta su sensibilidad.

1 DE MARZO

Al día siguiente el Sol al asomarse sólo alumbraba caras embrutecidas, pero parece que les devuelve la memoria a los indios: uno tiene vergüenza de las riñas que ha querido armar a su mejor amigo, otro se arrepiente de excesos de generosidad imprudente.

Es preciso decir que bajo la influencia del aguardiente los indios son atacados de súbitos accesos de generosidad y digamos en su honor que nunca al día siguiente vuelven a tomar lo que han regalado en el anterior. Nos refrieron que un indio,

hace algún tiempo, había regalado casi todos sus caballos en una borrachera, y que a la mañana se despertó sin un caballo para su uso. Soportó con valor las consecuencias de su imprudente generosidad. No llegó a ese punto la borrachera que presenciarnos. El único que sacó alguna ventaja fue nuestro amigo Celestino Muñoz: Inacayal dijo a un indio que le regalase un bonito poncho que llevaba, y él mismo le obsequió un caballo overo.

Si hubieran tenido aguardiente, los indios habrían seguido emborrachándose hasta la completa absorción del licor, pero no había más. A las orgías de bebida, sucedieron las orgías de comida. Es costumbre entre ellos, que cuando algún indio ha estado ausente algún tiempo, a su regreso las chinas celebren la vuelta con cantos en honor del viajero³². Ya había presenciado tal escena la primera vez que pasé por los toldos de Huinchual con Antileghen y su hija mayor, que había estado ausente algunos meses. Y después que le hubieron cantado, hizo matar un potrillo que se repartió a las cantoras.

Hacía muy pocos días que Inacayal había vuelto de sus cacerías en las pampas del sur, y la misma ceremonia se celebró. Pero hasta entonces no había retornado nada; mas al día siguiente de la borrachera regaló un potrillo, a cuya carne tienen mucha afición los indios. Se laceó el potrillo, lo mataron a balazos en la cabeza; después se repartieron los miembros entre la gente de la toldería, e hicieron todos una comida de gargantúas. A Inacayal como dueño del animal le cupo la sangre de que se hicieron morcillas. Después del almuerzo, propuse a Inacayal que me acompañase hasta Lalicura donde vive Paillacán, a fin de llevarle los regalos que le destinaba, y conocer el verdadero pensamiento del cacique sobre mi pasaje para Patagónica.

Paillacán, como se puede recordar, me había prometido que si iba hasta Valdivia a buscar el rescate de los hombres que se quedaban con él, a mi vuelta acompañaría a Quintunahuel hasta Patagónica. Pero yo tenía desconfianza del cumplimiento de esta promesa, porque cuando Quintunahuel vino a visitarme, me dijo que nunca había pensado seriamente en ir a Patagónica. Luego me había engañado Paillacán y lo probará la relación de cómo se pasó la visita que le hice con Inacayal y Hueñupán.

Cuando llegamos a Lalicura, Paillacán estaba presenciando la matanza de un ternero. Hizo como si no nos hubiera visto. Si estaba mortificado por mi parte, lo estaba más pensando cuánto debía herir el amor propio de mi compañero la impolítica del cacique. Nos mirábamos sin decir una palabra, hasta que Pascuala, la mujer de Paillacán, rompió el hielo de la situación trayéndonos unos pellones. Nos sentamos y entonces comenzó la india con su avidez ya tan conocida, diciéndome al oído, ¿y qué es lo que me trajiste?, tú has regalado a las chinas del Caleufú, ¿y el chalón que me habías prometido?, etc. En mi vida había visto una cara donde estuviese pintada más claramente la ambición, con todo lo que tiene de más asqueroso principalmente cuando se manifestaba con la voz ronca de esa mujer; voz que se había enronquecido con el abuso del aguardiente. Porque Pascuala tenía

³² Esta ceremonia se llama *tahilmar*.

tanta afición al aguardiente, como el más borracho de los tehuelches, a cuya raza pertenecía. Era una mujeraza, con cuerpo bien proporcionado sobre cuya salud no parecían haber tenido mucha influencia los excesos del licor y del libertinaje. Pascuala, vagabunda como los tehuelches, e hija de uno de sus caciques, que no sé por qué razón solían nombrar el cacique francés, había hecho muchos viajes a Patagónica, y en cada uno de ellos su razón y su virtud habían sufrido ataques repetidos, tanto por parte del alcohol como de los galanes, ataques de los cuales creo que nunca salió vencedora.

Pocos días antes había hecho una infidelidad al viejo Paillacán; su cómplice fue Celestino el dragón, y el protector, el honrado tío Jacinto que me contó la historia. Una vez que esta digna pareja vino a los toldos de Huincahual a una tomadura, Paillacán habiéndose quedado ebrio y sin sentido sobre la brecha, Pascuala se fue a dormir con el dragón en el toldo del tío Jacinto.

Mientras que me fastidiaba Pascuala con sus exigencias y preguntas, se acercó Paillacán con una cara de taimado, y la india se vio obligada a callar. Entonces extendí a sus pies todas las cosas que le traía. Apenas las miró, diciéndome que hacía tanto juicio de todo eso, como si fuera pasto, y continuó: que había sido demasiado bueno para con nosotros en el momento del naufragio, que cualquier otro en su lugar nos habría muerto sin remisión; que luego que nos había dejado salir en libertad, llegaron chasques de los caciques vecinos aconsejándole que nos matara, y que su enojo fue muy grande, cuando supieron que nos había dejado pasar; que otra vez no sería tan tonto para dejarse engañar con buenas palabras, etc. Al fin concluyó, poniéndome un ultimátum, cuyos términos eran los siguientes, que me tradujo un indio ladino, Bonifacio, que presenciaba la escena: que no creía en la autenticidad de la carta de don Ignacio Agüero que le había traído, que yo debía ir hasta Valdivia para traer a un hijo de don Ignacio; o si no venía ese hijo de Ignacio, que éste mandase a uno de sus mozos; al mismo tiempo debía traerle a Aunacar, su mujer que cuarenta años atrás le habían arrebatado los huilliches, y que debía estar en casa de don Ignacio; y además un freno, una silla plateada y estribos de plata. Que sin eso no me concedía el paso para Patagónica. No contesté nada, Inacayal tampoco. Estábamos ambos muy disgustados.

Al reconvenirlo por el mal tratamiento que les había dado a mis peones, me contestó que todo lo habían merecido, que le habían robado un cuero con aguardiente y en vez de trabajar lo poco que era de su obligación, sólo se habían ocupado en emborracharse y pelear, y por último, que al fugarse se habían llevado unos cuchillos y dos lazos. En fin, que su conducta había sido muy diversa de lo que prometieron y de mis recomendaciones. Desgraciadamente, mucho había de cierto en este asunto.

Inacayal y Hueñupán montaron a caballo y se despidieron; yo iba a hacer otro tanto, pero el cacique me sujetó para que le enseñase a tirar con un naranjero que le había llevado entre los regalos: lo cargué con bala y apunté a un cuero que había colgado en un horcón de la ramada; casi todos los caballos se espantaron con el tiro; no contaban con eso los indios. Después el cacique quiso tirar a su turno, pero con un fusil de piedra que tenía en el toldo; apuntó; al encender la pólvora

de la cazoleta, el viejo apartó la cara cerrando los ojos y levantando el fusil; por supuesto no dio en el cuero; quiso entonces que yo repitiese la operación, y se admiró mucho de mi puntería. El cuero estaba a unas veinte varas de distancia. Los indios prefieren las armas de chispa a las de fulminantes, temiendo siempre que se les terminen éstos.

Al despedirme me trajo un caballo diciéndome que lo llevase, que al otro día iría José María, su lenguaraz, por una corneta de las que yo había dejado en los toldos de Huincahual; me despedí llevándome el caballo. Pero Paillacán no es hombre que dejase salir de su casa una persona a quien le sobraba algo en el bolsillo. Me había visto guardar dos pitrines de añil, que había llevado para cambiar con Quintunahuel, trato que no se había concluido porque su mujer no estaba presente. Me alcanzó a toda carrera pidiéndome el añil. Incomodado por este viejo bribón, pedigüño, y para librarme de sus importunidades le di lo que pedía, y alejándome de él alcancé a Inacayal; de una carrera llegamos al Calefú. Esa noche dejé dormir a Inacayal, que no debía estar de buen humor con la recepción de su viejo pariente, y aplacé para el día siguiente una explicación decisiva sobre mi pasaje.

CAPÍTULO V

Consejo. Sale Cárdenas para Valdivia conduciendo los peones. Yahuyehuin. Una excursión. Piedra alipe. Remedio para jugar. Paillacán viene a los toldos. Libaciones. Cartas de Patagónica y su contenido. Ofertas de Cachiman. Caminos para el Carmen. Pérdida de un cuchillo. Retratos. Ceremonia. Pasatiempos de Llan-cuhuel. Bichos. Condición de las indias. Sus ocupaciones. Sus vestidos. Costuras de cueros. Sus diversiones. Cunas. Callipai. Gran Rogativa. Sentimientos religiosos del cacique Huincahual. Razas. Picun-pehuenches. Huilli-pehuenches. Indios pampas. Tehuelches. Huaicurúes. Fueguinos. Vida de los tehuelches del Sur. Tipo pehuenche. Medidas anatómicas. El chiripá. Estribos y espuelas. Nacimiento. Pequeño número de ellos. Matrimonio. Ideas religiosas. Funerales. Herencias. El indio Casimiro.

2 DE MARZO

En la mañana me fui con Inacayal y Dionisio el lenguaraz, al toldo del viejo cacique. Allí Inacayal contó lo que se había pasado en nuestra visita. Huincahual escuchó con mucha atención y después dijo que su parecer era de no precipitar las cosas, y quedó convenido que Cárdenas haría el viaje a Valdivia y traería solamente un par de estribos de plata. En el mismo momento llegó José María, el lenguaraz de Paillacán, que venía de su parte, para decirme que le mandase la corneta que le había cambiado por el caballo, y además que le regalase algunas otras cosas; entregué la corneta, y por lo demás le mandé a todos los diablos. Huincahual mismo, enojado y disgustado por la avaricia y rapacidad de su pariente, dio el recado siguiente a José María: di a Paillacán que yo, Huincahual, le pregunto si nunca ha visto prendas de plata, o no ha tenido algunas en su poder, que parece tan ávido de ellas.

Cárdenas salió para Valdivia, habiendo empleado toda la mañana en buscar dos caballos que sospeché nos habían sido robados por un chileno que se había ido con Antileghen. Quería tener ocho o diez caballos a lo menos para el viaje a Patagónica, aunque una vez comprados era muy difícil conservarlos, con las continuas visitas que hacían algunos indios de otros puntos y que no habrían tenido escrúpulo en llevárselos sabiendo que pertenecían a los huincas. Los dos peones que estaban en las vecindades de Huentrupán se fueron también con Cárdenas.

Había visto algunos días antes una frutita blanca en manos de Quintuñanco nieto de Huincahual. Comí algunas y me parecieron de buen gusto; pregunté a Quintuñanco cómo se llamaba y dónde se encontraba esta especie de papitas; me contestó que se llamaba: *yahuyehuin* y si quería coger algunas, por unos veinte cohetes me conduciría al lugar donde había; se los di y salimos con Millaleufu hijo de Inacayal, de dos o tres años menor que Quintuñanco, el cual podía tener de quince a dieciséis. Orillamos el Calefú, aguas arriba, y como a dos leguas, me indicó Quintuñanco el lugar donde había *yahuyehuines*.

Cogimos una buena porción: es una plantita pequeña que crece en la arena, las papitas se dan pegadas a la raíz y enterradas como a veinte centímetros. Esta planta es una especie nueva de la familia de las santoláceas, y el Dr. Phillippi la ha clasificado con el nombre de *Arjona appressa*.

Como estuviese cerca la caballada, Quintuñanco laceó un caballo y volvimos los tres, Quintuñanco, Millaleufu y yo, montados en el mismo caballo; uno de menos que los cuatro hijos Aymon, de célebre memoria.

En la tarde quise aumentar el ordinario de nuestra comida con un plato más: hice freír en una sartén las *yahuyehuines*; tenían un gusto azucarado muy agradable, pero se escondía el veneno bajo las flores: en la noche Lenglier y yo tuvimos grandes dolores de estómago y prometimos solemnemente contentarnos en lo sucesivo con nuestro asado de cordero.

En ese día, mientras estaba ausente, vino un indio preguntando por mí; habló con Lenglier y le dijo que había oído decir que traíamos remedios para ganar a la baraja. Lenglier no comprendió lo que quería decir el indio; al principio yo creí que pedía piedra alipe (sulfato de cobre), de que tenía una porción y que usan los indios como remedio disolviéndolo en agua, pero esta explicación no podía conciliarse con la palabra 'baraja' con que había concluido su pregunta el indio.

Algunos días después tuvimos la explicación de la cosa. Agustín, el tehuelche, había reparado la brújula de bolsillo que tenía Lenglier y me vino a preguntar con aire misterioso si quería cambalacharla por un caballo bueno; como le preguntase a mi vez lo que quería hacer con ella, me contestó que servía de remedio para el juego, que en otro tiempo tuvo una, y que habiéndola puesto a su lado al jugar a los naipes, había ganado una vez hasta siete caballos. No acepté la proposición porque la brújula nos iba a ser muy útil en el viaje a Patagónica. Entonces comprendí lo que había querido decir el otro indio con su remedio para la baraja.

A la noche el cielo se cubrió de nubes.

3 DE MARZO

Ese día por la noche vino Paillacán con el hijo de Huincahual, padre de Quintuñanco que vivía en las orillas del Limay. Llegó feroz como Artaban, sin dignarse mirarme, aunque pasó a mi lado. Se apeó y se le juntaron Inacayal, Huincahual y su hijo recién llegado, todos en el toldo del viejo cacique; enseguida trajeron lo que había sobrado del aguardiente. Entonces comenzó un coloquio muy animado; unas veces

en tono de *coyagtun*, otras de conversación particular; el todo mezclado de frecuentes libaciones. Tenía muchas ganas de saber lo que decían, pero el tono de *coyagtun* que usaban, por momentos prohibía que se acercasen otros, y como dijese a Gabino Martínez que me tradujera lo que trataban, me dijo que no se podía porque los cuatro hablaban para sí solos, aunque al hablar gritaban como demonios.

Pero al día siguiente me contó el lenguaraz Dionisio, que Inacayal y Huincahual habían hecho sangrientos reproches a Paillacán sobre su conducta para conmigo e Inacayal, que Paillacán no hizo más que repetir que hubiera hecho mejor matándonos la primera vez, y que por último se había animado Inacayal y le había amenazado, y quien sabe lo que hubiera sucedido si Paillacán completamente ebrio no hubiese montado a caballo e ídose a sus toldos.

4 DE MARZO

En la mañana vimos llegar por la quebrada que baja de la gran meseta del Caleufú, dos hombres de los cuales uno venía con lanza. Eran Motoco Cárdenas y un chasque de Huitraillán. Contaba que había llegado una partida de indios de aquella toldería, que venían de Patagónica, trayendo unas cartas para Huincahual e Inacayal. Una era del coronel Murga, y la otra de Huentrunahuel (tigre macho), pariente de Huincahual y que habiendo acompañado a Juan Chileno en el precedente viaje a Buenos Aires había experimentado algunas desgracias ocasionadas por las mujeres de esa ciudad, por cuya causa había debido quedarse allí. Se reunió el consejo presidido por Huincahual en una ramada situada delante del toldo de Inacayal y se leyeron las cartas.

El objetivo de las cartas era siempre el mismo, los tratados de paz. Solamente lo que había de más era que manifestaran la conveniencia de que Foiguel, hijo mayor de Paillacán, fuese con Inacayal a Patagónica. De esa manera estando presentes los hijos de los caciques de más fama en las pampas, los tratados tendrían más solemnidad. Fue convenido que se mandaría un chasque a Paillacán sobre este asunto, y enseguida, según la costumbre después de cada consejo, las mujeres trajeron a cada uno un plato de comida. Esta vez la carne venía mezclada con una especie de mazamorra, parecida a una pasta de fideos molidos. Motoco nos dijo que era hecha con quinoa³³, semilla de una planta que usan también los indios de Chile.

Después conversando aparte con Motoco, me dijo que si no conseguía ir a Patagónica con Inacayal, podría pasar con Cachiman, hijo de Huitraillán. Los indios de Huitraillán no siguen el mismo camino que los de Huincahual. Aquéllos toman por la orilla norte del Limay, pasan a nado el río Comoé o Neuquén, que Villarino llamó equivocadamente el Diamante.

Por este camino hay poca caza; algunas veces los indios se ven obligados a matar caballos para comer. Otras veces también pasan el río para ir a la banda del sur donde hay muchos guanacos y avestruces. En este caso dejan las caballadas en

³³ *Chinopodium quinoa* (Lineo).

la banda septentrional. Pero este camino del norte tiene sus ventajas; se anda sólo por arena, mientras que en el del sur hay muchas piedras que lastiman en poco tiempo las patas de los caballos, y además se evita la famosa travesía donde no hay agua durante un día y una noche, y es preciso no manear los caballos para no perderlos. Un poco antes de llegar al Puerto Carmen los indios pasan a la banda sur del Limay. Tales fueron los informes que me dio Motoco sobre el itinerario de los indios de Huitraillán.

Yéndome por este camino exploraba todo el río Negro, pero Villarino había dado muchos pormenores sobre su curso y me parecía más interesante para la geografía seguir el camino del sur. Así atravesaba la Patagónica en toda su anchura, viaje que ninguno había realizado hasta entonces. Dije a Motoco que me iría con Inacayal.

A la tarde se fue Inacayal a los toldos del otro lado del Caleufú donde estaban los indios jugando a la baraja. No conozco gente más aficionada al juego que los indios, hay unos que empeñan hasta su último caballo; Inacayal no llevaba este vicio al exceso: me dijeron que rara vez empeñaba cosas de mucha importancia.

5 DE MARZO

Este día sucedió una desgracia a Lenglier: habiendo ido según su costumbre a fumar una cachimba al círculo de chinas que cocinaban cerca del fuego, perdió su cuchillo. Una de estas señoras se lo robó. En un pueblo poca importancia tiene la pérdida de un cuchillo; no es lo mismo en las pampas donde esos utensilios son muy escasos y de primera necesidad, porque como no se come sino carne asada; sin cuchillo uno debe servirse de las uñas, cosa poco agradable. En fin, mediante un par de calzoncillos obtuvo un cuchillo viejo.

En la mañana todas las mujeres se hallaban sentadas alrededor de los fuegos, que eran dos, porque siendo muy escasa la leña no se encendían sino dos para toda la toldería. Aprovecharemos esta ocasión para hacer el retrato de algunas de ellas.

No hablaré de las viejas: los trabajos, la vida al aire libre han impreso arrugas en sus rostros, y además las que teníamos a la vista no tenían nada de particular; pero hablaré de las jóvenes. La mujer de Marihueque, tercer hijo de Huincahual, tenía cerca de dieciocho a veinte años. Por la elegancia de sus formas que diseñaba muy bien la manta india, podía rivalizar con la Venus Callipyge; por lo torneado de sus brazos y la redondez de su cuello, parecía una estatua griega. De una mediana gordura, su perfil era muy regular. Tenía la boca pequeña y guarnecida de dientes blancos como el marfil que mostraba a cada instante en sus accesos de risa infantiles; sus piernas redondas y hechas a torno estaban adornadas cerca de los tobillos con un par de pulseras hechas con cuentas de varios colores, lo mismo sus muñecas. En sus cabellos peinados de trenzas tenía la coquetería de poner todos los días algunas flores.

Un poco diferente por sus ademanes y figura, era la mujer de Inacayal. No tenía tantos de los encantos de la juventud como la mujer de Marihueque, pero en



Lago Ranco. Pedro Amado Pissis. Museo Histórico Nacional, Santiago de Chile.

cambio tenía más de la gracia majestuosa de la mujer formada y de la madre de familia. Era de raza pampa, tenía la cara ovalada, la tez cobriza, y dos grandes ojos de gacela de una dulzura expresiva, tipo supremo de la belleza entre los árabes.

Su fisonomía franca y abierta era muy graciosa; por otra parte era tan discreta como la mujer de Marihueque en el asunto de pedir chaquiras; y muy diferente en eso a la insaciable Pascuala, mujer de Paillacán.

Había dado bellos hijos a Inacayal: Millaleufu, río de oro, Yahuelcó, cuya significación en indio no he podido saber, ambos hombres; una niña de cuatro o seis años por la cual el viejo Huincahual tenía mucha afección, y otra de pecho.

Terminaremos esta serie de retratos con el de Llancuhuel, la hija de Huincahual, hermana de Marihueque y Chiquilín. Llancuhuel tenía una cara graciosa y picaresca, ojitos negros y vivos, dientes blanquísimos. En poco tiempo se iba a celebrar por Llancuhuel la ceremonia acostumbrada cuando las niñas llegan a la edad núbil. Luego que una niña conoce los primeros indicios de su nubilidad, avisa a su madre o a su más próximo pariente, el cual da parte al jefe de la familia.

Éste escoge su mejor yegua a fin de comerla con los amigos. La niña es colocada en el fondo de un toldo, separada de los otros y preparada con este objetivo. Allí recibe las visitas de todos los indios e indias de la toltería que vienen a cumplimentarla por ser mujer y a recibir de ella un pedazo de yegua proporcionado a su rango o grado de parentesco. Después se la pasea por la toltería sentada sobre una manta. Gabino, que me relató estos pormenores, me dijo que se le ponía en la boca un poco de tierra con sangre, pero no me pudo decir el objetivo de esta medida. Después de la procesión se mezcla la niña con sus compañeras de los toldos. Villarino en su viaje presenció una de estas fiestas. D'Orbigny dice que antes de concluir la procesión, conducen a la niña para que se bañe en un lago o río. Gabino, a quien interrogué sobre este particular, me dijo que no sabía nada de eso.

Llancuhuel se encontraba en las vísperas de este estado que produce tanto cambio en la mujer, pero entonces sus formas estaban indecisas entre la niña y la mujer.

Pasaba su vida alegremente ocupada todos los días de Dios en pintarse la cara de varios colores; repartiendo su tiempo entre los baños del Caleufú y paseos a caballo en ancas de la segunda mujer de Huincahual, en busca de ovejas extraviadas; y en la tarde, al frente de los toldos, se entretenía con sus hermanitos y sobrinos jugando a la pelota.

Todas estas buenas impresiones desaparecían al verlas entregarse a una ocupación por la cual ellas tenían una decidida predilección. Después de llenar las principales obligaciones del menaje se sentaban por parejas y daban comienzo a tranquilas cacerías del sucio bicho que se cría en la cabeza. Esta operación no me era del todo desconocida; la he visto ejercer a gente más civilizada; pero lo que me llenó de horror fue que se echaban a la boca los frutos de sus escrupulosas pesquisas y se los comían con la más animada expresión gastronómica. De esta notable distinción sólo goza el *pediculus capiti*, el *pediculus corpori*, que es el más abundante, abundancia de la que dolorosamente participamos nosotros, generalmente para su felicidad es despreciado: se contentan con depositarlos religiosamente a un lado.

Sin duda, convencidos de que la muerte de unos pocos no agotaría una especie tan millonaria. El viejo cacique, algunos días, queriendo manifestar a sus nietos tiernas afecciones con que los distinguía el corazón de su abuelo, se tendía al sol, y a una señal se precipitaban los chiquillos a escarmenar los enredados cabellos del viejo, buscando al mismo tiempo con ávidos ojos el premio de sus trabajos. Algunas veces, por castigo, solía exceptuarse a uno de los nietos, el cual de lejos afligido por su privación, contemplaba a los demás que gozaban de tan distinguido favor.

Para completar lo que he dicho de las chinas, daré algunos detalles sobre sus vestidos y vida.

Se ha hablado mucho de la condición desgraciada de las mujeres indias. Creo que hay alguna exageración en esto. Es cierto que una *bloomerista yankee*, con sus ideas avanzadas sobre la perfecta igualdad de los dos sexos, vería sus teorías mal recibidas por mis amigos los pehuenches y pampas, pero debo decir en honor de estos últimos que nunca maltratan a sus mujeres. Con lo que he observado no puedo creer en todas las falsedades que se cuentan sobre este asunto y atiéndase bien que yo hablo de lo que se pasa entre los pehuenches y tehuelches y no de los araucanos a quienes no he visitado. Si se cree a algunas personas, la china tiene a su cargo los trabajos más penosos: debe ensillar el caballo de su señor y dueño cuando se le antoja a éste montarlo, desensillarle a la vuelta, etc. Error profundo, en cuanto a lo que pertenece a los caballos. El indio nace jinete; no recurre a nadie en lo que concierne a sus caballos, sino a él mismo; cuando quiere ir a pasear va en busca de su caballo, lo lacea y ensilla. Cuando una mujer quiere ir a pasear sucede lo mismo, su marido o uno de sus parientes u otro cualquiera a ruego de ella van a lacearlo, le trae al frente del toldo y entonces la mujer lo ensilla y lo hace porque la montura de las indias tiene una forma particular y es complicado el aparejo. En cuanto a ir a rodear los animales, nunca he visto hacerlo a ninguna china, sino a la segunda mujer de Huincahual que no teniendo hijos, se ocupaba en eso por diversión, como me lo dijo un día al cuidar las ovejas, ocupación de que participaba, montada a sus ancas, la traviesa Llanquihuel.

Las mujeres en la toldería del Calefú y otras que hemos visitado, no tenían otros trabajos que los propios de su sexo entre gente civilizada. Cuidan sus hijos, hacen la comida, tejen ponchos y preparan cueros de guanacos. Todo esto es trabajo de mujer. Iré más lejos en eso porque todo lo que digo puedo probarlo por ejemplos que he visto con mis propios ojos. Las mujeres tienen influencia en el menaje, además, poseen como los hombres, y tienen sus propiedades particulares. Dos o tres hechos que he presenciado bastarán para probarlo.

Después del naufragio, cuando hice algunos regalos de charqui y de harina al viejo Paillacán, me dijo que sentía no poder retornarme algo porque las ovejas que veía en el corral todas pertenecían a su mujer, la Pascuala, pero que iba a pedirle una prestada, en lo que no consintió la tehuelche, sino mediante algunas chaquiras y cuentas y el poco de café que habíamos salvado.

En mi última visita a los toldos de Paillacán quería tratar con Quintunahuel hijo de ese cacique para cambalachar por un poncho overo. Me dijo que su mujer estaba ausente y que no quería tratar sin la presencia de ella.

En fin, se puede recordar la discusión que he citado entre la mujer del indio que encontré en las orillas del Caleufú y a quien compré el caballo choiquero.

Las chinas tienen sus cosas propias, como se puede ver por el ejemplo de las ovejas de Pascuala, y no sería extraño que casi todas las ovejas del Caleufú, fuesen de la segunda mujer de Huinchahual, cuando recuerdo el cuidado que tenía la china para hacerlas entrar todas las noches al corral.

Por esto se verá, pues, que las indias están en mejor condición de lo que se ha dicho.

La india en su tierna edad anda vestida en invierno con una pequeña *hualca*; en verano con dos mantitas; más grandes, a la edad de diez o doce años, llevan el vestido común a todas las mujeres. Consta de una manta de lana gruesa o paño que se ata al hombro izquierdo con una aguja, dejando los brazos libres; las dos extremidades vienen a juntarse atrás. El pecho queda cubierto; otra manta tapa la espalda y atada delante por un alfiler muy grueso adornado generalmente de un gran círculo de plata. Otras veces es una bolita que tiene como siete a ocho centímetros de radio. Los pendientes de las orejas son de plata así como el cabo del alfiler, y consisten en una planchita cuadrada hasta de diez centímetros algunas veces. Un alambre de plata semicircular los sujeta a las orejas. Su coquetería es tener bonitas pulseras en los tobillos y muñecas, hileras de dedales de colores pendientes de la aguja. Peinan sus cabellos en forma de trenzas, pero no las he visto usar diademas de cuentas tan frecuentes como a las indias de Valdivia.

Las mujeres tehuelches sólo usan cueros de guanaco como vestido, pero con los mismos adornos de las otras.

La ocupación de las indias en la toldearía, además de cuidar sus hijos, es tejer ponchos y frazadas de lana teñida con añil y tierras de color, que les vienen del sur de la Patagonia, y también preparar los cueros de guanaco.

Para esta última ocupación comienzan por rapar la parte del cuero opuesta a los pelos, con una especie de cepillo de madera que tiene un pedernal en el medio; después los ponen muy bien estirados en el suelo por medio de estacas, los mojan de tiempo en tiempo al pintarlos; en cajitas pequeñas tienen lápices de pintura con los que hacen dibujos. Estas pinturas son: arcillas chloríticas y otras rojas y amarillas. Cuando todos los cueros que deben componer la *hualca* están listos los cosen en mayor o menor número según las dimensiones de la *hualca* que se quiere confeccionar.

Para coser se sirven de una lezna de zapatero, y de nervios de choiques, o caballos, pero son mejores los de choiques (avestruz). Se ve que las materias no son de primera calidad, sin embargo, a pesar de la imperfección de los instrumentos, es muy curioso ver con cuánta solidez y rapidez suelen hacer estas operaciones.

En cuanto a los ponchos y frazadas, los tejen como se ve diariamente hacerlo a las mujeres en Chile.

Sus diversiones son los bailes que suelen celebrar los indios y visitas a sus parientes y amigas de las toldearías vecinas. Estos bailes se celebran sin motivo particular, sólo como un pretexto para agotar algunos barriles de aguardiente que se han procurado los indios. Se desnudan de sus *hualcas* y ponchos, reservando sólo

un pequeño chiripá para cubrirse; se adornan la cabeza con plumas de avestruz e inician la ceremonia bailando alrededor de unas pieles al sonido de tambores de cuero y de los monótonos alaridos de las chinas. Este ejercicio va aumentando hasta que sucumben con las repetidas libaciones. Las mujeres son sólo espectadoras.

A estas diversiones van solas; se les trae caballos, ellas mismas los ensillan, comienzan por poner un montón de cojines de cuero llenos de paja, unos encima de otros, que sobrepuestos componen al fin una especie de cilindro bastante alto para que las piernas de la china sentada encima apenas alcancen al pescuezo del caballo.

No suelen usar estribos; una cinta en cuya riqueza ponen su coquetería y que da vuelta al pescuezo del caballo, las ayuda a montar. Todas son aficionadas al caballo; me recuerdo que, cuando se paraba un caballo de algún chasque, delante de los toldos, luego las hijas de Antileghen, quiero decir las menores, lo montaban y se iban cabalgando a carrera por la pampa. La china lleva también sus hijos a caballo, aunque sean de pecho, para eso tienen cunas en forma de círculos, de manera que puedan colocarse encima de los caballos. Son hechas de palos entretejidos, una tablita guarnecida de un colchoncito y fija encima de la curva recibe al niño. Así se iban a pasear a caballo mis *lamuenes* (hermanas) del Caleufú, y también mama Dominga, la mujer de Jacinto, cuando iba a buscar sacos de manzanas a Huechuhuehuin, expediciones a la vuelta de las cuales me reservaba en el seno las mejores manzanas, y cuya oferta me ponía siempre en tan duros aprietos.

No olvidaré aquí hablar de Callipai, joven huaicurú, de horrible figura y que vivía en la toldería. Vendida por su padre, o reducida a la esclavitud, en un malón, había venido a la toldería, con la primera mujer de Inacayal. La pobre era todo lo que se podía ver de más asqueroso: cuando comía, se lamía los brazos hasta el codo para no perder nada de la grasa que había corrido al largo de ellos.

Era esclava, pero tratada con bondad por la mujer de Inacayal, su dueña. La sola cosa que la diferenciaba de las otras, era que no podía llevar los mismos adornos que las otras chinas. Fue lo que me hizo reparar mama Dominga una vez que movido de compasión y cediendo a las solicitudes de la pobre criatura, le había regalado algunas chaquiras. Pero fuera de eso, de no poder llevar adornos, y que no es poco para una hija de Eva, era tratada bien y no trabajaba más que Llancuhuel, hija del cacique, ni que las otras chinas del Caleufú.

En la tarde llovió un poco, con granizo, acompañado de truenos y relámpagos, y a juzgar por la dirección del ruido debió haber estallado una tempestad cerca de Huechuhuehuin. En la noche se veía el oriente surcado de luces que de cuando en cuando echaba vivos reflejos sobre la pampa.

Cuando íbamos a acostarnos llegó un chasque trayendo un mensaje para el viejo Huincahual, y enseguida se fue hasta Lalicura.

6 DE MARZO

Por la mañana el viejo Huincahual se despertó más temprano que de costumbre, y reparamos un cierto movimiento en el campamento. El viejo acompañado de dos

indios, sus edecanes, había ido a sesenta metros enfrente de los toldos, y los ocupaba en cavar un agujero. Juan Chileno nos informó que había venido un chasque, trayendo noticias que ocasionaban la rogativa que íbamos a presenciar. El chasque decía que el rayo había muerto dos caballos ensillados en Huechuhuehuin. El dios de los pehuenches estaba enojado, era preciso apaciguarlo por un sacrificio. Por otra parte, del Norte venían noticias extrañas. Hacía algún tiempo que un cacique de los picutes había soñado, y como todos los sueños son incoherentes, éste no luce por la coherencia, pero lo relato textualmente, como me lo contó el honrado Juan Chileno. Al cacique de los picutes, en su sueño, se le había aparecido un hombre ensangrentado que le había dicho que era la gallina con pollos (así llaman los indios a la constelación de Pléyade) que todavía estaba peleando contra sus enemigos, pero que para tomar nuevas fuerzas necesitaba un sacrificio que debía celebrarse al alba y de la manera siguiente: se debía cavar un pozo, matar una oveja en la boca del pozo, derramar la sangre acompañando la operación con rezos y plegarias, comer la carne, enseguida debían botar los huesos en el pozo, y cubrirlo con tierra. Ni un perro debía probar de la oveja, aun el más pequeño hueso. Tal era el sueño que el cacique de los picutes mandaba contar a Huincahual, para que él también se conformase con lo que se ordenaba y avisase a sus vecinos del Limay. Por eso desde la mañana se había cavado el pozo, y la oveja estaba con el cuchillo en la garganta en el borde del agujero. Habiéndose reunido todos los hombres de la toldería el viejo Huincahual inició la ceremonia mojando sus manos en la sangre y haciendo aspersiones, dio tres o cuatro chivateos, hablando entre dientes palabras sin significación para nosotros.

Cada uno hizo otro tanto; el viejo nos mandó decir con Juan Chileno que rezásemos también dirigiéndonos a nuestro Dios. Se ve, pues, que el viejo cacique tenía ideas bastante cultas en materia de religión. Hicimos como ellos, dirigiéndonos a Dios, pero no aludiendo al sueño estrambótico del cacique picute, sino rogándole que nos favoreciese en nuestro viaje hasta Patagónica y que nos hiciera salir sin daño alguno de entre esa gente. Después se encendieron los fuegos, el cordero fue despedazado y puesto en las ollas; los perros atraídos por el olor de la cocina, hacían inútiles esfuerzos para allegarse cerca de las cocineras; los pehuenchitos los alejaban con piedras y se divertían persiguiéndolos con laquis hechos de dos manzanas atadas con un lacito. Comimos todos los hombres, y después las chinas y los niños; se recogieron todos los huesos y se les botó en el pozo, enseguida fue cubierto de tierra. Concluida la ceremonia todos se volvieron a los toldos.

El cacique Huincahual daba siempre el ejemplo con sus sentimientos religiosos. Todos los años en la primavera escogía el mejor de sus potrillos y un cordero y los ofrecía en sacrificio al Hualichu. La ceremonia se celebra del modo siguiente: degüellan los animales en las orillas del río, los rellenan con pasto nuevo de la pampa, hierba mate, azúcar, aguardiente si hay, en fin, con todo aquello que más les agrada, enseguida cosen la herida y arrojan los animales al medio de la corriente del río. Este sacrificio tiene por objetivo asegurarse la buena voluntad del Hualichu para todo el resto del año; nunca ha dejado de ejecutarlo el viejo cacique, y me decía que gracias a eso había vivido tan largos años sobre la tierra y podido contemplar a sus hijos y nietos.

A la tarde Huincahual mandó a su hijo Chiquilin como chasque a los indios del Limay, para avisarles de lo que había sucedido.

A la noche se fue Motoco.

7 DE MARZO

Este día se pasó sin incidente alguno. Lo consagraremos reasumiendo nuestras observaciones respecto de los indios con quienes hemos vivido.

Es muy difícil hacer categorías separadas por razas de los indios que viven desde la cordillera hasta el Atlántico y desde los 35° de latitud hasta el cabo de Hornos. Como los indios son muy errantes viven en la compañía de los caciques que más les agradan, la homogeneidad de raza ha desaparecido. Para dar un ejemplo de esto, hablaremos de los que vivían en los toldos del Calefú: Huincahuai y Antileghen eran pehuenches, Inacayal su hijo había nacido de una madre pampa; Agustín y Jacinto eran tehuelches y el mocetón mordido por los perros era de origen huaicuru, tribu que habita cerca de Magallanes. Establecido aquí, se casará, de él nacerán hijos que vendrán a aumentar la mezcla en las razas; la misma variedad se observa en las mujeres.

En las tolderías del otro lado del río casi todos eran tehuelches. Casi todos los indios habitan la falda de la cordillera hasta unas veinte o veinticinco leguas de ella, nada más; los otros que se encuentran en la pampa son indios que andan cazando o viajando con sus tolderías hasta las ciudades de Buenos Aires o Patagónica. Me parece mejor clasificarlos por los idiomas que usan, y entonces se podrá hacer una distinción de ellos.

1° Los pehuenches que hablan el armonioso idioma araucano chilidugu; se dividen en *Picun-pehuenches*, pehuenches del Norte y *Huilli-pehuenches*, pehuenches del Sur. Empiezan desde los confines de la provincia de Mendoza hasta el río Limay; aquí se confunden con los pampas o tehuelches del Norte. En otro tiempo vivían los pehuenches en las faldas occidentales de la cordillera. Cuando llegaron los españoles, los invasores los empujaron poco a poco hasta forzarlos a pasar la cordillera. En el viaje del padre Meléndez, unos indios que encontró al sur del Limay le suplicaron que los ayudase a rechazar a los pehuenches que invadían sus terrenos. En ese tiempo, las invasiones no debían datar de muy lejos, pero desde entonces los indios pehuenches han hecho alianzas con los otros que encontraron en el país y viven en tan buena inteligencia como es posible entre indios, maloqueándose entre sí para despuntar el vicio. En tiempo de Villarino, no habían todavía bajado hasta el Limay. Su nombre les viene de la palabra *pehuen* que significa 'piñón', y *che* 'gente', porque vivían principalmente en las faldas de las cordilleras donde crece este árbol.

2° Los indios pampas o tehuelches del Norte, nacen desde el río Limay, donde viven mezclados con los *Huilli-pehuenches* y alcanzan al sur hasta el río Chupat. Uno de sus caciques con unos ciento cincuenta indios, vive en

las inmediaciones del pueblo del Carmen, se llama Chagayo; hablan un idioma muy rudo que no tiene semejanza alguna con el chileno.

- 3° Desde río Chupat hasta el cabo de Hornos, viven dos clases de tehuelches, que se diferencian sólo en el idioma, pero con las mismas costumbres y vida.
- 4° Los huaicurúes, que viven en la orilla norte del estrecho de Magallanes; éstos parecen descendientes de tehuelches y fueguinos. Su idioma se parece algo al de los tehuelches.
- 5° Los fueguinos o habitantes de Tierra del Fuego, que los indios del Limay nos decían haber oído mentar, que viven de pescado y andan en canoas.

De todas esas razas, los que tienen más propensión a vivir de una manera fija son los pehuenches, y los más errantes son los tehuelches que caminan siempre, pudiéndose decir que no viven en ninguna parte.

Estos tehuelches viven sin fe ni ley, son unos verdaderos judío-errantes de la Patagonia. Donde algún desgraciado buque es arrojado a la costa por alguna tempestad, es seguro que se verá llegar tehuelches que saquean toda la carga para ir a vender, por aguardiente, producto de sus latrocinios. Son los abastecedores jurados de los pehuenches. Hemos visto en la toldería del Caleufú, cacerolas y bayetas traídas por los tehuelches; muchos de ellos tienen sus toldos hechos de tripe cortado inglés. Con los instrumentos que recogen en los naufragios han aprendido a trabajar; he visto en manos de Inacayal una cachimba bien hecha de arcilla cuyos círculos de cobre y bombilla del mismo metal habían sido trabajadas por los tehuelches. Por otra parte, son excelentes cazadores, y en sus terrenos abundan los guanacos y avestruces; de esta manera no tienen mucho trabajo para abastecerse de pieles, que enseguida van a cambalachar por aguardiente a la colonia de Magallanes o a Puerto Carmen. Les importa poco la distancia, vienen de 150 leguas hasta Limay para emborracharse, y cuando no tienen más con que comprar aguardiente, se van cazando y orillando el Limay hasta Puerto Carmen, haciendo doscientas leguas sin más preparativos de viaje que los que hace un buen paisano de Santiago que toma el ferrocarril y va a dar un paseo hasta San Bernardo. En efecto, no es su ropa la que necesita maletas, sus únicos vestidos son una *huaralca*. La comida no les inquieta tampoco, bolean avestruces, guanacos, y llegan a Patagónica con buena provisión de cueros y plumas. Allí otra borrachera, y cuando no les quedará nada más que cambalachar irán a dar un paseo de placer por las costas orientales de la Patagónica para ver si no hay algún buque varado. Algunas veces, antes de salir, si tienen demasiada sed, venderán sus mujeres o hijas.

Era preciso oír a Celestino, que había visto toda laya de cosas; hablando de los tehuelches y de sus gigantescas orgías en Patagónica, no cesaba de contarnos. Como los más borrachos, los tehuelches están colocados muy alto en la consideración de los honrados comerciantes de aguardiente.

Cuando estábamos en el Caleufú, los pehuenches esperaban con impaciencia la llegada de esos insaciables tomadores.

Son también, en estatura, los más altos de los indios. Se ha dicho muchas cosas exageradas sobre la talla de los patagones, o de los tehuelches que hacen parte de

ellos; apenas los que he visto medirían unos seis pies ingleses, lo cierto es que ninguno es chico. Sólo dos he visto bastante grandes; uno sobre todo cuyos brazos le llegaban hasta las rodillas, se llamaba Bonifacio. Pero lo que los distingue particularmente de los pehuenches y otros indígenas, es el tener hombros anchos, un cuerpo robusto, buenas carnes, y formas macizas y hercúleas; tienen la cabeza grande y un poco aplastada atrás, la cara ancha y cuadrada, los juanetes poco salientes, los ojos horizontales, la frente chica, las cejas espesas y los labios que bordean una gran boca, sobresalen tanto, que una línea perpendicular trazada de la frente a los labios, tocaría apenas a la punta de la nariz que es chata y con las ventanillas abiertas.

El número de los tehuelches patagones no es muy considerable; me decían los indios que apenas igualarían al doble de la población de Puerto Carmen, que es de tres mil almas.

Los pehuenches tienen un tipo que se acerca más al de los araucanos: cara aplastada, juanetes salientes, tinte cobrizo, mirada feroz, narices cortas, boca prominente, barba pelada y cabellos espesos, pero se los cortan en el hombro.

Con engaños y promesas de traerle ropa, logré conseguir que Antileghen permitiera dejarse tomar las medidas que pongo a continuación. Este indio era un tipo perfecto de su raza.

Circunferencia del tórax debajo de las axilas	0,950
Ídem del abdomen en su parte media	0,795
Ídem de la pelvis	0,868
Ídem del muslo	0,557
Ídem de la pantorrilla	0,336
Ídem del brazo	0,253
Ídem del antebrazo	0,279
Largo de la cara desde la <i>symphysis</i> de la barba hasta el nacimiento del pelo	0,177
Largo del cuerpo desde la <i>symphysis</i> pubiana hasta la parte superior del esternón	0,532
Largo del muslo	0,411
Ídem de la pierna	0,369
Ídem del brazo	0,318
Ídem del antebrazo y mano	0,434
El diámetro comprendido entre la parte media del esternón y de la columna vertebral	0,176
Ancho del tórax	0,292
Distancia de un hipocondrio al otro	0,207
Ídem de la espina iliaca superior anterior a la otra	0,321
Diámetro longitudinal de la cabeza (occipitofrontal)	0,191
Ídem transversal	Ídem (biparietal)
	0,171
Distancia de un arco cigomático a otro	0,143

El traje de los pehuenches difiere del de los araucanos; tienen, como todos los indios de la pampa, el chiripá, que les sirve de calzones, mientras que los araucanos usan el chamal.

El chiripá es una especie de pantalón muy cómodo; el pehuenche se pone entre las piernas un pedazo de paño cuadrado o un poncho y se ata las cuatro esquinas a la cintura con una faja. Nosotros hemos llevado el chiripá todo el tiempo que vivimos con los indios y estuvimos muy satisfechos de su comodidad. El gobierno argentino también lo ha adoptado para sus tropas de caballería de Patagónica. El origen de este vestido es pampa, y puramente pampa, porque es una palabra desconocida en el idioma araucano. Para taparse la espalda unos llevan ponchos, otros hacen entrar las extremidades de su huaralca en el chiripá, la parte superior cuelga de la cintura y cuando quieren cubrirse los hombros, levantan las huaralcas y sujetan las puntas en el pecho.

En la cabeza, comúnmente sólo tienen un pañuelo que da vuelta alrededor de la frente; los elegantes usan sombrero, así como también los caciques; la forma del sombrero que parece estar de moda entre ellos, es la forma cónica. En cuanto al calzado, usan sumeles hechos con cuero de las patas de vaca o caballo.

No toleran pelos en la cara, ni en ninguna parte del cuerpo. Sucede lo mismo entre las mujeres; para arrancárselo usan tenacillas de plata. En esto se parecen las mujeres a los hombres, y éstos a ellas en que usan pendientes en las orejas, aunque mucho más pequeños. Todos tienen las piernas arqueadas y no hay que admirarse de eso: el indio de la pampa nace jinete; está todavía mamando cuando su padre le toma en los brazos, le envuelve en su huaralca, y se pasea con él a caballo. El hijo de Marihueque, de tres o cuatro años de edad, llamado Notao, que Celestino bautizaba con el nombre de cabo Notao cuando se comportaba mal, elevándolo al grado de capitán Notao cuando al contrario, este niño, cada vez que veía delante de los toldos un caballo ensillado, se agarraba de los estribos y subiendo con la ayuda de los pies y de las manos, se colocaba al fin como podía encima del animal; las chinitas tienen la misma afición: es muy natural que todos los indios tengan así las piernas viviendo casi siempre a caballo. Tienen estribos, pero no se sirven de ellos para montar; estos estribos son muy pequeños; hechos de cobre o de palo, les sirven solamente para descansar el pie, una vez montados. Nunca andan a caballo sin tener en la mano un rebenque o chicote de cuero cuyos mangos están forrados con colas de vaca. Lucir a caballo y en el más bonito que se pueda, es la vanidad de un pehuenche. Las monturas se componen de unas jergas, cubiertas por un gran mandil de cuero, y la silla o enjalma con un pellón: todo sujeto por una cincha que tiene una barriguera muy ancha.

Gustaba ver a nuestro amigo Inacayal montado en su caballo overo, con freno guarnecido de plata, con grandes copas y estribos del mismo metal; las piernas forradas de sumeles nuevos, el pie armado de grandes espuelas de plata, chiripá de paño fino; y una chaqueta de oficial de caballería argentino que le había regalado el gobierno del Plata. Pero todos no son bastantes ricos para tener espuelas o estribos de plata. Los pobres se contentan con estribos y espuelas más modestos; la espuela es hecha de dos pedazos de palo con clavos en la punta, y unidos entre sí por lazos; hemos usado esas espuelas y son muy cómodas; no lastiman tanto al caballo como las que se usan entre los chilenos. El estribo de cuero consiste en dos o tres tirillas de cuero aplicadas una sobre otra que forman la parte superior del estribo y juntas abajo por un palo en el cual descansa el pie. Todos no tienen

tan bonitos caballos como Inacayal, aunque generalmente son de una excelente raza. Lo que hay de particular es que casi todos son de colores claros, ¿es esto una particularidad de la raza, o es que venden o matan los de colores oscuros? No lo sé.

Habrá quien pregunte lo que hacen nuestros pehuenches durante el día; no hacen nada; absolutamente nada de lo que se llama trabajo. El pehuenche se levanta con el Sol, se envuelve en su huaralca, va a hacer sus abluciones al río, y vuelve a sentarse en un pellón delante del toldo; su mujer o sus mujeres han encendido el fuego, le traen un plato de comida y se echa otra vez a dormir o monta a caballo y va a pasear. Los que no van a pasear lo pasarán durmiendo y comiendo. Sus alimentos constan casi siempre de carne de caballo y grasa, sustancia que se apeetece mucho cuando se come sólo carne; esto nos sucedía a nosotros. Sus dientes, aunque muy blancos, los tienen gastados en los extremos.

Los indios del Caleufú, que no tienen siembras como los de Huechuhuehuin, hacían fiesta cuando tenían harina o manzanas. Lo que notábamos siempre era que botaban antes de comer un poco de la comida para alejar, decían, al espíritu malo. No hacen caso de la leche, o cuando la toman la aderezan de una manera extraña: hacen una mezcla de manzanas verdes con leche; he probado este plato y como es posible imaginárselo, no quise repetir. Suelen hacer bebidas con toda clase de semillas de plantas silvestres, principalmente de queneu (*Muhlenbeckia sagittaeifolia*); planta que abunda mucho cerca del Limay; también conocen el mate, pero prefieren mascar la hierba en lugar de hacer infusiones.

Como he podido verlo, los indios gozan de bastante independencia, y los caciques tienen más bien una autoridad concedida que de derecho. Apenas muere un cacique cuando los indios que vivían a su rededor se dispersan, unos van a vivir cerca de otro cacique, otros se quedan. Hay la más grande semejanza entre el gobierno de esas tribus y el de los bárbaros que en el siglo quinto y siguientes invadieron Europa. Robertson en su historia de Carlos V, trazando las costumbres y forma de gobierno de los hunos y vándalos, parece hablar de los indios de la pampa; y el sagaz historiador no deja de apoyar su comparación con trozos sacados de las cartas del padre Charlevoix.

El cacique no tiene otra influencia que la que le da el número de mocetones que lo rodea. Antileghen nunca ha querido ser cacique, y es rico; de lo que los indios llaman riqueza. Los indios con su vida errante y la falta de propiedades territoriales, no pueden tener otras cosas sino riquezas transportables. Así, en la pampa se llama hombre rico al que tiene muchos animales, prendas de plata; éste tiene influencia porque puede mantener cerca de sí a muchos mocetones, que se irán luego que no tengan más de lo que necesitan cerca del jefe que han elegido voluntariamente. El comunismo, pero al mismo tiempo la libertad, existen de hecho en la pampa. En el Caleufú, si se mataba un animal, se repartía entre todos; si un indio traía sacos de manzanas de Huechuhuehuin, o alguna harina, su mujer luego hacía la repartición y la distribuía en los toldos. Donde vive Huentrupán, que se siembra y cosecha, ya no es lo mismo, las ideas de propiedad comienzan a diseñarse. Un día preguntando al compadre Pulqui, cuya niña bauticé en Huechuhuehuin, cómo se alimentaban los que no sembraban, me contestó: “a punta de manzanas”

Por otra parte, no tienen leyes fijas, y a pesar de las cuestiones repetidas que hice a varios indios, siempre he obtenido la misma contestación. En la vida parecen guiarse más por el buen sentido que por leyes fijas; generalmente la muerte por asesinato se salva con un precio convenido entre las partes adversas, o la muerte del asesino, si no tiene que pagar o es el menos fuerte. El adulterio es excesivamente raro; nunca hemos visto en la toldería del Caleufú, a ningún hombre que hablase de una manera seguida con mujeres ajenas.

En cuanto a la celebración de los principales actos de la vida, he aquí los detalles que me dio Gabino Martínez: cuando una mujer está cerca del parto, se le construye un toldo aparte, o si no, en otro toldo ya hecho, un compartimiento bien cubierto con ponchos. Pregunté a Gabino Martínez, que era casado y padre de familia, lo que pasaba entonces, quién cortaba el cordón umbilical, etc., me contestó no saber nada de eso; lo que me probaría que la aproximación del lugar a donde está la mujer que acaba de parir es formalmente prohibida a los hombres. Como había leído en Falkner, que tenían la costumbre de aplicar sobre el pecho del recién nacido el corazón palpitante de una yegua, pregunté a mi amigo Gabino si había visto practicar esa ceremonia; me contestó que nunca se encontró en esa circunstancia, pero sí, que había oído decir que esta práctica era muy buena para curar a un niño enfermo del pulmón.

Para dar un nombre al recién nacido el padre va a ver a una mujer vieja, sea de la toldería o de otra vecina; le hace un regalo, y le pide que indique un nombre para su hijo. Ya he hablado cómo componen sus nombres; si hay unos que significan algo, otros no, como el nombre del hijo de Quintunahuel que se llamaba *Quiñe-epu* (uno-dos).

Una cosa en que reparé es el poco número de hijos que tienen los indios. Creo que debe atribuirse esto a dos causas: la primera es que el infanticidio y el aborto son muy frecuentes entre las mujeres. Gabino me dijo que conocía una mujer tehuelche que se hizo abortar hasta cuatro veces sin que su marido lo supiese. Pascuala, la mujer de Paillacán, esto todos lo sabían, cada vez que se sentía embarazada se hacía también abortar apretándose el vientre con un cinturón.

La segunda razón a mi parecer debe provenir del alimento de esos indios que consiste exclusivamente de carne, pero aquí sólo presento mi humilde opinión, dejo a los médicos el discutir la cuestión.

Otra razón me dio Gabino Martínez, pero ésta sólo puede decirse en la pampa, entre indios; pero no aquí.

Estos resultados coinciden con el hecho de tener los indios poco pronunciada la parte posterior de la cabeza, donde los frenólogos colocan las facultades animales.

El niño crece en la toldería con los perros y gallinas; el hombre ejercitándose en el caballo y en manejar los laques; la niña con las mujeres, aprende los trabajos peculiares al sexo. Cuando alcanza la nubilidad, he dicho ya que todos lo saben y pueden entonces proporcionar ventajas a su padre por un casamiento. Entre los indios las mujeres se compran; este artículo tiene algunas veces mucho valor según el rango de la mujer o su belleza. Nuestro Paillacán se había arruinado con

la adquisición de Pascuala, por la cual decía la crónica de los toldos que había pagado en prendas de plata y animales el número de cuatrocientos. ¡Pagar tanto para participar la suerte de Menelao y de otros tantos desgraciados maridos célebres en la historia! Convenido el precio, el joven puede ya vivir con la niña, pero en los toldos de su padre, y no puede llevarla al suyo hasta que no haya concluido de pagarlo todo. La convención tiene lugar sin que se consulte a la mujer; y pagado el precio, el comprador viene con sus amigos, toma a la niña, y la lleva consigo en su caballo. Entonces se matan yeguas, y si hay aguardiente, mejor es la fiesta.

Los indios pueden tener tantas mujeres como pueden comprar, pero la primera tiene casi siempre el primer rango, las otras son consideradas más bien como sus criadas. He leído de varios autores que cada mujer tiene su fuego, y que para preguntar a un indio cuántas mujeres tiene, suele decirse, ¿cuántos fuegos tienes?, bien puede ser esto en Arauco, donde no falta la leña, pero en la pampa un lujo tal forzaría a los indios a cambiar todos los días de campamento. En la toldería del Calefú no había más que dos fuegos para todos.

En fin, en cuanto a sus ideas religiosas, no hay más que recorrer las relaciones de otros viajeros que han visitado a los indios para convencerse de lo poco claras que son las ideas que han podido formarse sobre este asunto. Lo que se puede decir generalmente y lo que he comprobado por mis conversaciones con Inacayal, es que todos creen en la existencia de un ser superior, dueño absoluto del Universo; que creen en una vida futura, de felicidad para los buenos y de penas y castigos para los malos. Inacayal me dijo que los malos serían castigados por el fuego en el infierno que él llamaba *quetralmapu* (tierra del fuego), pero cuando le preguntaba lo que llamaba malos y buenos, sus ideas se oscurecían. Fuera de las ideas primitivas de un solo Dios y de una vida futura, su espíritu está sumergido en las tinieblas de toda especie de supersticiones; creen en brujos y brujerías. Gabino Martínez me decía con mucha seriedad que un tehuelche podía matar a un hombre teniendo en su poder uno de sus cabellos. Todo lo que no conocen o que no entienden es brujería para ellos. Cárdenas, mi mozo, había hecho parte, durante su cautiverio en los toldos de Paillacán, de una expedición dirigida contra un brujo que vivía al sur del Limay. No sé bajo qué fútil pretexto se fue Paillacán con unos cuarenta mocetones a asaltar y matar a lanzazos al pobre Huilliche y toda su familia. Viendo y sabiendo todo eso, se puede concebir con qué prudencia vivíamos entre ellos; nada más que la vista de nuestras brújulas o reloj solar hubiera bastado para ser calificados de brujos. Este título ha causado bastantes muertes y asesinatos; tienen en su idioma una palabra, *calculn*, que significa ocasionar la muerte de alguno tratándolo de brujo.

Reconocen también un enemigo de los hombres, genio del mal que se llama Pillán: los de la pampa dicen que vive en los volcanes que guarnecen la cresta de los Andes. Llamam a todos los volcanes *Pillán tralca*, fusil del diablo. Cuando están enfermos, recurren a médicos que llaman machis. En las publicaciones hechas sobre los araucanos se ha hablado tanto de cómo se celebran los machitones que creo inútil describirlo aquí; lo que hay de cierto es que esos machis son prestidigitadores muy diestros. Como la suerte de los hombres no depende más de las manos de los

machis pehuenches que de la de los médicos con bonete de doctor, muere o no muere el indio según la voluntad de Dios; si muere se le cubre con todo lo que le ha pertenecido: vestidos, prendas de plata, y a la noche se canta y llora alrededor del cadáver. Eso me dijo Gabino Martínez que se llamaba en idioma araucano, *inagu-machon*. Pero, dice el padre Febres en su diccionario con su escepticismo en todo lo que toca a los indios, ni media lágrima derraman, sino que riegan con chicha la tierra y sus gargueros. Al día siguiente se le lleva a un foso, la mujer sola sigue al cuerpo; ninguna otra mujer, pero sí todos los hombres, y se le entierra con todos sus vestidos y prendas de plata. Encima de la sepultura se quema su lanza y sus boleadoras. Se mata la mitad de los animales que poseía el difunto para pagar los gastos y celebrar el entierro.

La otra mitad queda a aquélla de sus mujeres que tiene más hijos; las otras no tocan nada más que lo que tenían al momento de la muerte, y se van a donde se les antoja, o se quedan con la heredera, si ella lo consiente; sin eso y si no tienen nada, viven de la caridad pública; suelen las viudas reunirse todas juntas en toldos separados. A su servicio se agrega generalmente a los cautivos que deben buscarles leña y agua. Ignacio Argomedo, que encontramos cautivo en los toldos de Paillacán, tenía por obligación buscar leña para dos o tres viudas, de las cuales una era la madre de Paillacán, y además rodear las ovejas de Pascuala. Nunca en mi vida olvidaré las eternas frases de *Ignacio-mamuln*; *Ignacio-ovijias*. En castellano: Ignacio anda por la leña, anda por las ovejas, con que Pascuala atormentaba a Ignacio todos los días.

Tales son los principales datos que he recogido sobre las costumbres de los pehuenches y otros habitantes de la pampa o de la Patagonia. Todo lo que escribo aquí lo he visto o he oído de la boca de testigos oculares. Esta corta descripción puede carecer de simetría y estilo, pero no carece de verdad. Más adelante vendrán otros rasgos del carácter de esos pehuenches, al medio de los cuales me condujo la fortuna.

A la noche vino un tehuelche, trayéndome recados de un indio Casimiro, que veinte años atrás había ido de la colonia de Magallanes a Santiago. Decía que conocía al general Bulnes, que su compañero Chaquetes había muerto, y que los chilenos le habían regalado mucho; al mismo tiempo me anunciaba una visita, visita que no tuvo lugar. Casualmente yo había conocido a ese indio en Valparaíso y habría tenido mucho gusto en verlo.

CAPÍTULO VI

Lavado. Patos. San Antonio de Iraola. Excursión. Tehelchiuma. Eliza Bravo Chincoleu. Llanquitrue y su historia. Cartas. Crueldades. Pablo Moron. Puelmai y su hijo. Explicación. Cacería. Preparativos. Salida por el Caleufú. Río Chimehuin. Sangría. Meditación.

8 DE MARZO

Como no teníamos qué hacer, y la ropa estaba bastante sucia, fuimos al río para lavarla con el poco jabón que habíamos podido sustraer a la voracidad de los indios; cuando digo la voracidad de los indios, no hablo en estilo figurado, los indios son muy golosos con este manjar; no conocen el verdadero uso del jabón. Ellos para quitarse la grasa, emplean una tierra que debe contener potasa. Fuimos al río con pretexto de lavar; teníamos también la libertad de tomar una observación de latitud con el instrumento, aunque para esta operación nunca nos faltaban pretextos, ya un baño, etcétera.

Donde lavábamos vimos muchos peces del largo de 25 y 30 centímetros que se acercaban sin desconfianza; nadaban también en el mismo lago algunos patos y quetrus. Una pareja de patos, hembra y macho, según las costumbres monógamas de esas aves, volaron cantando. Uno que debía ser la hembra hacía oír un silbido y el otro una especie de grito muy extraño, parecía el grito de un perro castrado; de los espinos de la orilla volaban bandadas de tortolitas de la especie que Gay llama tortolita araucana.

Lavada la ropa, volvimos a los toldos y fuimos a platicar al del tío Jacinto donde se hallaba también Dionisio, el lenguaraz. Se puso en discusión el asunto que nos ocupaba día y noche: el viaje a Patagónica y de allí se vino siguiendo el hilo de la conversación a los malones que daban los indios en la vecindad de Patagónica, y los repetidos ataques contra el pueblo. Contó Dionisio que había tomado parte en una de esas expediciones. Era una partida de indios, que fueron a dar un asalto al fuerte de San Antonio de Iraola y acuchillaron trescientos españoles (argentinos).

Como no teníamos más ovejas para comer, y Dionisio conocía algunos indios que tenían majadas, le propuse que me acompañase a esos toldos. Lenglier se

quedó para limpiar el fusil de Inacayal, nosotros montamos a caballo, orillamos el Caleufú remontándolo como tres leguas, lo vadeamos y tomando un estero que se llama Tchelciuma, llegamos a una toltería, donde pude comprar siete ovejas. Había allí un indio que hablaba castellano, habiendo vivido como cautivo siete años en Chillán. Era de la banda del caudillo Pincheira, y hecho prisionero fue llevado a esa ciudad, donde vio a varias personas conocidas mías que me mentó. Le compré algunos objetos y un poco de tabaco, pero era verde y de mal gusto según me dijo Lenglier, a quien lo regalé. A la noche me hicieron cama dentro del toldo, pero había tantas pulgas que preferí dormir afuera envuelto en mi hualca.

Conversando con Dionisio, me contó que Eliza Bravo vivía en las tolterías del cacique Huitraillán, casada con un indio llamado Nahuelquir, que era un hombre viejo, del cual tenía tres hijos, uno con el nombre de Narciso; que la había visto en una fiesta que tuvo lugar en aquel punto; y que el indio tenía, además, otra mujer de alguna edad; pero que Eliza Bravo era la preferida. Que su existencia era tan feliz como podía ser entre esa gente. Que hacía como seis años que vivía allí y que los indios nunca daban detalles sobre ella. Todo esto me lo dijo en secreto, advirtiéndome que la publicidad de esto era bastante para que se le originasen perjuicios a él.

Después, en Arsquilhué, al relatar estas noticias a la mujer de Prieto, el vaquero de ese potrero, me dijo que el indio había venido una vez a ese lugar; que tenía una cicatriz de bala en una pierna, y que le había contado cómo era casado con una señora de Valdivia que él había comprado a los indios de Arauco. Y como la mujer de Prieto le dijese que la trajera consigo para el siguiente verano, él le contestó que no haría tal cosa, porque estaba seguro que se la quitarían los españoles; y sucediendo eso, como él la quería tanto, se ahorcaría de pena; dijo también que sabía escribir y bordar, y que sus hijos eran muy blancos.

Motoco Cárdenas me dijo lo mismo y agregó que el cacique Huitraillán ofrecía entregarla por quinientos pesos, de los cuales destinaba doscientos para comprarla a su marido. Me dijo también con mucha reserva que el cacique le había encargado que buscara sigilosamente entre los españoles de Valdivia alguno que ocultamente quisiera interesarse por la cautiva.

9 DE MARZO

Ese día volvimos a los toldos del Caleufú; no quise traer conmigo las ovejas compradas sino una que necesitábamos y tuve que arrepentirme, porque al día siguiente el indio no quiso entregar sino cuatro a Dionisio que fue a buscarlas.

Llegando al campamento, supe una noticia que agitaba a la gente de la toltería. Se decía que dentro de poco tiempo llegaría Chincoleu, hermano del famoso Llanquitrue, que venía a cobrar la muerte de su hermano Manquelaf asesinado por los tehuelches. Pedí pormenores sobre Llanquitrue a los presentes que le habían conocido; reuniendo esos informes a otros datos que me había proporcionado el

señor Otto Muhm de Valdivia que había conocido personalmente a Llanquitrue, puedo presentar una relación sucinta de la vida y muerte de este cacique célebre en toda la pampa.

El padre de Llanquitrue era cacique en Puelmapu (tierra del Este), pero dependiente del cacique predecesor del actual Calfucura. A la edad de seis años cayó en manos de los picun-pehuenches, y con ellos vino a Chillán. Allí estuvo sirviendo de criado; pero, como a todos los indios, le gustaba más la vida libre de la pampa con todas sus emociones que la tranquila monotonía de la vida civilizada, y se arrancó, volvió a lo de Calfucura y fue promovido a cacique en lugar de su padre que había muerto durante su cautiverio.

Estimado por Calfucura a causa de su valor, se distinguió Llanquitrue mucho en todas las batallas contra los argentinos. No tardó en concebir algún recelo Calfucura, temiendo la superioridad del talento de Llanquitrue y quiso matarlo. Llanquitrue tuvo la suerte de escaparse con los mocetones que mandaba, y que le eran adictos; se fue al sur del Limay y venció a una tribu de tehuelches. Juntos los vencidos y vencedores bajo las órdenes de Llanquitrue, marcharon al norte, y atacaron a Calfucura. La suerte de las armas favoreció igualmente a los adversarios y cuando lo visitó el joven Muhm, Llanquitrue y Calfucura eran igualmente poderosos, pero siempre contrarios. Era en ese tiempo un hombre de veintiséis años de edad, muy ladino. No era alto, pero tenía una figura imponente y de frente desarrollada; su rostro, aunque feo, era dotado de mucha expresión de franqueza y de audacia. Era muy magnífico en sus vestidos; casi siempre, me dijeron los que le habían conocido, llevaba casaca fina, sombrero blanco, con un chiripá azul y calzoncillos bordados; nunca quitaba su sable el cual con las cabezadas, avíos, frenos, canelones, estriberas y estribos, todo era de plata maciza. Le gustaba también que los mocetones que le escoltaban anduviesen tan magníficos como él.

La historia de sus primeros años fue relatada por él mismo al señor Muhm; concluyóla diciendo:

“en el tiempo que gobernaba mi padre, no vino ningún español por acá, pero ahora vienen. Sabéis vosotros los alemanes, que Uds. son nuestros parientes; eso es muy verdadero. Ved: cerca del sol vivía un padre con sus dos hijos; y los hijos se casaron, y tuvieron muchos hijos. Los ganados multiplicaron, y no había lugar en el país en donde pudiesen vivir sin incomodarse, y una parte salió de allá y llegaron aquí. Antes éramos tan blancos como vosotros pero los vientos nos tiñeron. Los alemanes vienen del lado del sol, por eso deben ser los hijos que se quedaron allá”.

En este tiempo que le visitó el señor Muhm, vivían con él dos oficiales argentinos, Pablo Morón y otro llamado Mercado.

Llanquitrue continuó por algunos años con su buena fortuna; fue jefe de la famosa expedición contra el fuerte de San Antonio Iraola, cuyo saqueo presenció Dionisio el lenguaraz. Sacó muchos animales, y algún tiempo después, habiendo hecho la paz se vino a vivir cerca del Carmen, donde lo conoció el dragón Celestino Muñoz. Pero la sangre de los españoles gritaba venganza; la familia de un oficial

muerto allí se resolvió a castigar a Llanquitrue. Mandó un agente a Patagónica con bastante dinero; compró obsequios para Llanquitrue, le regaló yeguas y prendas de plata; pero los indios son suspicaces, Llanquitrue desconfió del agente; dejó la vecindad de Patagónica y se fue a vivir cerca de Bahía Blanca; el agente lo siguió.

Allí había un destacamento de soldados argentinos a los cuales el agente confió sus proyectos, y que ardían por vengar la muerte de sus hermanos. Todos los días regalaban aguardiente a Llanquitrue, que concienzudamente se emborrachaba como verdadero hijo de la pampa. Un día que todos estaban ebrios hasta la muerte, los soldados asesinaron a Llanquitrue y al mismo tiempo a un mocetón con quien había reñido Llanquitrue en los días precedentes. La muerte del cacique fue atribuida a su mocetón, y para evitar con más seguridad un alzamiento de los indios, las autoridades de Bahía Blanca hicieron a Llanquitrue magníficos honores fúnebres, como si hubiese sido un general argentino; así murió este hombre extraordinario. Tenía instrucción, sabía escribir y tengo dos cartas autógrafas de él, que el señor Muhm tuvo la bondad de obsequiarme.

Una es dirigida a S.E el presidente de Chile; la otra al intendente de Valdivia; las copio aquí textualmente para dar una idea del carácter de este cacique.

La letra es mala, no cambiaré la ortografía; aunque escribiendo en la pampa, el cacique pone la fecha de Santiago.

Santiago de Chile, diciembre 10 de 1857.

“Para el Señor Presidente de la republica de chile despues de Saludar A su excelencia yasures petadafamilia Recibira Uste de mi i de toda mi gente Señor ucia le doy a saber agora en esta fechameallo en paces con buenosaires y conPatabones porque yo he ido en persona a buenosaires Areglar las paces con el presidente i hemos qedado los dos mui conformes i agora profesamos una buena Amistad como ermanos todos los de esta parte.

Señor Presidente de chile Le doy a saber que me allo en aucion degera con Calfucura En estos meses no mas voy a acerle la entrada i por eso le suplico me aga lagracia de ordenarles a todos los pueblos que no saquen, arma ninguna para los indios.

Soy suciempre cerbidor qe en sus manos besa.

José Mr.B.Llanqnitrue”.

La otra carta es dirigida a don Juan Adriasola, que ha sido intendente de Valdivia. Aunque es escrita en la pampa, tiene la fecha del lugar adonde es dirigida; la transcribo como la otra con la ortografía original. Fue escrita el 10 de diciembre como la anterior; aquí el cacique pone la fecha en compendio.

“Baldibia Di 10 de 1857. Señor Don Juan Adriasolas Señor Intendente la probincia de Baldibia despues de saludar a su atencion Reciba muchas memorias de mi i de toda mi jente le doi a saber señor que aora me allo en paces con Buenosaires i e estado conbersando con el presidente i emos profesado una paz muy Linda, i estoi muy bien en bista de los superiores de buenos Aires y de Patabones tambien le mando al precidente de Santiago de chile otra carta pido a uste la mande en cuanto reciba esta carta.

Al Señor Yntendente de Baldibia le suplico me aga la gracia de no consentir que los comerciantes saquen ninguna arma de ninguna clase ni polbora porque Paillacan quiere pasarse al bando del calfucura y me hallo en disposicion de salir apeliar con calfucura por eso le ago el encargo qe no debe sacar arma pacá e si uste tiene noticias Baia para Baldibia el ijo de Paillacán remache me le una Bara de grillos.

S.S.Y.S.B.D.G.S

José María Bulnes Llanquitrue".

He citado esas dos cartas para dar a conocer el carácter belicoso de Llanquitrue y porque aparecen allí hombres que han figurado en mi viaje. Voy a citar también otras dos cartas de don Pastor Obligado, gobernador de Buenos Aires y que Llanquitrue recibió un poco antes que fuese a sus toldos el joven Muhm, carta que él mismo leyó a Llanquitrue porque nadie de los presentes sabía leer, ni aun este Mercado el oficial argentino. Se ve por esas cartas qué importancia tenía la amistad de Llanquitrue a los ojos del gobierno de Buenos Aires.

“Señor don José María Llanquitrue.

B. Aires ha acabado hasta el presente con todos los enemigos que ha tenido. La misma suerte sucederá a vos si tú no te resuelves a hacer la paz. He oído que tú eres un hombre bueno e inteligente, y quiero tratar contigo: si consientes en hacer la paz, te haré regalos este año y todos los otros años; juntad a todos tus caciques y comunicadles mis propuestas. En caso favorable, ponte en comunicación con el Comandante de Guardia Blanca.

Dios te guarde y te dé buenos consejos.

Mayo 1856.

Pastor Obligado".

Aquí está la otra.

“Apreciado cacique: tu hermano Manquela y el cacique de los Tehuelches han estado aquí en Buenos Aires y han tratado conmigo las paces en tu nombre. Me alegro mucho que hayas aceptado mis consejos.

Te convidó ahora a venir a verme a Buenos Aires y te recibiré como hermano. Trae todos los cautivos que tengas en tu poder.

En poco tiempo te mandaré regalos del valor de 50.000 pesos para tu persona, tus caciques y tu gente; no puedo mandarte más porque estamos pobres ahora. Hemos tenido muchas guerras. Pero cada año que se consolidará la paz, agarraremos más fuerzas, y entonces te mandaré regalos magníficos.

Dios te guarde muchos años.

Julio 1856.

Pastor Obligado".

Se ve por esas cartas lo que era este Llanquitrue que la muerte detuvo en su carrera a la edad de treinta años. Su hermano Manquela no era menos belicoso. En un malón que dio a los tehuelches, fue vencido y muerto.

Chincolegu, el tercer hermano, venía con mucha gente armada para cobrar su muerte a los tehuelches. Debía haber una gran reunión de los caciques del norte del Limay, para saber qué conducta debían observar en esta ocasión.

Poco antes se había sabido que cerca de Cholechel unos soldados argentinos habían acuchillado una partida de indios; los soldados eran mandados por este mismo Mercado, que vivía cerca del cacique Llanquitrue cuando lo visitó Muhm. Después del encuentro, habiendo sido tratados con dureza por su jefe Mercado, los soldados se rebelaron y quisieron fusilar al oficial que no escapó sino pasando a nado el río Negro. Como se ve, el horizonte político se oscureció. No teníamos nada de bueno que esperar de la junta general de los caciques.

Al día siguiente sucedió un acontecimiento de mal agüero para nosotros.

10 DE MARZO

El día se pasó en calma, Inacayal a quien hablé de la venida de Chincolegu me dijo que probablemente saldríamos antes de su llegada y que hiciese todos mis preparativos. Entonces me fui al toldo de Jacinto con Dionisio y Celestino para convenir en lo que necesitaba. Celestino estaba trabajando algunas manecas que le había encargado, y el tío Jacinto le miraba trabajar, y Dionisio se puso a fumar del tabaco que le había regalado para conquistar su amistad. Quería hacerme dos amigos fieles y adictos con estos dos jóvenes que debían hacer también el viaje hasta Patagónica. Entonces nos pusimos a hablar de Chincolegu, de su venida, de su carácter. Dionisio me lo pintaba como hombre muy temible.

“Estaba con nosotros, dijo Dionisio, en el ataque del fuerte San Antonio de Iraola; y con él fui a una expedición que hicieron los indios para matar a un brujo”.

Dije a Dionisio que me relatara cada expedición y me contó lo siguiente:

“Habiendo sabido Chohueque, cacique dependiente de Llanquitrue, que su padre había muerto envenenado por su segunda mujer que vivía en unos toldos de su dependencia, distantes tres o cuatro leguas; probablemente por los consejos del indio su pariente en cuyo toldo vivía, avisó a Llanquitrue y éste condenó a muerte a todos los habitantes del toldo, en donde vivía la mujer; al mismo tiempo dio el mando de la tropa a Chincolegu cuya crueldad le era bien conocida. Guiados por Chohueque se fueron y sorprendieron el toldo en el cual vivía dicha mujer con sus parientes.

Los indios, no creyendo que su propio cacique viniese a atacarlos, salieron para saludarlo. Pablo Morón, *el oficial argentino*, era de la comparsa, y él primero dio el ejemplo matando a un indio de un pistoletazo en el pecho; Chincolegu mató otro de una puñalada. Mientras tanto, Chohueque había entrado al toldo y mataba sin misericordia a las pobres mujeres y niños. Después se llevaron el botín; a Chincolegu le cupo en suerte como ciento cincuenta caballos y yeguas; a Chohueque otro tanto; también tuvo su parte el oficial argentino”.

Esta historia me hizo reflexionar en lo salvajes que eran los hombres con quienes vivíamos, y qué plaga tenía pegada a su flanco izquierdo la república Argentina. Pobre país, me decía a mí mismo, ¡no es bastante que tus guerras intestinas te corroan las entrañas, es preciso además que hordas de salvajes te pongan en continuo alboroto y que compres a precio de oro una ficticia tranquilidad! Lo que hay de más desgraciado es que la república Argentina no tiene ninguna barrera que oponer a los feroces habitantes de la pampa; no hay montañas, los ríos no sirven de nada, los indios los pasan en cualquiera parte, ya sea a vado, o nadando.

11 DE MARZO

Por la mañana pregunté a Inacayal cuándo se realizaría el paseo que me había prometido hacer conmigo a las orillas del Limay donde habíamos naufragado. Me contestó que tan pronto como volviese Chiquilin, ausente entonces, nos pondríamos en marcha. Ensilló su caballo y se fue a pasear.

Como a las doce llegaron dos indios a caballo; un viejo que supimos más tarde era el cacique Puelmai, cuyos toldos se hallaban un poco más abajo en las orillas del Calefú, y su hijo. Se apearon y entonces entre los tres, Huincahual, Puelmai y su hijo, sentados en pellejos, comenzó un coloquio muy animado, unas veces en el tono del *coyagtun*, que es el mismo que el de los rezos para los difuntos, otras en tono de la conversación ordinaria. El viejo tío Jacinto venía de tiempo en tiempo a escuchar. Yo no entendía nada sino las palabras de *huinca*, *huinca*, que aparecían a cada instante en el diálogo. La conversación duró como tres horas; después se fueron los indios, Dionisio estaba ausente. No tenía otra esperanza de saber algo sino por medio del tío Jacinto, pero éste se manifestó impenetrable, y a todas mis preguntas no contestaba otra cosa sino que había sido cuestión de nosotros, pero que el viejo Huincahual había alegado la ausencia de su hijo para no dar una contestación decisiva.

A la noche volvió Inacayal; tuvo un coloquio muy solemne con su padre. Dionisio estaba presente; concluida la plática, yo quise hacer algunas preguntas a Dionisio, pero me contestó que no le interrogase para no excitar la desconfianza de Inacayal y de su padre, que todo lo que me podía decir era que sus dos indios de la toldería habían venido a decir cosas que hacían muy crítica nuestra posición. Se puede concebir si pasé una noche tranquila.

12 DE MARZO

Al día siguiente resolví saber de una vez lo que se trataba y pedí una entrevista a Inacayal. Él consintió, pero Dionisio estaba ausente, ocupado en arrear la caballada y no había otro que pudiese pasarme la palabra. Cuando llegó, y nos juntábamos, Lenglier, Inacayal, Dionisio y yo, bajo la ramada, delante del toldo de Inacayal llegó un indio de visita, y fue interrumpida la entrevista. Al fin se fue y quedamos solos.

Dionisio manifestó entonces a Inacayal que yo estaba inquieto por lo que habían dicho los dos indios de la víspera, que temía que hubiesen tratado de sembrar la desunión entre mi hermano Inacayal y su hermano el inglés, y que por eso había querido conversar con él a fin de que me abriese su corazón como el mío había estado siempre abierto para él. Reflexionó Inacayal algunos minutos, y contestó lo siguiente, que Dionisio me tradujo palabra por palabra:

“di a mi hermano el inglés que han venido ayer el cacique Puelmai y su hijo diciendo que los dos *huincas* andaban en cosas malas entre nosotros; que sus labios no estaban de acuerdo con su corazón; que la carta que traían de Ignacito era falsa, que el inglés no conocía a Ignacio Agüero. Que todo esto lo habían sabido (Puelmai y su hijo) por otros caciques, cuya desconfianza había sido excitada por la venida de los dos *huincas*; que Huincahual debía desconfiar porque la venida de los dos *huincas* atraería muchas desgracias sobre su cabeza. Di a mi hermano el inglés, añadió Inacayal que, cuando me contó esto mi padre, le he contestado que todo eso eran mentiras y nada más, y que esta mañana he mandado un chasque a los caciques mis vecinos para decirles que han sido engañados, que por otra parte el inglés es mi huésped, y que mientras duerma en los toldos del Caleufú, ninguno tocará un pelo de su cabeza”.

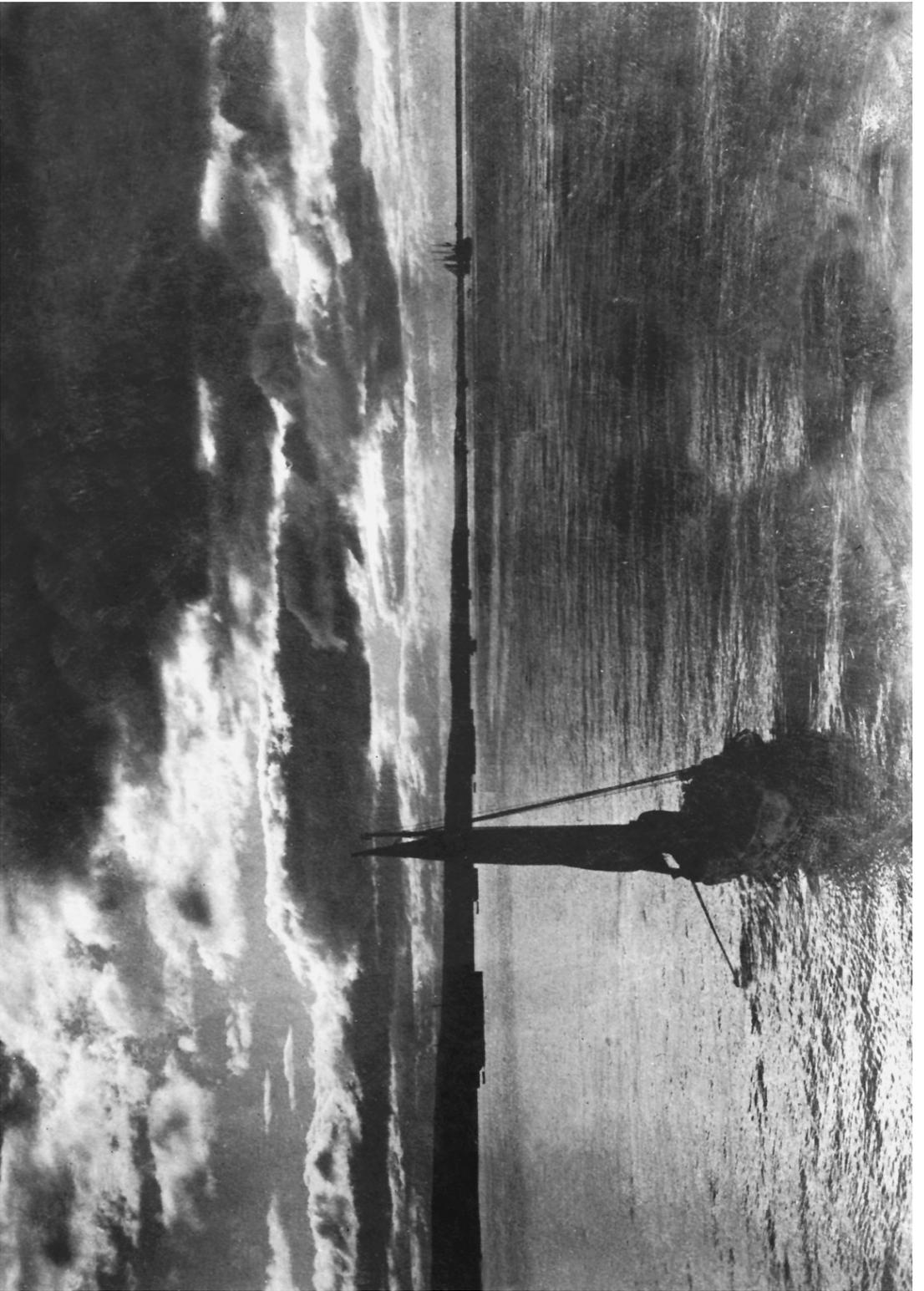
Di gracias a Inacayal por lo que había hecho. Entonces él continuó:

“que solamente diga mi *peñi* (hermano) a qué va a Buenos Aires; no le preguntó eso por mí, conozco el corazón del inglés, yo sé que está bueno; pero es para tranquilizar a mi anciano padre”.

Lo conté entonces la misma historia de antes, que iba a ver a un hermano para darle unos poderes que se necesitaban para conseguir un dinero de Inglaterra, etc., y que si había tomado el camino de la pampa, era por ser el más seguro y más corto que por el mar. Dionisio le tradujo todo mi discurso, aunque él entendía un poco el castellano, porque me había interrumpido varias veces diciendo *may-may quimelei*, sí, sí, está bueno. Cuando Dionisio acabó, Inacayal le ordenó decirme que, con lo que había pasado, no se podía pensar en ir con él al lugar del naufragio, viaje que ciertamente irritaría a Paillacán, pero que tenía su palabra de acompañarle hasta Patagónica, que esperando eso para divertirme, al día siguiente iba a ordenar una gran caza de avestruces y guanacos, que en esta caza iríamos al Este y podría yo conocer otras partes de la pampa; lo cual me probaría que no tenía ninguna desconfianza de mí. Le di otra vez las gracias y nos separamos buenos amigos.

13 DE MARZO

Al día siguiente todo estaba en movimiento en la toldería; las mujeres prepararon el almuerzo más temprano que de costumbre; dos indios andaban en busca de la



Navegando en la Patagonia austral, 1917. Colección Archivo Fotográfico, Museo Histórico Nacional,
Santiago de Chile

caballada para traerla a los toldos a fin de escoger los caballos choiqueros, que debían servir en la cacería. Almorzamos y nos pusimos luego en marcha. Yo iba adelante con Inacayal y Lenglier, y nos seguían sus dos hermanos Marihueque y Chiquilin y tres mocetones arreando veinticinco caballos. Descendimos por el valle orillando el Caleufú por espacio de media hora y llegamos a los toldos del viejo cacique Puelmai, a quien encontramos listo, montado, con todos sus mocetones y unos ochenta caballos. Los indios con la cara pintada de colorado o de negro para preservarse del Sol y del viento que con violencia sopla en la pampa; estaban vestidos lo más ligeramente posible, teniendo sólo el chiripá y la huaralca de cuero de guanaco; en la cintura dos pares de boleadores, uno de dos bolas para avestruces y otro de tres para los guanacos. Una numerosa jauría de galgos saltando y ladrando alrededor de los caballos completaba la comitiva. Cambiamos los saludos y cumplimientos de costumbre, saludos que varían según el carácter de cada indio. A las palabras de *Eiminai, ioshresh*, si es pehuenche o pampa, el indio que quiere guardar la reserva se contenta con responder *he, he*; si es más expansivo, agregará *peñi, Yinua* (hermano), y si es alguno que quiere ostentar su conocimiento de la Castilla, como llaman ellos al español, dirá “buenos días, pariente”. Aumentada nuestra columna con los nuevos compañeros, seguimos la marcha orillando siempre el Caleufú y apresurando el paso para dejar atrás la caballada y evitar así el ser sofocados con la polvareda que se levantaba.

Al otro lado del río percibimos también nubes de polvo a través de las cuales se dejaban ver indios y caballos al galope; eran nuestros vecinos del otro lado que debían juntársenos en el confluente del Caleufú y del Chimehuin. Como la caballada estuviese algo lejos, nos detuvimos para esperarla en un lugar que debía ser ordinariamente un punto de estación, para los indios, porque habían estacas plantadas para amarrar los caballos; los indios se apearon, desensillaron y se echaron de barriga en el pasto; es su costumbre, de esta manera se abrigan del viento. Habiéndonos alcanzado los caballos, partimos, pasamos al Caleufú y llegamos luego a su confluente. Un poco más arriba está el vado del Chimehuin; en este punto, el río es bastante ancho, el agua llegaba hasta mojar las monturas; la corriente es rápida; los lebreles con ahullidos prolongados manifestaban su repugnancia para arrostrarla; pero pasado ese momento de excitación se echaron al agua; la corriente los llevó y no pudieron abordar la orilla sino muy abajo.

Aquí las colinas son bastante elevadas, de un color amarillo y desnudas casi enteramente de vegetación; el terreno, como todas las pampas, compuesto de arena y piedra, sólo permite el desarrollo de uno que otro raquíutico arbusto.

Faldeando la pendiente comenzamos a subir; a media falda nos detuvimos para hacer una corta provisión de muchí, fruta de un arbustillo espinoso que tiene un sabor agradable; llegamos luego a la cima y volvimos a hacer alto para hacer los preparativos necesarios y dar principio a la cacería. Todos echaron pie a tierra. La comitiva se componía de treinta y ocho personas, unos doscientos caballos y unos ochenta perros. Mientras que cada cual enlaza y ensilla el caballo que debe servirle en la correría, el viejo Puelmai saca de su vaina una especie de escalpelo que empieza a afilar con cierto aire misterioso; cesan poco a poco las conversacio-

nes y en medio del más profundo silencio rodean todos a Puelmai. Sacudiendo de sus hombros las huaralcas, quedan a medio cuerpo desnudos; entonces Inacayal el primero presenta el hombro derecho a Puelmai; éste tomándole el cutis con dos dedos lo levanta y hace con el escalpelo una doble incisión: ningún músculo de la cara del paciente reveló que experimentaba el más ligero dolor; una línea de sangre corrió hasta el puño; Inacayal untando la otra mano, hizo aspersiones al Sol acompañadas de roncós gritos rogando al Hualichu para que se manifestase favorable al buen éxito de la caza, y agitando enseguida el brazo herido probaba la agilidad adquirida con la operación; después se echó tierra en la herida y se apartó. Esta bárbara ceremonia se repitió con cada uno de los circunstantes. Puelmai a su turno fue también sangrado, y viendo que yo no me acercaba, me invitó a hacer lo mismo; me excusé repetidas veces haciéndole presente que yo no sabía usar los laquis y que sólo era simple espectador.

Los indios continuaron en sus preparativos y mientras tanto yo observaba el vasto panorama que se desarrollaba a mis pies. Enfrente de mí hacia el oeste, se dibujaba en el horizonte la cresta dentada de la cordillera que iba elevándose del sur para el norte hasta un gran cerro blanco de nieve, volcán extinguido que el desgraciado piloto español Villarino, cien años antes subiendo el río Chimehuin, equivocó con el volcán de la Imperial, de Chile; era bien natural y conforme al objeto de sus deseos, puesto que siendo así, se hallaba muy cerca de Valdivia a donde se dirigía; pero no era el cerro de la Imperial sino el volcán Lagnin, situado más al sur de ése que no se ve de las pampas. Del Sur partía una línea que serpenteando, se dirigía hacia nosotros; era el valle por donde corre el Limay; esa misma línea prolongada por nuestros pies hacia el Norte, cubierta de manchas blancas, encerraba al Chimehuin con sus arenales; enfrente, el Caleufú sembrado de verdes islitas, vaciándose perpendicular en Chimehuin; a cinco millas para el Sur, unas barrancas elevadas señalaban la confluencia del Limay con ese río; siguiendo su valle, se veía la mancha blanquecina en el cerro al pie del cual había naufragado. A tres leguas del confluente había tenido lugar el fracaso; no me faltaban más que tres leguas para haber recorrido completamente el Limay. Pero como de esas tres leguas, dos habían sido exploradas por Villarino y la última la había recorrido orillándola cuando me iba a entregar a los toldos de Paillacán, nada quedaba, pues, para el completo conocimiento del río; y, sin embargo, no podía dejar de pensar con suma tristeza que sin aquel maldito escollo habría llegado con felicidad al Carmen. Di rienda suelta a mis meditaciones y me veía descender el río Negro, pasando por entre las verdes islas de Cholechel y llegando a aquella ciudad llena de placer, cuando los gritos de *peñi*, *pariente*, *amui*, me volvieron a la realidad; di una última mirada al panorama a fin de grabarlo bien en mi memoria para después fijarlo sobre el papel en la primera ocasión que pudiera librarme de las inquisidoras miradas de los indios, y me uní a la tropa cazadora que se puso en movimiento. Según las instrucciones de Inacayal y del viejo Puelmai, he aquí el orden de marcha que se iba a seguir: la caballada arreada por tres indios y varios niños, se avanzaría en línea y desembocaría por la quebrada vecina en el valle lateral, mientras tanto los indios, en grupos de dos o tres, partirían de ambos lados a dominar las gargantas

del valle, cercándolo completamente. Así, cuando la caballada comenzase a avanzar, los avestruces y guanacos, asustados por el ruido de los caballos, huyendo delante de ellos, tratarían de salir por las otras gargantas, y debían, por consiguiente, pasar a corta distancia de los cazadores que en acecho los aguardaban.

CAPÍTULO VII

Jotes. Destreza de Inacayal. Espectáculo. Corrida. Apol. Repartición. Terrenos. Agua. Shascuntun. Conversaciones en el vivaque. Huinculmapo. Pequeños lagos. Aves. Resultado de la cacería. Crítica posición. Se resuelve la retirada. Motoco Cárdenas. Preparativos de marcha. Despedida. Hueñupán. José Vera. Paso de la cordillera. Chihuihue. Arskuilhué. Dollingo. Arique. Valdivia.

Ejecutándose el movimiento, marchaba la caballada en una línea de una cuadra de largo, haciendo resonar el suelo con el choque de sus patas, ruido sordo, al cual se mezclaba el sonido de los cencerros pendientes al cuello de las yeguas, guías de la columna; parecía un escuadrón tomando la distancia para cargar al enemigo, y los indios galopando a rienda suelta en el llano, los edecanes portadores de órdenes; sobre los caballos, en el aire, como en un campo de batalla, describían sus órbitas inmensas repugnantes jotes, esperando el fin de la pelea para hartarse de cadáveres, que en este caso iban a ser los desperdicios de los guanacos y avestruces. Uno, más audaz que los otros, revoloteaba a distancia de unas veinte varas sobre nuestras cabezas; se lo mostré a Inacayal; Inacayal tenía reputación de boleador, no quiso dejar escapar la ocasión de darme una prueba de su destreza; el jote estaba en la posición más difícil para lanzar los laquis, se hallaba verticalmente sobre nosotros y, sin embargo, no escapó a la suerte que le aguardaba. Mi compañero hizo girar sus boleadores: lanzadas con la rapidez del rayo, las bolas envolvieron con el cordón que las ligaba las alas del buitre y cayó a nuestros pies. A mis felicitaciones, Inacayal me contestó que cualquiera haría lo mismo, y satisfecho, dejó libre al pájaro. Más tarde vi que decía la verdad: los indios manejan los laquis con una destreza admirable, y no puede ser de otro modo: apenas camina el niño, cuando dos manzanas o piedras pequeñas, unidas por un hilo, le sirven para perseguir a los perros o a las gallinas de las tolderías; más grandes, se construyen unos verdaderos laquis, con los cuales, ejercitándose todo el día, llegan a adquirir esa admirable destreza.

Apenas iniciada la cacería percibimos una tropa de guanacos y algunos choiques; estos animales asustados con los ladridos de los perros que los divisaron, en presencia de los indios y de los caballos que los rodeaban, se desbandaron y cada cual se dirigió al lado por donde creía poder escapar. El valle presentó entonces

un espectáculo enteramente animado y curioso; como era extenso, los guanacos se percibían apenas confundidos con el color amarillo del suelo; las avestruces con sus largos pescuezos y sus largas patas parecían líneas verticales moviéndose con mucha velocidad sobre el horizonte; los perros, a punto de diversos colores corriendo en todas direcciones y de las alturas de los alrededores bajaban al galope los indios, fáciles de distinguir por el color resaltante de los chiripás. Entonces los grupos se pronunciaron, cada uno escogió el animal en cuyo perseguimiento creyó tener mejor resultado: han dejado caer la huaralca que entorpecía sus movimientos y que agitada por el movimiento azota las ancas de los fogosos caballos; de esas pieles salen cuerpos desnudos y vigorosos sobre los cuales se agitan brazos que hacen girar el mortífero laqui. Todo el valle resonó entonces con los gritos de los indios y el ladrido de los perros. Aquí, es un choque que cae enredado por las bolas, más lejos, es un guanaco que se defiende contra el ataque furioso de muchos perros; varios grupos desaparecían en espesas nubes de polvo. Inacayal había escogido un guanaco que parecía olvidado de los otros indios; parte a carrera, lo sigue; ya los perros adelante fatigaban al animal, pronto lo alcanza, arroja el laqui con mano diestra y el guanaco cae enredado en medio de una masa de perros y de polvo. Inacayal llega, echa pie a tierra y concluye la lucha perdiendo su cuchillo en el cuello del indefenso animal.

La nube de polvo que cubría esta escena, disipándose, dejó ver entonces los diversos grupos: los indios habían echado pie a tierra, los caballos cubiertos de sudor y de espuma tascaban los frenos y asesaban violentamente, los jinetes con el rostro encendido por el ardor de la caza y el goce del triunfo, se ocupaban en beneficiar los diferentes animales que habían capturado.

Los cazadores habían despertado su apetito con la violenta carrera; la sangre caliente de los choiques y de los guanacos va a reponerlos y a fortalecerlos. Un indio había ya destripado un choque y arrojado los intestinos a los perros; en el fondo del esqueleto entreabierto se ha derramado la sangre en abundancia, ha echado sal para sazonar la salsa, ha cortado en trozos las partes comibles de las entrañas, el hígado, el corazón, etc., y ha sacado ya el estómago, bocado delicado, para ser asado en la noche. Entonces cada uno se acerca y haciendo de la mano una cuchara, beben la sangre caliente y comen los pedazos que sobrenadan en la salsa. Otro indio hace el apol: para esto ha cortado el gargüero de un guanaco, ha picado las arterias laterales y entonces la sangre introduciéndose en el pulmón lo ha infiltrado enteramente. Al poco rato se desposta el animal y en tajadas se reparte el pulmón, saboreando los indios este bocado sangriento.

Lo demás se reparte del modo siguiente: en el avestruz la parte que más valor tiene es la pluma que se vende en el Carmen; dos choiques dan una libra y vale 40 pesos papel, o sea, 2 pesos fuertes; las plumas pertenecen al cazador que ha boleado el choque, como también las patas, cuyos nervios sirven a las mujeres para coser las huaralcas; el resto del cuerpo se divide entre los diversos indios que lo persiguieron y se come en la noche. En el guanaco lo que más vale es el cuerpo que pertenece al boleador, la cabeza al principal de la partida, y el resto se distribuye igualmente entre los demás. Hecho esto, todos los indios se reunieron otra vez a la

caballada. El viejo Puelmai explicó el itinerario que se iba a seguir y nos pusimos en marcha del mismo modo que antes.

Mientras que se avanzaba la caballada, los diversos grupos de indios iban a ocupar al galope las alturas dominantes, situándose delante de los caballos que marchaban en línea, a fin de caer sobre los guanacos y avestruces que vinieran a su alcance. Los terrenos por donde caminábamos eran formados de valles sucesivos comunicándose entre sí por quebradas en las cuales el poco de agua que se filtraba de las colinas vecinas entretenía el pasto, erupciones de rocas en varios puntos dominaban sus cimas formando pequeñas mesetas, análogas a la gran meseta que habíamos atravesado para venir de Huechuhuehuin al Caleufú. Una sobre todo, al pie de la cual nos habíamos detenido para la ceremonia de la sangría, era notable por su elevación, nos sirvió de señal para venir derecho al vado cuando volvimos de la caza. Así, caminando y los indios siempre cazando, llegamos al ponerse el Sol a la entrada del valle donde debíamos pasar la noche; la caballada recibió orden de descender por la garganta principal y de detenerse donde se encontrase un poco de agua y donde los indios, desparramados por todas partes, debían reunírseles; descendimos, y como a dos millas se encontró una quebrada cuyo fondo era muy estrecho e inclinado. Columnas de conglomerados de piedras y arcilla, erupciones de cenizas volcánicas endurecidas tapizaban las cercanías y en un punto donde el fondo de la quebrada suavizaba su declive, un poco de hierba verde indicaba la presencia del agua; inmediatamente los caballos que no habían bebido durante todo el día manifestaron su satisfacción con relinchos repetidos. Los indios echaron pie a tierra, y pisoneando el suelo con los pies formaron positos donde se juntó un poco de agua turbia. Poco a poco fueron llegando todos; los caballos se desensillaron, se manearon y se dio inicio a los preparativos de la cena encendiendo Dionisio el fuego del vivaque de Inacayal donde yo estaba; los demás indios se habían reunido en tres grupos y habían también hecho sus fuegos. Me preguntaba, mirando alrededor, dónde estaban los árboles que iban a proporcionar los asadores; no teníamos a la mano más que unos tres o cuatro arbustillos que nos proveían de chamiza para el fuego, pero que no contenían rama alguna a propósito para ese fin; pero no contaba con la industria de los indios; cuando no hay asadores suplen las piedras, y éstas no faltan en la pampa: se las enrojece al fuego, se abre con el cuchillo el pedazo de carne que se quiere asar, se introducen las piedras, y enseguida se pone todo al fuego; así se cuecen el interior y exterior bien que mal, y así satisfacen la primera hambre. El plato delicado era en el que trabajaba nuestro amigo Marihueque: había introducido en el esqueleto de un choique piedras enrojeadas, grasa del animal y habiéndolo atado lo puso sobre otras piedras candentes. Los pedazos de grasa derretidos formaban con la sal que se había puesto, una salsa en el fondo del esqueleto. Una vez cocido se distribuye a todos los circunstantes un pedazo de carne y otro de gordura y cada uno a su turno sopea en el esqueleto que sirve de salsera.

Mientras tanto se asaban con concha y todo unos cuantos quirquinchos que debían servir de postre; la carne de quirquincho se parece a la de puerco lechón; ella terminó dignamente el *sháscuntun*, así llaman los indios a esta manera de coci-

nar. Para hacer la digestión, se encendieron las cachimbas, precaución que no era inútil; los indios nos habían prevenido que la comida de choique era muy indigesta a causa de lo muy gorda que es, aserción que corroboró nuestro estómago. Encendidas las pipas empezó la conversación. Entre cazadores civilizados cada uno se habría apresurado a contar las hazañas de la jornada, pero los indios tienen otro carácter, ninguno dijo que había muerto más que los otros ni boleado con más destreza; se habló de cosas indiferentes: Inacayal en sus viajes había oído hablar de unas cuantas cosas productos de otros países sobre los cuales me hacía cuestiones; las naranjas de Brasil, serpientes, indios con el cuerpo negro, leones, etc. De todos los animales el que más hiere la imaginación de los indios, como de todos los pueblos, es la serpiente. La serpiente es un ser aparte de la creación, sea en bien o mal tanto para el brama de la India como para el hijo de las pampas y el egipcio.

Para los indios de la pampa es un enviado del mal espíritu que se debe siempre matar cuando se le encuentra y mis auditores no habían visto sino serpientes pequeñas. Cuando les contaba las proezas de la boa constrictor, la estupefacción se pintaba en sus semblantes, abrían la boca y no estaban distantes de soltar su palabra habitual *coilá* (mentira); pero Inacayal atestiguaba la verdad de mis palabras con pequeñas alocuciones que él acompañaba a manera de paráfrasis. Otras historias que nunca cansan a los indios son las de ladrones; no las de ladrones homicidas, están demasiado habituados a escenas de asesinatos para que semejantes relatos hagan impresión en el espíritu de ellos, sino las proezas de rateros; cada uno desea ser el héroe de ellas. Mientras más hábil es el indio para robar, más se granjea la estimación de sus compañeros; también habrían trasnochado escuchándome, pero con el cansancio del día tenía ganas de dormir, me acosté y pasé una buena noche envuelto en mi hualca, no obstante el frío intenso de la pampa y las idas y venidas de los caballos que se dirigían al agua.

14 DE MARZO

A la mañana siguiente cuando despertamos ya el fiel Dionisio había encendido el fuego; hicimos un ligero almuerzo de guanaco, y ensillados los caballos, nos pusimos a marchar; al poco rato hallamos una vega donde bebieron los caballos hasta saciarse y nos dirigimos al Nordeste. Este día me quedé con la caballada; de tiempo en tiempo el viejo Puelmai venía a dar el itinerario al jefe de ella; el camino era fácil de seguir, estando trazado por las llamas de las hierbas que los indios de adelante encendían en su paso, señal que servía de guía a la comitiva y mostraba a las tolдерías el punto de la cacería. En el camino, sólo los valles ofrecían pastajes; en las alturas, la falta de agua y la naturaleza del suelo dejan crecer a una que otra planta espinosa.

De tiempo en tiempo veíamos dibujarse sobre la cresta de las lomas el perfil de avestruces y guanacos perseguidos por los cazadores; sobre una pequeña eminencia nos juntamos con unos ocho indios que acababan de bolear dos choiques y se entregaban a las delicias de un apol al que me invitaron. Mientras que nos

fortalecíamos con la sangre caliente del animal, nos llamó la atención el ladrido de muchos perros que a toda carrera pasaban cerca de nosotros: perseguían a dos zorros que habían salido de sus cuevas y que en pocos instantes cedieron a las mordeduras de los ágiles galgos.

Desde donde estábamos, veíamos a nuestra izquierda la cabeza blanca del volcán Lagnin, y delante de nosotros un lago de forma circular, como de una milla de diámetro. El indio a quien pregunté el nombre me dijo que se llamaba *Huinculmapu*, pero quería designar el punto de la pampa donde nos hallábamos, porque *mapu* quiere decir tierra, y *huincul* colina, eminencia, tierra de las eminencias, para distinguirla de las verdaderas pampas. Este lago, con tres otros situados más lejos, constituyen un espacio retirado y escondido donde se refugian los indios del Limay con todos sus animales, cuando temen los malones de los vecinos. Muchos pájaros acuáticos se deslizaban sobre la superficie del lago, que dejamos a la izquierda y nos dirigimos al Este, hacia otro lago que no habíamos visto sino cuando estuvimos sobre él, y estaba cubierto de aves acuáticas: hualas, patos, gansos, cisnes de cuello negro; flamencos con sus patas y cuellos desmedidos y sus plumas color de rosa, de pie en las orillas parecían una línea regular de infantería. A nuestra llegada volaron todos a la vez, desplegando sus alas de un vivo color rojo, pero conservando el orden simétrico y formando en su vuelo una larga falange un poco arqueada.

Aquí nos dijo Dionisio que acamparíamos en la noche, y que podríamos permanecer mientras que los indios continuaban boleando; me trajo de parte de Inacayal un estómago de avestruz, bocado fino y delicado para pasar el tiempo; otros dos indiecitos quedaron también cuidando los despojos de los animales que se habían capturado; con su ayuda encendí fuego, pero con gran dificultad a causa de la escasez de leña; después de haber comido me fui a pasear a las orillas del lago. Las orillas formadas de un lado por cenizas volcánicas endurecidas, se veían blancas como azúcar; de otro, por tierra descompuesta, cubierta de jaspes y pedernales de diferentes colores. A la entrada del Sol volvieron los indios, pero el fuerte viento que hacía no nos permitió conversar a la orilla del fuego como en la víspera.

15 DE MARZO

A la mañana siguiente se hicieron los preparativos para volver a los toldos; los indios estaban satisfechos de su cacería; habían capturado en dos días 42 avestruces y 14 guanacos, sin contar con un sinnúmero de quirquinchos. Después del almuerzo nos pusimos en marcha y caminamos todo el día; los indios cazando, capturaron todavía algunos animales, y en la tarde, después de haber pasado el vado, llegamos a los toldos; mis compañeros, recibidos con alegría por sus mujeres a quienes traían buena provisión de carne, plumas y cueros, y yo muy cansado, pero encantado de la excursión que me había permitido explorar como 15 leguas al Este.

16 DE MARZO

Al amanecer Inacayal me mandó llamar y ordenó a Dionisio que fuese también a la ramada. No sé por qué auguré mal de esta entrevista. En efecto, cuando estuvimos sentados me dijo Inacayal que mientras andábamos cazando, habían venido chasques de todos los caciques pidiendo nuestra expulsión inmediatamente de la tierra, que hasta el mismo Huitraillán, que antes estaba bien dispuesto para con nosotros, había cambiado de ideas, y que uno de los caciques había ido hasta el extremo de mandar decir que si Huincahual tardaba más en expelernos, vendría él a dar un malón, y mataría a los dos *huincas* y a los que los favorecían. Añadió Inacayal que me dejaba enteramente libre para hacer lo que quisiese, que tenía su palabra de ir con él a Patagónica, y que a pesar de todos los descalabros que podían caer encima de su cabeza y la de su padre, me conduciría a Patagónica si persistía en mi proyecto.

Conmovido por la conducta leal y franca de Inacayal, no dudé un solo momento. Le contestó Dionisio de mi parte que de ninguna manera quería que por nosotros, dos extranjeros, se malquistase con sus hermanos de la pampa, y que por ningún precio iría a Patagónica, no queriendo atraer desgracias a las familias de dos hombres como él y su padre, que se habían comportado tan bien y tan francamente conmigo.

Esas palabras parecieron aliviarle de un gran peso; me dijo que iba a arreglar las cosas para que en el año venidero pudiese realizar mi viaje, haciéndome prometer que volvería. Que para mi salida me iba a proporcionar una escolta, compuesta de indios amigos para que pudiese salir con seguridad de la tierra, pero me aconsejaba como a un hermano en peligro, que me fuese lo más pronto posible porque quién sabe hasta dónde podía llegar la cólera de los caciques del norte, celosos de mi posición de secretario, compañía de la cual ellos creían que Inacayal sacaría ventajas particulares en las negociaciones de paz. En ese mismo instante, como si expresamente hubiera sido para dar más peso a sus palabras, llega a carreras Motoco Cárdenas que venía de los toldos de Huitraillán diciéndome que los indios se alzaban y que sólo nuestra marcha inmediata podía apaciguarlos, que aprovechase la ocasión, que el cacique Huentrupán andaba en el otro lado del Caleufú, y se iba a Huechuhuehuin; lo que mejor podía hacer era irme con él; que así en su compañía sería respetado.

Esto completó mi decisión.

Yo conocía muy bien a Motoco, sabía que no era hombre que se asustase sino de un peligro real e inminente. Los preparativos fueron hechos prontamente; no quise esperar a Gregorio Cárdenas, sabiendo que le encontraría en el camino. Me despedí del viejo Huincahual y del tío Jacinto; las mamás Dominga y Manuela estuvieron a punto de derramar lágrimas. Inacayal, Dionisio y Celestino me vinieron acompañando hasta el otro lado del Culeufú donde se hallaba Huentrupán a caballo. Entonces Lenglier y yo, no sin una cierta emoción, apretamos las manos de Inacayal, Dionisio y Celestino y dando espuelas partimos a toda carrera.

En la noche acampamos en la orilla, del Quemquemtreu.

17 DE MARZO

Por la mañana a las doce del día estábamos en la chacrita de Huentrupán. Regalé a Motoco Cárdenas lo que me sobraba de los objetos que pudiesen servirle a él que se quedaba para pasar el invierno en la tierra; y a las mujeres de Huechuhuehuin el resto de las cuentas y chaquiras.

18 DE MARZO

Al amanecer salimos los dos Cárdenas, Lenglier y yo, y llegando al cerro Trumpul bajamos a la casa de José Vera. Allí se hallaban Hueñupán, su mujer, la hermana de su mujer, José Vera y su mujer; ya estaban todos borrachos; cometí la imprudencia de regalarles el galón de aguardiente que me había traído Cárdenas y que deseaba enviarlo a Inacayal. En retorno de eso, quiso la suegra que comiésemos pescados que se habían tomado el día precedente en el lago de Lacar. Entré a la casa para descansar, saqué mi revólver, y lo puse a un lado, salí un instante. Pocos minutos después volví a entrar, no hallé más el revólver; cuando salí sólo estaban en el interior de la casa Lenglier y el hermano de la mujer de José Vera. Luego mis sospechas cayeron sobre él. José Vera estaba muy disgustado con que tal cosa hubiese sucedido en su casa, cuando Motoco, que prefería los hechos a las palabras, volvió triunfante con el revólver en la mano. Como sólo había dos puertas en la casa, Motoco pensó luego que el ladrón había debido salir por la puerta opuesta a aquélla delante de la cual estaban sentados los dos tomando; desde esta puerta siguió rastros frescos en el pasto, y encontró el revólver al pie de un árbol. Hueñupán era el ladrón, lo supimos porque luego que vio su robo descubierto, con los ojos encendidos por el furor y el aguardiente gritó: matemos a los *huincas*. Entonces José Vera más pronto que el rayo, lanzándose sobre él, le agarró del pescuezo y sacando su facón, le dice: si haces un movimiento, te mato, asesinaste a Bernardo Silva en la Mariquina, no te faltaba más que ser ladrón. Pidió su perdón y Hueñupán se fue confuso a dormir su borrachera. No quise quedarme más allí, y me despedí de José Vera y Motoco.

A la noche pasamos el balseo de Nontué y dormimos al otro lado.

19 DE MARZO

Al amanecer salí del alojamiento con un caballo al cabestro, quería ver si podía alcanzar ese día a Arsquilhué.

Pasé el boquete, ya todo se cubría de nieve, algunos días más y la nieve nos detenía prisioneros en la otra banda. A la noche alcancé a Arsquilhué, todos los ríos estaban crecidos, apenas se podían vadear los dos grandes ríos entre Maihué y Arsquilhué.

Lenglier y Cárdenas se quedaron atrás y durmieron en Chihuihue.

20 DE MARZO

A las tres de la tarde Lenglier y Cárdenas llegaron a Arskuilhué. Cuando llegaban, el cielo estaba surcado de relámpagos y el aire retumbaba con los truenos que repetían los ecos de la cordillera. Había llovido mucho mientras que caminaban; gracias a que mi herbario estaba bien envuelto en las huaralcas, no se mojó.

Allí encontramos a todos nuestros antiguos conocidos, Ehijo, Prieto, Matías González y la interesante Manuela, su hija, que tenía todavía que esperar el verano siguiente para volver a ver al ilustre Juan Chileno.

21 DE MARZO

Descansamos en Arskuilhué.

22 DE MARZO

Salimos de Arskuilhué y alcanzamos a Dollingo donde hallamos a don Fernando Acharán, que celebró mucho nuestra vuelta. Se hicieron muchas sangrías al famoso tonel de chicha de cuarenta arrobas de capacidad que hace el ornamento de su salón.

23 DE MARZO

Don Fernando Acharán no quiso dejarnos salir este día, descansamos bien y nos familiarizamos poco a poco con la comodidad de la vida civilizada que habíamos olvidado en la otra banda.

24 DE MARZO

Llegamos en la tarde a Arique, donde nos recibió muy bien don Ignacio Agüero. Como en la mañana siguiente debíamos entrar a Valdivia, fue preciso quitar nuestros trajes de pehuenches que hubiesen hecho correr tras de nosotros a todos los pilluelos del pueblo y nos vestimos de cristianos.

25 DE MARZO

Por la mañana salí con Lenglier y don Lupercio García que estaba en Arique y a las tres entrábamos a esta ciudad, en donde ya habían corrido dos o tres veces la noticia de nuestra muerte.

TERCERA PARTE

GEOGRAFÍA

Si fuese posible que un viajero pudiese a vuelo de ave abrazar con la vista el ángulo austral del continente americano, se ofrecería a sus miradas la notable parcialidad con que la caprichosa naturaleza parece que se complace en variar las producciones, no sólo en distintas sino en idénticas latitudes. En efecto, la vasta cadena de los Andes que divide las regiones meridionales de Chile en dos secciones de territorio, es la única separación que establece entre Chile oriental y occidental el contraste más notable. Bajo el mismo cielo, bajo las mismas latitudes, vería al oriente campos yermos tendidos y accidentados por lomas bajas, pedregosas, desnudas de vegetación y sólo encontraría la verdura que da el esparto y algunos espinudos y enanos matorrales, en los bajos que las colinas protegen de los pamperos y del frío viento que desciende en las mañanas de las nieves de la sierra. Hondos barrancos cavados por ríos caudalosos, sólo ofrecen atractivos al geognosta por exhibir desnudos los secretos de la formación de aquella naturaleza pétrea y arenosa.

Colocado el viajero en alguna eminencia de aquella cordillera y tendiendo la vista hacia el oriente se encuentra como el hombre que afirmado en la borda de una embarcación en alta mar procura en vano descubrir en el horizonte algún objeto donde detenerla. Lo único que llama a veces su atención es el curso tranquilo y sinuoso de alguno de los ríos caudalosos que atraviesan la pampa para detenerse en algunas que brillan a lo lejos para perderse en el horizonte hasta mezclar sus aguas con las del mar Atlántico, y también de cuando en cuando algunas densas polvaredas que levantan a lo lejos las tropas de guanacos perseguidos por los hijos nómades de aquel desierto³⁴.

Al paso que volviendo la vista a las regiones occidentales de los Andes, se encuentra con todos los encantos que ofrece el jardín más risueño y caprichoso que tiene por límites al oriente la sierra cuyas nieves parece que descansan en las copas de la más lujosa vegetación.

Al occidente, la cordillera de la Costa, cubierta de flores y de verdura hasta el Pacífico; y al Sur el archipiélago de Chiloé cuyas numerosas y feraces islas forman

³⁴ Véanse las páginas 13 y 159 del presente tomo.

un laberinto de tranquilos canales cruzados en todos sentidos por centenares de pequeñas embarcaciones cuyas blancas velas contrastan con el alegre verde de árboles de hoja permanente que se alzan de las mismas playas del mar.

Allá la naturaleza silenciosa, severa y casi inexplorada puede encerrar riquezas que sólo es dado descubrir a una exploración más larga y detenida que la que yo he hecho; por esta razón al señalar la impresión que experimenta el viajero al recorrer con tan ímprobo trabajo y tantos peligros aquellas regiones, estoy muy lejos de juzgarlas sólo propias para las tribus nómades que las habitan. Tiempo llegará y tal vez no remoto en que lo que hoy parece rechazar el hombre civilizado se convierta en objeto de codicia. A la vista tenemos lo que ocurre en el desierto de Atacama, cuyos áridos arcanos encubren tantos tesoros.

Dedicaré algunas líneas al antiguo e interesante territorio que llevó por largos años el nombre del conquistador Valdivia, territorio que no puede considerarse, atendiendo a la división administrativa practicada en nuestros días en él, por romper ésta la unidad natural de la conformación geodésica de esas regiones comprendidas entre el Calle-Calle y sus afluentes y el archipiélago de Chiloé, entre la cordillera de aquellas latitudes y el Pacífico.

Las provincias del norte, al empezar desde la de Santiago, cuentan con dos serranías principales y paralelas a la cordillera: la del centro y la de la costa. En Valdivia, la cadena central es casi imperceptible y sólo aparece la de la costa, así es que aquí no hay más que un valle propiamente dicho, al paso que en las provincias del norte se cuentan dos.

Los terrenos del norte llevan una inclinación tan rápida hacia la costa que se puede decir que bajan en escalones de oriente a poniente hasta el mar. Mientras que en Valdivia, el descenso es tan imperceptible que en todos sus ríos penetran las mareas de doce a quince millas tierra adentro. Se ven, pues, en el valle de Valdivia por esta misma razón, un cordón de lagos en la misma base de los Andes, depósitos de mucho caudal de aguas de los cuales el último que es Llanquihue sólo dista cuatro leguas del mar de Chiloé y separado de la costa con lomas tendidas de escasa elevación.

La cordillera del sur es notablemente más baja que la del norte y sus contrafuertes tanto orientales como occidentales apenas merecen este nombre si se atiende al poderoso cuerpo de donde derivan su origen. De aquí los diversos boquetes poco elevados y más o menos accesibles que se encuentran desde las fuentes del Toltén hasta los paralelos del seno de Reloncaví. La misma suave planicie de esta tierra y su ancha meseta explica la presencia de los lagos de Nahuel Huapi al oriente y Todos los Santos al occidente. El cordón de lagos que se observa entre Villarrica y Llanquihue inclusive, sólo está rodeado por la parte del llano, por elevaciones casi insensibles a la simple vista. Sus desagües que dan lugar a las hoyas de que pronto me ocuparé, lejos de presentar el aspecto de los torrentes de los ríos del norte, son por lo general tranquilos y se prestan en largos y frecuentes trechos a la navegación de embarcaciones menores.

La cordillera de la Costa que limita el valle al occidente, es alta y poderosa, pero en las otras que dan salida a los ríos, no ofrece aquellos accidentes que acredi-

tan el esfuerzo violento de las aguas para abrirse paso hacia el océano. Estos cerros interesantes bajo todos los aspectos y que encierran los tradicionales depósitos de oro y exhiben tantos de carbón mineral, están cubiertos de la más poderosa vegetación y sus árboles entretejidos llegan hasta las playas marítimas, sin que las sustancias salinas de aquellas aguas parezcan perturbar su robusta constitución.

OROGRAFÍA

De las varias ramificaciones que se destacan a derecha e izquierda de la cordillera, sólo dos tienen alguna importancia en la cuestión presente.

1° El sistema del Osorno y del Calbuco que constituye el boquete de Pérez Rosales.

2° El sistema del boquete de Ranco.

Llamaremos sistema del Calbuco y de Osorno, al conjunto de las dos ramas que concluyen al Oeste en el cerro de Calbuco y el volcán Osorno y atravesando la cordillera hacia el Este, encierran al lago de Nahuel Huapi.

La rama del Osorno sale casi perpendicularmente de la cadena principal a la altura de los cerros de la Esperanza y de Doce de Febrero constituyendo la muralla norte del lago de Todos los Santos, cordón en el cual sobresalen los picos: Techado, Puntigudo, Bonechemo, la Picada y al fin termina en el volcán de Osorno a la altura de 2.302 metros, en la orilla oriental del lago Llanquihue y cuyas ramificaciones van a perderse insensiblemente en los llanos de Osorno. Este cordón tiene un abra o depresión sensible un poco antes del volcán de Osorno, portezuelo que pondría en fácil comunicación la orilla norte del lago de Todos los Santos con los llanos de Osorno.

La rama del Calbuco sale del Tronador, orilla el Peulla y constituye el lado sur del lago de Todos los Santos formando una ensenada donde desemboca el estero de Calbutúe, se abre al fin del lago de Todos los Santos para dejar pasar al Petrohué, mandando para acompañarle dos ramificaciones secundarias y al fin viene a concluirse en el cerro de Calbuco que tiene de altura 2.250 metros.

Esta rama no tiene picos tan elevados como la de Osorno, y su altura varía poco.

Estas dos ramas se juntan a la cadena principal, la una en los cerros de la Esperanza y del Doce de Febrero, la otra en el Tronador. Entre estos dos puntos se halla el boquete Pérez Rosales, que conduce a la laguna de Nahuel Huapi. De allí continúan los dos cordones, el del norte, que forma la muralla norte de Nahuel Huapi, y siguiendo los contornos del lago, va a perderse insensiblemente en el terreno de las pampas. En la otra orilla la parte sur del lago y como a cincuenta o sesenta kiló-

metros se deprime de repente, habiendo conservado casi siempre la misma altura. Un poco antes del punto de su fin, se divisa un abra muy notable que ciertamente debe dar paso al famoso camino de Bariloche, que en otro tiempo permitía pasar sin trabajo y en tres días de una falda a otra de la cordillera. El cerro de la Estatua en el desagüe del Limay pertenece a esta ramificación.

El largo valle que conduce al boquete de Ranco, es formado por dos ramificaciones de poca elevación, que comienzan en el lago de Ranco; continúan ensanchándose para dar lugar a hermosas pampitas horizontales o estrechándose hasta dejar sólo el espacio necesario para que corra algún río de los que alimentan al lago de Ranco. La mayor separación de las dos cadenas es en Arsquilhué, donde las pampas son de alguna extensión: desde Maihue para adelante, se estrechan hasta formar una quebrada por donde corre el torrentoso Follill; concluyen en el boquete, en la cuesta de Lipela. Prolóngase enseguida hacia el Este, formando el valle de Queñi. El cordón norte concluye en el lago Lacar donde entra el río Chachim, desagüe del lago Queñi. El cordón sur se acerca entonces al lago, forma un codo pronunciándose en el cerro de la Fortaleza, rodea al lago deprimiéndose, manda hacia el norte una ramificación que concluye en el volcán Lagnin, y enseguida se dirige al Oeste encerrando las aguas de los lagos Lacar, Pirihueico, etcétera.

De modo que este cordón que encierra al lago de Lacar puede considerarse como una gran inflexión que hace hacia el Este la línea central de la cordillera, inflexión que tendrá unas veinte leguas de radio. Más al norte de estos lagos la cordillera central vuelve a tomar su dirección norte-sur.



Bosque en Corral. Pedro Amado Pissis. Museo Histórico Nacional, Santiago de Chile.

HIDROGRAFÍA

Todo lo que acabamos de decir sobre la orografía se esclarecerá mucho hablando de la hidrografía.

En el terreno que he recorrido, la gran cordillera de los Andes manda sus aguas al Pacífico por cuatro grandes bocas: el río Valdivia, el río Bueno, el Maullín y el Petrohué; y al Atlántico por el río Negro.

Trataremos sucesivamente de las hoyas de cada uno de estos ríos:

Río Valdivia

El río Valdivia es ahora el más importante de todos los ríos navegables de Chile; desemboca en el mar, formando un puerto en Corral, uno de los mejores de la república; tiene afluentes numerosos y todos navegables que facilitan el comercio.

El río Valdivia es formado por la reunión de dos ríos grandes, el Cruces y el Calle-Calle.

El Cruces viene del NE, recibe las aguas del río Pichoi y de trece afluentes, se junta con el Calle-Calle a una legua de Valdivia formando la isla de Valenzuela.

El Calle-Calle tiene su origen en el lago de Lacar formado por las aguas y nieves de la cordillera. Este lago comunica con el de Pirihueico y éste a su vez manda sus aguas por el río Callitué, que se junta a los desagües de los lagos de Panguipulli y Calaufquén; toma entonces el nombre de río Choshuenco y se echa en el lago de Riñihue.

Corre al oeste el desaguadero de este lago, llamándose río de los Ciruelos hasta la misión de Quinchilca donde se le junta el río del mismo nombre; más lejos el Colilefú que viene igualmente del sur; y cerca de la montaña de Quitacalzón, se llama Calle-Calle, nombre que conserva hasta Valdivia, donde se junta con el río Cruces, el Futa, el Angachilla y otros; en todo su curso recibe más de quince entre esteros y ríos.

Río Bueno

El río Bueno es formado por tres ríos principales que son: el Trumag, que sale del lago de Ranco; el Pilmaiquén, que sale del lago de Puyehue; el Tayelhue, que viene del NE y el Rahue, desagüe del lago Rupanco o Llanquihue.

El Rahue se compone de varios ríos y esteros que vienen del Sur entre los cuales se nota el Maipué, el río Negro y el de las Damas; todos juntos vienen a echarse en el río Bueno, un poco más abajo del Pilmaiquén.

El Pilmaiquén sale del lago de Puyehue y recibe en su curso varios riachuelos.

El Trumag sale del lago de Ranco, recibiendo en su camino varios esteros.

El lago de Ranco, que es cercado de altas montañas, recibe de ellas muchos ríos torrentosos.

El río Llebcán une al lago de Maihué con el de Ranco y recibe en su curso al Cahunahue, que sale del cordón norte del valle y al Cuyinmillahue.

El pequeño lago de Maihue es alimentado por los ríos Pillanleufú que viene de un volcán que hay cerca, el Curringue, que viene de las cordilleras vecinas y el Follill, que sale del boquete de Ranco orillando el pie de la cuesta de Lipela, recibiendo antes de Chihuihue al torrentoso Huentruleufu.

Así, el río Bueno lleva al mar todas las aguas acumuladas en el lago Ranco y desemboca en el costa por los 40° S de latitud.

El río Bueno es más ancho y más profundo que el Valdivia, pero no tiene afluentes tan numerosos ni tan practicables.

En su boca tiene una barra de quince pies de profundidad. La entrada es mala para embarcaciones de vela a causa de una curvatura que tiene el río en la misma boca.

El efecto de las mareas se hace sentir hasta trece leguas del mar.

Río Maullín

El Maullín sale del lago Llanquihue y es cosa notable que un lago que no recibe sino pequeños esteros pueda tener un desagüe de este tamaño.

El primer tercio de su curso es casi desconocido por las dificultades que ofrece el monte por donde corre: tiene un salto como de catorce varas y en su curso, que es de unas veinte a veinticinco leguas, no recibe ningún afluente de consideración.

Desde el mar hasta quince millas adentro es navegable para embarcaciones mayores.

Río Petrohué

El Petrohué sale del lago Todos los Santos, que es alimentado al sur por el Calbutué, que lleva las aguas del pequeño lago del mismo nombre; al Norte por el torrente que baja del pico de Bonechemo y otros esteros que salen de los picos vecinos, y al fin al Este por el río Peulla, que nace del ventisquero del Tronador.

El Peulla es muy torrentoso, corre por un valle estrecho y tiene un curso de cinco leguas, recibiendo a derecha y a izquierda torrentes que bajan de las cordilleras: crece con mucha facilidad y llena todo el valle con un día de lluvia.

El Petrohué, que al salir de la laguna Todos los Santos es tranquilo y hondo, se vuelve muy torrentoso como a un kilómetro del lago, y va enanchándose siempre; después de haber formado una isla, desemboca en el seno de Reloncaví.

Del otro lado de la cordillera tenemos también grandes ríos; tres corren casi paralelamente, de los cuales uno solo nos ocupa detenidamente, que es el río Negro. Al Norte de éste corre el Colorado; y al Sur el Chupat, casi enteramente desconocido ahora. Los indios de la pampa me dieron algunos datos sobre él; me dijeron que salía de tres lagunas cuyos desagües Kalaja-kitrin, Usquedagtoo y Chigchig, venían a juntarse formando el río Chupat. Este Chupat se dirige enseguida casi directamente al Este hacia el Atlántico. La distancia entre el Limay y el Chupat, era como de diez días de camino.

Río Limay o Negro

En el lado oriental de la cordillera no tenemos valles tan bien constituidos como los del lado occidental.

Los ríos corren por entre paredes perpendiculares que son excavaciones en el terreno de las pampas.

El Limay o río Negro sale del lago Nahuel Huapi: corre derecho hacia el Norte por espacio de unos ciento veinte kilómetros; enseguida oblicuando al Este, hace un gran arco de unos ochocientos kilómetros y se vacía en el Atlántico por los 41° de latitud. El Puerto Carmen fundado en su orilla por los años de 1783, se halla a nueve millas adentro de su boca, la cual tiene una barra, que en el día es de fácil acceso.

Los afluentes de este río son, por el Norte, los dos esteros de Tucamalal de alguna consideración.

El río Chimehuin que sale del lago Huechunlauquen y corre primero al Sudeste, después de norte a sur, formado por los siguientes ríos:

1° El Caleufú que se le junta a doce kilómetros de su confluencia en el Limay.

Este río es mediano, no es navegable, tiene vado en todas partes.

El Caleufú sale del lago del mismo nombre situado en la falda de la cordillera; casi en su origen recibe al estero de Tchelchiuma como a ocho kilómetros de su confluencia con el Chimehuin, otro estero llamado Chaslei.

2° Otro afluente del Chimehuin, es el gran estero de Quemquemtreu, que se le junta no lejos de su confluencia con el Caleufú.

El Quemquemtreu recibe al estero de Yafi-Yafi.

3° El Trepelco, que sale del lago Quilquihue cerca de Huechuhuehuin; río tan grande como el Caleufú.

4° El Pigualcura, que sale cerca de Villarrica al que se junta el Catapuliche que viene del Norte; los dos iguales al anterior.

Otro afluente del Limay es el Pichipicuntuleufu, río pequeño que se seca en el verano. Viene enseguida el Neuquén o Comoe, por este segundo nombre es conocido entre los indios. Es río correntoso y turbio; los indios lo atraviesan a nado cuando van al Carmen.

Este río recibe a la altura de Chillán, al río Dahuevi, que sale de dos lagos que hay cerca de la cordillera, llamados Epulafquén.

Los afluentes meridionales del río Negro son el Machileufu, y después el Comallo, estos dos ríos se pasan a vado, son pequeños.

El Limay tiene dos grandes creces periódicas, una en el invierno en los meses de junio y julio, y otra en verano con el derretimiento de las nieves, en diciembre y enero.

GEOLOGÍA³⁵

El istmo que separa a Puerto Montt del lago Llanquihue es un llano o meseta que se eleva en su parte intermedia a unos ciento treinta metros sobre el nivel del mar y desciende, tanto al lago como al mar, por escalones o gradas casi iguales. Todo este terreno es sedimentario y se compone de capas arcillosas y arenosas mezcladas con piedras pequeñas redondas, siendo en su mayor parte dioritas, pegmatitas y rocas feldespáticas. La arenisca abunda principalmente en las riberas del mar, y va disminuyendo poco a poco hacia el interior; en las orillas del lago se ven algunas.

El terreno comprendido entre este lago y el Todos los Santos, es volcánico. Todo el llano y valle del Petrohué, que bordea al volcán Osorno, es cubierto de lavas, escorias y piedra pómez trituradas, provenientes del volcán. Estas lavas tienen por base el feldespato vitrioso. La falda del volcán que constituye la pared norte del río, hasta su boca, es casi exclusivamente compuesta de retinitas, en columnas prismáticas. Estas columnas llegan hasta el seno de Reloncaví.

Los cerros del lago Todos los Santos son formados generalmente de rocas cristalinas pertenecientes a la formación granítica. Las faldas de estos cerros, así como las alturas donde el declive es poco violento, están cubiertas de depósitos sedimentarios de arcilla amarilla y roja con piedras rodadas, estratificados en ondulaciones horizontales. Esta formación continúa por todo el lago y el valle del Peulla hasta el Tronador.

Las rocas del ventisquero (glaciar) son volcánicas; la dominante es una fonolita. Se notan también en las moraines del ventisquero, unos trozos grandes de conglomerados, conteniendo fragmentos de sienitas y amigdaloides.

Las rocas fundamentales de los dos boquetes son sienitas con mica con tendencias a pasar al granito. También se encuentran algunas erupciones de fonolita con olivina. Casi todas estas formaciones y principalmente el seno de las ondulaciones del terreno, están cubiertas de depósitos sedimentarios iguales a los que se ven en los cerros del lago Todos los Santos

³⁵ El señor don A. Pissis tuvo la bondad de clasificar las rocas recogidas durante el viaje.

Al llegar a la cima de la cresta que atravesamos, se encuentran dos escalones paralelos y prolongados, de unos cien metros de elevación cada uno. La pendiente de los inferiores no es tan violenta como la de otros. Otros dos escalones semejantes se encuentran en el otro lado de la cima.

Las lomas que rodean al lago da Nahuel Huapi son todas sedimentarias, compuestas de arcilla blanquecina y piedras rodadas. La misma formación con erupciones de fonolita, se encuentra en el río Limay y todo el terreno hasta el Caleufú.

Las faldas orientales del río Chimehuin son de terreno granítico y cortado por grandes vetas de pegmatita probablemente aurífera.

En las lomas de Huinculmapu se encuentran conglomerados de arcillas, piedras redondas y grandes capas de *trass*.

Desde el río Caleufú hasta Huechuhuehuin el terreno es formado de llanos y lomas de sedimento compuestas de arena y piedras redondas.

En este lugar todas las formaciones son volcánicas en las que domina la fonolita; pero también se encuentra la traquita cuartífera.

Desde Huitri hasta Valdivia se encuentran rocas metamórficas principalmente la *esquita micosa*.

Alturas principales

- Lago Lacar, 416 m.
- Lago Nahuel Huapi, 583 m (Fonck y Heiss).
- Volcán Lagnin, 2.400 m.
- Cerro Tronador, 3.000 m.
- Boquete Pérez Rosales, 877 m (836 m según Fonck y Hess).
- Boquete Ranco o Lifen, 922 m.
- Lago Queñi 562 m.
- Chihuihue, 381 m.
- Arsquilhué, 229 m.
- Lago Todos los Santos, 214 m (Muñoz Gamero).
- Lago Ranco, 164 m (Gay).
- Istmo entre los lagos de Llanquihue y Todos los Santos, 300 m.
- Volcán Osorno, 2.131 m (Fitz Roy).
- Cerro Calbuco, 1.290 m (Fitz Roy).
- Lago Llanquihue, 64 m (Fonck)

BOTÁNICA

Sólo se han recogido muestras de aquellas plantas que no me parecían muy comunes: ellas vienen clasificadas en el catálogo que inserto; no obstante, antes hago una mención de aquellos árboles y arbustos que son más comunes en los paralelos entre 40° y 42° , en el lado occidental de la cordillera.

Árboles

<i>Drimys chilensis</i> , Dc.	Canelo.
<i>Eucryphia cordifolia</i> , Cav.	Ulmo, Muermo.
<i>Maytenus boaria</i> , Mol.	Maitén.
– <i>magellanica</i> . Hook. fil.	sólo en las cordilleras.
(de éste era la muestra de palo que Ud. trajo).	
<i>Edwardsia macnabiana</i> .	Pelú.
(confundido en la obra de Gay con la	
<i>E. microphylla</i> de nueva Zelanda).	
<i>Myrtus luma</i> , Mol.	Luma.
<i>Eugenia Tému</i> , Hook.	Temu.
– <i>bridgesii</i> , H. et A.	Patagua (en Valdivia).
– <i>multiflora</i> , Hook et A.	Pitra.
– <i>apiculata</i> , DC.	Arrayán.
<i>Weinmannia trichosperma</i> , Cav.	Tineo. Teniu.
<i>Caldeluvia paniculata</i> , Don.	Tiaca.
<i>Escallonia revoluta</i> , Pers. } – <i>leucantha</i> , Remy. }	Sicte camisas blanea.
<i>Aralia laete virens</i> , Gay.	Sahuco falso, sahuco del Diablo.
<i>Flotowia diacanthoides</i> , Lessing.	Tayu, palo Santo.
<i>Persea lingue</i> , Nees.	Lingue, Liñe sumamente escaso en Puerto Montt.
<i>Embothrium coccineum</i> . Forst.	Ciruelillo, Notru.
<i>Lomatia obliqua</i> , R. et P.	Nogal, Ralral, Radal.
– <i>dentata</i> , R. et P.	Piñol, corcolén.
– <i>ferruginea</i> , Cav.	Romerillo, Huinque.
<i>Daphne pillopollo</i> , Gay.	Pillupillu.

Aextoxicon punctatum, R. et P.
Laurela aromatica, Spr.
 -*serrata*, Ph.
Fagus obliqua, Moli.
 -*Dombeyi*, Mirb. }
 -*nitida*, Ph. }
 -*antarctica*, Forts. }
 -*pumilio*, Poep. }
Podocarpus chilina, Rich.
 -*nubigena*, Lindl.
Saxegothea conspicua, Lindl.
Libocedrus tetragona, Endl.
Fitzroya patagonica, D'Alt. Hook.

Palo muerto, Tique.
 Laurel, escaso en Puerto Montt.
 Vauvan, común en Puerto Montt.
 Roble, muy escaso cerca de ídem.
 Coigüe.
 Raulí de Valdivia (no de Concepción).
 Pino, Mañú.
 Mañú.
 Mañú.
 Ciprés de Valdivia y Chiloé.
 Alerce.

Arbustos

Berberis darwinii, Hook. }
 -*buxifolia*, Lamk. }
 -*Grisebachi*, Lechler. }
 -*Pearcci*, Ph. }
Azara lanceolata, H. et Arn.
 -*integrifolia*, R. et P.
 -*microphylla*, H. et A.
Aristotelia maqui, L'Herit.
Crinodendron hookerianum, Gay.
Abutilon vitifolium, Cav.
Coriaria ruscifolia, Feuillé.
Colletia valdiviana, Ph.
 -*crenata*, Clos.
Duvaua dependens, Dc.
Cassia stipulacea, Aiton.
Myrtus stipularis, Gay.
 (mejor *Tepualia stipularis*, Griseb.).
Myrtus uñi, Mol.
Eugenia planipes, Hook.
Ribesvaldivianum, Ph.
Escallonia rubra, Pers. }
 -*macrantha*, Hook. }
Loranthus tetrandrus, R. et P.
 -*poepigii*, Dc.
Lepidoceras puntulatum, Clos.
 -*squamifer*, Clos.
Misodendron banks, varias especies.

Baccharis elaeoides, Remy. }
 -*umbelliformis*, Dc. }
 -*radin*, Ph.

Michai.
 en la cordillera.
 en el boquete de Rancho no más.
 Aroma de castilla.
 Aroma del país.
 Chinchin.
 Maqui.
 Polison, Chequehue.
 Uella.
 Ceu.
 Espino.
 Chacay, chacay negro.
 Huingan.
 Mayu.
 Tepú.
 Murta, Uñi.
 Pitra-pitra.
 Parrilla.
 Siete camisas.
 colorada.
 Quintral.
 Parásita en los coigües.
 Parásita en los arrayanes.
 Parásitas en los robles y coigües,
Cabello de Ángel.
 Vautru.
 Radin.

<i>Senecio denticulatus</i> , R. et P.	
– <i>cymosus</i> , Remy.	Palpallen.
<i>Eptocarpha rivularis</i> , Dc.	Palonegro.
<i>Gaultheria varias</i> , especies.	Chaura.
<i>Gardoquia multiflora</i> , R. et P.	
<i>Citharexylon cyano carpum</i> , H. et A.	Espino blanco, chacay blanco.
<i>Deafontainea hookeri</i> , Dun.	Michai.
<i>Buddleja globosa</i> , Lamk.	Palguin.
<i>Myoschilos oblonga</i> , R. et P.	Orocoipu.
<i>Philesia buxifoli</i> , Lamk.	
<i>Chusque coleu</i> (sic), Dev.	Coleu, Coligüe.

Enredaderas

<i>Lardifabala biternata</i> , R et P.	Voqui colorado, collivoqui, el fruto cóguil.
<i>Boquila trifoliata</i> , Dene.	Pilpil voqui.
<i>Cissus striata</i> , R. et P.	Voqui.
<i>Aralia valdiviensis</i> , Gay.	Curagua, Curaca.
<i>Mutisia retusa</i> , Remy.	Flor de estrella.
<i>Proustia pyrifolia</i> , Lagasca.	Voqui.
<i>Mitraria coccinea</i> , Cav.	Voqui
<i>Cynoctonum pachyphyllum</i> , Dene.	Voqui.
– <i>nemosum</i> , Ph.	Voqui
<i>Tecoma valdiviana</i> , Ph.	Voqui.
<i>Ercilia volubilis</i> , Adr. De Juss.	Voqui traro.
<i>Muhlenbekia sagittifolia</i> , Meins.	Voqui negro.
<i>Lapageria rosea</i> , R. et P.	Copihue.
<i>Luzuriaga radicans</i> , R. et P. } – <i>erecta</i> , Kth. }	Azahar, coral Quelineja.
<i>Dioscorea brachybotrya</i> , Poepp.	Voqui.
<i>Chusquea quila</i> , Kth. } – <i>valdiviensis</i> , Desv. }	Quila.

CATÁLOGO DE LAS PLANTAS RECOGIDAS,
HECHO POR EL DR. R.A. PHILLIPPI

Ranunculáceas

1. *Anemone antucensis*? Poepp. Hallada al pie del volcán de Osorno.
El ejemplar conviene perfectamente con otro que recogí a orillas de la laguna Ranco, pero no tanto con la descripción de esta especie dada en la obra de Gay.
2. *Anemone multifida*? Poir., o *A. lanigera* Gay de Jihualhue.
Un fragmento sin flores y sin hojas radicales.

3. *Ranunculus patagonicus* Poepp. Pampa del valle del Peulla.
Un fragmento sin hojas radicales.
4. *Psychrophila andicola* Gay. Jñihualhue.
5. *Psychrophila limbata* Schlecht. Volcán de Osorno.

Magnoliáceas

6. *Drimys winteri* Forst. Cuesta de los raulíes hasta la nieve perpetua.
El ejemplar tiene pedúnculos unifloros y hojas trasaovadas. Confieso que la distinción establecida entre el *Dr. Winteri* y el *Dr. Chilensis* no me es clara, me inclino a creer que ambos son una sola especie.
Alcanzaría entonces el canelo desde Magallanes hasta Aconcagua.

Berberideas

7. *Berberis darwinii* Hook. Valle del río Peulla.
Común en toda la provincia de Valdivia.
8. *Berberis pearcei* Ph. Boquete de Ranco en c. 5.000 pies de elevación
9. *Berberis grisebachii* Lechl. (*linearifolia* Ph.).
Como la anterior. Lechler descubrió esta especie en Magallanes, yo la hallé en la falda del volcán de Osorno.
10. *Berberis polymorpha*? Orilla de la laguna Nahuel Huapi.
El ejemplar carece de flores y de frutos; las hojas son casi todas muy enteras. Describí esta especie según ejemplares de la cordillera de Chillán.

Crucíferas

11. *Cardamine affinis*? Hook et am. Cordillera de Ranco. Faltan las hojas radicales.

Cariofiláceas

12. *Arenaria palustris* Naud. Pampa de Patagonia.
Se halla en abundancia a orilla de las lagunas Ranco, Llanquihue, Puyehue, etcétera.

Malváceas

13. *Modiola caroliniana* Moench. Vertiente oriental de la cordillera.
Maleza común en toda la cordillera y una gran parte de América.
14. *Cristaria patagonica* n. esp. Pampa de Patagonia.

Hipericineas

15. *Hypericum muscoides* n. esp. Pie del volcán Osorno.
Tal vez una variedad del *H. chilense* Gay, pero las hojas y las flores son mucho más pequeñas y el aspecto general es bastante distinto.

Vivianiáceas

16. *Wendtia reynoldsi* Hook. Pampa de Patagonia.

Es muy sorprendente de ver esta planta en la pampa de Patagonia, pues estamos acostumbrados a verla en la provincia de Santiago en una elevación de unos 6.000 pies. Falta enteramente en la provincia de Valdivia. La misma observación se aplica a la siguiente planta. Ambas buscan sin duda sequedad en la atmósfera.

Tropeóleas

17. *Tropaeolum polyphyllum* Cav. Pampa de Patagonia.

Es la variedad de hojas angostas. Los patagones las comen.

Oxalídeas

18. *Oxulis aureoflava* Steud. Vertiente oriental de la cordillera.

Muy común en los lugares arenosos de las provincias de Valdivia y Llanquihue.

Celastríneas

19. *Maytenus magellanica* Hook. Fil. Cordillera de Ranco.

Común en Magallanes, sirve a los fueguinos para confeccionar sus arcos. Hallé la misma especie en la cordillera que rodea los manantiales del río Futa en la provincia de Valdivia y al pie del volcán Osorno.

20. *Mygnda disticha* Hook. Fil. Boquete de Ranco, cerca de la nieve.

En Magallanes y en la cordillera de Chile; común cerca de los baños de Chillán.

Ramneas

21. *Colletia valdiviana* Ph. Pampa de Patagonia.

No es muy común en la provincia de Valdivia.

22. *Colletia articulata* Ph. Inihualhue.

Describí esta especie según ejemplares hallados en la cordillera de Santiago.

23. *Colletia montana* Ph. Inihualhue.

El ejemplar tiene frutos, y no muestra diferencia ninguna con los ejemplares de la cordillera de Santiago.

24. *Colletia crenata* Clos. La ramita carece de flores y de fruto, pero pertenece sin duda a esta especie tan común en la provincia de Chillán, en Valdivia se llama espino blanco o chacay blanco.

25. *Retanilla spinifera* Clos. Pampa de Patagonia.

El señor Gay halló esta especie en la provincia de Colchagua.

Anacardiáceas

26. *Duvaia dependens* Dc. var. *patagonica*. Pampa de Patagonia.
Los patagones dan a este arbusto el nombre de muchí, y comen el fruto, lo mismo como los chilenos el de la especie típica, bastante conocida con el nombre de huingan. La forma patagónica se diferencia principalmente por los frutos mucho mayores.
27. *Litrea patagonica* nueva especie. Pampa de Patagonia.
Una ramita con frutos, bastante parecidos a los del molle (*litrea molle* Gay).

Leguminosas

28. *Vicia macraei* Hook. var. *angustifolia*. Pampa.
Se parece muchísimo a la forma normal bastante polimorfa y común en Chile, pero sus hojuelas son mucho más angostas.
29. *Lathyrus pubescens* Hook. et Am. A orilla de la laguna Todos los Santos.
Bastante común en la provincia de Valdivia.
30. *Astragalus*. Pampa de Patagonia.
El ejemplar no tiene ni flores ni frutos. Es singular que hasta ahora no se haya hallado ninguna especie de *Astragalus* o *Phaca* en la provincia de Valdivia, mientras hay muchísimas en las provincias del centro y del norte de la república.
31. *Lupinus microcarpus*? Sims. Pampa de Patagonia.
El ejemplar es más vellosa que los chilenos y los frutos tienen casi el doble de tamaño, y las semillas presentan una ligera diferencia. Pero no puedo comparar semillas maduras, por lo demás no puedo hallar diferencia alguna; las flores faltan. El *L. microcarpus* es muy común en todo Chile.
32. *Adesmia retusa* Gris. Al pie del Puntagüeno.
El célebre botánico de Göttingen describió esta especie según los ejemplos que recogí al pie del volcán Osorno. Es la única especie de este género, que comprende más de cincuenta especies chilenas, que se halla en la provincia de Valdivia.

Rosáceas

33. *Geum chilense* Balb. Arquilue.
Común en casi todo Chile.
34. *Tetraglochin caespitosum* nueva especie. Pampa de Patagonia.
Muy parecido al *T. strictum* Poepp. tan común en las cordilleras de las provincias centrales; falta en la provincia de Valdivia, porque ama la sequedad.
35. *Potentilla anserina* L. Inihualhue.
Planta muy cosmopolita, tan común en las provincias del Sur de Chile como en Europa.

36. *Acaena ovalifolia*? Boquete de Ranco.
El ejemplar carece de flores y de frutos, común en la provincia de Valdivia, etcétera.
37. *Acaena laevigata* Aiton. Pampa de Patagonia.
La hallé también en la cordillera opuesta al volcán de Osorno.
38. *Acaena coxi* Ph. nueva especie. Pampa de Patagonia.
El ejemplar carece desgraciadamente de flores y de frutos; tiene mucha afinidad con la *A. splendens* de las cordilleras de Santiago.

Onagrarias

39. *Oenothera stricta*? Led. Pampa de Patagonia.
Los ejemplares son solamente “summitates”, sin hojas tallinas y mucho menos radicales; son más peludas que la verdadera *Oe. stricta*.
40. *Epilobium denticulatum*? R. et P. Pampa de Patagonia.
Los ejemplares se hallan en mal estado, demasiado malos para poder estar seguro de su determinación, siendo el género tan difícil.
41. *Epilobium denticulatum*? R. et P. var. *Linearifolium*. Pampa del río Peulla.
Las hojas son mucho más angostas que en el *E. denticulatum* genuino.

Haloráceas

42. *Myriophyllum clatinoides* Gaud. En los arroyos que nacen del ventisquero del Peulla.
Se halla desde el pueblo de Atacama hasta Magallanes.
43. *Gunnera magellanica* Lamk. A orillas del río Peulla, etcétera.
Común en la provincia de Valdivia a orillas del mar y en la cordillera; cerca de los baños de Chillán, Magallanes, etcétera.

Mirtáceas

44. *Eugenia patagonica* Ph. En las orillas de la laguna Nahuel Huapi.
Hay una variedad con hojas grandes y otra con hojas pequeñas.
45. *Eugenia correaefolia* Hook. et Arn. Cordillera.
Se halla en varios puntos de la provincia de Valdivia, pero siempre en lugares pantanosos.

Cáceas

46. *Opuntia patagonica* nueva especie. Pampa de Patagonia.
El ejemplar carece de flores y frutos. Los frutos se comen. Tiene mucha afinidad con la *O. maihuen* de Gay de los Ángeles.
47. *Echinocactus coxi* nueva especie. Pampa de Patagonia.
En la provincia de Valdivia no crece ninguna cactus por ser esta provincia tan lluviosa.

Grosularieas

48. *Ribes nemorosum?* Ph. Boquete de Ranco.
Una ramita sin flores ni frutos. Hallé el *R. nemorosum* en las provincias centrales.
49. *Ribes densiflorum* Ph. Boquete de Ranco.
Describí esta especie según ejemplares hallados en las provincias centrales.
50. *Ribes ovallei* nueva especie. Cordillera, en ambos lados.
Se parece algo al *R. magellanicus*, pero tiene las flores más pequeñas, llevadas por pedicelos más largos, etc. Dedico esta nueva especie a la familia Ovalle y Vicuña.

Saxifragáceas

51. *Cornidia integerrima* H. et A. Falda del volcán de Osorno.
Común en la provincia de Valdivia etc., hasta Chillán; es el voqui cuyo tronco llega a más grosor.
52. *Escallonia duplicato-serrata* Remy. Falda del volcán de Osorno.
Hallada por el señor Gay a orillas de la laguna de Ranco.

Francoáceas

53. *Francoa appendiculata* Cav. Vertiente occidental de la cordillera.
Muy común en las provincias de Chiloé, Valdivia, etcétera.

Umbelíferas

54. *Azorella trifurcata* Hook. Pampa de Patagonia.
No le hallo diferencias con ejemplares de Magallanes.
55. *Azorella*. Pampa de Patagonia.
Idéntica con una *Azorella* recogida por Lechler en Magallanes que carece de flores y fruto y que por eso no se puede clasificar.
56. *Apleura nucamentacea* Ph. nuevo género. Pampa de Patagonia.
Género muy curioso, aunque parecido por su modo de crecer en césped tupido, sus hojas muy enteras, apiñadas, etc., al *Bolax*, *Llaretia*, *Azorella*, con una sola flor sésil en la extremidad de las ramas en lugar de umbela, el fruto duro, como una pequeña nuez, etcétera.
57. *Mulinum spinosum* Cav. Pampa de Patagonia.
La variedad de hojas tripartidas con lacinias angostas, la umbela largamente pedunculada con unas treinta flores. Esta especie es bastante común en la cordillera de las provincias centrales.
58. *Mulinun ulicinum?* Gill. Pampa de Patagonia.
Es idéntico con ejemplares de la cordillera de Linares.
59. *Pozoa?* Pampa de Patagonia.

La raíz con hojas radicales. Es sin duda una especie nueva, pero no es posible decir más.

Lorantáceas

60. *Misodendron brachystachyum* Dc. Volcán Osorno.
Parásita en un *Fagus*.

Rubiáceas

61. *Nertera depressa* Banks. Boquete de Ranco.
Muy común en toda la provincia de Valdivia, etc., en lugares húmedos.

Valerianáceas

62. *Valeriana carnososa* Sm. Pampa de Patagonia.
Se halla en Magallanes, y en la cordillera de Chillán, Colchagua, etcétera.
63. *Valeriana cordata* Ph. Boquete de Ranco cerca de la nieve perpetua.
La hallé primero al pie del volcán de Osorno, después a la orilla del río de Futa, y aun cerca del mar en el Molino de oro que se descarga en el río Bueno.

Sinantéreas o compuestas

64. *Mutisia retusa* Remy. Pampa de Patagonia.
Muy común en la provincia de Valdivia.
65. *Mutisia retrorsa* Cav. Pampa de Patagonia.
Según toda la probabilidad esta especie se cría sólo en el lado oriental de la cordillera, y se ha de borrar de la lista de las plantas chilenas.
66. *Mutisia decurrens* Cav. Pampa de Nahuel Huapi.
Bastante común en la cordillera de Chile, provincia de Colchagua, Chillán, etc., no la vi en la provincia de Valdivia. Merece ser cultivada en los jardines por motivo de sus hermosas flores anaranjadas.
67. *Chuquiraga patagonica* nueva especie? Pampa de Patagonia.
Tal vez sólo una variedad de la *Ch. anomala* Don, que se cría en la cordillera de Santiago, pero su cabezuela posee evidentemente flores femeninas en la circunferencia, y la pubescencia es otra.
68. *Chuquiraga spinosa*? Don. Pampa de Patagonia.
La forma normal se halla en las cordilleras de las provincias centrales de Chile; la planta patagónica tiene las hojas más angostas; carece de flores.
69. *Fotowia diacanthoides* Less. Boquete de Ranco.
Tal vez la sinantereas que alcanza a mayores dimensiones; he visto cerca de los manantiales del río de Futa árboles que tendrían por lo menos 80 pies de alto y un tronco de 2 pies de diámetro. Se llama en la provincia de Valdivia Palo Santo y Tayu.

70. *Chactanthera*. Pampa de Patagonia.
El ejemplar tiene solamente botones, pertenece a las *Euchaetanthereas* perennes y es tal vez idéntico con una de las especies chilenas.
71. *Triptilium tenuifolium* especie nueva. Pampa de Patagonia.
Especie anual.
72. *Strongyloma axillare*? Dc. Pampa de Patagonia.
La especie típica es bastante común en la cordillera de Santiago; el ejemplar de Patagonia carece de flores y sus hojas axilares fasciculadas son mucho más pequeñas.
73. *Homoeanthus viscosus* Dc. Pampa de Patagonia.
Bastante frecuente en las praderas de las montañas de Valdivia.
74. *Chabraea*. Arquilue.
Algunas "summitates" sin hojas algunas.
75. *Perezia*? Pampa de Patagonia.
"Summitates" nada más. El hábito es de una *Chabraea* o *Leuceria*, pero el vilano purpúreo con cerdas denticuladas no plumosas es más bien de una *Perezia*.
76. *Achyrophorus angustissimus* Ph. Entre las lagunas de Llanquihue y Todos los Santos.
77. *Achyrophorus*? Pampa de Patagonia.
El ejemplar tiene solamente botones.
78. *Hieracium*? A orillas del río Peulla.
Hermosa planta de casi 3 pies de alto, con muchas hojas radicales y una inflorescencia casi tirsoidea, que desgraciadamente no está todavía desarrollada.
79. *Erigeron coxi* nueva especie.
Las flores del volcán, las hojas son de la misma planta de la pampa de Patagonia.
80. *Grindelia* nueva especie. Pampa de Patagonia.
El ejemplar es incompleto, faltándole las hojas inferiores, pero es una especie distinta de las dos chilenas que conozco.
81. *Diplopappus*. Pampa de Patagonia.
El ejemplar tiene solamente cabezuelas que ya han vaciado las semillas; parece una especie nueva.
82. *Baccharis sagittalis* Dc. Pampa de Patagonia.
Común en todo Chile, etcétera.
83. *Baccharis cupatorioides* Hook. Pampa de Patagonia.
Común en la provincia de Valdivia, etcétera.
84. *Baccharis glutinosa* Pers. var. *Angustifolia*. Pampa de Patagonia.
En las provincias del sur.
85. *Baccharis magellanica* Pers. Pampa de Patagonia.
Se halla desde Magallanes hasta las cordilleras de las provincias centrales.
86. *Baccharis poeppigiana* Dc. Pampa de Patagonia.
Hallada la primera vez en la cordillera de Santa Rosa.

87. *Baccharis*. Pampa de Nontué.
Parece una especie particular, hay solamente “summitates femeninas”.
88. *Tessaria absinthioides* Dc. Pampa de Patagonia.
Se cría desde las provincias centrales hasta Atacama, pero falta en las provincias del sur por ser éstas demasiado lluviosas.
89. *Solidago patagonica* nueva especie. Pampa de Patagonia.
Parecida a la *S. linearifolia* Dc., común en Chile y sobre todo en Valdivia.
90. *Senecio vulcanicus* Ph. (non Boissier). Volcán de Osorno.
91. *Senecio ammophilus* Ph. Volcán de Osorno.
92. *Senecio patagonicus* Ph. Pampa de Patagonia.
Parecido al *S. chilensis* Less, pero distinto por los aquenios muy lampiños.
93. *Senecio coxi* Ph. nueva especie. Pampa de Patagonia.
94. *Senecio acanthifolius* Homb. Cordillera de Ranco, se halla también en Magallanes.
95. *Senecio sonchifolius?* Ph. Queñi.
El ejemplar está en mal estado.
96. *Senecio trifurcatus* Less. Inihualhue, etcétera.
Especie común desde Magallanes hasta las cordilleras de Chillán, etcétera.
97. *Guaphalium spicatum* Lamk. Al pie del ventisquero de Peulla.
Comunísimo en casi todo Chile.

Ericáceas

98. *Pernettya angustifolia* Lindley. Al pie del volcán de Osorno, en el valle del río Peulla.
Común en muchos lugares de la provincia de Valdivia, donde se llama *chaura*.
99. *Pernettya crassifolia* Ph. Cordillera de Ranco.
La hallé en el volcán de Osorno y en los cerros opuestos cerca de la nieve perpetua; se llama también *chaura*.
100. *Gaultheria florida* Ph. an *phillyreaefolia* Dc. Cordillera de Ranco.
Común cerca de Valdivia, Cudico, etc., confundido sin duda en la obra de Gay con la *Pernettya mucronata*.

Asclepiádeas

101. *Cynoctonum patagonicum* nueva especie. Pampa de Patagonia.
Subarbusto no voluble, que tiene mucha afinidad con los *C. myrtifolium*, *nummulariaefolium* y *mucronatum*, especies difíciles de distinguir.

Convolvuláceas

102. *Calystegia soldanella* L. Playa de la laguna de Nahuel Huapi.
Planta cosmopolita que se halla casi en todo el mundo en las playas de la mar.

Verbenáceas

103. *Lippia juncea* Schauer. Nontué.
En varias partes de la provincia de Valdivia.

Solanáceas

104. *Solanum krauseanum* Ph. Cordillera de Ranco.
Se halla también en la cordillera de la costa de Valdivia.
105. *Solanum coxi* nueva especie. Orilla de la laguna de Todos los Santos.
106. *Desfontainea hookeri* Dun., *Ilicifolia* Ph. Boquete de Ranco.
En los lugares húmedos de la montaña de la provincia de Valdivia.

Escrofularíneas

107. *Mimulus luteus* L. A orillas del río Peulla.
Se halla en muchísimos puntos de Chile.
108. *Mimulus parviflorus* Lindl. Inihualhue. Frecuentísimo en Chile.

Quenopodiáceas

109. *Ambrina ambrosioides* L. Pampa de Patagonia.
Se halla en una gran parte de la América y es una de las especies que se llaman paico en Chile.

Poligóneas

110. *Polygonum Berteroanum* Ph. Pampa de Patagonia.
Cerca de Santiago y en varias partes de Chile, confundido probablemente hasta ahora con el *P. aviculare* L.

Santaláceas

111. *Quinchamalium pratense* Ph. Pampa de Patagonia.
Se halla también en varias partes de Chile.
112. *Arjona appressa* nueva especie. Pampa de Patagonia.
Lleva papitas como la *A. tuberosa* Cav., que se comen; los indígenas llaman la planta *yauyehuín*.
113. *Myoschilos angosta* Ph. Al pie del volcán de Osorno.
Tiene las hojas mucho más angostas, etc., que el *Orocoipu* común, *M. oblonga* R. et P.

Euforbiáceas

114. *Euphorbia chilensis* Rich. Pampa de Patagonia.
La pichoa, común en muchas partes de Chile, de Mendoza, etcétera.
115. *Colliguaya integerrima?* Hook. et Arn. Pampa de Patagonia.

Cupulíferas

116. *Fagus alpina* Poepp. Ventisquero de Peulla.
 117. *Fagus pumilio* Poep. Cordillera de Ranco, cerca de nieve perpetua.
 Es sin duda alguna el ñirre de Chillán, de Antuco, etcétera. En la provincia de Valdivia no se conoce este nombre, y se confunde esta especie con el reulí.

Gnetáceas

118. *Ephedra andina* Poep. Pampa de Patagonia, a donde se llama cupara.
 El ejemplar tiene frutos blancos, y es idéntico con ejemplares de la cordillera de Chillán.

Cupresineas

119. *Libocedrus chilensis* Endl. Pampa de Patagonia al pie de la cordillera.
 Es el ciprés de Colchagua, Chillán, Arauco, etc., y no se debe confundir con el ciprés de Chiloé, que es el *L. tetragona* Endl. El *Libocedrus chilensis* es una de las pocas plantas que han existido en la época terciaria de nuestro globo y que entonces crecía en muchos puntos de Europa.

Orquídeas

120. *Chlorarea patagonica* nueva especie. Pampa de Patagonia.
 121. *Asarca* especie. Orilla de la laguna de Todos los Santos.
 El ejemplar no tiene flores en estado bastante bueno para poderlas examinar bien.
 122. *Codonorchis Lessoni* Lindl. Boquete de Ranco.
 Común en la provincia de Valdivia, la cordillera, Antuco, Chillán, etcétera.

Irideas

123. *Libertia formosa* Grah. Pampa de Patagonia.
 Común en la provincia de Valdivia a donde se llama *Callecalle*.
 124. *Susarion segethi* Ph. Pampa de Patagonia.
 Un ejemplar con cápsulas maduras. Esta especie se halla en las cordilleras de Santiago, las colinas de Valdivia, etcétera., y si no ha sido descrita antes, es sin duda por motivo de la extrema fugacidad de sus flores azules muy hermosas.

Dioscoreas

125. *Dioscorea brachybotrya* Poep. Vertiente oriental de la cordillera.
 Común en los bosques de Valdivia.

Esmiláceas

126. *Luzuriaga radicans* R. et P. Boquete de Ranco, etcétera.
Común en Concepción, Valdivia, Chiloé, etc. En Valdivia se llama azahar y coral, en Chiloé *quelineja*.

Amarilideas

127. *Alstroemeria aurantiaca* Don. Vertiente oriental de la cordillera.
Muy común en Valdivia, a donde reemplaza la *A. haemantha* de Santiago.

Juncáceas

128. *Juncus pictus* Ph. Pampa de Patagonia.
En las provincias del sur, desde las montañas de Chillán hasta Puerto Montt.

Gramíneas

129. *Agrostis distichophylla* Ph. Pampa en la orilla del río Peulla.
Hallé esta bonita *gramínea* no muy lejos del pueblo de Atacama en el desierto, y el señor Cox la halló ahora a 450 leguas de distancia!

Equisetáceas

130. *Equisetum bogotense* H.B.Kth. A orilla del río Peulla.
Común en una gran parte de América del Sur.
131. *Hymenophyllum* especie. Al pie del volcán de Osorno.
132. *Mertensia cryptocarpa* Hook. Entre la laguna Llanquihue y la Todos los Santos.
Común en varias partes de Valdivia, Chiloé, etcétera.

Licopodiáceas

133. *Lycopodium paniculatum* Desv. Boquete de Ranco.
Los ejemplares son incompletos, sin embargo creo no haberme equivocado en su determinación. Esta especie es bastante común en los bosques de Valdivia.

Musgos

134. *Polytrichum dendroides* Bridel. Boquete de Ranco.
Común en los bosques húmedos de Valdivia.
135. *Rhacomitrium lanuginosum* Brid. Volcán de Osorno.
Se halla con frecuencia en las piedras y peñascos.

136. *Hypnum?* Inihualhue, en los troncos de árboles.
El ejemplar es incompleto.

Líquenes

137. *Cladonia rangiferina* Hoffm. Volcán de Osorno.
Este liquen, el alimento principal de los rangíferos de Laponia y Siberia, se halla en bastante abundancia en las tierras estériles de la provincia de Valdivia, asimismo como la especie que sigue.
138. *Cladonia* especie.
139. *Stereocaulon ramulosum*. Volcán Osorno.
En las piedras, y aun en la tierra estéril.
140. *Usnea barbata* Ach.
Común en los árboles que crecen en lugares elevados y estériles.

Hongos

141. *Cyttarium berterii* Berkeley.
En el Coigüe, se llama *llaullan*.

Las siguientes especies de plantas cuya descripción inserto son, en mi concepto, nuevas:

Berberis pearcei Ph. B. inermis? foliis breviter petiolatis, oblongis, coriaceis, spinoso-serratis, mucronatis, subtus glaucescentibus vel rufescentibus, glabris, reticulato-venosis; racemis 1-10 floris, folium vix aequantibus.

Boquete de Ranco en una elevación de 4.000 a 5.000 pies.

El señor Ricardo Pearce me comunicó el primero esta bonita especie de Agracejo o Michai. Las ramas son angulosas, cenicientas, siempre (?) desprovistas de espinas. Las hojas casi todas solitarias y no reunidas en roseta miden las mayores 31 líneas de largo, incluso su pecíolo de 2½ líneas, y 9 líneas de ancho, y sus bordes están armados cada uno de unos 18 dientes dirigidos hacia la punta y bien espinudos; es una forma muy elegante. El pedúnculo común tiene 4 líneas de largo; los pedicelos son de la misma longitud; las brácteas aovadas, agudas miden 1½ línea, las hojas calicinales mayores 3½ líneas. Los pétalos son poco mayores y el estilo y los estambres un tantito más cortos.

Cristaria? patagonica Ph. Cr? cinerascens, dense stellato-pubescens; foliis inferioribus quinque, superioribus tri-partitis, ambitu orbicularibus; lobis inferiorum trifidis vel quinque-partitis, laciniis trifidis, ovati, acutis; pedunculis inferioribus geminis, petiolos aequantibus, superioribus confertis, petiolos superantibus; calyce hirsuto, dimidium petalorum aequante; fructu...

Es un fragmento de 3 pulgadas de largo, cuyos internodios inferiores miden casi una pulgada. Los pecíolos inferiores tienen $6\frac{1}{2}$ líneas de largo, y el diámetro de la hoja es de 8 líneas; las hojas superiores son menos divididas y tienen sus lóbulos enteros, lineales-oblongos y agudos. Los pedúnculos superiores tienen 10 líneas de largo, el cáliz 4, los pétalos 6 a 7 líneas.

Hypericum muscoides Ph. H. humile, ramosissimum, caespitosum, glaberrimum; foliis minutis, oblongo-linearibus, punctatis, internodia aequantibus, superantibusque; floribus terminalibus, solitariis; foliolis calycinis, linearibus, apice raotundatis, inaequalibus; petalis calyce minoribus.

Hallado al pie del volcán de Osorno.

La planta forma un césped muy denso. Las ramitas tienen apenas $2\frac{1}{2}$ pulgadas de largo, y las hojitas solo $1\frac{1}{2}$ línea de largo $1\frac{1}{2}$ a $\frac{2}{3}$ línea de ancho. Las hojuelas del cáliz son sumamente parecidas a las hojas del tallo. Las ramitas llevan casi todas una flor en su punta cuyo pedúnculo es tan largo como una hoja. La corola es apenas más larga que la mitad del cáliz, de un hermoso amarillo, con un matiz rojo en el dorso de los pétalos.

Litrea patagónica Ph. L. glaberrima; foliis coriaceis, ovatis, integerrimis, eveniis, brevissime petiolatis, fructibus subglobosis, pallide violaceis; putamine compreso, longitudinaliter bis seu ter sulcato.

Pampa de Patagonia.

Una ramita fructífera. Las hojas tienen 12 a 13 líneas de largo sobre $7\frac{1}{2}$ líneas de ancho, y las lleva un pecíolo de $1\frac{1}{2}$ línea; a excepción del nervio mediano no muestran ninguna nerviosidad. El pedúnculo común es grueso, de 3 a 4 líneas de largo, los pedicelos miden $2\frac{1}{2}$ líneas; el diámetro del fruto es de 3 líneas, el del pequeño huesillo de $2\frac{1}{2}$ líneas. Por su fruto de un morado pálido y su huesillo costado, esta especie se aproxima al *L. molle* Gay, del cual se diferencia luego por sus hojas muy enteras y desprovistas de nerviosidades laterales, pero es tal vez idéntica con mi *L. montana*, que se cría al pie de la cordillera de Santiago, y cuyo fruto no conozco todavía.

Lupinus microcarpus? Sims. El individuo hallado en la pampa de Patagonia es anual y mide sólo tres pulgadas de altura; sus hojas son más peludas que en los individuos chilenos; las flores habían ya caído, formaban dos verticilos; las legumbres no muestran diferencia notable, pero las semillas miden $\frac{2}{3}$ líneas de diámetro y son por consiguiente el doble de las del *Lupinus microcarpus* genuino. No es, pues, imposible que sea una especie distinta; aunque muy parecida.

Tetraglochin caespitosum Ph. T. fruticosum, ramis brevissimis; petiolis vix spiniscentibus, foliolis linearibus, dense hirsutis, margine revolutis, fructibus...

Pampa de Patagonia.

Esta especie no se diferencia sólo del *Tr. strictum* Poepp. Común en las cordilleras de Santiago por formar céspedes densos y por tener ramitas muy cortas, también por sus hojas muy velludas, cuyos pecíolos se vuelven apenas más duros y picantes después de caídas las hojuelas. El ramo mayor tiene sólo 18 líneas de largo, el pecíolo mide 5 líneas de largo y la vaina llega hasta la mitad; las hojuelas tienen $1\frac{1}{2}$ línea de largo y $\frac{1}{2}$ de ancho.



Bosques en Valdivia. Pedro Amado Pissis. Museo Histórico Nacional, Santiago de Chile.

Acaena coxi Ph. A. caule erecto, glabriusculo; foliis pannosis, flavescentibus, argenteo pubescentibus; foliolis 5-7 jugis, confertis, subimbricatis, ovatis, profunde serratis, dentibus utrinque circiter tribus; floribus... fructibus...

Pampa de Patagonia.

Se parece muchísimo al *A. splendens* H. et A. de las cordilleras de Santiago. El tallo alcanza hasta a un pie de altura, y a 2 líneas de grueso; de su base nacen ramas cortas, muy pobladas de hojas. Las hojas tienen hasta 20 líneas de largo, las estípulas 4 líneas, las hojuelas mayores 44½ líneas de largo, sobre 3½ líneas de ancho, las inferiores son pequeñas y muy enteras.

Oenothera stricta? Ledeb.

Pampa de Patagonia.

Desgraciadamente hay en la colección solamente la parte superior de la planta, de modo que no se puede determinar con seguridad; es muy probable que sea una nueva especie. Toda la planta es muy velluda, aun las hojas, y los pelos son perpendiculares. Las hojas son aovadas-lanceadas, denticuladas, con dientecitos muy agudos. El fruto tiene 10 líneas de largo, el ovario sólo 7 líneas, el tubo del cáliz 8 líneas, sus divisiones 9, los pétalos 11 líneas. La *Oe. mollissima* L. "in agri Bonariensis es chilensis campis habitans" tiene cápsulas larguísimas, la *Oe. odorata* Jacq. es simplemente pubescente, no velluda, y las hojas se llaman subdentadas, ondeadas.

Epilobium denticulatum R. et P. var.? E. glaberrimum; folis superioribus alternis, linearibus, remote denticulatis; fructibus glabris.

Pampa en el valle del Peulla.

El ejemplar mide 4½ pulgadas; sus hojas tienen 9 líneas de largo, 1⅓ de ancho, son perfectamente sésiles, y tienen de cada lado 1-3 dientecitos; los frutos son pedunculados y miden con el pedúnculo 12 líneas de largo; los lóbulos del caliz, tienen 2 líneas de largo y los pétalos son, según parece, un poco más largos. Es probablemente una nueva especie, pero el ejemplar no está muy bien conservado, y no permite examinar las flores.

Eugenia patagonica Ph. Eu. ramulis compresis, glabris; foliis oblongis, utrinque aequaliter acuminatis, punctatis; pedunculis solitariis, unifloris, folio brevioribus; braeteolis persistentibus, linearibus; dentibus calycinis in fructu triangularibus; petalis...; staminibus...; baccis divel trispermis.

Crece en las orillas de la laguna de Nahuel Huapi.

Hay dos variedades, una de hojas pequeñas, otra de hojas grandes. En la primera las hojas mayores miden 14 líneas de largo y 3½ líneas de ancho, en la segunda tienen 22 líneas de largo sobre 9 de ancho. Son muy coriáceas y el nervio mediano no es prominente; en la cara está indicado por un surco. El pedúnculo mide en ambas variedades 4 líneas y nace sólo de una axila, y no hay flor en la axila opuesta. Las pequeñas brácteas miden 1⅓ línea, y el diámetro de la baya es de 3 ½ a 4 líneas.

Opuntia patagonica Ph. A. articulis subclavatis, laete viridibus; areolamento brevi, albo tectis, trispinosis; aculeis albidis, uno compressiusculo 13 líneas longo, duobus minimis ⅔ lin. Longis.

Pampa de Patagonia.

La articulación que pude examinar tiene 11 líneas de largo, y casi 5 líneas de grueso en su medio; el diámetro de las areolas es de $1\frac{1}{3}$ líneas; las hojas miden 2 líneas. La *O. longispina* Haw. se diferencia por un número mayor de espinas, cuya mayor tiene 3 pulgadas de largo; la *O. glomerata* Haw. por espinas centrales muy largas (¿de qué tamaño?) planas en ambos costados; la *O. poeppigni* por tener espinas menores de 2 a 4 líneas de largo, y una mayor de 8 a 10 líneas; la *O. maihuen* Gay tiene igualmente tres espinas, y la del medio más larga, y es tal vez idéntica; lo que no se puede averiguar siendo la descripción del señor Gay insuficiente para eso. No había ni flores ni frutos.

Echinocactus? nintertextus Ph. E. laete viridis, fere columnaris; costic c. 10, e tubercalis conicis valde approximatis, confluentibus formati; vertice albelanuginoso; aculeis primum purpureis, deinde albis, intertextis, c. 10 majoribus, 10 lineas longis, subaequalibus, inferioribus c. 4 minoribus, $2\frac{1}{2}$ $3\frac{1}{2}$ líneas longis; fructus subglobosi seminibus nigris, diametri 2 linear.

Pampa de Patagonia.

El ejemplar, medido sin las espinas, tiene $2\frac{1}{2}$ pulgadas de alto y un diámetro de 16 líneas; sus tubérculos son elevados de 4 líneas y hay 10 a 12 en cada costilla; el diámetro de las áreas superiores es de dos líneas; el del fruto de una pulgada. No había flores.

Ribes ovallei Ph. R. inerme, glabriusculum; foliis ambitu orbicularibus, subcordatis, trilobis; lobis obtusis, inciso-bidentatis; petiolis lamina brevioribus, glandulosis, basi haud ciliatis; racemis folium auquantibus, imo superantibus, floribus minutis, longue pedicellatis; laciniis calycinis acutis.

Hallado en la cordillera de Ranco.

Las ramas son cenicientas y tienen una línea de grueso; la lámina de las hojas tiene 23 líneas de ancho, $15\frac{1}{2}$ de largo y está afianzada a un pecíolo de 12 líneas de largo; los racimos tienen 25 a 29 líneas de largo; las brácteas, que son lineares, $2\frac{1}{2}$ líneas y los pedicelos $1\frac{3}{4}$ a 2 líneas. Hay bracteolas muy pequeñas y caducas, setáceas. El diámetro de la flor, que probablemente es amarilla, es de 2 líneas; su tubo es corto y bastante abierto. Los nervios en la cara inferior de las hojas son pubescentes, glándulas amarillas se ven principalmente en la base de los pecíolos y en el cáliz. Las hojas son como en el *R. magellanicum* pero mayores, más largamente pecioladas, pero las flores pequeñas como en el *R. parviflorum* Ph., del cual se diferencia por ser lampiño, por los pecíolos cortos, no pestañosos, etcétera.

Dedicado a la familia Ovalle Vicuña.

*Apleura*³⁶ Ph. nuevo género de las umbelíferas.

Umbella uniflora, flos sessilis. Calycis limbus in fructu distinctus, edentatus. Petala... Stamina... Styli decidui, in fructu nulli. Fructus a dorso visus ovatus, a latere inspectus fere oblongo-linearis, sectione subquadratus, sulcis quator

³⁶ α *privativum*; πγ-.ΕVΣΧΩ costa.

superficialibus (commissuris nempe et sulcis dorsalibus) exaratus, evittatus, jugis destitutus, drupaceus. Sub epidermide post macerationem facile secedente caro, etintus endocarpium osseum. Commissura totam latitudinem mericarporum complectitur, qui in commissura subtricotati. Semina latere dorsali plana, latere commissurae medio subcostata. Planta glaberrima, caespites denses humildes format. Folia confertissima, imbricata, integerrina, linearia, mucronata, patentia, coriacea, persistentia, basfusca vaginantia; limbus 4 lin. Longus, 1 lin. Latus. Vaginae pilis mollibus albis ciliatae. Flos terminalis, sessilis, corona pilorum albo; rum cinctus. Fructus fere 4 lin. Longus, $2\frac{1}{2}$ lin. Crassus, glaberrimus, laevissimus, olivaceus. Unicam speciem *A. nucamentaceam* voco.

Esta planta singular presenta el aspecto de algunas azorellas o más bien de la llarreta, y tiene en su umbela uniflor, con la flor sésil y su fruto drupáceo, caracteres sumamente notables.

Hallado en la Pampa de Patagonia.

Chuquiraga patagonica Ph. *Ch. annua?* Foliis alternis, linearibus, nervosis, planis, mucronato spinosis; spinis in axillis foliorum quaternis, brevibus; involucri squamis exterioribus recurvatis, intimis longissimis acutissimis, aureis; flosculis radii femineis quinquedentatis, disci hermaphroditis.

Pampa de Patagonia.

Sumamente parecida a la *Ch. anomala* de Don, pero es menos velluda, las hojas muestran tres nervios, los laterales formando el borde mismo de la hoja; las escamas del involucreo son mucho más numerosas, las interiores mucho más largas, de un amarillo muy subido, y no de color de paja, y no faltan en la circunferencia las flores fémimas que son quinquedentadas. Las hojas mayores miden 17 líneas de largo, 1 línea de ancho; las escamas interiores del involucreo 17 líneas, las flores femeninas tienen $6\frac{2}{3}$ líneas, las hermafroditas 5 líneas de largo.

Triptilium tenuifolium Ph. Tr. annum, a basi ramosum, pubescens; foliis pinnatifidis; laciniis apice spinescentibus rhachique filiformibus; capitulis in apice ramorum faciculatu congestis; squamis involucri lanceolatis, cuspidatis; floribus albis.

Pampa de Patagonia

La raíz es parda, filiforme, de unas cuatro pulgadas de largo; las ramas miden $2\frac{1}{2}$ pulgadas. Las hojas radicales están marchitadas; las tallinas mayores miden $3\frac{1}{2}$ a 4 líneas de largo, y tienen de cada lado cuatro segmentos filiformes, las supremas son simplemente trífidas. La longitud de las cabezuelas es de $1\frac{2}{3}$ líneas. Las brácteas a la base de los hacecillos son lanceoladas-lineares, muy enteras, y el doble más cortas que las escamas del involucreo.

Achyrophorus angustissimus Ph. Ach. glaberrimus, caule monocephato, aphylo, foliis radicalibus linearibus, integerrimis, in petiolum longum attenuates; squamis involucri paucis, angustis, linearibus; achaeniis erostibus?

Hallado entre la laguna Llanquihue y la Todos los Santos.

El tallo mide 17 pulgadas y está poblado de hojitas lineares, que tienen apenas tres líneas de largo. La mayores hojas radicales tienen más de cuatro

pulgadas de largo, y sólo $1\frac{1}{3}$ lín. De ancho, las más cortas tienen 15 líneas sobre $1\frac{1}{2}$ de ancho; todas son muy enteras. El involucre de 8 líneas de largo está formado de 27 escamas, no más, que no alcanzan a una línea de ancho. Los ovarios no muestran indicio de pico; pero pudiera ser que éste se desarrollase en la maduración. Esta especie conviene con el *A. andinus* Dc. por las escamas poco numerosas, lineares, negruzcas de su involucre, pero se diferencia por sus hojas sumamente angostas, por ser las escamas del involucre lisas, lampiñas, y no erizadas en el dorso; se distingue luego del *A. tenuifolius* Dc. por las escamas angostas, lineares de su involucre que son en aquella especie, “ovales oblongas”.

Erigeron coxi Ph. E. caule simplicissimo, monocephalo, foliis radicalibus glaberrimis, spatulato-linearibus, confertissimis, caespitosis; caulinis paucis, lanceolatis, basi attenuatis, hispidis; squamis involucri linearibus, nigricantibus, dorso parce albo-hispidis.

Probablemente de la cordillera.

El rizoma es rastrero, stolonífero, y produce en su extremidad un denso césped de hojas. Las hojas radicales mayores miden 20 líneas de largo y $1\frac{1}{3}$ línea de ancho, las más cortas 10 líneas de largo sobre $1\frac{1}{2}$ línea de ancho. El tallo tiene $3\frac{1}{2}$ pulgadas de largo, es estriado, lampiño en la base, erizado más arriba, y lleva unas siete hojas; éstas son todas erizadas y señaladamente muy pestañadas, tiene su mayor anchura en el medio y se adelgazan de un modo igual hacia la base como hacia la punta; las supremas se pueden llamar brácteas. Las escamas del involucre son apenas apizarradas, casi iguales, lineares, adelgazadas en la base y en la punta, puntiagudas, algo purpúreas, y tienen un borde estrecho, blanquecino, escarioso; en el dorso llevan dos hileras de pelos blancos. Las lígulas son biserials, numerosas, y más largas que las escamas del involucre.

Los ovarios son erizados, casi sedosos. El vilano iguala a las escamas del involucre.

Solidago patagonica Ph. S. glabra; foliis inferioribus... superioribus, linearibus, sessilibus, integerrimis, margine ciliolato-serrulatis; racemis brevibus, recurvis, in paniculam confertis; involucri squamis linearibus, glabris, herbaceis; flosculis circiter 20-24, ligulis circiter 7-8, disco longioribus.

Pampa de Patagonia.

Desgraciadamente es sólo la parte suprema de la planta. Las hojas superiores son tan largas como las ramas de la panoja y miden 2 pulgadas de largo, y 3 líneas de ancho; son trinerviadas en su base. Los pedicelos tienen 4 líneas de largo y están poblados de brácteas lineares.

Las cabezuelas son mucho más grandes que las de la *S. linearifolia* Dc.

Senecio coxio Ph. S. discoideus, glaberrimus; caule erecto, valde folioso; foliis lineari-filiformibus (subteretibus?), acutiusculis; floribus paniculato corymbosis; pedicellis bracteolatis; involucri circa 10 phylli squamis acutissimis margine scariosis; flosculis parum longioribus circa 24; ovario glaberrimo.

Pampa de Patagonia.

Establezco esta especie sobre unos ramitos de 7 pulgadas de largo, y de una línea de grueso. Las hojas son muy apretadas, erguidas, tiene hasta 18 líneas de largo y apenas $\frac{3}{4}$ línea de ancho, y son probablemente carnosas; casi todas abrgan en el sobaco un hacecillo de pequeñas hojas; las superiores son más distantes y más cortas. A la base del involucre, que tiene 3 líneas de largo, hay algunas bracteítas y pelos aracnoideos. De todas las especies aliadas ésta se distingue luego por sus hojas angostas.

Senecio patagonicus Ph. S. Suffruticosus, sericeo-tomentosus, flavescens; ramulis elongatis, apice nudis, monocephalis; foliis anguste linearibus, confertis, sericeo-tomentosis, apice acutis, squamis involucri ecalyculati circiter 15, pariter sericeo-tomentosis, acutis, haud sphacelatis, disco vix brevioribus; ligulis 10-12; achae-niis glaberrimis.

Pampa de Patagonia.

El tallo viejo se pone negruzco, pero queda sedoso. Las ramas, que miden 6 a 9 pulgadas de largo son cubiertas de un vello sedoso-afelpado formado de pelos recostados, de un verde amarillento, y lo mismo son las hojas, los pedúnculos y las escamas del involucre. Las hojas tienen en un ejemplar 18-20 líneas de largo, en otro hasta 36 líneas de largo, pero en ambos su anchura es de $\frac{2}{3}$ línea no más, la parte desnuda del pedúnculo mide 4 pulgadas y está cargada de dos o tres brácteas. La longitud del involucre es de 6 líneas. Este *Senecio* se distingue luego del *S. argenteus* Knze y *S. chilensis* Less por sus aquenios perfectamente lampiños, del *S. farinifer* H. et A. por las escamas de su involucre, que no son de ningún modo "farinoso-glandulifera" del *phagnalicides* Dc. por sus hojas siempre sedoso-afelpadas, la falta de brácteas alrededor de la base del involucre, etcétera.

Cynoctonum patagonicum Ph. C. erectum; ramis puberulis; foliis ovatis aut ovato-orbicularibus, mucronatis, margine revolutis, in nervis puberulis; cymes brevipedunculatis, 2-3 floris; corollis glabris; corona staminea dimidiam corollan subaequante.

Pampa de Patagonia.

Se diferencia del *C. myrtifolium* por sus hojas mucronadas, del *muconatum* por su pubescencia, los pedúnculos 2 a 3 flores, del *nummulariaefolium* por flores mucho mayores (miden $1\frac{2}{3}$ línea de largo), del *undulatum* por sus flores pedunculadas, etcétera.

Arjona appressa Ph. A. dense arachnoideo-lanosa; foliis lanceo, latis trinerviis, inferioribus distantibus, subreflexis, superioribus apressis, fere imbricatis; floribus...

Pampa de Patagonia. Los indígenas llaman a esta planta Yauyehuin, y comen pequeñas papas de ella.

Las raíces son filiformes y llevan tubérculos de 10 líneas de largo y 6 líneas de grueso. Las ramas alcanzan a 5 pulgadas, y las florecientes tal vez a más. Las hojas tienen 4 líneas de largo sobre $\frac{1}{2}$ línea de ancho. Se diferencia de la *A. tuberosa* Cav. por sus hojas dos veces más anchas, más velludas, porque las superiores están apizarradas sobre el tallo; de la *patagonica* por las hojas apizarradas, mucho más peludas y un aspecto muy diferente; la *A. longifolia* Ph. tiene las hojas mucho más largas, etcétera.

Myoschilos angusta Ph. M. frutex, ramis junioribus puberulis foliis lincar-oblongis sensim in petiolum attenuatis, subtus puberulis; floribus...

Hallé ya en 1852 esta especie en las orillas de la laguna Todos los Santos pero sin flor ni fruto; ahora el señor Cox halló ejemplares con frutos que permitieron determinar el arbusto. Las hojas tienen 8 líneas de largo sobre $1\frac{2}{3}$ de ancho, mientras en el *M. oblonga* R. et P. las hojas de 8 líneas de largo tienen 3 líneas de ancho, y las mayores 13 líneas de largo y 6 líneas de ancho. En la nueva especie abundan pelos cortos subglandulosos en la cara inferior de las hojas. El fruto es más alargado que en la especie común.

Chloraca patagonica Ph. Chl. spica multiflora; labello rombo, obsolete trilobo; loborum lateralium venis varicosis, apice paucidentato, centro setis falcatis obsito; lobi mediani triangularis margine dentato, varicoso; petalis margine concavo venucoso-varicoso; sepalis lateralibus apice incras satis, mediano lanceolato; gynostemio elongato.

Pampa de Patagonia.

La parte inferior de la planta falta. La espiga tiene 6 pulgadas de largo, y se compone de unas 18 flores; las brácteas inferiores miden 20 líneas de largo, las siguientes son más cortas, pero siempre un poco más largas que el ovario. El sépalo superior tiene 13 líneas de largo, 4 de ancho, es muy puntiagudo y muestra 7 nerviosidades longitudinales y muy pocas transversales. Los sépalos laterales miden $11\frac{1}{2}$ líneas de largo, 2 líneas escasas de ancho, y muestran sólo 3 a 5 nervios; en la parte incrasada se ven a veces verrugas. Los pétalos laterales son tan largos como los sépalos, tienen en la parte superior casi 3 líneas de ancho, y 5 nervios longitudinales; los laterales emiten nervios secundarios y parecen como semipinados. El labelo tiene $7\frac{1}{2}$ líneas de largo, casi 7 líneas de ancho; de sus venas 7 llevan apéndices en forma de hoz; los dientes del lobo mediano son cortos, angostos, obtusos.

El número de las plantas recogidas en la Pampa de Patagonia no es suficiente para dar una idea clara de la vegetación tan particular de esa región que ningún naturalista ha explorado; sin embargo podemos ya sacar de ellas algunos resultados importantes. Para eso es preciso tenerlas separadas de las otras recogidas en los pasos de la cordillera. Me limitaré a las plantas fanerógamas, que son:

1. *Arenaria palustris* Naud., común en las grandes lagunas de Valdivia.
2. *Modiola caroliniana* Moench. Maleza común en una gran parte de América, Chile, etcétera.
3. *Cristaria patagonica* Ph., particular a la Patagonia.
4. *Wendlia reynoldsi* Hook, se halla también en la cordillera de Santiago.
5. *Tropacolum polyphyllum* Cav., se halla también en la cordillera de Santiago.
6. *Colletia valdiviana* Ph., se halla también en la provincia de Valdivia.
7. *Retanilla spinifera* Clos., se halla en la cordillera de Colchagua.
8. *Duvaia dependens* Dc., se halla en todo Chile, cerca de Mendoza, etcétera.
9. *Vicia macraei* Hook var., se halla en una gran parte de Chile.
10. *Astragalus*?

11. *Lupinus microcarpus*? Sims se halla en una gran parte de Chile
12. *Tetraglochin caespitosum* Ph., particular a la Patagonia, pero análogo a una especie de las cordilleras de las provincias centrales de Chile.
13. *Acaena laevigata* Ait., se halla en Magallanes, y en la cordillera de Valdivia.
14. *Íd. coxi* Ph., una especie análoga se halla en la cordillera de Santiago.
15. *Oenotera stricta*? Ledeb., se halla en una parte de Chile.
16. *Epilobium denticulatum* R. et P., se halla en una parte de Chile.
17. *Opuntia patagonica* Ph., particular a la Patagonia.
18. *Echinocactus*? *Intertextus* Ph., particular a la Patagonia.
19. *Azorella trifurcata* Hook, se halla también en Magallanes.
20. *Ídem* especie, se halla también en Magallanes.
21. *Apleura nucamentacea* Ph., particular a la Patagonia.
22. *Mulinum spinosum* Cav., en la cordillera de Santiago, etcétera.
23. *Ídem ulicinum* Gill., en la cordillera de Santiago y en la cordillera de Linares.
24. *Pozoa* especie, particular a la Patagonia.
25. *Valeriana carnosa* Lam., se halla en Magallanes y en la cordillera de Chillán y Colchagua.
26. *Mutisia retusa* Remy., se halla en Valdivia.
27. *Íd. tetrosa* Car., se halla en la provincia de Mendoza.
28. *Chuquiraga patagonica* Ph., particular a la Patagonia.
29. *Ídem spinosa*? Don., se halla en las cordilleras de las provincias centrales de Chile.
30. *Chaetanthera* sp.
31. *Triptilium tenuifolium* Ph., particular a la Patagonia.
32. *Strongyloma axillare* Dc., se halla en la cordillera de Santiago, etcétera.
33. *Homoeanthus viscosus* Dc., se halla en la cordillera de Santiago y en Valdivia.
34. *Perefia*?
35. *Achyrophorus*?
36. *Erigeron coxi* Ph. (¿no sería más bien de la cordillera? Ph.).
37. *Grindelia* sp.
38. *Solidago patagonica* Ph., particular a la Patagonia.
39. *Diplopappus* sp.
40. *Baccharis sagittalis* Dc., particular a la Patagonia, en una gran parte de América del Sur.
41. *Baccharis eupatorioides* Hook, se halla también en una gran parte de Chile.
42. *Íd. glutinosa* Pers., se halla también en una gran parte de Chile.
43. *Íd. poeppigiana* Dc., se halla también en una gran parte de Chile.
44. *Íd. magellanica* Pers., se halla en Magallanes y en la alta cordillera de Chillán, etcétera.
45. *Tessaria absinthioides* Dc., se halla en una gran parte de Chile.
46. *Senecio patagonicus* Ph., particular a la Patagonia.
47. *Íd. coxi* Ph., particular a la Patagonia.
48. *Cynoctonum patagonicum* Ph., muy análogo al *C. nummulariaefolium* de una gran parte de Chile.

49. *Ambrina ambrosioides* L., común en una gran parte de América.
50. *Polygonum bertereanum* Ph., se halla cerca de Santiago y Rancagua.
51. *Quinchamalium pratense* Ph., se halla en Valdivia, etcétera.
52. *Arjona appressa* Ph., particular a la Patagonia.
53. *Euphorbia chilensis* Rich., se halla en todo Chile, cerca de Mendoza, etcétera.
54. *Colliguaya integerrima*? H. et A., se halla en la cordillera de Santiago.
55. *Ephedra andina* Poepp., se halla en la cordillera de Antuco, Chillán, etcétera.
56. *Chloraea paragonica* Ph., particular a la Patagonia.
57. *Libertia formosa* Grah., se halla en Valdivia.
58. *Susarion segethi* Ph., se halla en Valdivia, la cordillera de Santiago, etcétera.
59. *Juncus pictus* Ph., se halla en una gran parte de Chile.
60. *Agrostis distichophylla* Ph., se halla en el desierto de Atacama.

Si desfalcamos las cinco especies, que no han podido determinarse con seguridad alguna, e. d. *Astragalus*, *Chaetanthera*, *Perezia*, *Achyrophorus*, *Diplopappus*, nos quedan cincuenta y cinco especies; de éstas quince son particulares a la pampa de Patagónia o, más bien, no se han hallado hasta ahora en otras partes: *Cristaria patagonica* Ph., *Tetraglochin caespitosum* Ph., *Acaena coxi* Ph., *Opuntia patagonica* Ph., *Echinocactus? intertextus* Ph., *Apleura nucamentacea* Ph., *Chuquiraga patagonica* Ph., *Triptilium tenuifolium* Ph., *Erigeron coxi* Ph., *Solidano patagonica* Ph., *Senecio patagonicus* Ph., *S. coxi* Ph., *Cynoctonum patagonicum* Ph., *Arjona appressa* Ph., *Chloraea patagonica* Ph.

Cinco especies son del estrecho de Magallanes: *Acaena laevigata*, *Azorella trifurcata*, *Azorella* sp., *Valeriana carnososa*, *Baccharis magellanica*.

Once especies pertenecen a las cordilleras de las provincias centrales de Chile, y no se han hallado hasta ahora en la cordillera de Valdivia; son plantas que aman la sequedad, y por eso no pueden crecer en una provincia adonde llueve tanto. Son: *Wendtia reynoldsi*, *Tropaeolum polyphyllum*, *Retanilla spinifera*, *Mulinum spinosum*, *M. ulicinum*, *Chuquiraga spinosa*, *Stroagyloma axillare*, *Baccharis poeppigiana*, *Colliguaya integerrima*, *Ephedra andina*, *Agrostis distichophylla*.

Con los llanos de Valdivia la pampa de Palagonia tiene dieciocho especies en común, y son: *Arenaria palustris*, *Modiola carohniana*, *Colletia valdiviana*, *Duvaua depends*, *Vicia macraei*, *Lupinus microcarpus*, *Oenothera stricta*, *Epilobium denticulatum*, *Mutisia retusa*, *Homoeanthus viscosus*, *Baccharis sagittalis*, *Baccharis eupatorioides*, *Ambri-na ambrosioides*, *Quinchamalium pratense*, *Euphorbia chilensis*, *Libertia formosa*, *Susarium segethi*. Sin embargo, es de advertir que de estas dieciocho especies las dos terceras partes son malezas o plantas esparcidas sobre casi toda la república de Chile, la provincia de Mendoza, y aun una gran parte de América del Sur.

De las plantas patagónicas recogidas por el señor Cox, por consiguiente son:

Particulares a Patagonia	28 p. C.
Común a Patagonia y a la cordillera de las provincias centrales de Chile	19 p. C.
Común a Patagonia y a los llanos de Valdivia	34 p. C.
Común a Patagonia y a las tierras magallánicas	9 p. C.

Estos números por supuesto son solamente aproximativos, y sería preciso tener un número mucho mayor de plantas patagónicas para fijarlos con algún acierto. Sin embargo, se desprende ya de este escaso número un hecho muy sorprendente, y es que se vuelve a encontrar en la Patagonia un número crecido de plantas, que habitan las cordilleras de las provincias centrales de Chile, y que no se hallan en la provincia de Valdivia, mientras el número de las plantas comunes a la Patagonia y a Valdivia es muy escaso, si hacemos abstracción de las plantas comunes en casi toda Sudamérica. Se confirma, pues, aun para la latitud de 41° la regla general, que la vegetación de ambos lados de la cordillera es muy distinta.

ANIMALES, AVES, REPTILES, PECES, INSECTOS

ANIMALES

El animal más grande que hemos visto en las faldas occidentales de la cordillera es el león chileno (*felis con-color*) que también es muy común en las pampas de la Patagonia.

En éste y en los demás animales que voy a citar, omitiré la descripción, por ser tan conocidos; me limitaré sólo a manifestar aquéllas de sus particularidades que ofrezcan alguna novedad.

Al preguntar a los indios la causa por qué el león, siendo el animal más poderoso de la pampa, no existía en mayor número, me aseguraron que la hembra sólo paría una vez en la vida y hasta dos cachorros.

Cito esto por parecerme extraordinario y no obstante explica muy bien el hecho de ser tan escasos los leones en la pampa.

El león de la pampa es mucho más manso que el león de Chile: los indios lo matan a bolazos en la cabeza, y para esto se acercan sin el menor temor; el león no huye.

En la pampa el animal más interesante es el guanaco (*Lama huanaco*): su carne es muy sabrosa, y su cuero es el único y el mejor abrigo que se puede uno proporcionar en la pampa.

En el lago Nahuel Huapi al desembarcarnos en una ensenada que hemos llamado el Puerto del Venado, vimos un animal de la especie *Cervus pudu*, al cual los chilotos llaman venado del monte: es una especie de antílope indígena de la cordillera.

En la cacería que hicimos con los indios se tomaron dos zorros (*Canis fulvipes*): cerca de Valdivia también hemos visto algunos.

En las lomas de Huinulmapu había lugares casi todos minados por cuevas de ratones del campo.

En el río Peulla se cogió una nutria (*Lutria felina*), cuya descripción hago en la primera parte de la relación del viaje.

En las orillas del Limay existen unos chanchos alzados: no he visto el animal, pero comí su carne que es muy buena.

Varios indios tenían sus huaralcas hechas de cueros de gato montés (*Felis catus*), animales que dijeron abundaban mucho en las regiones de alguna vegetación.

Entre los mamíferos edentados, sólo hemos visto y comido el quirquincho (*Dasyops minutus*).

Los indios nos hablaron de unas liebres que hay por las orillas del Limay en el camino para Patagones, liebres que pesan más de una arroba. También otros cuadrúpedos llamados gamas, parecidos a los venados.

AVES

La principal es el avestruz, el de la especie pequeña llamada *Rhea darwini*: el *Rhea americana* vive desde el centro de la Patagonia hasta la costa oriental.

En todos los lagos abundan las hualas (*Podiceps chilensis*), los quetrus (*Micropterus cinereus*), estos últimos se diferencian de los de mar, en que vuelan; la pequeñez de las alas de los quetrus del mar no les permite volar.

En los pequeños lagos de Huinculmapu, en la pampa hemos visto cisnes (*Cygnus nigricollis*), flamencos (*Phanicopterus ignipalliatu*), gansos (*Anser segetum*). En los pequeños lagos que hay en la cima cerca de Nahuel Huapi, se ven nadando algunos canqueños (*Berniclia magellanica*) y varias clases de patos.

En el lago Todos los Santos, durante los días de viento veíamos revolotear algunas gaviotas, familia *Larus*.

En ambos lados de la cordillera, en los árboles se oye el canto del chucao (*Pteroptechus rubecula*).

En las pampas revolotean varias aves de rapiña; el águila (*Pontoactus melanoleucus*), el cóndor (*Sarcoramphus condor*), el jote (*Cathartes aura*), cernícalos (*Falco sparverius*).

En las pampas al otro lado y en las pampitas desde Valdivia hasta el boquete, hemos visto bandurrias (*Ibis melanopis*), queltehues (*Vannellus cayennensis*), perdices (*Nolthuara punctulata*), tórtolas (*Columbina picui*), torcasa (*Columba araucana*), choro-yes (*Enicognathus leptorhynchus*), golondrinas (*Cypselus leucogys*).

En las orillas de Nahuel Huapi había muchos jilgueros (*Chrysomitris magellanica*).

En el Limay vimos volar unos pescadores (*Alcedo torcuata*).

En las orillas del Peulla había algunos picaflores (*Trochilus sephanoides*).

REPTILES

Existen culebras en la pampa: vimos dos como de ciento veinte centímetros de largo. Dicen los indios que hay unas pequeñas venenosas, serán tal vez víboras.

Muchas lagartijas se ven en la pampa; todas de colores oscuros, negras y pardas.

PECES

Respecto de peces, todos los lagos los contienen, pero no creo que haya de muchas especies diferentes. En Llanquihue vimos después de un temporal, dos o tres peces



Laguna de Llanquihue. Pedro Amado Pissis. Museo Histórico Nacional, Santiago de Chile.

del tamaño de la trucha (*Perca trucha*), que los marineros de la balandra llamaban lobo. En Todos los Santos hemos tomado un pequeño pez del género *lotta* y en el lago de Lacar hemos comido una especie de pejerreyes (*Las Atherinas*), que habían pescado los indios.

En el Calefú varias veces hemos visto pescados de veinte centímetros de largo, pero todos parecían de la misma especie.

CATÁLOGO DE LOS INSECTOS RECOGIDOS,
HECHO POR EL DOCTOR DON R.A. PHILLIPPI

Coleópteros

1. *Carabus buqueti*, Laporte, macho.
2. *Carabus riehli*, Ph. Fil., los dos sexos.
3. *Metius splendidus*, Guer., mejor *Abropus waterch.*
4. *Systolosoma breve*, Solier.
5. *Staphylinoidea*, sp., no determinada.
6. *Dysmorphocerus blanchardi*, Sol, hembra.
7. *Pyrophorus megalophysus*, Ph. Fil.
8. *Necrodes gayi*, Sol.
9. *Dorcus darwinii*, Hope.
10. *Femoralis*, Guer.
11. *Cyphonotus dromedarius*, Guerin.
12. *Eublepharus vitulus*, Fabr.
13. *Desytes haemorshoidalis*, Sol.

Ortópteros

Tropidostethus bicarinatus Ph.

Los caracteres de este nuevo género de Acridianos son: Fronr intec oculos producta, supra plana, lateribus carinata. Antennae inter oculos insertae, satis approximatae, longitudine fere caput cum prothorace aequantes, compresso-filiformes, octoarticulatae; articulis duoban primis brevibus, tertio eos simul sumtos aequante, sequentibus parum longiore, sequentibus aequalibus, praeter ultimum, qui duplo longior. Carinae ab apice frontis inter antenas diducta ante clypeum divergunt. Labrum transversum, rotundatum, subemarginatum. Palpi medio cres, articulis subcylin dricis, subaequalibus. Prosteruum inter coxas mucronatum, basi planum; latera prothoracis versus dorsum compressa; dorsum bicarinatum; carinae antice in illas capitis continuantur; postice convergunt; margo posticus truncatus. Mesothorax, metathorax et abdomen basi plana, dorso compressa, acute carinata. Alae omnino nullae. Femora postica incrassata, saltatoria, abdomine breviosa, carinata, inermia, tibiae biserialim spinosae; tarsi triarticulati, lobulis nullis in pagina inferiore aucti.

Este género se diferencia luego del *Podisma* Latr. por su frente prominente y por sus antenas compuestas de ocho artículos. No conozco más que la especie tipo que he llamado *Tr. bicarinatus*, y que no es muy común en la provincia de Valdivia. Su cuerpo es enteramente granulado; su color es variable, por lo común de un pardo algo rojizo, pero a veces de color de aceituna; las tibias son pálidas, a veces verduscas, y la extremidad de sus espinas es negra. La hembra mide 15½ lín., en el macho sólo 10½ lín.

Himenópteros

Thynnus atratus Ph.

Th. Mas: omnino niger; thorace hirsuto; abdomine laevigato, nitido; alis nigris, vena inter cellulas cubitales tertiam et quartam rectilinea. Long., 11 lín., extensio alarum 20 lín., fem. ignota.

Esta especie que se reconoce con la mayor facilidad por ser enteramente negra, se parece en las proporciones de sus miembros, etc., tanto al *Th. dimidiatus* Klug, que es superfluo describirla con más prolijidad. He hallado varios individuos en la provincia de Valdivia sobre todo cerca del Corral, pero es mucho más escasa que el *Th. dimidiatus*.

La hembra no se conoce todavía, pero no puede haber duda que es áptera como las demás hembras del mismo género.

Dípteros

Pangonia australis Ph.

P. fronte, labio, apice anterrarum, thoraceque nigris; facie, palpis, setisque probociidis rufis; abdomine aurantiaco supra in medio nigro vittato; pectore lateribus et subtus albo-piloso; alis infuscatis; pedibus rufis, basi tarsisque obscurioribus. Longit. corp. 6 lín., extensio alarum 14 lín.

La trompa es tan larga como el tórax. La frente y la cara están cubiertas de pelitos negros, pero los pelos del ojo son blancos. Los pelos blancos en los lados del tórax son muy largos; los del dorso del tórax y del escutelo eran gastados. Pelos finos recostados amarillentos cubren el dorso del abdomen; los lados de esta parte del cuerpo tienen pelos más largos y negruzcos. El lado posterior de las piernas posteriores es negruzco. Las alas son negruzcas. Se parece a la *P. dorsogullata* Marq., pero el labio inferior negro y las alas negruzcas lo diferencian bastante.

Tubanus nigrifrons Ph.

T. labio, fronte, oculis, parte superiore corporis, nec non pectore nigris; pilis...; antennis nigris, basi albidis; facie, palpis ventreque albidis; lateribus abdominis in primis segmentis luteis; alis hyalinis; pedibus testaceis; apice femorum, tibiarum, tarsorumque nigris. Long. corp. 3²/₃ lín.; extens. alarum 8½ lín.

Como los ejemplares estaban conservados en alcohol no se puede hoy conocer su pubescencia. Este tábano es con el *T. gagatinus* Ph., que no se puede confundir con él, la especie más pequeña de este género hallado en Chile. *Pegomyia univillata* Bigot. Ann. Soc. entom. 3^{me}. Série t. v., p. 303.

SALINAS

La sal existe en todas partes, me dicen los indios; unas veces son grandes lagos salobres que en verano con la evaporación cristaliza la sal en sus orillas, otras son eflorescencias o erupciones de sal cristalizada que se encuentran de cuando en cuando en las cuevas o grietas de algunas colinas; pero lo más común son los lagos; la sal que se recoge en ellos es muy pura, a pesar de que contienen mucho sulfato de cal y sulfato de soda.

En las inmediaciones del Carmen existen varios de estos lagos que proporcionan a los habitantes de ese pueblo cosechas abundantes de esta materia, que envían a Buenos Aires para los saladeros de cueros.

Pero es preferida la sal del Cabo Verde a la del Carmen porque dicen los que se ocupan en esa industria que es mejor, para salar tal vez porque la sal del Carmen no contiene tantas materias del mar como la otra. Según un análisis hecho por sir Trenham Reeks, la sal del Carmen contiene 0,26 de sulfato de cal y 0,22 de materias terrosas.

La sal que comían los indios del Caleufú y de Huechuhuehuin era de un pequeño lago situado un poco al norte en la falda oriental de la cordillera. De este mismo lago sacan la que consumen los indios araucanos.

CLIMA

Junto con las observaciones meteorológicas hechas en la ciudad de Valdivia y Puerto Montt por el señor Andtwander y el señor Geisse, durante los años 1861 y 1862 que pueden dar una idea del clima de esas latitudes al occidente de la cordillera, inserto también las hechas durante diecisiete días en la pampa. Sabemos que las observaciones climáticas para que puedan ser fructuosas reclaman, a más de la constancia y el desvelo, la residencia prolongada en los puntos donde se practican; mas como éstas son las únicas que hasta ahora se han hecho en una región enteramente inexplorada, creo que deben ocupar un lugar en este opúsculo.

Observaciones meteorológicas hechas en la Patagonia

<i>Meses</i>		<i>Barómetro</i>			<i>Termómetro</i>			<i>Observación</i>
		<i>(horas)</i>			<i>(centígrado)</i>			
		6 AM	12	6 PM	6 AM	12	6 PM	
Febrero	23	675,63	673,09	662,93	13	23	20	Oeste
Ídem	24	675,63	675,63	665,47	15	25	19	Calma
Ídem	25	675,73	675,63	675,63	10	18	17	Oeste
Ídem	26	678,17	675,73	678,17	10	13	13	Oeste
Ídem	27	678,17	675,63	675,63	10	13	19	Calma
Ídem	28	675,63	675,63	678,17	10	19	18	Oeste
Marzo	3	678,17	678,17	683,25	8	17	19	Nubl. Calma
Ídem	4	675,63	678,17	678,17	11	20	15	Nubl. Calma
Ídem	5	675,63	675,63	678,17	13	17	14	Oeste fuerte
Ídem	6	678,17	678,17	685,79	13	22	21	Calma
Ídem	7	673,09	675,63	680,71	9	23	14	Nubl. O. suave
Ídem	8	675,63	678,17	678,17	9	22	13	O. fuerte nubl.
Ídem	9	675,63	678,17	683,26	9	22	19	Calma
Ídem	10	675,63	678,17	680,71	12	23	17	Nordeste
Ídem	11	673,09	680,71	680,71	17	26	15	-
Ídem	12	675,63	678,17	680,71	13	20	15	-
Ídem	16	683,25	680,71	683,25	7	22	16	-

Observaciones meteorológicas hechas en la ciudad de Valdivia

Temperatura Recumur Barómetro Pluviómetro en milímetros											
Años	Meses	Días claros	Días nublados	Días lluviosos	Más baja	Más alta	Media	Más alto	Más bajo	Media	Pluviómetro en milímetros
1861	Enero	29	1	1	7,2	26,8	14,384	773,75	764,73	769,24	0,012
	Febrero	16	2	10	6,4	22,0	13,710	769,24	764,73	769,24	0,119
	Marzo	20	3	8	7,2	20,0	11,997	773,75	762,47	769,24	0,156
	Abril	13	3	14	6,2	17,5	10,513	773,75	760,22	769,24	0,531
	Mayo	10	7	14	2,6	13,0	7,564	776,01	760,22	769,24	0,360
	Junio	13	4	13	+0,6	11,0	6,526	778,26	753,45	769,24	0,425
	Julio	8	5	18	0	10,4	5,674	776,01	760,22	769,24	0,434
	Agosto	18	2	11	0	13,2	7,845	773,75	760,22	771,49	0,257
	Septiembre	19	2	9	1,6	17,8	8,073	773,75	766,98	771,49	0,127
	Octubre	20	1	10	4	17	9,780	773,75	757,96	769,24	0,148
	Noviembre	22	2	6	5,2	19,4	11,020	776,01	764,73	771,49	0,067
	Diciembre	27	2	2	7,6	26,6	14,490	773,75	769,24	771,49	0,017
1862	Enero	21	1	9	4,2	29,0	13,890	773,45	764,73	769,24	0,130
	Febrero	20	1	7	6,2	21,2	13,146	773,75	764,73	769,24	0,140
	Marzo	20	3	8	6,8	21,0	12,110	773,75	764,73	769,24	0,121
	Abril	16	4	10	3,2	17,0	10,656	773,75	762,47	769,24	0,217
	Mayo	11	1	19	3,4	14,8	8,630	776,01	757,96	764,73	0,534
	Junio	9	2	19	0	12,0	5,783	773,75	751,19	764,73	0,720
	Julio	13	3	15	-0,2	11,2	5,677	776,01	762,47	771,49	0,404
	Agosto	16	3	12	-0,8	12,0	5,390	780,01	760,22	771,49	0,289
	Septiembre	20	2	8	-0,6	16,2	7,613	776,01	766,98	771,49	0,123
	Octubre	17	3	10	1,2	16,6	8,081	776,01	764,73	769,24	0,272
	Noviembre	19	4	7	4,2	20,4	10,876	771,49	760,22	769,24	0,290
	Diciembre	18	4	9	8,4	24,2	10,992	771,49	764,73	769,24	0,145

1861	Enero	23	2	6	16,7	7,2	12,843	-772	758,9	766,2	0,042
	Febrero	13	7	8	19,3	7,3	12,999	770,1	-759	760,2	0,119
	Marzo	12	6	13	18,2	6,6	11,001	-770	757,7	764,6	0,260
	Abril	3	11	16	17,0	4,7	9,362	772,6	752,8	761,9	0,387
	Mayo	6	9	16	12,9	1,5	7,332	-775	750,8	761,0	0,312
	Junio	7	6	17	11,3	0,0	6,541	777,5	744,9	764,9	0,302
	Julio	6	6	19	10,0	0,5	6,191	775,4	752,4	764,7	0,276
	Agosto	10	7	14	13,1	1,4	7,504	776,4	755,1	764,7	0,256
	Septiembre	14	4	12	11,8	2,5	7,425	774,8	760,3	768,5	0,179
	Octubre	11	11	9	17,6	5,2	9,731	773,3	-756	764,8	0,123
	Noviembre	14	7	9	16,2	5,2	10,141	773,7	761,3	768,5	0,098
	Diciembre	26	0	5	22,6	7,7	12,416	770,8	-763	767,8	0,047
	Enero	13	5	13	22,0	7,7	13,008	774,9	759,0	766,0	0,182
	Febrero	17	2	9	21,3	7,2	11,998	774,2	759,6	766,8	0,206
	Marzo	15	4	12	17,6	5,5	11,020	774,0	758,2	766,5	0,219
	Abril	11	7	12	15,8	3,9	10,002	771,8	758,2	765,9	0,235
	Mayo	3	9	19	14,7	4,0	8,348	774,8	752,2	762,3	0,311
	Junio	4	4	22	10,4	0,5	5,621	772,8	746,6	763,5	0,583
	Julio	8	6	17	10,7	0,7	6,200	778,9	759,3	768,6	0,313
	Agosto	5	6	20	9,4	0,8	5,458	782,5	755,9	769,9	0,290
	Septiembre	12	7	11	13,5	2,3	7,200	781,0	761,0	770,1	0,123
	Octubre	7	5	19	13,3	3,3	8,050	777,4	758,7	768,0	0,210
	Noviembre	7	7	16	14,0	5,5	9,956	774,3	754,0	768,1	0,262
	Diciembre	12	7	12	19,0	7,3	11,349	772,9	758,6	766,9	0,118
1862											

Como se ve por el cuadro anterior (p. 259), el viento reinante es el Oeste, el cual sólo cesa en su fuerza cuando no llueve en Valdivia o Chiloé; entonces suele soplar otro viento o ninguno. Este hecho debe atribuirse a la gran rarificación que tiene lugar en la pampa con el calor sofocante del Sol en esos arenales, rarificación que solicita al viento de la cordillera. Las lluvias son muy escasas, las cordilleras atajan el agua que podrían traer consigo vientos humedecidos del mar. Sin embargo, suele llover un poco en invierno, pero no aguaceros largos, sino fuertes tempestades acompañadas de granizos y rayos. En cambio la nieve ocupa durante el invierno todas las lomas y llanos hasta unas cincuenta leguas de la cordillera; todas las rocas revelan este hecho.

Nota. En los días 23 y 24 de febrero las observaciones fueron hechas en el camino desde Huechuhuehuin al Calefú. Las siguientes todas en el Calefú.

IDIOMAS

El araucano es un idioma perfectamente regular; las palabras se forman unas de otras por un mecanismo muy sencillo. Todas las reglas de la gramática pueden reducirse a unas pocas muy fáciles de retenerse en la memoria. El padre Febres, antiguo jesuita, publicó una gramática en cuyo prefacio dice lo siguiente:

“Para imponerse mejor del arte, será de mucha utilidad, que cada uno en teniendo mediana inteligencia de él, lo reduzca a un compendio breve, que sea solo para su uso y él solo se lo entienda, aunque sea con otra idea, del mejor modo que él allá se lo conciba. Es increíble cuanto le ha servido esto a los que lo han practicado, reduciendo lo más sustancial del arte, unos a cuatro hojitas y otros a menos”.

Esto fue lo que hice cuando me dediqué a estudiar el araucano algún tiempo antes del viaje, observaciones que expongo a continuación.

PRONUNCIACIÓN

Las letras se pronuncian como en castellano fuera de la *ú* con un acento a la cual los indios dan un sonido intermediario entre la *e* y la *i*; su pronunciación se hace teniendo los labios algo abiertos sin moverlos *v.g.* *Antúleghen*, nombre propio.

La *th* que pronuncian como *tr* *v.g.* *thehua* se pronuncia *trehua*, no es *tr* exactamente, pero un sonido un poco diferente que con el uso sólo se aprende, y aconsejo a los principiantes que pronuncien *tr* que aunque no es el verdadero sonido siempre serán entendidos.

La *g* tiene una pronunciación singular y como característica de este idioma; se pronuncia en lo más adentro de la boca, abriéndola un poco y tocando la punta de la lengua en las encías de los dientes de abajo. Esta *g* suena así cuando se encuentra al fin de las palabras, pero cuando está en el medio, se pronuncia como *ga*, *go*, *gu* en castellano o *ghe*, *ghin* en italiano.

ARTÍCULO

El artículo es invariable y se expresa por *chi* en el singular, *chi epu* en el dual y *chi pu* en el plural.

NOMBRE

Tiene declinaciones, pero tres casos nada más afectan las mismas desinencias en el singular, plural y dual.

El plural se distingue del singular por el artículo *chi pu* en lugar de *chi*, y el dual por el artículo *chi epu*.

Las desinencias son las siguientes: *ñi* para el genitivo indica la posesión, *mo* para el ablativo que significa de, por, y *em* para el vocativo.

El nominativo, dativo, y acusativo son invariables.

Los pronombres primitivos son *inche*, ‘yo’: *eymi*, ‘tú’: *taye* o *teye*, ‘aquel’: *tva*, ‘este’: *tvey* o *vey*, ‘ese’: y se declinan como los nombres: menos *inche* y *eymi*, que en el dual y plural varían de desinencia en el genitivo.

DUAL
Nom. <i>Inchu</i> , nosotros dos
Gen. <i>Inchcuyu</i> , de nosotros dos
Dat. <i>Inchu</i> , para nosotros dos
Acus. <i>Inchu</i> , a nosotros dos
Ablat. <i>Inchumo</i> , en nosotros dos, por nosotros o de nosotros dos

PLURAL
<i>Inchiñ</i> , nosotros muchos
<i>Inchiñin</i> , de nosotros
<i>Inchiñ</i> , para nosotros
<i>Inchiñ</i> , a nosotros
<i>Inchiñme</i> , en nosotros, por o de nosotros

Eymi tu

DUAL
Nom. <i>Eymu</i> , vosotros dos
Gen. <i>Eimumu</i> , de vosotros dos
Dat. <i>Eymu</i> , para vosotros dos
Acus. <i>Eymu</i> , a vosotros dos
Vocat. <i>Eymu yem</i> o vosotros dos
Ablat. <i>Eymuno</i> , en, por o de vosotros dos

PLURAL
<i>Eymn</i> , vosotros (muchos)
<i>Eymnmn</i> , de vosotros
<i>Eymn</i> , para vosotros
<i>Eymn</i> , a vosotros
<i>Eymn yen</i> , o vosotros
<i>Eymn mo</i> , en, por o de vosotros

Si se compara con la declinación de un nombre, se ven fácilmente las diferencias.

Chi Chao, el Padre

DUAL
Nom. <i>Chi chao</i> , el padre
Gen. <i>Chi chao ñi</i> , del padre
Dat. <i>Chi chao</i> , para el padre
Vocat. <i>Chao yem</i> , o padre
Acus. <i>Chi chao</i> , al padre
Ablat. <i>Chi chao mo</i> , en, de o por el padre

PLURAL
<i>Chi epu chao</i> , los dos padres
<i>Chi epu chao ñi</i> , de los padres
<i>Chi epu chao</i> , para los dos padres
<i>Epu chao yem</i> , o los padres
<i>Chi epu chao</i> , a los dos padres
<i>Chi epu chao mo</i> , en, de o por los dos padres

PLURAL

- Nom. *Chi pu chao*, los padres
 Gem. *Chi pu chao ñi*, de los padres
 Dat. *Chi pu chao*, a los padres
 Acus. *Chi pu chao*, a los padres
 Voc. *Pu chao em*, o padres
 Ablat. *Chi pu chao mo*, en, de o por los padres

ADJETIVOS

La lengua chilena o araucana abunda en adjetivos, así primitivos como derivados.

Estos últimos se forman de todas las partes del discurso, *v.g. quimn* (saber), *quimchi* (sabio), *quimnochí* (ignorante), *tue* (tierra), *tuetu* (terrestre), *tuenotu* (no terrestre).

Comparativos

Se forma como en la mayor parte de las lenguas vivas, preponiendo al positivo las partículas *yod* o *doi* que significan ‘más’, y los superlativos con los adverbios *cad* o *mu*.

V.g. liv (limpio), *yod liv* (más limpio), *mu liv* (limpísimo); faltan en este idioma los diminutivos, pero se suple en él como en francés con los adverbios *pichii* (pequeño) y *vuta* (grande).

También se forman alguna vez cambiando las letras menos suaves en otras menos dura, *v.g. votum* (hijo), *vochum* (hijito).

Pronombres relativos

Inei (quién), *chém* (qué), *cheu* (dónde), *chumul* (cuándo), *chumial* (para qué), *cheuchi* (en dónde), *tuchi* (cuál), *chem mo* (por qué), *chumul no rume* (nunca), *chumgechi* (cómo, de qué manera).

VERBOS

Todos los verbos acaban en el infinitivo en *n* como los verbos alemanes y griegos, pero con la diferencia que los verbos alemanes terminan todos en la sílaba *en* y los griegos en *in* si no quedan sujetos a alguna contracción; al contrario, los verbos chilenos fenecen en las sílabas *an*, *en*, *in*, *on*, *un*, *ún*.

Lo que hay de muy notable, es que se gobiernan todos por una sola conjugación sin irregularidad alguna.

Todos los tiempos del indicativo engendran participios y gerundios, así en activa como en pasiva.

Las terminaciones del presente de cada modo sirven para los demás tiempos del mismo modo, los cuales se distinguen entre ellos por ciertas partículas características que son en el presente *que*, en el imperfecto *vu* y en el primer futuro *a*.

Los tiempos compuestos y mixtos se forman con la respectiva unión de las mismas partículas.

Estas partículas características son trascendentales a todos los modos, tanto de la voz activa como de la pasiva y de la impersonal.

V.g. *dugun* (hablar), *dugunquen* (yo hablo), *duguvín* (yo hablé), *duguan* (hablaré), *duguavun* (habré hablado).

Los verbos se hacen negativos interponiendo entre la *n* del infinitivo y la radical las partículas *la* para el presente, *que* para el imperativo, *no* para el subjuntivo y el infinitivo.

V.g. *dugun* (hablar), *dugunon* (no hablar), *dugulan* (no hablo).

Los tiempos del subjuntivo se forman del indicativo, cambiando la *n* en *li* y toda la conjugación puede darse en compendio como sigue:

	<i>Indicativo</i>		<i>Subjuntivo</i>	
	<i>Afirmativo</i>	<i>Negativo</i>	<i>Afirmativo</i>	<i>Negativo</i>
Presente y pretérito perfecto		<i>n - lan</i>	<i>li</i>	<i>noli</i>
Imperfecto y pluscuamperfecto		<i>vn - lavun</i>	<i>vuli</i>	<i>novuli</i>
Futuro imperfecto y perfecto		<i>an - layan</i>	<i>alí</i>	<i>noalí</i>
Mixtos prim. y seg.		<i>avunlayavum</i>	<i>avulí</i>	<i>noavulí</i>

Donde se ve que salen los cuatro tiempos primarios y secundarios.

V.gr. Indic., *dugun, duguvun, duguan, duguavun*.
Subj., *duguli, duguvuli, duguali, duguavuli*.

Lo que es una conexión admirable.

Las partículas de las demás personas de singular dual y plural en que se cambia la última *n* de los tiempos, son éstas:

	<i>Indicativo</i>	
	<i>Presente y pretérito perfecto</i>	
	<i>Afirmando</i>	<i>Negando</i>
Sing. <i>N, ymi, y</i>		<i>Lan, laymi, lay</i>
Dual. <i>Yu, ymu, ygu</i>		<i>Layu, laymu, laygu</i>
Plur. <i>Yñ, ymn, ygn</i>		<i>Layñ, laymn, laygn</i>
	<i>Imperfecto y pluscuamperfecto</i>	
	<i>Afirmando</i>	<i>Negando</i>
Sing. <i>Vun, vuymi, vuy</i>		<i>Lavun, lavuymi, lavuy</i>
Dual. <i>Vuyu, vuymu, vuygu</i>		<i>Lavuyu, lavuymu, lavuygu</i>
Plur. <i>Vuyñ, vuymn, vuygn</i>		<i>Lavuyñ, lavuymn, lavuygn</i>

Futuro imperfecto y perfecto

Afirmando
Sing. *An, aymi, ay*
Dual. *Ayu, aymu, aygu*
Plur. *Ayñ, aymn, aygn*

Negando
Layan, layaymi, layay
Layayu, layaymu, layaygu
Layayñ, layaymn, layaign

Mixtos primero y segundo

Afirmando
Sing. *Avun, avuyumi, avuy*
Dual. *Avuyu, avuyumu, avuygu*
Plur. *Avuyñ, avuymn, avuygn*

Negando
Layavun, layavuyumi, layavuy
Layavuyu, layavuyumu, layavuygu
Layavuyñ, layavuymn, layavuygn

Imperativo

Afirmando
Sing. *Chi, ge, pe*
Dual. *Yu, mu, gu, o pe egu*
Plur. *Yñ o ññ, mn, gn o pe egn*

Negando
Queli, quelmi, quelepe
Queliu, quelmu, quelepe egu
Quebyñ, quelmn, quelepe egu

Subjuntivo

Presente y pretérito perfecto

Afirmando
Sing. *Li, lmi, le*
Dual. *Liu, lmu, leegu*
Plur. *Lynñ, lmn, le egn*

Negando
Noli, nolmi, nole
Noliu, nolmu, nole egu
Noliyñ, nolmn, nole egn

Imperfecto y pluscuamperfecto

Afirmando
Sing. *Vuli, vulmi, vule*
Dual. *Vuliu, vulmu, vule egu*
Plur. *Vulyñ, vulmn, vule egn*

Negando
Novuli, novulmi, novule
Novuliu, novulmu, novule egu
Novulyñ, novulmn, novule egn

Futuro imperfecto y perfecto

Afirmando
Sing. *Ali, almi, ale*
Dual. *Aliu, almu, ale egu*
Plur. *Aliyñ, almn, ale egn*

Negando
Noali, noalmi, noale
Noaliu, noalmu, noale egu
Noaliyñ, noalmn, noale egn

Mixtos primero y segundo

Afirmando
Sing. *Avuli, avulmi, avule*
Dual. *Avuliu, avulmn, avule egu*
Plur. *Avulyñ, avulmn, avule egn*

Negando
Noavuli, noavulmi, noavule
Noavuliu, noavulmu, noavule egu
Noavulyñ, noavulmn, noavule egn

Infinitivo

Son las mismas partículas de los tiempos de indicativo *v.g. n, vun*, y negando se dirán *non* y *novum*.

Gerundios y Participios

Afirmando

Para, *aum, oam; ael oal*
 Estando, *um, vuum*
 Habiendo, *um, mo, vum mo*
 El que, *lu, vulu, alu, avulu*
 Lo que, *el, vuel, ael, o al, avuel*

Los negativos se forman anteponiendo *no*.

El pasivo se forma del activo cambiando la última *n* en *gen*: *quimulum*, enseño; *quimulgen*, estoy enseñando.

Ésta es la teoría de la conjugación.

Digamos ahora que la acción de un verbo que se expresa por partículas es lo que se llama transición.

- 1° Transición. Acción recíproca de varias personas entre sí, *v.g.* me amo, tú me amas, etc., antes de la *n* final se pone *u* y se conjuga como antes, *v.g.* *Ayun*, yo amo; *Ayuum*, yo me amo.
- 2° Transición. De primera, segunda y tercera persona a tercera persona se pone *vi*, *v.g.* *Ayun*, yo amo; *Ayuvin*, yo le amo; *Ayuvimi*, tú le amas.
- 3° Transición. De primera persona a segunda persona se hace poniendo *e* antes de la *n* y se conjuga como antes; pero para los tiempos del subjuntivo como también antes de las partículas del imperativo se pone *li* en lugar de *vi*, y así formado se conjuga como el simple en todo; la transición de tercera persona a tercera, se hace también no con el *vi* interpuesto sino mudando la *n* de los tiempos de indicativo y la *i* de los del subjuntivo en *eyen* o *en* en sincopado.
- 4° Transición. De segunda a primera, *v.g.* tú me amas, vosotros me amais, tú nos amas, vosotros nos amais. Se interpone *e* o *mo* en las terminaciones de las personas pacientes que aquí son las primeras de singular, dual y plural, con la diferencia, siendo la transición de singular a plural se usa de la *e*, poniéndola antes de la *n* de los tiempos del indicativo y antes de *li* para el subjuntivo, en que acaba la primera persona del verbo simple; y no siendo de singular a singular se usa *mo*, colocándola siempre inmediatamente después de la raíz del verbo en todos los tiempos o antes de sus partículas que es lo mismo, *v.g.* *Ayúen*, cuando tú me amas, *Ayucli*.
- 5° Transición. De tercera persona a segunda, *v.g.* aquel te ama-os ama, aquellos te aman, os aman. Esta transición se hace interponiendo *e* en las personas pacientes del verbo simple, antes de las partículas que los forman, que aquí son *yimi, yimu, yimn* en indicativo y subjuntivo: *lmi, lmu, lmun*, y a más de eso añadiendo después *mo*, *v.g.* *Ayùeymo*, si o cuando aquel te ama *Ayùtemo*.
- 6° Transición. De tercera persona a primera, *v.g.* aquel me ama, aquellos me aman, aquél nos ama, aquéllos nos aman. Esta transición se hace interponiendo *e* en las terminaciones simples de las personas pacientes, antes de sus partículas *n, yu, yñ* en indicativo, y en subjuntivo *li, liu, lyñ* añadiendo después *mo*. *v.g.* aquél me ama *Ayúeno*.

En esas dos o tres páginas se tienen todas las reglas y con ellas se conjugan todos los verbos con mucha facilidad. Pero hay bastante dificultad para comprender a los indios cuando hablan, a causa de las partículas de adorno que interponen o de otros usos particulares.

Así, pondrán el verbo en singular cuando el sujeto esté en plural, pero a pesar de todo eso, con algunos veinte días de estudio, una persona puede aprender bastante araucano para entenderse con ellos.

Los nombres de números son los siguientes:

1. Quiñe	7. Relghe
2. Epu	8. Aylla
3. Cúla	9. Pura
4. Meli	10. Mary
5. Quechu	100. Pataca
6. Cayu	1000. Huaranca

Con eso se forman todos los nombres, interponiendo entre cada número simple la palabra *yom*.

V.g. 1863: *quiñe huaranca yom pura pataca, yam cayu maro yom cula*.

Las estaciones y meses las cuentan los araucanos por lunas; y cada luna es afectada del nombre de las siembras, cosechas, flores contemporáneas; pero aquí dando el nombre de cada mes, debo decir que en el Caleufú donde vivimos y en donde no sembraban nada, esos nombres les son desconocidos.

Enero	Mes de fruta	<i>Avun cüyen</i>
Febrero	Mes de la cosecha	<i>Cogi cüyen</i>
Marzo	Mes del maíz de la flor	<i>Glor cüyen</i>
Abril	Mes primero de la flor del <i>Rimu</i>	<i>Rimu cüyen</i>
Mayo	Mes segundo de la flor del <i>Rimu</i>	<i>Inamrimu cüyen</i>
Junio	Mes primero de la espuma	<i>Thor cüyen</i>
Julio	Mes segundo de la espuma	<i>Inanthor cüyen</i>
Agosto	Mes molesto	<i>Huìn cüyen</i>
Septiembre	Mes impostor	<i>Pillel cüyen</i>
Octubre	Mes primero de nuevas ventas	<i>Hueul cüyen</i>
Noviembre	Mes segundo de nuevas ventas	<i>Inanhueul cüyen</i>
Diciembre	Mes de la fruta nueva	<i>Huevun cüyen</i>

Se ve que todos terminan por *cüyen* que significa luna.

El estilo de sus oraciones es sumamente figurado, y altanero como alegórico; hablando en *cayagtun* a cada momento interpelan a los que se dirigen, diciendo *may, may*, para fijar su atención.

A más del modo ordinario y familiar de hablar, usan de otro más elegante y realzado en sus parlamentos, salutations y mensajes, cumplimientos y cualesquiera otras juntas; y consiste en hablar sentencioso y seguido con finales largas, adornándolas de partículas y figuras expresivas.

Un verbo que hace un gran papel en ese idioma es el verbo *pin*, decir, siempre suelen posponerlo a toda la oración cuando dan repuestas o hacen encargos, y estas respuestas o encargos el envidado los dice como le dijeron a él sin mudarlos.

V.g. *Vey pilelen gami papa; pepachimo, pichuncal yepayay, pi, vey piavimi.*

Dímele esto a tu mama; venga a verme, vendrá a llevar un poco de lana, dijo le dirás. El enviado hace el encargo así:

Ven pilelen pieno ñi lacu pepachimoga picuncal yepayay pi. Esto es: dímele esto, me dijo mi abuelo: venga a verme, vendrá a llevar un poco de lana dijo.

Y así siempre posponen el verbo *pin*, aunque lo antepongan tal vez como introducción, y si cuentan una historia larga, lo posponen y recitan casi a cada cláusula.

Lo que hay de curioso es que no he descubierto entre ellos ningún vestigio de poesía o canciones: cuando están ebrios se ponen a cantar lo que se les antoja, pero no es poesía ni versos.

Don Luis de la Cruz fue más afortunado que yo, pudo recoger un trozo de poesía. Un tal cacique Niculantes pereció dando malón, e hicieron sobre su muerte muchas cuartetas de las cuales sólo recordó una, la siguiente, por la cual se verá que tienen alguna rima en sus composiciones:

El mevin ñi Niculantey

Tilqui mapu meum

Anca, maguida meum

Ayquinchey ñi pello menchey

Fui a dejar mi Niculante

A las tierras de Tilqui

Oh-homicidas faldas de cerro

Que en sombras o moscas lo conviertes

Antes de concluir, diré que la gramática que me parece mejor para el estudio de la lengua araucana es la del padre jesuita Febres; también es el mismo padre autor de un diccionario que no deja de ser muy divertido; a cada instante y casi a cada página, el buen padre exhala su mal humor contra los indios; y se encuentran en él muchos hechos y rasgos de costumbres. Citaré algunos ejemplos.

En la palabra *calculm* dice: tratar o acumular a otro de brujo, como por desgracia se echa de ver por los muchos que matan, y no se puede averiguar el delincuente por el temor que les asiste a los que culpan.

Colpañ. Quemaduras que se hacen las indias en los brazos para no sentir frío después de la muerte.

Cüychen. Enloquecidos que ven candelitas, el remedio es dejar la chicha o tomarla con arreglo.

Gaqui. Sapo o rana grande: dicen que la que lo tiene en su poder es buena médica y acertada hasta en los partos.

En lo siguiente es satírico el padre Febres.

Huerantu. Verano, tiempo de calor y sequía de gargueros por falta de chicha.

Inagamaclon. Ayudar a llorar junto con otros al enterrar los huesos o cenizas de sus muertos infieles; pero ni media lágrima derraman siquiera, sino diciendo.

Cachüemy y cachümon. Regando con chicha la tierra y sus gargueros.

Así, pues, el diccionario del padre Febres no ofrece la aridez de este género de libros; el estudiante encontrará en él con la explicación de las voces, rasgos de costumbres y observaciones picantes.

Una cosa que se reparará también es la inmensa cantidad de vocablos castellanos, indianizados y de palabras araucanas pasadas en circulación entre los chilenos castellanos.

Todos los vocablos que pertenecen a la religión o a cosas importadas por los españoles se han revestido de un color indio.

V.g. caballo, *cahuellu*; vaca, *huaca*; oveja, *ovijia*; confesar, *convesar* y muchas palabras que usamos nosotros mismos vienen de los indios; todos los nombres de animales indígenas, *chucaco*, el pájaro de mal agüero; *coypu*, animal del género nutria; otras cosas de la vida usual: *charqui*, carne seca; *ulpo*, harina tostada mezclada con agua.

En fin, casi todos los nombres de ciudades y lugares tienen significación en idioma indio: *calbuco*, agua azul; *melipulli*, cuatro calmas. Otras veces se ve con mucha seriedad la palabra *leubu* puesta como nombre de un río: en el mapa reciente de la provincia de Arauco, se ve marcado un río Leubu que vale tanto decir Río-río. El geógrafo preguntó tal vez a algún indio cómo se llamaba tal río, y como natural el otro le contestó: Leubu. Encantado de poder ser el padrino de un río, el geógrafo puso en su mapa cerca del río, Río Leubu.

Me he extendido un poco sobre el araucano, porque este idioma tiene mucha importancia, vistas las relaciones continuas que tiene Chile con la gente que lo usa.

No podré decir tanto de los otros idiomas que se hablan en Patagonia, pero sólo me contentaré con citar las varias palabras y su significación que le he podido recoger; no es mucho, pero si cada viajero hiciera otro tanto, al fin se tendría una colección de palabras que permitiría quizá descubrir el mecanismo y la historia de esos idiomas todavía desconocidos.

Lo que se puede observar en estas pocas voces es que algunas veces se siguen dos, tres, hasta cuatro consonantes, lo que hace al idioma muy rudo: he oído hablar la lengua polaca en que cada voz contiene muchas consonantes y, sin embargo, debo confesar que me parece música de ruiseñor en comparación con los sonidos discordantes de que consta el hablar de los patagones e indios de la pampa.

En el idioma tehuelche, todas las letras se pronuncian como en español, excepto la *u* acentuada que suena como la *u* inglesa en las palabras *but*, *cup*.

En el araucano la *ú* acentuada suena como la *u* francesa en las palabras *tunique*, *surtout*; la *th* suena como *tr* más o menos: y la *v* como *f* en el alemán.

	<i>Tehuelche del Norte</i>	<i>Tehuelche del Sur</i>	<i>Araucana</i>
Uno	<i>Chíe</i>	<i>Choche</i>	<i>Quiñe</i>
Dos	<i>Pæish</i>	<i>Jauke</i>	<i>Epu</i>
Tres	<i>Gútrsh</i>	<i>Caashr</i>	<i>Cula</i>
Cuatro	<i>Malle</i>	<i>Kgagui</i>	<i>Melí</i>
Cinco	<i>Tánke</i>	<i>Tzen</i>	<i>Quechu</i>
Seis	<i>Tríman</i>	<i>Onikash</i>	<i>Cayu</i>

	<i>Tehuelche del Norte</i>	<i>Tehuelche del Sur</i>	<i>Araucana</i>
Siete	<i>Katrshpæsh</i>	<i>Ok</i>	<i>Relghe</i>
Ocho	<i>Posha</i>	<i>Hunikgagui</i>	<i>Pura</i>
Nueve	<i>Chiba</i>	<i>Jamaketzen</i>	<i>Aylla</i>
Diez	<i>Samask</i>	<i>Caahquin</i>	<i>Mari</i>
Padre	<i>Yaujeneki</i>	<i>Yanko</i>	<i>Chao</i>
Madre	<i>Mamaki</i>	<i>Yanna</i>	<i>Ñuque</i>
Hijo	<i>Agatrki</i>	<i>Yahamel</i>	<i>Votum</i>
Hija	–	–	<i>Ñahue</i>
Hermano	<i>Ukene</i>	<i>Yinua</i>	<i>Peñi</i>
Hermana	<i>Ugüpatzum</i>	<i>Huenona</i>	<i>Lamuen</i>
Tío	<i>Apgezézequi</i>	<i>Yieionam</i>	<i>Coñi huenthu</i>
Tía	<i>Acallazúmpki</i>	<i>Yatrapenen</i>	<i>Coñi domo</i>
Hombre	<i>Pastrei</i>	–	<i>Huenthu</i>
Mujer	<i>Yamkank</i>	–	<i>Domo, malghen</i>
Cabeza	<i>Yagueje</i>	<i>Ishraan</i>	<i>Lonco</i>
Pecho	<i>Huegueje</i>	–	<i>Rücu</i>
Mano	<i>Ugall</i>	<i>Iitchen</i>	<i>Cuu</i>
Pie	<i>Huetzk</i>	<i>Kauj</i>	<i>Namun</i>
Pantorrilla	<i>Iáneki</i>	<i>Inke</i>	<i>Cümon</i>
Muslo	<i>Iamzai</i>	<i>Yshr</i>	<i>Chagnamun</i>
Canilla	<i>Huiauques</i>	–	–
Barriga	<i>Huitetr</i>	<i>?eten</i>	<i>Pue</i>
Barba de pelo	<i>Hupelgues</i>	<i>Aantchij</i>	<i>Payun</i>
Ojos	<i>Huitetk</i>	<i>Otel</i>	<i>Ge</i>
Nariz	<i>Huinetr</i>	<i>Or</i>	<i>Yu</i>
Boca	<i>Hupetk</i>	<i>Shram</i>	<i>Uün</i>
Dientes	<i>Ojaiye</i>	<i>Horr</i>	<i>Voru</i>
Carrillo	<i>Ojilgue</i>	<i>Capankan</i>	–
Uña	<i>Huepas</i>	<i>Oipas</i>	<i>Huili</i>
Cara	<i>Huupk</i>	<i>Kee</i>	<i>Age</i>
Lengua	<i>Huuenk</i>	<i>Tal</i>	<i>Queuün</i>
Orejas	<i>Huitzesk</i>	<i>Shraan</i>	<i>Pilun</i>
Barba	<i>Hutgauj</i>	<i>Maa</i>	<i>Pavtha</i>
Verano, sol	<i>Ishauou</i>	<i>Soorken</i>	<i>Huerantü</i>
Invierno	<i>Maggin</i>	<i>Shreiaike</i>	<i>Duqueñ</i>
Luna	<i>Apiujek</i>	<i>Teroutz</i>	<i>Cüyen</i>
Fuego	<i>Aguakek</i>	<i>Yeike</i>	<i>Quethal</i>
Agua	<i>Yagup</i>	<i>Lehe</i>	<i>Co</i>
Tierra	<i>Jioum</i>	<i>Tehema</i>	<i>Mapu tue</i>
Viento	<i>Eiii</i>	<i>Jushren</i>	<i>Cüruo</i>
Comer	<i>Chokeknek</i>	<i>Yraatreshk</i>	<i>Yn</i>
Beber	<i>Chokek</i>	<i>Kemleeshrute</i>	<i>Putun</i>
Dormir	<i>Chukupklauke</i>	<i>Kootreshrute</i>	<i>Umaghn</i>
Pasear	<i>Chuchejerseak</i>	<i>Huienolen</i>	<i>Napültun</i>
Hablar	<i>Chujesealk</i>	<i>Aiishrute</i>	<i>Dugun</i>
Ver	<i>Chukukglek</i>	<i>Chienshrute</i>	<i>Othin</i>

	<i>Tehuelche del Norte</i>	<i>Tehuelche del Sur</i>	<i>Araucana</i>
Oír	<i>Chukuiklzeskenek</i>	<i>Yoyenshrute</i>	<i>Allcùn</i>
Oler	<i>Yayije</i>	<i>Jelanegue</i>	<i>Ñumùltun</i>
Gustar	<i>Yanshtle</i>	<i>Yemeyenhe</i>	<i>Cùmentun</i>
Palpar	<i>Yojtetre</i>	<i>Yimolg</i>	<i>Ydan, idacùmon</i>
Yo	<i>Koa</i>	<i>Yah</i>	<i>Ynche</i>
Tú	<i>Kmao</i>	<i>Mah</i>	<i>Eymi</i>
Aquél	<i>Ksa</i>	<i>Khe he</i>	<i>Tàye</i>
Éste	<i>Huasa</i>	<i>Huiene</i>	<i>Tvachi</i>
Nosotros	<i>Kian</i>	<i>Ushuhuá</i>	<i>Ynchu, Ynchiñ</i>
Vosotros	<i>Kuman</i>	<i>Jemma</i>	<i>Eymu, Eymn</i>
Día	<i>Amaha</i>	<i>Shrehueu</i>	<i>Antù</i>
Noche	<i>Trùmau</i>	<i>Tèhenon</i>	<i>Pun</i>
Comprar	<i>Yajumyanje</i>	<i>Yenugongue</i>	<i>Gillan, gillacau</i>
Vender	<i>Yahuknatze</i>	<i>Yekengue</i>	<i>Huelurupan</i>

CONCLUSIÓN

Muy diversas son las rutas o vías de comunicación que se consideran más ventajosas para unir los continentes de ambos hemisferios. Las unas atraviesan en su curso extensiones más o menos considerables de territorio; las otras, puede decirse puramente marítimas, puesto que no recorren ninguna porción de terreno, llevan a las primeras la inmensa ventaja de que los objetos que los buques transportan por ellas no están expuestos a los gastos de desembarques. A esto se agrega la mayor brevedad de las comunicaciones por mar, libres de los entorpecimientos a que se hallan sujetas casi siempre las que se hacen por tierra. Advertiremos de paso que algunas de ellas están actualmente en vía de ejecución, y una existe sólo como proyecto que en la actualidad se juzga irrealizable, ya por las dificultades que opone la naturaleza, ya porque la magnitud de la empresa exige recursos con que por ahora no cuentan los gobiernos sudamericanos.

Como vías marítimas tenemos la del estrecho de Magallanes y la del cabo de Hornos; pero una y otra ofrecen graves inconvenientes que alejan de ellas las embarcaciones que podrían hacer su tránsito por aquella parte. La del estrecho no presenta un acceso fácil a los buques de vela, que serían los que con más frecuencia pudieran viajar por ella, y ésta es la causa porque se halla casi abandonada; la del cabo expone a las embarcaciones a los efectos de las recias tormentas que son allí tan frecuentes; pero a pesar de esto y de ser la más larga es preferida por los navegantes.

De la misma clase es la que se conoce con el nombre de pasaje del Noroeste, en el mar Ártico (hemisferio Norte). Enteramente ignorado hasta no ha mucho tiempo, fue descubierta por el capitán Maclure a costa de inmensos sacrificios: privaciones estériles que ningún fruto han producido, malográndose así los nobles esfuerzos de los que no trepidaron ante los peligros por hacer un gran servicio a la humanidad. En el día se encuentra olvidada, quizá por impracticable.

La vía de Panamá es, sin duda, una de las que actualmente goza de más renombre y la que atrae mayor concurrencia. La naturaleza y el arte han contribuido a hacerla preferible a todas las otras; un camino de hierro perfectamente servido hace cómodo y breve el trayecto por la angosta garganta de tierra que divide los

dos océanos, y libra a las mercaderías de los deterioros que necesariamente deberían sufrir, si el transporte se efectuara de otro modo. No es esto sólo, colocado el istmo casi en la medianía del continente americano, consulta los intereses de las distintas naciones, y es sensible que Chile sea la que ocupa la posición más desventajosa a este respecto. Si el clima de Panamá no fuese tan pestilencial, como lo es de todos los países tropicales para los que no están habituados a ellos, esta vía ocuparía con razón el primer lugar entre todas las que se conocen hasta el día.

También existe otra ruta en el hemisferio boreal, descubierta por el coronel Fremont. El extenso tramo de territorio que recorre partiendo de los puertos situados al Este de Estados Unidos hasta terminar en la ciudad de San Francisco, le promete un porvenir lisonjero y le da, si se quiere, un gran interés nacional, pero nunca llegará a ser una buena vía de tránsito, porque la porción de continente que sería preciso salvar, además de presentar serios obstáculos, es por sí sola bastante considerable para desvanecer el pensamiento de ponerla en ejecución en aquéllos que pretenden realizarla. Aun cuando la cordillera de los montes rocallosos, que atraviesa en su extensión, ofrece una pendiente fácil, de ascenso casi insensible, el paso del Mississippi cerca de San Luis es ya una dificultad que sólo podría vencerse mediante poderosos esfuerzos y crecidas sumas de dinero. En nuestro tiempo se ha proyectado la construcción de un ferrocarril, pero se ha tropezado con tantos estorbos insuperables que se llegó hasta el punto de mirar su ejecución como la realización de un sueño.

Para tener una idea de los costos que demanda esta obra gigantesca, bastará saber que ha podido intimidar la osadía, el carácter emprendedor por excelencia de los americanos del Norte, de los modernos titanes de la época presente. Este camino es traficado actualmente por los correos, pero creemos que jamás alcanzará a ser una vía cómoda de tránsito que establezca la comunicación entre los dos océanos, por las razones que arriba indicamos.

En el hemisferio austral tenemos todavía la línea del Amazonas que la naturaleza misma ha construido en gran parte y que parece indicar a los hombres un medio seguro de comunicarse. Sin embargo, opone como la anterior obstáculos de consideración que harán no se la cuente entre las vías de tránsito. Dos o tres cadenas de altísimas cordilleras con una pendiente violenta y escarpada y la dilatada extensión de terreno que recorre, son graves inconvenientes que garantizan sobradamente la verdad de nuestro aserto: a saber, que si esta vía puede tener una importancia local inmensa, será de muy poca monta, o tal vez nula la que pueda adquirir como línea de tránsito.

Siguiendo más al sur hallamos la línea cuyos extremos deben unirse por medio de los caminos de hierro que partan de Buenos Aires o Rosario y de Copiapó en Chile. Este ferrocarril, como se ve, de vastas proporciones, sólo ha sido propuesto por el señor Wheelwright, y puede decirse, hasta ahora existe únicamente en estado de proyecto, a pesar de que alguna parte esté construida y en vía de construcción otra; pero la elevación de las puntas de la cordillera por donde debe pasar, que no baja de 14.000 pies, aleja, al menos por ahora, la posibilidad de su ejecución.

Otro tanto puede decirse de la nueva línea que recientemente se ha indicado, y con razón, como ventajosísima, entre Buenos Aires y Valparaíso; pero luego se conoció la necesidad que había, de luchar con la gigante cordillera que la naturaleza ha colocado de linderos entre las dos repúblicas vecinas, y que en las cumbres que atraviesa no mide menos de 12.000 pies de altura, lo que probablemente hará retardar la realización de esta obra grandiosa. El camino de hierro que trepa la cima del Mont Cenis en Europa, que es doble más bajo que nuestros Andes en esta parte, aún se halla sin concluir; no se nos tachará, pues, de pusilánimes y medrosos si con estos antecedentes nos atrevemos a afirmar que aún se dilata mucho el día en que podamos gozar de las importantes ventajas que se prometen con la ejecución de esta obra verdaderamente admirable.

Por último, tenemos en Sudamérica otra vía que hasta no ha mucho ha permanecido en un completo abandono y de la cual sólo se tenía noticias por la relación de los viajeros que en diversas épocas han recorrido algunos de sus puntos, habiéndose llegado hasta dudar de su existencia. Pero ahora que ésta es un hecho que no puede objetarse con razón alguna fundada, se comienza a comprender las ventajas que ofrece, y a concebir acerca de ella halagüeñas esperanzas que de seguro no quedarían burladas si un gobierno osado la llevase a cabo. Ya en mi primera exploración al río Negro en 1856 tuve ocasión de proponerla y recomendar las ventajas que la hacen preferible, convencido como estoy, de los beneficios que produciría a las repúblicas sudamericanas y especialmente a Chile; y ahora que nuevos datos recogidos por mí en el viaje que últimamente hice a esa parte, confirman mi persuasión, insisto por segunda vez en la conveniencia de hacer todo empeño por llevar a cabo un trabajo de tan reconocida utilidad.

Esta ruta se encuentra situada entre los paralelos que encierran la hoya hidrográfica del río Negro; parte del Carmen o Patagones en el Atlántico hasta terminar en Puerto Montt; su punto de contacto con el mar Pacífico, después de haber seguido el curso del río Negro hasta el lago Nahuel Huapi, atravesando enseguida la cordillera por los boquetes vecinos a este lago.

Un breve examen de los datos que indican la posición de los lugares que recorre en toda su extensión y los accidentes del terreno que ocupa, manifestarán las ventajas que le dan la preferencia sobre la mayor parte de las otras que se conocen. La reducida extensión del continente que comprende; la poca elevación de las cimas de la cordillera por donde atraviesa, y la existencia de un río navegable en casi la totalidad del espacio que recorre, son circunstancias naturales que, hallándose pocas veces reunidas, facilitan la ejecución de esta obra más que la de cualquier otra. En efecto, es sabido que la parte austral de nuestro continente va angostándose sensiblemente desde Buenos Aires hasta el golfo de San Matías, situado un poco más al sur de la boca del río Negro; pero el decrecimiento en este sentido no es ya muy perceptible desde este punto hasta el estrecho. Así, la línea que separa las ciudades que ocupan igual situación en ambas repúblicas y que se encuentran por decirlo así en el mismo paralelo disminuye en longitud con rapidez notable a medida que se desciende al punto ya indicado; esta distancia es entre Buenos Aires y Valparaíso de 220 leguas en línea recta y de 150 entre la boca

del río Negro y Puerto Montt; pero entre el golfo de San Matías y la ensenada de Comao a que corresponde de este lado aquel punto, esta distancia es de 115 leguas, hecho que prueba lo que antes habíamos sentado; y si seguimos todavía más adelante se nota que el continente se estrecha tal vez de un modo menos sensible, pues once grados más al sur la línea que separa los dos puntos correspondientes de cabo Vírgenes y cabo Pilar es sólo de 75 leguas. Esto sólo basta a persuadirnos de la poca o ninguna utilidad que habría en afanarse por buscar una vía terrestre situada más al sur del golfo de San Matías, puesto que se perdería con el desvío de la línea recta, lo que trataría de ganarse reduciendo su longitud; ganancia que estaría más que compensada con el ascenso necesario para tomar la altura requerida, desde que es bien conocido que en los extremos australes de América no existe ciudad alguna de importancia y cuyo comercio sea de consideración. Por otra parte, la vía del río Negro lleva a la de Buenos Aires la gran ventaja de ser una tercera parte menor, lo que ahorraría el flete terrestre que nunca puede compararse con el marítimo.

Si seguimos la extensa cadena de gigantescas montañas que recorre el continente americano en su mayor parte, vemos que si se exceptúa la depresión que forma en el istmo de Panamá, todo el resto lo constituyen series de elevados picos y que sólo precisamente en la parte por donde se extiende la ruta de que vamos hablando, esta elevación excesiva se abate hasta llegar a manifestarse en el cerro Tronador (seno del Reloncaví) a una tercera parte del pico de Aconcagua, el punto más culminante de los Andes. La cadena que se extiende desde este punto hacia el sur no se eleva a más altura que la del cerro mencionado, pues se han podido medir algunos de sus picos; pero su altura tampoco disminuye de un modo extraordinario, permaneciendo sin variación notable hasta su conclusión en el estrecho de Magallanes.

No puede negarse que serán preferibles aquellos boquetes que a su pequeña elevación y fácil ascenso reúnan la circunstancia de apartarse poco hacia el sur de los puntos citados, por consiguiente, en ninguna parte de la cordillera encontraremos un lugar más a propósito, a este respecto, para establecer una vía de comunicación que en las inmediaciones del Tronador o por alguno de los varios boquetes situados entre los grados 40 y 42 de latitud Sur. Recorreremos esos pasajes uno a uno para apreciar sus ventajas e inconvenientes.

El de Villarrica, que primero se nos presenta es tan bajo, según aseguran los indios, que fácilmente puede atravesarse aun en invierno, pues la poca nieve que en esta época se junta no ofrece obstáculo al dicho tránsito, pero al inconveniente de no tener más datos sobre él que el de los indios, se une su mucha distancia de Valdivia, la población más cercana, y la pequeñez de los afluentes del río Negro frente a los cuales desemboca y que deberían continuar la vía hasta este río.

Viene enseguida el paso de los lagos Lacar y Pirihueico, paso puramente acuático, imposible de aprovechar a causa de mucha elevación del lago Lacar (530 metros), y de encontrarse interrumpido el curso de las aguas, según los datos suministrados por los indios, por grandes saltos entre los dos primeros lagos; el indio Paulino, que efectuó su descenso hasta el lago Riñihue, sólo empezó desde Piri-

hueico por ser imposible la navegación entre este lago y el de Lacar; tiene además el último de los inconvenientes apuntados en la descripción del boquete anterior por su distancia del Chimehuin, afluente del río Negro, único por el cual en ese punto podría establecerse la comunicación.

Inmediatos al anterior encontramos los boquetes de Rancho y de Riñihue, alcanzando el primero a una elevación de 922 metros sobre el nivel del mar; pero además de no ser practicables durante ocho meses del año, los grandes y torrentosos ríos que los separan de Valdivia impiden adoptarlos como línea de tránsito.

Restan, únicamente, los pasajes de Pérez Rosales y Bariloche, que son los que reúnen, a mi juicio, las condiciones apetecibles para el objetivo propuesto. Ambos de muy poca altura, según lo manifiestan los datos que luego expondremos, tienen la ventaja de desembocar en el mismo lago Nahuel Huapi; de manera que por ellos se ahorran rodeos inútiles y costosos que por cualquiera de los otros pasajes serían inevitables. He aquí ahora los datos que atestiguan su corta elevación. Según las observaciones hechas por el Dr. Fonck y el señor Hess en 1856, la altura del boquete Pérez Rosales llega a 3.000 pies, más o menos la misma que obtuvimos con nuestras mensuras: la lozana vegetación que alimenta en su cumbre manifiesta claramente que la nieve en el invierno debe conservarse tal vez sólo por pocas horas y, por consiguiente, su corta elevación. Por las relaciones de los antiguos jesuitas, sabemos, como lo digo en el primer capítulo de esta obra, que ya entonces era conocido un pasaje más al sur (el de Bariloche) por el cual pasaban los indios de Chiloé y los españoles de esa isla a maloquear a los puelches y poyas de la otra banda de la cordillera, camino que permitía a los jesuitas visitar y socorrer en toda estación del año su misión establecida en el lago Nahuel Huapi, prefiriéndolo al boquete anterior, tanto por su poca elevación y su corta extensión, como por ser todo terrestre, puesto que por él iban fácilmente en tres días con mulas cargadas y animales vacunos del seno de Reloncaví a Nahuel Huapi. También hace mención de él el padre Falkner en su obra sobre la Patagonia y don Luis de la Cruz en la relación de su viaje de Concepción a Buenos Aires.

Testimonios tan irrecusables como los que hemos enumerado no dejan la menor duda acerca de la posibilidad de establecer una vía de comunicación fácil y poco costosa por alguno de los boquetes indicados con este objetivo, pues la mayor elevación que puede dárseles llega apenas a una tercera parte de la que tiene el Uspallata que actualmente une a Santa Rosa y Mendoza, y sólo a una cuarta de cualquiera de los pasos de la provincia de Atacama.

Otra de las razones que hacen preferible este punto para establecer una comunicación entre ambos océanos es, como ya antes dijimos, la existencia del caudaloso río Negro, que por su poca desviación de la línea que debe seguir la ruta proyectada, reúne todas las condiciones apetecibles para este objetivo. En el primer capítulo de esta obra se ha tratado ya detalladamente de todo lo concerniente a este río, y lo único que aquí haremos será dar a conocer algunos otros hechos que apoyan la idea que hemos emitido. Entre los viajeros que han visitado esta parte del continente americano, dos hay que especialmente se han dedicado a recorrer el río Negro: Descalzi que en 1833 subió en una goleta hasta el Cholchel, sin que en

las 70 leguas que comprendió su excursión encontrase tropiezo alguno que le impidiese continuar su navegación, y Villarino que en 1782 alcanzó hasta su confluencia con el Chimehuin, recorriendo otras 80 leguas, que, aunque con algunos obstáculos, le fue posible navegar. Finalmente, en mi última expedición tuve la fortuna de visitar lo que aquellos intrépidos viajeros no alcanzaron, desde el punto más occidental a que llegó Villarino hasta el nacimiento del río Negro en el lago Nahuel Huapi, comprendiendo en todo unas 75 millas; y, si bien es cierto que tropecé con obstáculos serios que me hicieron naufragar, no creo que ellos ofrezcan dificultades insuperables si se recuerdan los adelantos sorprendentes a que ha llegado el arte en nuestros días, y las obras verdaderamente impracticables que se han podido llevar a cabo. La rapidez, inconveniente principal que entorpece el curso del río, podría fácilmente evitarse limpiando el cauce de muchas piedras que lo obstruyen y que con sus represas forman esas corrientes peligrosas: de esta manera se obtendría una velocidad casi uniforme que cuando más llegaría en uno que otro punto a seis u ocho millas por hora; o, bien, con canales laterales en los codos donde generalmente es mayor la corriente, o con cualquiera otro de los innumerables recursos que se emplean en la canalización de los ríos, podría obtenerse igual resultado.

Expuestas en general las razones que abogan en favor de esta línea, pasemos a sus detalles y a manifestar los medios con que los países interesados pueden contar, para su realización, atendidas sus circunstancias económicas actuales.

La cuestión de comunicación, entre los dos mares, puede considerarse desde dos puntos de vista distintos. Ligar las orillas del Pacífico con el lago Nahuel Huapi; y habilitar la navegación del río Negro entre el puerto del Carmen en las orillas del Atlántico y la gran isla del Choelechel, que se encuentra en ese río, y enseguida ligar este punto con Puerto Montt.

Para la solución de esta cuestión, es indispensable el concurso de los dos gobiernos interesados: el de Chile y el de la república Argentina.

PRIMERA PARTE DE LA CUESTIÓN

Ligar las orillas del Pacífico con el lago Nahuel Huapi

De tres maneras distintas se puede llegar del seno de Reloncaví a las orillas de Nahuel Huapi:

- 1° Por el camino de Puerto Montt al lago de Llanquihue, atravesar este lago; pasar por el istmo que lo separa del Todos los Santos, atravesar este lago, orillar el río Peulla, pasar el boquete y descender al río Frío que desemboca en el lago Nahuel Huapi. Este camino han seguido casi todas las expediciones; con la sola diferencia que en vez de seguir el boquete hacia el río Frío, han subido la cordillera al nordeste siguiendo directamente a Nahuel Huapi.
- 2° Entrar por la ensenada de Reloncaví, seguir el gran valle en donde se encuentra el lago de Calbutué y llegar al de Todos los Santos. Aquí el camino

se confunde con el anterior. Esta vía siguieron los padres Felipe Lagunas y Meléndez.

- 3° Entrar por la misma ensenada de Reloncaví y tomar el camino de Bariloche; cuyos vestigios se han perdido. Por esta vía iban los jesuitas desde Chiloé a la misión de Nahuel Huapi.

Los dos primeros derroteros tienen el inconveniente de cambiar varias veces de naturaleza: dieciocho kilómetros por tierra de Puerto Montt al lago Llanquihue; treinta y seis por agua en este lago, catorce por tierra hasta el lago Todos los Santos, veintiocho por agua en este lago y treinta y seis a cuarenta por tierra entre Nahuel Huapi y Todos los Santos.

Esta vía será, pues, poco económica, su habilitación originaría grandes gastos, y las ventajas que podía ofrecer tal vez no serían muy lisonjeras. Por otra parte, se va a ver que la solución es mucho más sencilla de otra manera.

Queda la tercera comunicación. Las ventajas de ésta son incontestables. En primer lugar, se puede llegar directamente y en poco tiempo al lago Nahuel Huapi, y de allí por agua hasta el Atlántico. Si todavía no se sabe fijamente el punto por donde pasa este camino de Bariloche, es porque hasta el día no se han hecho serias investigaciones.

Como primer punto de partida para la comunicación que trazaríamos entre los dos mares, propondría avanzar la colonización hasta el lago Nahuel Huapi. Este proyecto no encontraría dificultades serias. En el espacio comprendido entre el seno de Reloncaví, el lago Todos los Santos y la cadena de los Andes, existen terrenos fértiles, potreros y bosques abundantes en las mejores maderas. Grandes lanchas pueden entrar por la ensenada de Reloncaví hasta el mismo río Petrohué. Industriosos alemanes han comenzado ya a explotar los alerzales a lo largo de la ensenada y han avanzado hasta cerca de la laguna Calbutué. Desde este punto hasta el lago Nahuel Huapi la distancia es muy corta, y más corta todavía hasta la gran abra que divisamos claramente cuando navegábamos en las aguas del lago. Por esta abra, como ya lo hemos dicho en la primera parte de la relación del viaje, al hablar del indio Antileghen, pasan los animales vecinos de Calbutué, animales que todos los años regularmente vienen a recoger los indios limítrofes. De este lado es muy fácil y en poco tiempo se puede llegar al lago, casi al frente de la isla San Pedro. Esta isla contiene terrenos fértiles y pastos que podrían alimentar animales, los cuales no se extraviarían por estar aislados. Gente establecida en los alrededores de Calbutué y de la ensenada Reloncaví, en poco tiempo, descubrirían este famoso camino de Bariloche, que practicaban los antiguos misioneros españoles. Una vez descubierto, si en otro tiempo y casi sin obra de arte se recorría esta distancia en tres días, ¿qué sería ahora que los colonos vecinos podrían triunfar fácilmente de los pocos obstáculos que detenían a los primeros exploradores? Tres días para venir desde Nahuel Huapi al fondo de la ensenada Reloncaví, uno para llegar a Puerto Montt, serían cuatro días para hacer el trayecto desde el Pacífico al otro lado de la cordillera.

Expuesto esto, voy a establecer y resolver unas que otras objeciones que se pueden hacer a este proyecto, manifestando al mismo tiempo los beneficios que

podrían animar a los colonos para establecerse en estos lugares, y qué relaciones y comercio podrían tener con los indios.

El espacio comprendido entre el paralelo Sur de la ensenada de Reloncaví y el lago Todos los Santos tendrá como novecientos kilómetros cuadrados y como setenta de cada dimensión. Según lo que dicen los colonos de Puerto Montt que han visitado esas regiones, hay muy buenos terrenos y excelentes lugares para crianza de ganados; es decir, que esos terrenos ofrecen las mismas ventajas que los otros ya poblados, y los primeros colonos podían sustentarse con la misma facilidad en los primeros años de residencia. Una vez establecidos, la explotación de los alerzales y demás maderas de que abundan esos bosques, industria que por su vecindad al mar tomaría algún incremento, porque las maderas pueden fácilmente transportarse, haría preferible la condición de esos colonos a la de los demás establecidos en otros puntos. Todo esto está bien, se puede decir; los colonos que se encontrasen entre la cordillera y el mar Pacífico estarían en buenas circunstancias de prosperidad, y por otra parte nada tendrían que temer de los indios, pero aquéllos establecidos en las orillas de Nahuel Huapi, en la isla San Pedro, serían constantemente hostilizados por los indios vecinos, que vendrían a robarles sus animales. Temores quiméricos; los indios no están tan cerca y tienen mucho interés en conservar sus relaciones pacíficas con los cristianos de Chile a quienes temen por estar tan cerca de su residencia a donde no pueden alcanzarlos las tropas argentinas que los persiguen. Otras causas de interés más pasivo los obligan a conservar estas relaciones. El boquete de Ranco sólo está abierto cerca de cuatro meses del año, durante estos cuatro meses trajinan los comerciantes chilenos que van a cambalachar caballos por aguardiente, género, y otras cosas de que carecen los indios; si no compran cueros de guanaco y plumas de avestruz, es porque estos artículos tienen poco valor bajo un gran volumen, mientras que los caballos son objetos de valor en cuyo transporte no se gasta nada. Mucho sentirían los indios si se cerrase este boquete: una vez hablándoles de la posibilidad de prohibir el paso en caso de que ellos se comportasen mal con los *huincas* (así llaman a los chilenos) manifestaron sumo disgusto. Otra vez, al decirles que para el año venidero tenía la intención de hacerles una visita con dos o tres amigos míos que deseaban conocerlos, me dijeron que se alegrarían mucho de alojarlos en sus toldos y que les avisase con anticipación para prepararles un recibimiento digno de ellos. Otro hecho dirá más: cuando volví la primera vez de donde los pehuenches, en la primera parte de la relación he referido el incidente de la carta que el cacique Huinchahual envió al juez de Quinchilca en Valdivia; carta en que se trataba de un pleito entablado entre un pehuenche y un chileno; pidiéndole el arreglo, añadía el cacique

“que todos los indios deseaban que en tierra de cristianos se les tratase bien como ellos hacían con aquéllos cuando iban a las pampas”.

Por estos ejemplos se verá que esos indios se esmeran en conservar las buenas relaciones con los chilenos. Además, es preciso tener presente que los indios pampas no están en las mismas circunstancias que los araucanos de Chile, ni tienen tampoco

los mismos intereses. Los araucanos tienen siembras y animales, y al rigor pueden pasarlo bien sin los chilenos que constantemente los hostilizan; los de las pampas no cultivan el campo, no tienen nada con qué llenar las primeras necesidades; generalmente comen sólo carne de caballo; y como son muy aficionados al aguardiente, necesitan de los chilenos que les llevan esos artículos. Siempre, cada año cuentan con disgusto el poco tiempo que falta para que se cierre el boquete que sólo es transitable durante cuatro meses del año, y entonces se ven precisados a emprender el largo viaje de un mes para ir hasta el Carmen, con el objetivo de vender sus cueros de guanaco y sus plumas de avestruz. Seguramente si tuvieran a su alcance un mercado más cercano o comerciantes como podrían serlo los colonos de Nahuel Huapi, renunciarían al viaje a las orillas del Atlántico de donde sólo pueden traer cosas muy livianas y de ninguna manera aguardiente, su principal ambición; y los tehuelches, que vienen desde Magallanes hasta las orillas del Limay con el solo objetivo de cambiar a los pehuenches cueros y plumas por aguardiente. ¿Esos tehuelches no preferirían un mercado fácil y más ventajoso sin tener necesidad de pasar el Limay, como sería la colonia de Nahuel Huapi? Los tehuelches por sí solos abastecerían de cueros y plumas a la colonia, artículos que en cuatro días podían llegar a Puerto Montt. ¿Cómo es que en Chile, donde la industria desde algunos años a esta parte ha tomado tanto vuelo, no se ha pensado en utilizar este ramo que reporta tanto dinero a los mercados del Atlántico?, ¿cómo es que en el otro lado de la cordillera hay indios que hacen ciento veinte leguas caminando un mes entero para llevar más de treinta mil libras de plumas a los mercados de la otra mar, y hasta ahora no se ha hecho nada para atraer todos esos productos a los mercados de Chile? Mucho he hablado sobre este asunto con los indios del Limay y del Caleufú, muchos de ellos han venido hasta la hacienda de Arsquilhué situada entre el lago Ranco y la cordillera con el objetivo de cambiar caballos por aguardiente y si se hiciese lo mismo por los cueros y plumas, ¿qué utilidad no reportaría? Se podría objetar la distancia de Arsquilhué hasta Valdivia y el volumen de esos objetos para transportarlos con provecho hasta esa ciudad, pero para la gente establecida en Nahuel Huapi que sólo tendrían tres días de camino para llegar hasta la ensenada de Reloncaví, no se presentan los mismos inconvenientes. En todo tiempo llegarían plumas y cueros hasta Puerto Montt; ésta sería una nueva fuente de riqueza para esa cabecera de la colonia y para el comercio en general. En cuanto a los peligros que pueden resultar para los colonos con la vecindad de los indios, me parece que son nulos. Puedo citar el ejemplo de Arsquilhué: en dos días pueden venir y volver los indios del lago de Lacar a esta estancia; les sería muy fácil robar los animales de los potreros de don Manuel Florín, sin embargo, nunca lo han hecho.

No es la resistencia que podían encontrar lo que los detiene, porque solamente viven en ese lugar dos hombres: el administrador y el vaquero. ¿Por qué nunca han intentado este golpe los indios?, porque temen que se les cierre el boquete de Ranco por donde les viene el aguardiente y las demás especies con que satisfacen sus primeras necesidades.

Así, por parte de los indios no habría obstáculo alguno para avanzar la colonización hasta Nahuel Huapi, colonización que sería fácil y no originaría muchos

gastos. Los nuevos colonos se establecerían en el valle de Calbutué y en la vecindad. Una balandra haría el servicio entre Puerto Montt y el fondo de la ensenada de Reloncaví, éste sería un gasto insignificante y el único que agregar a los presentes y estoy seguro que antes de poco tiempo se tendría una colonia en propiedad y se habría descubierto el camino de Bariloche.

SEGUNDA PARTE DE LA CUESTIÓN

Habilitar la navegación del río Negro entre puerto Carmen en las orillas del Atlántico y la gran isla del Choelechel que se encuentra en ese río, y enseguida ligan este punto con Puerto Montt

Establecer relaciones entre los colonos de Choelechel y los de Nahuel Huapi sería muy practicable por el curso del desagadero de Nahuel Huapi; las dificultades que se podría encontrar en el curso del río Negro desde la confluencia del Limay con el Chimehuin están reducidas a nada por la expedición de Villarino. Por lo que he visto recorriendo el Limay, el descenso de este río no ofrece tampoco dificultades serias; fuera del mal paso donde hicimos naufragio, siempre tuvimos bastante profundidad; y los peñascos mismos que ocasionaron el descalabro desaparecerían muy pronto con pólvora. Así, desde Nahuel Huapi hasta Choelechel, no hay ni un solo salto, solamente rápidos, y podrían bajar balsas de alerce con marineros; una vez en Choelechel volverían los colonos con sus canoas y siempre encontrarían qué llevar consigo. En todo caso, sería dinero.

Se ve que todavía estoy lejos de pensar en buques de vapor y para los pesimistas citaré el pasaje siguiente de la obra de Mr. Chavalier (*Historia y descripción de las vías de comunicación de los Estados Unidos*) que manifiesta lo que sucedía hace apenas 80 años en esta América del Norte cuyo suelo actualmente se halla surcado por ferrocarriles y buques de vapor.

“Hasta la última mitad del siglo XVIII, las colonias inglesas de América del Norte, careciendo de capitales y embebidas en los cuidados de guerras continuas con las colonias francesas del Canadá, no se ocuparon de trabajos públicos. No se pensaba en la canalización del territorio. En cuanto a canales, América inglesa no poseyó, hasta que Francia hubo perdido Canadá, sino un foso de 1.200 metros cavado en Filadelfia en la línea de un riachuelo llamado Dockcreek. Hasta de caminos transitables carecía el país: el primer camino con barreras que se hizo en el suelo de la Unión, fue el de Filadelfia a Lancaster, y éste no se construyó sino en 1790. Se hacían sin embargo algunos transportes entre el litoral y el interior del país; comerciantes iban muy lejos a traficar con las tribus salvajes.

Para eso se utilizaban los ríos en los cuales se navegaba con varas en embarcaciones de mediana capacidad y cuando éstas no podían adelantar más, eran reemplazadas por canoas de cortezas en las cuales la carga era colocada por fardos chicos. Cuando así se había subido un río, la carga y la embarcación misma eran puestas en hombros de peones hasta el río vecino a fin de volver a viajar

navegando. La distancia así recorrida entre dos ríos se llamaba *Portage*. Así se caminaba de río en río, de riachuelo en riachuelo, o de lago en lago, dando muchas vueltas y alcanzaban a factorías muy remotas. Las compañías de peleterías han practicado este sistema hasta estos últimos tiempos. Todavía se usa en Canadá, en atención a lo poco extensos que son los *portages* que se hallan entre los lagos y los riachuelos de que está sembrado este país. En 1815 el señor Bouchette lo cita como sistema de transporte muy usual, y para dar una idea cómo se hacía el comercio en toda América del Norte antes que los pobladores la hubiesen invadido desde las orillas del Atlántico hasta el fondo del Oeste y que las empresas de canales y ferrocarriles hubiesen tomado el increíble vuelo que ahora han alcanzado, citaremos la descripción que hace el señor Bouchette de su viaje de Montreal al centro del continente, por los ríos, riachuelos, los pequeños lagos de las montañas y una parte de los grandes lagos. 'Es del pueblo de la China, dice el señor Bouchette, de donde salen las embarcaciones usadas por la compañía del Noroeste en el comercio de peleterías. De todas las invenciones empleadas para transportar por agua pesadas carpas, esas canoas son quizás las más extraordinarias por la ligereza de su construcción. No se puede concebir nada de menos a propósito para el uso a que están destinadas, ni menos adecuado para resistir a la impetuosidad de los rápidos que es preciso atravesar en el viaje'.

Raras veces tienen más de 30 pies (9 m 15) de largo sobre 6 pies (1 m 88) de ancho, terminadas en punta aguda a cada extremidad sin distinción de proa o de popa. El esqueleto es compuesto de pequeñas piezas de madera muy liviana, cubiertas de cortezas de abedul, cortadas en fajas que rara vez tienen más de 1/8 de pulgada (3 mm) de espesor; están cosidas entre sí con hilos hechos de las fibras torcidas de un árbol particular, y reforzadas en donde es preciso por fajas estrechas de la misma especie aplicadas en el interior; las junturas de esta tablazón móvil se hacen impenetrables al agua, cubriéndolas con una especie de goma que se adhiere fuertemente endureciéndose al mismo tiempo. No se usa hierro alguno en la construcción; ni aun clavos. Concluidas pesan cerca de quinientas libras cada una. Listas para el viaje reciben su cargamento, que para la comodidad de los *portages* que se debe atravesar es dividido en fardos de cerca de $\frac{3}{4}$ de quintal (34 kilogramos) cada uno y alcanza en todo al peso de 5 toneladas o un poco más comprendiendo las provisiones y otras cosas necesarias para los hombres que se emplean en número de 8 o 10 a lo más por embarcación. Se van por compañías como las del San Lorenzo; en el trascurso de un verano se despachan más de cincuenta de estas embarcaciones; suben el Ottawa hasta la rama SO por el cual, así como por una serie de pequeños lagos, alcanzan al lago Nipissing que atraviesan y bajan por el río Francés al lago Hurón el cual orillan al norte hasta el estrecho de Santa María, de éste entran al lago Superior y después van orillando el río del Norte, hasta el gran *portage* distante 100 millas (770 kilómetros) del lugar de su salida. Difícilmente se conciben las dificultades de este viaje; el sinnúmero de rápidos en los ríos; los diferentes *portages* de lago en lago, que varían desde algunas toezas hasta 3 millas (4.800 metros) y más de largo, y en donde es preciso descargar las embarcaciones y transportarlas con sus cargas hasta el agua vecina, ocasionan una serie de trabajos de los cuales uno se formaría una débil idea, comparándolos con las ocupaciones de otra clase de obreros. Desde el gran *portage* que tiene 9 millas (14 kilómetros) se debe pasar una serie de trabajos semejantes con canoas de cortezas de menor tamaño al través de la cadena de lagos y corrientes que

bajan de las montañas del Oeste hasta el lago de los bosques, el de Winnipeg y los establecimientos más lejanos pertenecientes a la compañía en las comarcas remotas del noroeste. Se llaman *viajeros* los hombres empleados en este servicio; son robustos, atrevidos, capaces de soportar mucho tiempo con una paciencia admirable los rigores del cansancio y de las privaciones.

En los grandes lagos se atreven a atravesar en sus canoas anchas bahías a algunas leguas de tierra, para evitar alargar el camino, orillándolas.

Y sin embargo, a pesar de todos los trabajos y peligros de su profesión, la prefieren a toda otra, y raras veces se resuelven a abandonarla por ocupaciones más sedentarias. El poco dinero que reciben en compensación de tantos peligros y tantas privaciones es generalmente disipado con la indiferencia más grande sobre sus necesidades futuras, y cuando no tienen más vuelven con paciencia a las mismas ocupaciones para procurárselo”.

Toda esta cita no es fuera de propósito. Se ve cuántas dificultades vencidas. ¿Y en el río Negro se presentan las mismas? No, tenemos un curso de agua continuo que tendrá siempre bastante profundidad para soportar las balsas y los ligeros botes que servirían al viaje de vuelta de los marineros. En las orillas del Nahuel Huapi se encontrarán todas las materias para construir balsas y canoas; en la isla se puede criar bastante ganado y para el consumo de muchas familias; podrían mandarse marineros con balsas hasta Choelechel donde se cargarán buques, porque se ve por el viaje de Descalsis que hasta la isla de Choelechel pueden subir buques de tamaño regular.

Y ahora se me va a decir: ¿los indios qué dirán, y qué harán? Villarino que subió acompañado por indios cuyas intenciones sospechaba cada noche, anclándose al medio del río, se hallaba en perfecta seguridad, ¿y qué tendrían que temer 8 o 10 hombres bien armados de los indios, tanto más que yo puedo garantizar que si no era en el primer viaje, sería en el segundo, que ya no se opondrían los indios. Como lo he sabido en mis conversaciones mientras he vivido entre ellos, no hay indios residentes en las orillas del Limay sino algunos transeúntes que trajinan entre la cordillera y las orillas del Atlántico.

Pero hay también otra medida que sería muy importante tomar al mismo tiempo que la colonización de Nahuel Huapi y ésa es el establecimiento de una misión.

En otro tiempo vivieron misioneros entre los indios, misioneros que fundaron iglesias, construyeron casas, que catequizaron a muchos de ellos y que fueron tolerados y aun acatados no obstante lo salvaje que eran entonces y el ningún respeto que podían abrigar por los cristianos. En el día los indios no son tan opuestos al cristianismo como lo creen muchos; al contrario, hacen todo lo posible por parecerse a los españoles. Muchas de las mujeres de los indios de Huenchuhuehuin son cristianas, y lo consideran como un título de recomendación. Entre los indios del Caleufú no se extrañaban que Gabino Martínez hiciese emprender un viaje de un mes a una pobre criatura, su hijita, de algunos meses para ir a bautizarla al Carmen. Así es que el establecimiento de una misión en las orillas del lago no encontraría obstáculos y sería una medida de gran importancia para el buen éxito de la cuestión que nos ocupa.

Para concluir: que se coloque a los colonos que llegan de Alemania cerca del lago Calbutué, que al mismo tiempo se facilite a algunos misioneros llenos de entusiasmo religioso, como hay muchos, los medios de establecer una misión, y antes de poco, Chile tendrá nuevos espacios abiertos a la civilización, y apoyados sobre el río Negro estarán en comunicación los colonos de Choelechel y de Nahuel Huapi. Con Magallanes y el río Negro encerramos la Patagonia, cuyas comarcas ahora misteriosas, pueden ser más tarde otra fuente de riquezas.

Una vez hecho esto, más tarde es fácil ir a unirse con la laguna de Ranco por el boquete del mismo nombre.

Así es como me parece que por ahora debe entenderse la comunicación entre los dos océanos. Más tarde se verá lo que se puede hacer y que entre tanto se reflexione cómo han comenzado las comunicaciones entre el litoral y el interior en esa América del Norte, que da a sus hermanas del Sur el ejemplo de inmensos progresos.

ENCARTE DEL MAPA

ÍNDICE

Presentación	v
Guillermo Cox y su viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia por <i>Pedro Navarro Floria</i>	ix
Advertencia	3
INTRODUCCIÓN	9
I: Primeros viajes por la cordillera en busca de la Ciudad de los Césares. Origen de esta fabulosa ciudad. Expedición del Tucumán. Sarmiento en 1584. Funda las ciudades de Jesús y San Felipe en el estrecho de Magallanes. Relación de Tome Hernández, 1621. Don Luis del Peso en 1610. Don Francisco Luis de Cabrera en 1620. El padre Montemayor en 1643 y 1663. El padre Mascardi en 1665. Funda la misión de Nahuel Huapi en 1670. Sus viajes por la Patagonia en 1671 y 1672. Su último viaje en 1673. Su muerte. El padre José Zúñiga atraviesa la cordillera con el objeto de restaurar la misión de Nahuel Huapi en 1686. El padre Refler en la misión de Culé en 1700. El padre Felipe Lagunas y el padre Guillemos en 1703. Sus trabajos. Restauran la misión. El camino de Bariloche. Los indios incendian la misión. Emprende el padre Guillermo otro viaje a la misión en 1715. Su muerte. Destrucción de la misión y muerte del padre Elguea. Decrétase su restauración en 1764, pero no se lleva a cabo. Motivos que dieron origen a la fabulosa existencia de los Césares. El padre Meléndez en 1792.	11
II: El padre Falkner en 1774. Don Basilio Villarino en 1782. Descalsis en 1833.	19
III: Excursiones de Espiñeira y Phillippi. Expedición de Muñoz Gamero, en 1849. De Döll en 1852. De Vicente Gómez, en 1855. De Fonck y Hess, en 1856.	31
IV: Puerto Montt. Colonización.	35
DIARIO. PRIMERA PARTE	
CAPÍTULO I: Salida de Puerto Montt. Preparativos. Material de la expedición. Arrayán. Alerzales. Alojamiento. Árboles de los bosques. Se rompe el baró-	

metro. Lago de Llanquihue. Viento contrario. Embarque. Navegación. Arribo al puerto del volcán. Volcán Osorno. Primer viaje de la gente al camino del lago de Todos los Santos. Torcazas. Canto del Chucao. Día domingo. Marcha. Río Petrohué. Arribo al lago de Todos los Santos. Dificultades a causa de las cargas. Viaje de la gente al lado oriental del lago. Navegación. Isla del Cabro. La Picada. El Puntiguado. El Bonechemo. Arribo a la boca del Peulla.	43
CAPÍTULO II: Río Peulla. El techado. Viaje de los peones al pie del boquete. Combate singular. Marcha por las orillas del Peulla. Boquete Pérez Rosales. Tronador. Ventisquero. Altura del boquete. Calor sofocante. Contrariedades. Paso de la cordillera. Panorama. Arribo a Nahuel Huapi. Construcción del bote. Vestigios de expediciones anteriores. Superstición de los chilotes. Bote. Excursión del río Frío.	59
CAPÍTULO III: Preparativos. Despedida. Lago Nahuel Huapi. Temporal. Botes de gutapercha. Bahía del Noroeste. Primer accidente. Punta de San Pedro. Isla Larga. Segundo accidente. Puerto del Venado. Camino de Bariloche. Tercer accidente. Vestigios de indios. El desagüe. Emociones. Excursión. Retratos de los peones. El perro Tigre. Arribo a la boca del río Limay. Antigua misión. Preparativos. Navegación del río. Sección transversal. Accidente. Dificultades. Gran rápido. Naufragio. Crítica situación. Indios. Marcha a los Toldos.	77
CAPÍTULO IV: Marcha con los indios. Llegada a los toldos. Entrevista con el cacique Paillacán. Argomedo. Quintunahuel. Convenio con Paillacán. Manda en busca de la gente. Labrín. Codicia de Pascuala. Llega la gente. Relación de lo sucedido después de mi separación. Antileghen. Embriaguez. Partida. Río Caleufú. Aspecto de la caravana. Cacique Huincahual. Quemquemtreu. Costura de cueros. Jacinto. Una carta. Partida. Antinao. Mancilla, Muñoz y Tigre se quedan con él. Indios de Hechuhuehuin. Trureupan. Parlamento. Partida. Huentrupán. Lago de Lacar. Queñi. Chihuihue. Arsquilhué. Dollingo. Malo. Arique. Valdivia.	93
DIARIO. SEGUNDA PARTE	
CAPÍTULO I: Valdivia. Preparativos. Instrumento para las latitudes. Don Ignacio Agüero. Huilliches. Sucesos antiguos. Salida de Valdivia. Traje. Calle-Calle. Arique. Huitri. Camino de Arique a Huitri. Dollingo. Futronhue. Lago de Ranco. Ríos que lo alimentan. Río Bueno. La Mariquina. Familia Panguilef. Río Caunahue. Salida para Arsquilhué. Río Cullinmillahue. Llegada a Arsquilhué. Indios. Labrín, Mancilla, Muñoz y Tigre. Falsos rumores. Partida de los peones. Despedida de Tigre. Paseo a Maihué. Juan Chileno. Sus fragilidades.	15
CAPÍTULO II: Excursión a Maihué. Río Pillanleufú. Río Cunringue. Llegada a la casa de Cayuanti. Presentación al cacique. Riña entre Juan Chileno y Melipán. Banquete. Despedida. Otra excursión a Maihué. Los Montesinos. Elisa Bravo. Viaje de Cárdenas a la Unión. Aflicción de Matías González. Causa de sus apuros. Marcha para la cordillera. Un rapto. Caravana. Camino a Chihuihue. Río Huentruleufu. Agua termal. Helena y Paris en Chihuihue. Salida de Chihuihue. El boquete. Río Follill. Cuesta de Lipela. Escalones. Dificulta-	

des. Inihualhue. Ceremonia. Tumbas. Diego Martínez. Lluvia. Colihue. Valle de Queñi. Lago de Queñi. Río Chachim. Balseo de Huahum. Aventura.	129
CAPÍTULO III: Marcha. Preparativos. Reclamación de Hilario. Lagunas de Curilaufquen. Cerro Trumpul. José Vera. Noticias. Hueñupán. Carne de caballo. Lago de Lacar. Sus aguas pasan por los lagos de Pirihueico y Riñihue. Suceso del indio Paulino. Baños. Pinos. Llegada a la residencia de Huentrupán. Coyagtun. Fuga de los peones. Indias. Sus ocupaciones. Visita a Trureupan. Mari-Mari Presidente. Un bautismo. Despedida de Trureupan. Cerro de la fortaleza. Llegada a la casa de Antinao. Foiguel. Volcán Laguin. Laguna de Quilquihue. Yafi-Yafi. Descripción. Un caballo choiqueero. Meseta. Equivocación de Villarino. El Chasley. Telégrafos. Llegada a los toldos del Caleufú. Recepción. Antileghen. Jacinto.	139
CAPÍTULO IV: Costumbres. Toldos de Huincahual. Toldo de Jacinto. Nombres de hombres, de mujeres y de perros. Forma de un toldo. Visita de Quintunahuel. Ebriedad. La corneta de Chiquilin. Familia del tío Jacinto. Amabilidades de mama Dominga. Celestino Muñoz y sus hazañas. El <i>muchi</i> . Llegada de Huincahual. Llegada de Inacayal. Soy su secretario. Cartas. Ceremonia. Borrachera. Diferentes escenas. Día después. Tahilmar. Visita a Paillacán. Pascuala. Cargos de Paillacán. Mis peones. Tiro al blanco. Rapacidad del cacique. Un caballo por una corneta. Despedida.	151
CAPÍTULO V: Consejo. Sale Cárdenas para Valdivia conduciendo los peones. Yahu-yehuin. Una excursión. Piedra alipe. Remedio para jugar. Paillacán viene a toldos. Libaciones. Cartas de Patagónica y su contenido. Ofertas de Cachiman. Caminos para el Carmen. Pérdida de un cuchillo. Retratos. Ceremonia. Pasatiempos de Llancuhuel. Bichos. Condición de las indias. Sus ocupaciones. Sus vestidos. Costuras de cueros. Sus diversiones. Cunas. Callipai. Gran Rogativa. Sentimientos religiosos del cacique Huincahual. Razas. <i>Picun-pehuenches</i> . <i>Huilli-pehuenches</i> . Indios Pampas. Tehuelches. Huaicurúes. Fueguinos. Vida de los Tehuelches del Sur. Tipo Pehuenche. Medidas anatómicas. El chiripá. Estribos y espuelas. Nacimiento. Pequeño número de ellos. Matrimonio. Ideas religiosas. Funerales. Herencias. El indio Casimiro.	163
CAPÍTULO VI: Lavado. Patos. San Antonio de Iraola. Excursión. Tehelchiu- ma. Eliza Bravo. Chincoleu. Llanquitrue y su historia. Cartas. Crueldades. Pablo Moron. Puelmai y su hijo. Explicación. Cacería. Preparativos. Salida por el Caleufú. Río Chimehuin. Sangría. Meditación.	183
CAPÍTULO VII: Jotes. Destreza de Inacayal. Espectáculo. Corrida. Apol. Repartición. Terrenos. Agua. Shascuntun. Conversaciones en el vivaque. Huinculmapo. Pequeños lagos. Aves. Resultado de la cacería. Crítica posición. Se resuelve la retirada. Motoco Cárdenas. Preparativos de marcha. Despedida. Hueñupán. José Vera. Paso de la cordillera. Chihuihue. Arsequilhué. Dollingo. Arique. Valdivia.	197
DIARIO. TERCERA PARTE	
GEOGRAFÍA	207
OROGRAFÍA	211

HIDROGRAFÍA	215
GEOLOGÍA	219
BOTÁNICA	221
ANIMALES, AVES, REPTILES, PECES, INSECTOS	249
SALINAS	257
CLIMAS	259
IDIOMAS	263
CONCLUSIÓN	275



B

Para los chilenos de mediados del siglo XIX, los pasos cordilleranos existentes en torno del gran lago Nahuel Huapi, entre las latitudes de Valdivia y Puerto Montt, guardaban celosamente el secreto del tránsito a las Pampas. La corriente colonizadora europea que pobló la zona de los lagos en la década de 1850 no resultó ajena al atractivo del *Puel Mapu*, el país del Este, y las autoridades impulsaron la exploración y colonización de la Patagonia. Guillermo Cox declara en varios momentos de la obra que se reedita el propósito de contribuir a la exploración y colonización de la Patagonia Norte.

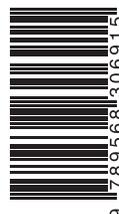
El texto tuvo un impacto profundo e inmediato tanto en Chile, como en Argentina y Europa. Contribuyó mucho más allá de sus propósitos originales al conocimiento de la Patagonia. Cox, sorprendiéndose él mismo y alertando a sus lectores por lo novedoso del mundo que había transitado, contribuyó de modo decisivo al conocimiento y a la construcción de un espacio política y socialmente significativo: una tierra que él y los suyos ignoraban en buena medida, pero que estaba allí. Su sorprendente y atractiva obra recorrió el mundo y aportó a la formación imaginaria y material de una frontera entendida como situación espacio temporal, caracterizada por su marginalidad respecto de los centros metropolitanos, por su orden y su dinámica peculiar, y por ser desconocida para los agentes de los poderes centrales.



FACULTAD DE HISTORIA,
GEOGRAFÍA Y CIENCIA POLÍTICA



Biblioteca Nacional
de Chile



9 789568 306915